

ESTUDIOS CLÁSICOS

ÓRGANO DE LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS

PUBLICADO POR EL PATRONATO "MENÉNDEZ Y PELAYO" DEL CONSEJO
SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS

TOMO XII

MAYO DE 1968

NÚM. 54

DIRECTOR: MANUEL FERNÁNDEZ-GALIANO.

COMITÉ DE REDACCIÓN: JOSÉ ALSINA, ALBERTO BALIL, CARMEN CO-
DOÑER, V. EUGENIO HERNÁNDEZ VISTA, R. P. JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO,
SEBASTIÁN MARINER, FRANCISCO RODRÍGUEZ ADRADOS Y JOSÉ S. LASSO
DE LA VEGA.

SECRETARIA DE REDACCIÓN: M.^a EMILIA MARTÍNEZ-FRESNEDA.



SUMARIO

	Págs.
F. ADRADOS, <i>Ideas para una tipología del griego</i>	225
L. GIL, <i>El substrato pregregio: ojeada histórica y panorámica actual</i> ...	249
A. LÓPEZ EIRE, <i>Panorama actual de la Dialectología griega</i>	287
M. BENAVENTE, <i>Conjeturas sobre las tablillas piliás de "o-ro-me-no"</i> y " <i>su-ra-se</i> "	307
J. S. LASSO DE LA VEGA, <i>El diálogo y la filosofía platónica del arte</i> ...	311
R. ROCA-PUIG, <i>Un fragmento de "La samia" de Menandro</i>	375
L. F. GUILLÉN SELFA, <i>Calmaco, una poesía de porcelana</i>	385
I. MUÑOZ VALLE, <i>Evolución del concepto de libertad en el mundo</i> <i>clásico</i>	407
C. GARCÍA GUAL, <i>Naufragio en Feacia</i>	413
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE ESTUDIOS CLÁSICOS	417

(Sigue en tercera de cubierta)

Con este fascículo, segundo de 1968, nos acercamos a los veinte años de ininterrumpida vida de *Estudios Clásicos*. A lo largo de tan dilatado espacio se han producido, como no podía menos de suceder, cambios en el aspecto, contenido y modalidades de la revista, en las personas de sus principales colaboradores y probablemente en la mentalidad o necesidades de nuestros lectores. Ésta es la razón de que también ahora hayamos de anotar modificaciones, si no sustanciales, sí apreciables.

Los artículos científicos, más generales en su tono y más inclinados hacia facetas humanístico-literarias que los de *Emerita*, el glorioso órgano de nuestros estudios con el que jamás hemos pretendido rivalizar, progresan cada día en abundancia y, por cuanto podemos juzgar desde nuestro apasionado punto de vista, en calidad. Nuestros amigos y colegas, bien conocidos entre los lectores de *Estudios Clásicos* por la parte decisiva que todos ellos toman en este apogeo por que hoy siguen pasando las Humanidades españolas, merecen el más sincero agradecimiento por la forma y escala en que nos honran. Esto nos permite, además, continuar nuestra ya vieja costumbre de los números monográficos, no tan frecuentes como quisiéramos, pues se trata de empeños difíciles, pero tampoco insólitos. Ahora mismo, después del fascículo dedicado a la Grecia moderna, que no somos los llamados a enjuiciar aquí, presentamos una serie de trabajos que representarán, creemos, inapreciable ayuda para opositores o estudiosos de nuestras materias como visiones generales de temas importantes. Y tan grande ha sido la aportación a este proyecto (más espontáneo, justo es confesarlo, que intencionalmente preparado), que hemos podido dividir la materia en dos tomos, de los que el actual va íntegramente dedicado a temas griegos, mientras que el próximo estará compuesto por aportaciones latinas. Esperamos que uno y otro gusten a suscriptores y lectores.

La información científica, ante la gran cantidad de páginas que una vez más requerirá tolerancia por parte de los patrocinadores de la revista, queda reservada, sin novedades dignas de mención, para el próximo número. Tampoco sufrirá cambios la usual sección dedicada a la S. E. E. C.

Pero, como no nos duelen prendas, también declaramos aquí la pena con que vemos a otras secciones tradicionales modificarse o desaparecer muy contra nuestra voluntad. La de información bibliográfica esperamos vigorizarla, a partir del último número del año, con una nueva disposición

de las reseñas, que van demorándose demasiado en su publicación por culpa de unos u otros. La de información académica nos vemos obligada a suprimirla desde hoy: realmente, ha sido tan gigantesca y multiforme la evolución de nuestras enseñanzas media y universitaria, es tan difícil seguir la intrincada maraña de disposiciones legales en que hoy se multiplica muchas veces el contenido primitivo de esta sección, que hemos llegado a pensar que no estaba ciertamente proporcionado el esfuerzo y tiempo empleados con la utilidad o seguridad no siempre grandes de nuestras noticias. El inventario de Memorias de Licenciatura, que parece ser muy útil para nuestros lectores, pasa a la sección bibliográfica. Y sigue en penoso marasmo la de información pedagógica, que en tiempos tanto auge tuvo. Si nuestros colaboradores y lectores nos ayudaran en este aspecto, podríamos contar de nuevo con estas páginas como vitales para nuestra actividad práctica en la docencia y como dignas del gran empuje didáctico con que la revista fue fundada.

Y, en cuanto al viejo problema del retraso de los fascículos, tan irregularmente producidos en los últimos años, no nos queda más que entonar un sincero *mea culpa* que debe llevar consigo, si es de verdad sincero, el propósito, al menos el bienintencionado propósito, de no volver a pecar.



IDEAS PARA UNA TIPOLOGÍA DEL GRIEGO

Es normal entre personas que tienen algún conocimiento de una lengua extranjera hacer juicios de valor respecto a ésta o la propia: con facilidad se pronuncian palabras como “elegante”, “rica” y otras. Estos juicios suelen tener un valor muy pequeño. Inconscientemente, el hablante de una lengua considera deficiencia en otra aquello en que se aparta de la suya: del mismo modo, más o menos, como tendemos a considerar extravagante o repudiable el modo de vida de quienes están alejados del nuestro. Por otra parte, el observador ingenuo del idioma no cae en la cuenta de que lo que en una lengua se expresa mediante un tipo de unidades o unas determinadas categorías puede quizá expresarse en otra de forma diferente: la idea de la “riqueza”, “ductilidad”, etcétera se basa en una consideración parcial. En todos los casos, el punto de partida para los juicios de valor a que tanto tiende, más bien precipitadamente, el individuo ingenuo es inconscientemente, para bien y para mal, la propia lengua, que le impide incluso ver las originalidades de las otras.

La moderna tipología o estudio de los rasgos fundamentales mediante los cuales se pueden clasificar las lenguas por sus estructuras y no por su genealogía, se coloca naturalmente en una posición objetiva y neutral y prescinde de juicios de valor. De este punto de partida arrancamos nosotros también, por supuesto. Lo que nos interesa precisar aquí son ciertas originalidades del griego: originalidades en relación con otras lenguas. El estudio será sincrónico: utilizaremos como material de referencia lenguas de cualquier tipo y edad. Será objetivo: cada lengua está adaptada

a unas necesidades, tiene unas ciertas ventajas y unos ciertos inconvenientes. Y, sin embargo, tendrá una cierta apoyatura diacrónica: veremos que los rasgos del griego de que vamos a hablar representan una diferencia notable frente al esquema indoeuropeo de que procede; y que ejerce un influjo poderoso en todas las lenguas posteriores. Son rasgos no originales, es decir, desarrollados en la historia de la lengua para responder a unas determinadas necesidades. Como estas necesidades serán en adelante no sólo griegas, sino generales, estos rasgos se harán también generales. Y, desde este punto de vista, se podrá hablar de un verdadero progreso, procedente del griego, en los sistemas lingüísticos en general.

Al hablar de "lengua" entendemos este término en su sentido más amplio, de sistema de signos orales que incluye el léxico, la teoría del estilo y la literatura. La antigua gramática queda estrecha y debe ser estudiada en conjunción con estos otros elementos. Y hay que llegar a la conclusión de que una lengua crea su propia personalidad a lo largo de la historia, se hace lentamente, si de verdad es una lengua de cultura. Eso sí, consideramos en bloque todas sus ganancias para dar una visión sincrónica o tal vez pancrónica.

Ante todo, algunas ideas previas. Partimos de la concepción de la lengua como un análisis de la realidad en signos escalonados jerárquicamente y una nueva síntesis lograda mediante una combinación de los mismos. Prescindiendo de la unidad anterior al signo, es decir, del fonema, encontramos el signo mínimo, llamado morfema o monema: combinado con otros en determinadas funciones, llegamos a una unidad superior, la palabra; y así sucesivamente escalamos las unidades superiores, a saber, el sintagma o grupo fijo de palabras, la oración simple, la compuesta y las unidades literarias sucesivas: un poema, una novela son en definitiva un signo lingüístico complejo. Dos signos en una función o relación dada crean otro superior, y así sucesivamente. De esta manera se desciende del sistema abstracto de la lengua a su realización en los signos superiores y complejos que constituyen la cadena hablada.

Todo estudio gramatical, rebasado el nivel fonológico, debe tener en cuenta:

a) Las unidades o signos, que se definen por su forma (incluida su demarcación con ayuda de fonemas, signos inferiores, etc.), por su distribución o signos con los que se combinan y por su función. Así, cuando falla, por ejemplo, la caracterización formal de una unidad, como un nombre o un adjetivo, queda marcado en calidad de tal por las combinaciones en que entra, el orden de palabras o la función en la oración.

b) Las funciones o tipos de relación entre las unidades: una puede hacer de sujeto de otra, determinarla de varios modos, etc. Esta función se expresa ya mediante la forma (p. ej., una desinencia, una preposición), ya mediante el orden de palabras, ya por procedimientos indirectos que nos hacen ver, p. ej., si *legiones* es nom. o acus. en una frase latina. Una unidad puede tener varias funciones: p. ej., un nombre puede ser sujeto o complemento, lo que las lenguas marcan mediante diversos recursos: desinencias, orden de palabras, preposiciones, etc.

c) El sentido, elemento el más fugitivo e inaprehensible. Depende de la clase de las unidades y su subclase (e. d., si se trata de un nombre o un adjetivo, por ejemplo, y luego de qué tipo de nombre: animado, inanimado, etc.) y de su función, pero hay que tener en cuenta que las clases y subclases de palabras se subdividen una y otra vez hasta alcanzar pequeños sistemas morfológicos o léxicos cuyos elementos se definen por oposiciones dentro de los mismos. Son oposiciones de sentido, pero asibles gracias a la forma y la distribución, que nos hace reconocerlas; si bien las oposiciones gramaticales presentan marcas formales regulares y las lexicales no.

Tras este sumario esquema podemos preguntarnos a qué elementos debemos dirigir nuestra atención si queremos establecer la tipología de una lengua, en nuestro caso el griego. Prescindiendo del sentido, que en sus aspectos más fijos y regulares depende de las unidades y sus funciones, yo postularía el estudio de los siguientes elementos: unidades, paradigmaticización, categorías y funciones.



En efecto, si en toda lengua hay unidades o signos, conviene ver cuáles son, en la que estudiamos, las preferidas, que serán siempre aquellas que presenten una mayor regularidad en la relación entre forma y sentido (significante y significado, o contenido y expresión, si se quiere).

En cuanto a la paradigmaticación, es la relación en sistema entre unidades de igual clase o subclase de palabras que tienen categorías y funciones cambiantes y presentan una cierta proporción entre forma y sentido. Hay que ver, naturalmente, al nivel de qué unidades es más regular la paradigmaticación, si al del morfema, la palabra, el sintagma o la oración. Con el estudio de la paradigmaticación está en relación íntima el de las transformaciones por las que se pasa de unos paradigmas a otros (p. ej., de nombre a adjetivo, de adjetivo a verbo, etc.), sistema que puede ser más o menos regular según las lenguas y según las distintas zonas de una misma lengua.

Las categorías gramaticales, en fin, se refieren al conjunto de nociones expresadas por las oposiciones entre los términos de un mismo paradigma, así como a estas nociones tanto cuando se trata de clasificaciones de un sector de la realidad como cuando indican relación entre elementos lingüísticos (funciones). P. ej., la categoría del caso agrupa las funciones de los diversos casos, múltiples a veces; la del género agrupa clasificaciones gramaticales de los nombres (masculino, femenino y neutro en indoeuropeo). Naturalmente, hay que estudiar todos estos elementos desde el punto de vista del sentido y también desde el de su expresión formal, que muchas veces se logra fuera de los paradigmas de palabras.

Este último punto, el estudio de categorías y funciones del griego, vamos a dejarlo para el final: comenzaremos por los otros dos, que son mucho menos conocidos.

Estudiamos, pues, las unidades y la paradigmaticación. Esta última, al nivel de la palabra exclusivamente. Pues nosotros creemos que la gran proliferación de esta unidad, la palabra, es posiblemente la mayor originalidad del griego. Pero no la única: otras dos unidades, la oración compuesta y las de orden literario, son también creaciones fundamentales de dicha lengua. Hablaremos, pues, sucesivamente de la palabra y sus paradigmas; de la oración

compuesta; y de las unidades literarias. Y concluiremos con algunas deducciones de orden general.

La palabra, como es bien sabido, se caracteriza, en términos generales y prescindiendo de ciertos casos límite, por su pausa final potencial, el acento único, la distribución en orden fijo de sus elementos componentes y la irruptibilidad. Está situada entre una unidad inferior, el morfema, y una superior, el sintagma. Aquí no nos interesa si el griego concuerda o no con otras lenguas indoeuropeas en la preeminencia que da a la palabra, o en qué grado es original: de momento nos dedicamos tan sólo a su caracterización en bloque. Y de esta caracterización en bloque resulta que la palabra es, en griego, un instrumento de análisis (para el hablante y para el gramático) más efectivo que el morfema y el sintagma. Que uno y otro tienen mucha menos importancia en su sistema gramatical.

Respecto al morfema, hay que decir que su empleo es muy útil para el análisis de ciertas lenguas, así las llamadas aglutinantes, como el turco. Aquí, en el morfema hay en general una correspondencia regular entre forma y sentido. Basta dar unas instrucciones sobre la forma del morfema y sus alomorfos, sobre el orden en que aparecen y sobre sus compatibilidades e incompatibilidades para obtener, p. ej., las innúmeras formas que se deducen de un verbo. Y ello sin necesidad de paradigmas, que serían interminables. Pero se ha puesto de moda (por razones en que no podemos entrar aquí y que resultan, por lo demás, comprensibles) el análisis en morfemas, fruto de prejuicios contra la palabra: en él reposa en general la gramática descriptiva de las lenguas indias americanas, y se llega incluso a pretender que es el único aceptable y que es repudiable la gramática creada por los griegos a base de la palabra y el paradigma. A lo cual hay que objetar que, por el contrario, la gramática de la palabra y el paradigma, creada por los gramáticos griegos, es la más adecuada para el griego. Sin que se niegue al morfema su existencia, claro está, pero en un plano subordinado.

Efectivamente, el análisis exhaustivo en morfemas de la palabra griega es imposible. A ello se oponen: a) los hechos de amalgama, pues, p. ej., la -ō de λῶν indica simultáneamente modo (en

forma incompleta, pues es a la vez ind. y subj.), tiempo, persona, número y voz, categorías marcadas otras veces de otras maneras; b) los morfemas cero, que únicamente se interpretan con ayuda del paradigma (sólo así se distingue, p. ej., un presente de un aoristo radical); c) los hechos de solidaridad (marca única para número y caso y para número y persona); d) la categorización fuera de la palabra, con ayuda de la distribución en la cadena hablada, lo que ocurre en parte con el género, por ejemplo. En suma, la palabra, en gran medida, es inanalizable, y las unidades inferiores tienen valor puramente distintivo, no referencial. La comprensión de la lengua procede de ella directamente, no del agregado de los morfemas.

Esto respecto al límite inferior de la palabra. Volviéndonos ahora al límite superior hemos de decir que escasea grandemente el tipo con correspondencia regular entre forma y sentido al nivel del sintagma o grupo de palabras. No hay, por ejemplo, conjugación perifrástica, salvo en ciertas tentativas postclásicas; el grupo de nombre y determinante presenta varias formas de éste (con genitivo, en aposición, con adjetivo); igual ocurre con el grupo de verbo y determinante, que admite varios casos, pese a la rección a escala individual de algunos verbos. No hay en estos casos, como en vasco, en húngaro o en menomini, referencia cruzada, es decir, un indicio en el determinado de la determinación que va a experimentar. En el mismo español, en frases como *se lo diré todo a tu madre* hay junto al verbo indicios de los dos complementos o determinaciones que van a seguir; en otras lenguas, apareciendo aglutinados, se dan no solamente para indicar el o los complementos del verbo, sino también el hecho de que el nombre designa un objeto poseído por alguien. Mientras que en griego el determinado no indica nada sobre el determinante, ni si va a haberle, y éste es formalmente imprevisible.

La regularidad máxima está, pues, lograda al nivel de la palabra, lo que se precisará más al hablar de la paradigmaticización. Pero, por otra parte, la palabra se diferencia grandemente de la oración al carecer (contra lo que ocurre, p. ej., en esquimal) de las funciones predicativa y copulativa (e. d., la que crea la frase nominal).

Más trascendencia tipológica tiene, creemos, la importancia que cobra la palabra respecto al sintagma que la que cobra respecto al morfema. Esto último se da también, aunque quizá en menor grado, en otras lenguas indoeuropeas, mientras que, en cambio, es en griego más que en ninguna otra parte donde la palabra expresa unidades complejas que en otras lenguas se expresan al nivel del sintagma. Es frecuentísimo, efectivamente, que tengamos que traducir un compuesto o un derivado griego por un sintagma latino o español.

Ello se refleja, como no podía ser menos, en hechos estadísticos. Aquí voy a presentar unos pequeños cálculos, aproximativos nada más, que darán idea de estos hechos.

Un cómputo aproximado del número de palabras recogidas en el diccionario de Liddell-Scott-Jones me da un total de unas 138.500, a 65,6 por página. Ahora bien, el diccionario de la Academia Española, según mis cálculos, tiene unas 65.500, con 50 poco más o menos por cada una de sus 1.332 págs., y el latino de Lewis-Short, de extensión parecida al de Liddell-Scott, tiene, una vez quitados los nombres propios, que en aquél no figuran, solamente unas 51.500 palabras (aproximadamente 28,5 por cada una de sus 2.019 págs.). ¡Y hay que tener en cuenta que el latín y el español tienen infinitas palabras griegas y que el Liddell-Scott incluye en los artículos de los adjetivos sus derivados adverbiales!

Pero no es esto todo, porque dicho diccionario no recoge ni muchísimo menos la totalidad del léxico griego. No hay fragmento papiráceo nuevo literario o documental que no presente palabras nuevas también; e igual ocurre con las inscripciones. He hecho además un pequeño cálculo sobre los fascículos aparecidos del léxico del griego patrístico de Lampe, según el cual vienen a aparecer en él unas diez palabras nuevas (no acepciones nuevas de palabras conocidas) por cada página de Liddell-Scott, lo que hace suponer que, cuando este léxico esté terminado, aportará unos 21.000 términos nuevos sobre los del otro. Y también he visto que en Hesiquio, recogido en forma incompletísima por Liddell-Scott, resultarán, cuando la edición de Latte esté totalmente publicada, unas 7,5 palabras nuevas por página del citado diccionario, es decir, presumiblemente unas 15.750 en total,

excluidas las formas flexionadas de palabras conocidas. Si consultáramos otros léxicos como el *Etymologicum Magnum*, el *Gudianum*, la *Suda*, etc. obtendríamos resultados semejantes. No creo en modo alguno exagerado el evaluar el léxico griego, excluidos los nombres propios, en unas 200.000 palabras.

Pero no es esto sólo lo importante. Un cálculo sobre las palabras dadas por Liddell-Scott con una sola referencia y que, si no son *ἔπαξ*, se aproximan mucho a ello, me da una media de 26 por página: es decir, unas 55.000 palabras, más que las latinas de Lewis-Short. El griego creaba, pues, sus nuevas unidades (pienso en palabras como *ἀφιλομαθής* "que no ama el saber", *γαμησιᾶω* "tener ganas de casarse", *ἀγγελοθεία* "movimiento de los ángeles", *διανδραγαθέω* "ser honrado hasta el fin") para satisfacer a nuevas necesidades al nivel de la palabra allí donde otras lenguas las creaban al nivel del sintagma, al que, por supuesto, tampoco él renuncia.

Con lo cual logra una ganancia esencial para el futuro: una clasificación máxima de la realidad en unidades fijas de una vez para siempre. Unidades no enteramente analizables, pero que se organizan entre sí en pequeños sistemas.

Estas palabras del griego son autónomas en el sentido de que llevan indicio de sus categorías y funciones. Aunque hay que advertir que el sistema es en realidad mixto (a veces la categorización o la función se indica con ayuda de otra palabra, como las preposiciones o la cópula) y que, como se dijo arriba, sólo el determinante lleva indicio formal de su función, no el determinado.

Así, la categorización empezada en la palabra se termina a veces en el contexto, e igual la función. Son ejemplos de ello la categoría del género, los casos sincréticos, etc.: sólo en contexto se distinguen el nom., ac. y voc. plurales, el masc. y fem. en tantos nombres y adjetivos, etc. Otras veces ocurre incluso que el fenómeno sólo tiene lugar en el contexto: de ello es ejemplo la determinación de los nombres por el artículo o la rección verbal. Hay poca utilización gramatical del orden de palabras.

En suma, los sintagmas fijos, gramaticales, con correspondencia regular de forma y sentido, apenas existen. Pero hay sintagmas

irregulares cuya forma nace de una cierta indeterminación de la palabra. Su autonomía, en efecto, sólo en parte es cierta.

Y con esto pasamos a hablar de la paradigmaticización. A la gran riqueza del léxico corresponde, en efecto, una paradigmaticización muy rica. Multiplicando las palabras del diccionario por las formas que de ellas dependen se obtendría un número de signos que mejoraría aún a favor del griego la estadística hecha arriba. La malla con que esta lengua envuelve a la realidad al nivel de la palabra se hace así más fina y exigente.

Ya se sabe que en las gramáticas y diccionarios sólo se admite la paradigmaticización al nivel del verbo, y al del nombre, en lo relativo a la declinación (en los diccionarios, a veces, se incluyen entre los nombres y adjetivos ciertos adverbios). Ello depende de que en general las relaciones formales y de sentido entre las formas son más regulares en estos casos. Pero observemos los hechos directamente.

Ante todo, en el verbo hay una gran irregularidad entre forma y sentido en los paradigmas. El modelo que suelen dar las gramáticas, λύω, apenas se repite en unos pocos verbos; y las tres conjugaciones de verbos denominativos proliferan mucho, pero dejan fuera a la masa de los verbos del griego. Las formas muchas veces se definen sólo por proporción: así distinguimos a veces, por ejemplo, los presentes de los aoristos. Hay bastante supletismo. Es preciso acudir con frecuencia a los alomorfos. En el nombre hay más regularidad, pero abundan también los alomorfos y el sincretismo, resoluble sólo por proporción y en el contexto. Calculo que para expresar tres números, tres géneros y cinco casos, esto es, 45 formas, bastaría con ocho morfemas más el cero y tres posiciones máximas (es decir, constando cada forma de una raíz, dos sufijos y una desinencia); pero en vez de ello los hay innúmeros, llenos de amalgamas y alomorfos, y no se evitan los muchos casos de sincretismo en que la función o categoría es decidida en último término por el contexto y no por la palabra, que pierde autonomía. En suma, hay una paradigmaticización complejísima y no fijada definitivamente sin ayuda del contexto; y ello, con frecuencia, sin que de una forma puedan deducirse las demás.

Pero además en derivados y compuestos, sobre todo nominales, se llega a una cierta paradigmaticización, mal recogida en gramáticas y diccionarios. Piénsese en que, por ejemplo, Liddell-Scott da 20 derivados de ἀληθ- "verdad", 32 de ἀγορά "plaza", 35 de γαμ- "casarse" (más 5 de ἀγαμ- y 3 de δυσγαμ-, etc.), 360 de αὐτο- "el mismo". Compárese el número de los derivados correspondientes en español y se verá la diferencia. Así logra el griego una gran facilidad para organizar las palabras en sistemas jerárquicos con estructuras en pirámide. Por ejemplo, de ἀγορά salen tres verbos, ἀγοράζω, ἀγοράομαι y ἀγορεύω; del primero y tercero salen a su vez derivados en -σις y -τής (y del primero también en -τός, -μα); pero también de ἀγορά salen ἀγοραῖος y ἀγορανόμος, que a su vez generan derivados. Con otros nombres hay sistemas paralelos. Se dirá que en todas las lenguas ocurren cosas parecidas. No hasta este grado: la estadística lo demuestra.

Así, la paradigmaticización reconocida tradicionalmente y esta otra se caracterizan, de un lado, por su importancia y frecuencia, y de otro, por la irregularidad en la correspondencia entre forma y sentido y por la parcial indefinición de las formas fuera de contexto. Las lenguas modernas heredan del griego una gran amplitud de vocabulario, pero con menos paradigmaticización; cuando la hay, tiende a ser más regular y más centrada dentro de la palabra o, si no, se completa mediante paradigmas de sintagmas. Ello no sólo en lo relativo a las conjugaciones perifrásticas, sino también a los regímenes con preposición no ayudada por un sistema casual. Y a que haya menos paradigmaticización dentro de la palabra contribuye precisamente el hecho de que las relaciones de la misma se expresen con frecuencia mediante elementos externos a ella, incluido el orden de palabras.

Importante también es en griego la facilidad de las transformaciones que conducen de una clase o subclase de palabras a otra: del adjetivo al adverbio, de cualquier forma verbal a un adjetivo (participio) o nombre (infinitivo, entre otras), etc. La transformación, como decíamos, es una especie de paradigmaticización, aunque no sea reconocida así tradicionalmente. Al nivel de la palabra la transformación es más fácil en griego que en las lenguas modernas, en que con frecuencia falla, por lo que hay que recurrir a perí-

frasis. También aquí contamos, sin embargo, con una gran herencia griega: la proliferación de adjetivos y abstractos, que tiene lugar a partir de la sofística y que en principio representa transformaciones del nombre en adjetivo (τέχνη-τεχνικός) y de unas subclases de nombres en otras (ρήτωρ-ρητορική), ha quedado como patrimonio de todas las lenguas posteriores y es el modelo de toda nuestra lengua intelectual.

Si queremos resumir ahora todo lo que llevamos dicho sobre el relieve dado a la palabra como unidad fundamental y a la importancia de su paradigmaticización, hemos de reconocer en el griego una gran capacidad de sistematismo, de espíritu de clasificación homogénea y regular. Y ello con unos procedimientos formales, derivados del indoeuropeo, que se plegaban nada más que medianamente a este sistematismo: irregularidad constante en la relación forma/sentido, deficiencias de la autonomía de la palabra, análisis poco claro de la misma. Sobre una base heredada que es común con otras lenguas, el griego, trabajosamente, ha desarrollado este aspecto clasificatorio y sistemático que es el modelo de todas las lenguas posteriores. Éstas han rebajado en cierta medida su uso del vocabulario y el paradigma y los han regularizado más que el griego, equilibrando en cierto modo la tensión excesiva entre forma y sentido creada dentro de esta lengua. La palabra, con esto, es más transparente y analizable, pero pierde densidad de información en beneficio del sintagma. En efecto, sobre base primitiva y poco adecuada, el griego logró una densidad de información en su léxico difícil de superar si no es por las lenguas científicas.

Pero no es la palabra la única unidad a la que el griego, a lo largo de su historia, presta un relieve excepcional. Hay otro hecho decisivo en su historia, decisivo, como el anterior, no sólo desde el punto de vista de esta lengua, sino también desde el de las lenguas posteriores. Es la creación de la oración compuesta y, sobre todo, del grupo subordinado, a que aludimos ya arriba.

Me refiero no a la subordinación lógica, implícita en las ideas, sino a la expresada gramaticalmente: es decir, a la combinación de una forma y una función con un sentido más o menos unitario. La oración compuesta nos es tan familiar, que no prestamos im-

portancia a su existencia. Pero es sabido que no existía en indoeuropeo, salvo, quizá, en un área lateral del mismo en el caso de las subordinadas de relativo. Existían, es verdad, algunas bases a partir de las cuales podía desarrollarse; y estos desarrollos se produjeron independientemente, hasta cierto punto, en diversas lenguas. Pero sólo culminaron en griego; y es por influjo de este idioma por lo que la subordinación alcanza verdadera difusión y regularidad en latín y otras lenguas como el gótico y el eslavo. En cambio, los inicios de subordinación existentes en védico quedaron en gran parte ahogados en el sánscrito clásico, que no estuvo en contacto con el griego. Así, en las lenguas occidentales la subordinación es en definitiva un fenómeno favorecido por el influjo del griego directamente o a través del latín. Y hoy que el influjo de estas lenguas está en retroceso, la subordinación decae cada vez más en nuestras lenguas.

La oración compuesta tiene, evidentemente, una importancia decisiva en la evolución del pensamiento humano al crear marcos fijos en las relaciones entre oraciones. Nuestros conceptos de tiempo, causa, consecución, etc. se han creado trabajosamente en la estructuración de las subordinadas antes de convertirse, sobre el modelo de la lengua, en un andamiaje de nuestro sistema de conceptos. Son las nuevas funciones que relacionan entre sí las unidades que son las oraciones simples para formar con ellas estas nuevas unidades, las oraciones compuestas que culminan en los períodos complejos de la prosa artística (Isócrates, etc.).

Es sabido que en griego la rigidez formal de la subordinación no es grande todavía. Un mismo tipo de relación tenía construcciones alternativas. Por ejemplo, en las completivas hallamos ya $\omega\varsigma$, ya $\delta\tau\iota$, ya infinitivo, ya participio; el optativo oblicuo no era obligatorio; había, en las finales por ejemplo, diferentes usos modales. En parte el uso de los modos de la subordinada era el mismo de la principal, por lo menos en época homérica: el pensamiento totalizante no era obsesivo. Las conjunciones debían entenderse a la luz del verbo de que dependían y del modo que llevaban. Aun así, la subordinación es un fenómeno decisivo.

Dondequiera que hay unidades, hay que hablar de paradigmas. Los paradigmas de oraciones son, naturalmente, los constituidos

por los distintos tipos de oraciones. El que se expresen mediante reglas (tradicionalmente) o mediante fórmulas de transformación (últimamente) no quita nada a esto. Son, como vemos, paradigmas sumamente complejos en que la relación entre forma y sentido no es todo lo uniforme y regular que se esperaría. Aquí la evolución, en las lenguas influidas por el griego, ha marchado en el mismo sentido que en el caso de la palabra y sus paradigmas. Se ha tendido a introducir más rigor, mayor simplicidad paradigmática, menos autonomía de las unidades inferiores, pero mayor definición de las mismas por marcas internas. Es una evolución que se abre paso dentro de la historia misma del griego, pero luego, sobre todo, dentro de la del latín y en las lenguas modernas.

De esta manera el griego, aprovechando desarrollos anteriores, ha dado el máximo relieve, junto a la oración simple, a otros dos núcleos, la palabra y la oración compuesta. En ellas aparece un pensamiento sintético y totalizante que, aunque todavía permite un cierto grado de análisis, percibe estas unidades o tiende a percibir las en bloque, por sí mismas, y las utiliza para clasificar la realidad y sus conexiones de un modo sistemático, mucho más que el indoeuropeo de que deriva y que las demás lenguas indoeuropeas, que, sin embargo, utilizan estas dos grandes creaciones o desarrollos del griego. El punto hasta el que las llevaron los griegos no ha sido rebasado, y más bien hay un cierto retroceso desde este punto de vista, aunque ello sea en beneficio de una mayor regularidad en la expresión formal y de una mayor importancia dada a las unidades intermedias.

Y con esto pasamos a hablar de otras unidades superiores todavía a estas aquí analizadas: las unidades literarias, a que al comienzo hicimos referencia.

Es posible que haya quien se extrañe de oír hablar de unidades literarias en un análisis de la tipología del griego. ¿Qué tendrá que ver, se dirá, la lengua griega con las creaciones literarias del pueblo griego?

Y, sin embargo, hemos visto que el desarrollo del vocabulario y de la oración compuesta son también creaciones del pueblo griego que tienen mucho que ver con el desarrollo de su pensamiento. Hoy hemos llegado a un punto en que no podemos aislar la lengua

de la literatura. La estilística es la puerta de paso entre estos dos mundos: es el estudio del aprovechamiento literario de recursos lingüísticos. Pero ¿qué es lo literario más que una potenciación de los recursos de la lengua? No hay límites entre el uso literario de la lengua y el uso convencionalmente considerado como no literario.

No es mi intención, sin embargo, hablar aquí hoy de estilística. Voy a volver al tema de las unidades lingüísticas.

Es claro que desde siempre las ha habido superiores a la oración. En un diálogo, por ejemplo, no hay duda de que la intervención de uno de los interlocutores, hasta que le contesta el otro, constituye una unidad en cuanto a la forma, a la función en el conjunto del diálogo, al sentido. Una unidad superior es el diálogo entero.

Todo esto es bien conocido. Pues bien, si volvemos a la literatura griega veremos que es esencial en ella la creación de formas cerradas, de unidades, diríamos, bien caracterizadas. En la epopeya existen motivos, procedimientos de composición, etc. que responden a una poética propia y se engarzan luego para constituir totalidades conforme a leyes diferentes de las nuestras, lo que ha tenido no poca parte de culpa en la hipercrítica de ciertos analíticos. Rechazándola como la rechazamos hoy, pese a la existencia de ciertos epígonos, no es menos cierto que la epopeya en su conjunto presenta una forma abierta, ampliable por naturaleza, mal definida formalmente.

Es a partir del siglo VII cuando aparecen las verdaderas formas cerradas en la literatura griega, que luego serán modelo de las de todas las literaturas. Piénsese en ciertos epodos de Arquíloco reconstruibles en lo esencial y luego en Safo, en Solón, en Píndaro; después en el teatro, en la oratoria, en el diálogo platónico, etc.

En nada, salvo en su amplitud, se diferencian estas unidades de las que hemos estudiado hasta ahora. Conocemos las marcas formales que las demarcan, p. ej., la composición en anillo o la invocación inicial al dios, o ciertos temas iniciales pindáricos, o el prólogo y el éxodo de la tragedia, o el exordio y peroración de los discursos. Conocemos las unidades inferiores que comprenden. El análisis es especialmente hacedero en la tragedia, con sus coros,

comos, epirremas, antilogías, resis, esticomitias, monodias, etc., por no hablar de elementos menores, como catálogos, símiles, máximas, distintos tipos de plegaria, etc. En otros géneros se pueden hacer análisis semejantes. Estos elementos, claro está, poseen rasgos formales que los definen y están unos respecto a otros en una determinada función. La distribución puede, naturalmente, hacer que la función de un elemento sea diferente: una plegaria, una determinada forma ritual o no desempeña un papel diferente en diferentes lugares. Puede haber así un mismo elemento en funciones diferentes y una misma función desempeñada por elementos diferentes, es decir, por alomorfos. Absolutamente igual que en los niveles considerados comúnmente como gramaticales.

Se podrá decir que éstos son hechos conocidos y generales. Es cierto. Pero es importante que en Grecia se constituyeron por primera vez, sobre esas unidades elementales, otras cerradas de carácter complejo. Himno, mito, máxima, fábula, narración épica y otros elementos se sintetizan, con formas y distribuciones relativamente fijas, en el poema arquiloqueo o pindárico. El teatro constituye una síntesis más amplia aún. El gran error, creemos, de tantas interpretaciones de los orígenes del teatro, a partir del propio Aristóteles, está en pretender encontrar ya lo esencial de la tragedia y la comedia en los poemas líricos de que, según esos autores, salieron (el ditirambo y el himno fálico respectivamente) en vez de reconocer esa síntesis de elementos varios, antes relacionados entre sí de otro modo y, por tanto, con diferente función y sentido. Pero es la retórica donde de manera más clara y consciente los propios griegos fueron elaborando una teoría sobre los elementos del discurso y las funciones de los mismos.

El contenido de estas unidades literarias, como el de tantas palabras y oraciones compuestas, emigró hasta nosotros: en Grecia está el origen de nuestras formas literarias, como el de tantos esquemas de nuestro vocabulario y categorías mentales. Pero también en este caso la formalización a que llegaron los griegos fue a veces alternativa o incompleta. Los mismos temas, por ejemplo, se han tratado en géneros literarios diversos. No hubo nunca una simplificación radical de la forma: lo que hay solamente es el principio de que debe crearse una síntesis bien estructurada que

tenga expresión formal aunque sólo pueda a veces interpretarse con ayuda del análisis de las partes componentes o del contexto superior. Por otra parte es claro que el grado de libertad en cuanto a los elementos componentes y su distribución aumenta según se asciende jerárquicamente a través de las diversas unidades.

Aquí, como en los casos anteriores, el griego logra un máximo de información, de síntesis y de unidades y tipos fijos que se reparten un campo amplio; pero con paradigmaticación irregular y correspondencia imperfecta entre forma y sentido. Ello puede crear una cierta ambigüedad, pero es al tiempo factor de libertad aprovechable para creaciones siempre nuevas. El papel del griego para el futuro ha sido tan decisivo en lo relativo a estas unidades como en lo que toca al desarrollo de las anteriores. Y también en este caso nos hallamos ante un desarrollo que ha surgido a lo largo de la historia de la lengua griega y de la cultura de su pueblo. Lo que prueba que, como decíamos al principio, una lengua de cultura se hace, no nace. Pero sólo el griego se ha hecho por sí mismo, sin influjos extraños. Éste es, en lo fundamental, el sino de su lengua y el de toda su cultura.

Todo ello nos lleva a un campo de especulación abordado por algunos lingüistas como Jespersen, pero generalmente olvidado: el de si hay un progreso en la historia lingüística. Nos parece claro que el griego introduce un progreso en los aspectos que hemos indicado, pero no lo es menos que no hay que tomar esta palabra de un modo absoluto. Las lenguas posteriores, que se han beneficiado de sus ganancias, las han asimilado en forma propia, según hemos visto. El papel del léxico y el paradigma ha disminuido en cierto modo, así como el de la subordinación y el de los géneros y formas literarias fijas. Se ha abierto mayor campo al juego de las unidades intermedias, es decir, intervienen más ampliamente diversos niveles jerárquicos. No podemos decir, *a priori*, que esto sea un retroceso respecto al griego. Las lenguas modernas responden a un tipo de cultura nacido en Grecia, es cierto, pero que tiene hoy día rasgos individuales muy acusados; habría que investigar la adecuación a él de sus nuevos tipos lingüísticos.

Volviendo a la tipología del griego se recordará que al comienzo dijimos que convenía prestar atención no sólo a las uni-

dades y a los paradigmas en que se integran, sino también a las categorías y las funciones, implícitas, por otra parte, en los paradigmas. Consideramos que en este campo la originalidad del griego era menor y que, por tanto, era preferible comenzar por los otros. Así es, creemos. Y, sin embargo, conviene decir también alguna cosa sobre las categorías y funciones y su expresión gramatical, aunque bastante se ha anticipado ya: de esta manera veremos a partir de qué presupuestos de partida ha desarrollado el griego aquellas otras características que calificábamos de creaciones culturales surgidas a lo largo de la historia de la lengua.

Porque todo progreso lingüístico se desarrolla sobre la base de elementos arcaicos destinados originariamente a funciones diferentes. Por lo que respecta al griego, que en este caso coincide con otras lenguas indoeuropeas, podemos señalar, como ejemplos, algunos de estos elementos arcaicos.

El género, por ejemplo, supone en su origen una visión animista del mundo, provisto no sólo de rasgos animados allí donde hoy no los vemos, sino también de rasgos masculinos y femeninos donde hoy no son aparentes. De igual modo, la difusión de la oración de tipo bipartito, con sujeto enfrentado a un verbo, es el resultado, en un comienzo, de una visión mítica y antropomórfica del mundo. Hoy no interpretamos así frases como *el sol sale* o *la gota horada la piedra*, pero no hay otra explicación para su origen. Es bien sabido que hay lenguas que equiparan formalmente el sujeto de un verbo intransitivo y el complemento de uno transitivo, tal el vasco y lenguas caucásicas: son formas no flexionadas, mientras que el sujeto de un verbo transitivo va en el caso llamado ergativo, que indica propiamente el agente. Hay precisamente una hipótesis, de Martinet y otros, que ve en la -s del nom. sg. ide. una antigua desinencia de ergativo. En efecto, desde sus comienzos el ide. relaciona estrechamente sujeto y verbo mediante una referencia cruzada que no existe, por el contrario, en él entre verbo y complemento tal como, según antes decíamos, ocurre en vasco, caucásico y húngaro. Por lo cual la oposición nom./ac., como la de los géneros, aparece dentro del indoeuropeo y en él se desarrolla al máximo, pasando, en un momento dado, a ser un simple útil gramatical desprovisto de su valor original, al menos en muchos

casos. En esto el griego va, como decimos, con las lenguas indoeuropeas antiguas y modernas; aunque es cierto que algunas se van liberando de estos esquemas, como el inglés para el género o el español cuando puede prescindir fácilmente del sujeto.

Otra evolución sobre lo arcaico consiste en que la dificultad para el análisis de la palabra ha aumentado en griego a lo largo de su desarrollo. En efecto, mientras que cualquier tratado de gramática histórica nos hace ver que formas inanalizables, como ἑλίου ο λύει, eran claramente analizables en una fase anterior, en cambio otras veces, cuando los paradigmas se han creado por oposición entre temas en principio independientes, se ha logrado posteriormente un cierto análisis de los mismos que conocemos con el nombre de gramaticalización: en una forma como λυσα-, que era en bloque una amalgama de un lexema y de una característica de aoristo, se ha atribuido a éste una forma independiente -σα-.

Esto, que no es más que un par de pequeñas muestras, nos hace ver cómo características que luego serán esenciales, tales el carácter semianalizable de la palabra o el desbordamiento de ésta en la frase para su definición más completa, se han desarrollado sobre rasgos tipológicos varios y, desde luego, de intención diferente. Por eso una lengua es un almacén de fósiles cuya función originaria sólo el lingüista logra trabajosamente intuir.

El griego ha partido en su historia de una lengua basada ya, aunque no tan decididamente, en la palabra y el paradigma, no en el morfema como las uralaltaicas y algunas americanas. Estos paradigmas eran de tipo flexional dentro de la palabra, no dependían de los tonos o del orden de palabras o de diversos sintagmas, como en lenguas orientales y, hasta cierto punto, en inglés.

No ha hecho, pues, el griego más que acentuar ciertos rasgos del indoeuropeo. Y esta acentuación, que hemos atribuido a la época histórica, estaba, por así decirlo, presagiada desde una etapa muy anterior.

Si son ciertas las ideas que he expuesto en varios lugares sobre la historia del indoeuropeo, el desarrollo de la paradigmaticización, con la consiguiente extensión de la red de categorías y funciones en que están inmersas las palabras, sucedió en un momento pos-

terior a la separación del grupo del hetita y del indoeuropeo anatólico en general. Es el del griego y del sánscrito el que llevó más lejos la paradigmaticización en el dominio del verbo; y, dentro del grupo, sólo en griego aparece extendida hasta sus últimas consecuencias: atribución de aspectos verbales sistemáticos tanto al tema de presente como al de aoristo, posibilidad de tener a mano formas nominales (nombres y adjetivos) que presenten todas las categorías del verbo. Es cierto que, en cambio, la flexión nominal se hace más limitada que en otras lenguas. Pero esto se compensará luego sobradamente con desarrollos cuasiparadigmáticos del vocabulario que hemos estudiado y con el desarrollo cuasiparadigmático también de las transformaciones igualmente aludido.

Es, pues, muy amplia y completa la cuadrícula que el griego impone a sus lexemas, y ello desde edad antigua y con ayuda de procedimientos formales muy complicados e irregulares, herencia de épocas en que las categorías y funciones en cuestión se crearon trabajosamente sobre un material diferente a base de fenómenos de polarización, atracción e infección. En época histórica, incluso dentro de la gramática se llegó más lejos en algunos casos: piénsese en la creación del artículo, de los modos con $\alpha\upsilon$ y $\kappa\epsilon\upsilon$, de los irreales. Son procedimientos que hacen excepción dentro de los del griego en cuanto que no utilizan ya la misma palabra, sin duda por ser de origen más reciente.

Las categorías y funciones de que se sirve el griego son, por supuesto, de origen indoeuropeo y en cierta medida proceden del indoeuropeo posterior al desgajamiento del anatolio; hay, sin embargo, algunos rasgos específicos. Se ha notado a veces el retroceso de las categorías y relaciones concretas: faltan en el nombre los casos concretos, faltan también ya como sistema vivo los verbos desiderativos, iterativos, etc. que ciertos gramáticos se obstinan en descubrir allí donde no los hay; ha desaparecido el dual. En cambio, el verbo griego constituye un ensamblaje acabado de categorías muy abstractas y generales. Lo característico es que en una forma pueden entrecruzarse varias de éstas en número superior al de otras lenguas: una forma tiene a la vez, en el caso óptimo, persona, número, tiempo, modo, aspecto y voz. Son categorías que, salvo la del tiempo y la del aspecto, juzgan la acción verbal no

por sí misma, sino desde el punto de vista del hablante y de su momento. Y aun esas dos tienen un carácter muy general, nada concreto. Esta generalidad la hallamos también, como decimos, en la flexión nominal.

Todas estas clasificaciones tienen lugar, lo hemos visto, al nivel de la palabra, aunque hay que hacer ciertas correcciones, ya indicadas, a esta afirmación general. Las más de ellas proceden de esa fase del indoeuropeo a que nos referíamos, pero ha habido eliminación de algunas categorías y funciones menos genéricas y desarrollo de otras que lo son más.

El griego como armazón gramatical procedente del indoeuropeo, tal cual lo encontramos en Homero, no es, pues, infiel a la línea lingüística de que deriva, pero ha introducido un sistematismo y variación mayor en sus clasificaciones, las ha entrecruzado más abundantemente y les ha dado un carácter más general, con lo cual ha preparado un desarrollo sucedido luego a lo largo de su historia y completamente inseparable de su destino como expresión de la cultura griega. Este desarrollo continúa en la misma dirección. Sobre unas bases formales más bien irregulares y poco coherentes se ha completado ese núcleo sintético de clasificación de la realidad que es la palabra organizada en paradigmas. Y este núcleo ha sido completado por el de la oración simple, unificada formalmente también en las otras lenguas indoeuropeas por el desarrollo de los verbos copulativos y del uso del sujeto; pero, sobre todo, por hallazgos más específicamente griegos, aunque, como siempre, sobre bases comunes: la oración compuesta en que interviene una subordinada y las formas literarias. Así, el análisis de la realidad puede hacerse desde distintos niveles jerárquicos más o menos elevados y más o menos analíticos. Lo que destaca es la tendencia a la síntesis allí donde en otras lenguas se empleaban unidades más abiertas y menos formalizadas, y ello pese a que se parte de una misma base común, inadecuada en definitiva. Esta tensión entre la ambición sistemática del griego y su endeble andamiaje formal es, en efecto, muy característica de él y no constituye una de las menores causas de su dificultad. Es como un bello edificio funcional hecho a base de materiales de derribo.

Así, en definitiva, el griego es la primera lengua de cultura y ha sido como tal el modelo de las demás. Tenía ya una estructura que favorecía especialmente, dentro del tipo general indoeuropeo, una clasificación multiforme y sistemática de la realidad; sus desarrollos posteriores no hicieron más que aumentar la eficacia de la lengua en este sentido.

De aquí se deduce cuán errónea es la posición de quienes, por pretender una descripción elemental y sumaria de lenguas iliterarias, tratan de separar radicalmente el campo de la Lingüística y el de la Literatura. Son continuación el uno del otro o, si se quiere, el mismo. Las lenguas de cultura son también lenguas o, por mejor decir, son lenguas especialmente potenciadas para lograr una descripción de la realidad y unos efectos impresivos y expresivos superiores a los habituales. Sería un error introducir un corte, pues estos efectos se logran con procedimientos rigurosamente lingüísticos. Es algo así como la diferencia que existe entre las plantas naturales y las plantas cultivadas. Sobre una base natural imprescindible, éstas logran frutos que a las primeras no son dados. En cierto modo la moderna lingüística descriptiva continúa, en su tendencia antiliteraria, el espíritu de la antigua lingüística histórica y comparada. Y aspira a asimilar la lengua lo más posible a un sistema de signos elementales y primarios. Contra esta tendencia hemos de reaccionar. La Lingüística ha nacido del estudio de las ciencias humanas. Es bien cierto que a veces ha sido poco rigurosa, se ha dejado llevar por apriorismos relativos al sentido en vez de atender a la forma como guía, etc. No menos cierto es que el estudio del estilo y de la composición literaria ha sido llevado a veces con criterios estetizantes y subjetivos, ajenos a lo que deben ser los métodos lingüísticos. En todo esto hemos aprendido y debemos aprender más de la lingüística moderna. Pero ésta, a su vez, tiene que aprender mucho de una consideración cultural y literaria de la lengua si no quiere reducirse a un juego con unos elementos paupérrimos o poner su ideal en la lengua de la matemática o la logística, es decir, en una lengua alejada de las llamadas, a veces despectivamente, lenguas naturales. A nosotros son las lenguas naturales y, dentro de ellas, las que pudiéramos llamar lenguas cultivadas las que espe-

cialmente nos interesan. En ellas culminan las posibilidades abiertas a los sistemas lingüísticos. Y ello afecta a lo más íntimo de su estructura.

Es cierto que las lenguas naturales, y en primer término el griego, ofrecen clasificaciones, en el campo de la gramática y en el del léxico, a las que se ha atribuido un valor absoluto que no tienen, constituyendo así a veces una rémora para el progreso científico. Se ha dicho a veces que si Aristóteles, en vez de escribir en griego, lo hubiera hecho en otra lengua, toda nuestra metafísica sería diferente. Se ha criticado hasta la saciedad que se haya considerado como una unidad de contenido el verbo sustantivo griego, de valores múltiples. Los sistemas de símbolos, tal el de la lógica, y toda la terminología científica moderna son en realidad intentos para llegar directamente a la realidad del mundo por encima de los sistemas de la gramática y del vocabulario helénicos, y ello a veces con vocablos del mismo griego. Es decir, no sólo, claro está, de la gramática y del vocabulario griegos, sino también de los de las lenguas modernas en la medida en que coinciden, por herencia indoeuropea común o por préstamo, con el griego. Es un intento por acabar con las ambigüedades, con los usos neutros, con la multifuncionalidad, con el carácter pretendidamente absoluto de ciertas categorías y clasificaciones.

Arriba hemos hablado del progreso de las lenguas y hemos dicho que esta idea, dentro de unos ciertos límites, debe aceptarse y que el griego constituye el verdadero salto adelante, luego imitado en mayor o menor medida, para crear una lengua que formalice el mundo de la cultura. Ahora nos preguntamos si las lenguas así creadas, este semigriego que es la *κοινή* lingüística del mundo moderno, responde verdaderamente a sus necesidades. Pues es chocante que en nuestros días sigamos diciendo que el sol sale y que la gota horada la piedra, confundiendo copulación y existencia, tratando como entidades reales a puras abstracciones, dando un valor absoluto al tiempo y al espacio, haciendo clasificaciones viejas de dos mil quinientos años.

La necesidad de crear terminologías científicas y simbolismos lingüísticos diversos prueba que evidentemente nuestra lengua

usual, como su antepasada la griega, se ha hecho insuficiente para ciertos usos. Ahora bien, parece no menos cierto que los defectos y limitaciones del griego y de las lenguas modernas que se apoyan en su tradición son inherentes al hecho mismo de ser lenguas, es decir, sistemas de clasificación, en definitiva, y sistemas de clasificación que utilizan signos en cierta medida multifuncionales y ambiguos, que en la cadena hablada se determinan unos a otros variamente cuando no sufren neutralización. Hemos descubierto que las clasificaciones lingüísticas son arbitrarias; que es ilusoria nuestra tendencia a creer que detrás de cada palabra hay una cosa unitaria. Pero no es menos claro que no puede hablarse sin hacer clasificaciones semejantes, esas u otras. Es decir, la conciencia de la limitación de la lengua no hace menos inevitable su uso.

Y en esas limitaciones no todos los aspectos son negativos. De ahí vienen nuestras posibilidades, pequeñas o grandes, de comprender la realidad, de reducir a entidades coherentes y afectadas por relaciones también coherentes e inteligibles su carácter continuo e inanalizado. Y del carácter fluctuante del signo y de sus múltiples posibilidades de combinación nace la posibilidad de que la lengua sea una cosa abierta, capacitada para ser ampliable individualmente a fin de captar cada vez más matices de la realidad.

Volvemos con esto al griego y terminamos. Con él, resumiendo, se creó por primera vez una verdadera lengua de cultura. Esto se reflejó en el sistema de sus unidades y en sus paradigmas, como hemos tratado de hacer ver. Y hubo un influjo, inmediato o mediato, sobre las lenguas que vinieron detrás, aunque la copia no fue servil, antes bien, muchas de ellas alumbraron nuevas posibilidades y perfeccionaron o limitaron, según los casos, los recursos del griego. Este tipo lingüístico o grupo de tipos lingüísticos, de origen indoeuropeo pero modelados por el griego y ampliados luego con determinadas innovaciones, es el que ha conformado nuestra imagen del mundo y creado nuestra sensibilidad. El griego continúa actuando, por personas interpuestas como si dijéramos, sobre nosotros. En ciertos campos limitados necesitamos hoy salirnos, evidentemente, de las llamadas lenguas naturales: el mismo vocabulario científico tiene en el fondo rasgos distintos del de éstas. Pero en la lengua de la vida corriente no podemos. Y en

esta lengua de la vida corriente, los esquemas del griego son todavía poderosos. Hemos tratado de explicar aquí en qué consisten en esencia y cómo se superpusieron a una base indoeuropea que es, por otra parte, la de nuestras mismas lenguas.

FRANCISCO R. ADRADOS

EL SUBSTRATO PREGRIEGO: OJEADA HISTÓRICA Y PANORÁMICA ACTUAL

Los estudios sobre el substrato pregregio, cuya antigüedad dentro de la filología griega alcanza casi el siglo, han pasado por diferentes vicisitudes que podríamos agrupar en las siguientes fases:

1.º Una fase previa de tanteo y descubrimiento de vestigios no helénicos dentro de la lengua griega, especialmente en la toponimia y onomástica.

2.º Una fase, empírica, de recogida y clasificación de materiales.

3.º Una fase de organización y estructuración de estos materiales siguiendo el método de la reconstrucción interna.

4.º Una última fase positiva en la que, mediante la comparación con las lenguas conocidas de la cuenca del Egeo y el desciframiento de los textos pregregios en escrituras prealfabéticas, parece estarse a punto de resolver definitivamente el enigma de las lenguas habladas en el territorio ocupado por los griegos antes de su llegada.

I

La teoría de la acción del substrato, tanto en los vestigios dejados en el léxico como en sus efectos estructurales sobre la lengua (p. ej., en las alteraciones del sistema fonológico¹, con las consi-

¹ Sobre esta cuestión, cf. recientemente SZEMERÉNYI *Structuralism and Substratum. Indo-Europeans and Aryans in the Ancient Near East* (Lingua XIII 1964, 1-29).

guientes reorganizaciones del mismo y sus secuelas en la morfología), tardó en aplicarse a la indogermanística. Fueron los grandes romanistas del siglo pasado (Diez, Ascoli, Gröber) los primeros en observar, en pugna con el dogma neogramático de la "Ausnahmelosigkeit" de las leyes fonéticas, que las diferencias idiomáticas y los límites de las mismas dentro de la Romania estaban en última instancia determinados por las lenguas prelatinas. Los indoeuropeístas no daban la impresión de haberse percatado de algo que hoy nos parece tan obvio hasta que Hirt en 1894² traspasó al indoeuropeo la noción de substrato. La fragmentación dialectal del indoeuropeo, al igual que la del latín vulgar, se aclararía por la transmisión de la lengua de los dominadores indoeuropeos a las diferentes poblaciones sometidas. A partir de este momento, y sobre todo con posterioridad a la publicación de la célebre *Einführung in die Geschichte der griechischen Sprache* (Göttinga, 1896) de Kretschmer, la expansión indoeuropea se concibe no a la manera de una ocupación de territorios deshabitados, sino como una "Indogermanisierung", una "indoeuropeización" de pueblos de lengua diferente, y se abandonan los criterios etnológicos y arqueológicos para investigar el substrato con criterios estrictamente lingüísticos.

La fama de la obra de Kretschmer ha oscurecido ciertos precedentes de su descubrimiento que es de justicia mencionar. Pott había observado en 1853 que en la toponimia griega había una serie de nombres con un sufijo -vθ- que correspondía a un -nd- microasiático y que a uno y otro lado del Egeo aparecían topónimos en -ss- que no hallaban una etimología griega clara. Con posterioridad Meyer³ aumentó la lista de sufijos a -(σ)σος, -vδα, -δα, -να, -μος, -ρα, -λα, -κος, -τα, -ζα, -πα, -(ο)υα, -γος (con sus variantes) coincidiendo con él en lo fundamental este mismo año Pauli⁴. Pero mientras Meyer consideraba que estos sufijos

² HIRT *Die Verwandtschaftsverhältnisse der Indogermanen* (Indog. Forsch. IV 1894, 36-45).

³ MEYER *Die Karier, eine ethnographisch-linguistische Untersuchung* (Beitr. Kunde Indog. Spr. X 1886, 147-202; una lista de topónimos en 157-172 y otra de sufijos en 173-198).

⁴ PAULI *Altitalische Forschungen* II, 1, Leipzig, 1886, cap. *Eine vorgriechische Inschrift von Lemnos* (cf. especialmente págs. 44 ss.).

eran carios y de origen indoeuropeo, Pauli los atribuía a un grupo lingüístico no indoeuropeo que incluía el lemnio ("pelágico"), el etrusco, el licio, el cario y el lidio. Desde los principios mismos de los estudios de substrato pregregio se percibe un desacuerdo en el enjuiciamiento del material considerado que habría de continuar con Kretschmer y perdurar, como veremos, en la actualidad.

Kretschmer se mostraba convencido en la *Einleitung* de que Asia Menor había sido habitada por pueblos que, con excepción de los frigios, no eran ni de raza semita ni indoeuropea, pero ofrecían una unidad lingüística según demostraban las concordancias en la toponimia y en la onomástica. Tal era lo que ocurría con el sufijo -vθ- que presentaban topónimos griegos como Τίρυνς / -vθος, Κόρινθος, etc., a los que respondían nombres microasiáticos con -vδ- ("Αλινδα, Πλινδα, Κάλυνδα, etc.) y que reaparecía en apelativos como ἀσάμινθος, μήρινθος, ἐρέβινθος, ἔλμινς / -vθος, etc. Ciertos de ellos, como λαβύρινθος (cf. cario Λαβραυνδα), estaban en clara relación con la cultura minoica. Correlación con la toponimia microasiática mostraban asimismo los nombres en -σσ-: Κνωσσός, Καρνησσόπολις, Ποικιλιασσός, Ἀμνισός en Creta; Ὑμηττός, Βριληττός, Γαργηττός, Σφηττός, Κηφισός en el Ática; Μυκαλησσός, Παρνασσός, etc. Igualmente aparecían como pregregios otros nombres en -αρν-: Φαλασάρνα, Ἀλασάρνα, Ἰδάρνη, Τάβαρνος, Ἀτάρνη, etc.

II

Con posterioridad a la publicación de la *Einleitung* de Kretschmer los estudios sobre el substrato pregregio se multiplicaron, alentados por los descubrimientos arqueológicos que habían dado a conocer la civilización cretomícenica. Las tablillas descubiertas en Creta con un tipo de escritura pictográfica y lineal, las inscripciones de Praios (siglos VI y IV), la de Lemnos y las escritas en silabario chipriota venían a dar la razón a las tradiciones griegas sobre los primitivos habitantes de la península y de las islas: pelasgos, léleges, carios. A partir de comienzos de siglo se puso de moda hablar de un substrato "egeo".

En 1905, siguiendo los pasos de Kretschmer, Fick publica en Gotinga sus *Vorgriechische Ortsnamen*, en los que recoge una lista de topónimos de supuesto origen pregriego y que atribuye a diferentes pueblos (hititas, pelasgos, léleges, cidonios, ilirio-mesapios, tracios, frigios, fenicios) según la respectiva etimología (o falta de ella) de sus raíces y el lugar de su aparición. Para Creta asigna un gran valor al conocido pasaje de la *Odisea* (τ 172-177)

Κρήτη τις γαί' ἔστι...

...ἐν μὲν Ἀχαιοί,

ἐν δ' Ἑτεόκρητες μεγαλήτορες, ἐν δὲ Κόδωνες,

Δωριέες τε τριχάικες δῖοι τε Πελασγοί.

El concepto del substrato pregriego era muy elástico y susceptible de ampliarse; así Meillet⁵ atribuía una serie de palabras del griego y del latín a un común substrato mediterráneo: ὕακινθος / *uaccinium*, κυπάρισσος / *cupressus*, μίνθη / *menta*, ῥόδον / *rosa*, λείριον / *lilium*, σῦκον / *figus*, οἶνος / *uinum*. Poco después Cuny⁶ les asignaba también una procedencia común mediterránea a ciertos términos semíticos que tenían sus equivalencias en griego, como κάδος o σάκ(κ)ος.

El método que se seguía en estos estudios era el de establecer listas de palabras y clasificarlas por grupos semasiológicos. Y, como es natural, el caudal de formas prehelénicas que se encontraban en griego iba en progresivo aumento. Debrunner⁷ recogía en un amplísimo catálogo nombres de plantas (νάρκισσος, κυπάρισσος, ἀψίνθιον, τερέβινθος), de animales (βόλινθος, κάραβος, σαυρος), de piedras y minerales (κασσίτερος, αἰθήρος, ἄσφαλτος), de objetos (λήκυθος, κέραμος, ἀσάμινθος), de instrumentos musicales (βάρβιτος, κιθάρα, μάγαδις, σαμβύκη, σίκιννις); aparte de otros que atañían a la terminología marítima (θάλασσα, κυβερνάω, κάλως), militar (ἄσπις, θώραξ), religiosa (θίασος, θύρσος,

⁵ MEILLET *De quelques emprunts probables en grec et en latin* (Mém. Soc. Ling. XV 1908-1909, 161-164).

⁶ CUNY *Les mots du fonds préhellénique en grec, latin et sémitique occidentale* (Rev. Ét. Anc. XII 1910, 156-164).

⁷ DEBRUNNER en págs. 519-528, y especialmente 525, del artículo *Griechen* de EBERT *Reallexikon der Vorgeschichte* IV 2, Berlín, 1926, 508-529.

καθαρός, διθύραμβος, θρίαμβος, ἱαμβος, ἰθυμβος) y política (βασιλεύς, ἄναξ, τύραννος, πρύτανις). En lo que respecta a la toponimia, Haley y Blegen⁸ reunieron una lista de los topónimos comunes a Grecia y a Asia Menor o que mostraban idénticos sufijos del tipo de -vθ-, -σ(σ)-, -λ-, -μ-, -μν-, -ν-, -ρ-, -τ-, -θ-, -ην- y trazaron el mapa de su distribución deduciendo de ésta ciertas conclusiones históricas. Lo propio hacía en 1954 Schachermeyr con mayor aparato de mapas y de nombres en un documentadísimo trabajo⁹ que puede considerarse como la culminación de más de medio siglo de estudios sobre el substrato. Los sufijos que le sirven de base para su clasificación son -σ(σ)-, -ντ- (incluidos -vθ-, -vδ-), -ρ-, -λ-, -μ-, -ν-, -μν-.

Los defectos de los métodos de investigación vigentes durante este período son obvios: por un lado, la falta de un criterio firme para discernir lo no griego de lo griego, porque a nadie se ocultaba que muchos vocablos con sufijos pregriegos, como μῦνονθα, πέτασος, τάμισος, tenían una raíz netamente griega, y surgía la duda de si podía ocurrir lo mismo con otros cuya etimología, aunque griega, no fuera a primera vista aparente. Por otro lado, el concepto de substrato se convertía en un cómodo cajón de sastre para atribuir a sus efectos multitud de fenómenos mal explicados, incurriéndose con ello en el defecto metodológico de explicar *obscura per obscuriora*. Así se imputó a la acción del substrato el tránsito $\bar{\alpha} > \eta$ del jónico, la aspiración de *s-*, la asibilación de *-ti-*, etc.

III

Así las cosas, en 1925 aparece un importante artículo de Kretschmer sobre el sufijo *-nt-*¹⁰ que demuestra su existencia en indoeuropeo y su función en ilirio, en que denota pertenencia geográfica análoga a la del griego -vθ- y a la del egeo microasiático

⁸ HALEY *The Geographical Distribution of Pre-Greek Place Names* (*Am. Journ. Arch.* XXXII 1928, 141-145); BLEGEN *The Geographical Distribution of Prehistoric Remains in Greece* (*ibid.* 146-154).

⁹ SCHACHERMEYR en cols. 1494-1548 de *Prähistorische Kulturen Griechenlands* (*Realenc.* XXII, Stuttgart, 1954, 1350-1548).

¹⁰ KRETSCHMER *Das nt-Suffix* (*Glotta* XIV 1925, 84-106).

-vð-. Basándose en estos hechos y en el desciframiento del hitita, que había revelado la penetración de pueblos ide. en la cuenca oriental del Mediterráneo en fecha muy anterior a lo que se había creído, Kretschmer determinó poco después la existencia de un estrato protoindoeuropeo en dicha zona¹¹. En efecto, en el pre-griego, en el etrusco, en el licio y en el lidio se habían podido encontrar ciertas analogías con el ide. que Kretschmer explica atribuyéndolas a un estadio protoide. concebido como una fase primitiva del ide. anterior al "Urindogermanisch", es decir, a la separación entre las lenguas *centum* y *satəm*. Para la cuenca del Egeo, Kretschmer admite tres estratos: 1.º, uno no ide.; 2.º, la "protindogermanische Schicht" que cae en la época de la cultura cretense y minoica; 3.º, el estrato propiamente ide. que comienza con la invasión de los griegos¹².

Los resultados a que conduciría la hipótesis de Kretschmer, que retrotraía en el tiempo la existencia de indoeuropeos en la cuenca occidental del Mediterráneo, fueron importantes. En 1937, el profesor búlgaro Vladimiro Georgiev escribía su obra *Die Träger der kretisch-mykenischen Kultur, ihre Herkunft und ihre Sprache* (Sofía, 1937-1938), en la que se asignaba origen ide. a los habitantes de la Grecia pregriega identificándolos con los ilirios. Las críticas a que condujo su trabajo le hicieron reemprenderlo con una base científica más amplia. En 1941 aparecía en Sofía la primera entrega de su *Vorgriechische Sprachwissenschaft*, que sería continuada en 1945 con una segunda. Una primera parte estaba destinada a un excelente resumen del estado de la cuestión, y en el segundo capítulo, el más importante de su trabajo, se fijaban en sus líneas generales los rasgos de un idioma ide. de substrato al que prudentemente calificó de "pelásgico" o de "pregriego". Lo que condujo a Georgiev a trazar las líneas generales de la fonética del pre-griego

¹¹ KRETSCHEMER *Die protindogermanische Schicht* (ibid. 300-319).

¹² El término "protoindoeuropeo" fue acuñado con anterioridad por Ungnad, que colocó la separación del grupo lingüístico luvita-hitita en un período al que llamaba "vorindogermanisch" reservando el adjetivo "indogermanisch" para el grupo que posteriormente se escindiría en lenguas *centum* y *satəm* (cf. KRETSCHEMER o. c. en n. 11, pág. 302). Al estrato no ide. correspondería el sufijo -ss- y al protoindoeuropeo -vð- según Kretschmer.

fue una comparación de las palabras tenidas por “pregriegas” con otras de lenguas ide. P. ej., πύργος desde Prellwitz se había puesto en relación con el germánico *Burg* < *bh₁rg_h-, pero las dificultades fonéticas obligaron a descartar la hipótesis, ya que en griego, habida cuenta de la ley de Grassmann, del tratamiento de *ῥ* y de que la aspirada sonora ide. está representada por la sorda, sería de esperar un *πάρχος. Ahora bien, observando la forma πύργος se nota: 1.º, que, como en gr., en ella ha intervenido la ley de Grassmann; 2.º, que *-ῥ- está representada por -ur-; 3.º, que ha mediado una mutación consonántica (la aspirada sonora -gh- está representada por una sonora, la sonora *b* resultante de la disimilación de aspiradas pasa a sorda); 4.º, que la ley de Grassmann ha operado aquí con anterioridad a la “Lautverschiebung”.

Aplicando este método de trabajo, Georgiev pudo esbozar una fonética del “Vorgriechisch” cuyos rasgos principales serían los siguientes:

1. Las vocales ide. se mantenían, y únicamente *o* pasaba a *a* como en albanés: pregr. ταχύς “rápido” / ai. táku- “apresurado” (< *toku-s); pregr. φάστν / ai. vástu “sitio, lugar” (< *wostu); pregr. ἄμβων / gr. ὀμφαλός / lat. umbō < *ombhōn “saliente redondeado”.

2. Las sonantes líquidas y nasales, *ῥ*, *l*, *ṛ*, *n*, daban tratamientos del tipo *ur* (*ir*), *ul* (*il*), etc.: pregr. πύργος / gót. *Burg*; pregr. τύμβος / gr. τάφος < *dh₁m₁bhos.

3. Tenía lugar una mutación consonántica como en armenio o en germánico:

a) Las sordas ide. *p*, *k*, *t* pasaban a aspiradas *ph*, *kh*, *th* (gr. φ, χ, θ): pregr. φύλαξ / gr. πύλη “puerta” (“el hombre de la puerta”); pregr. ταχύς / ai. táku-; pregr. θύρσος, eslov. *ters* < *t₁ṛso-.

b) Las sonoras *g*, *d*, *b* a sordas *k*, *t*, *p* (gr. κ, τ, π): pregr. ταμίς / gr. δόμος; pregr. φῦκος < *pūg-; pregr. θεράπνη / gr. τέραμνον < *terabn-.

c) Las sonoras aspiradas *gh*, *dh*, *bh* a sonoras *g*, *d*, *b* (gr. γ, δ, β): ἄμβων / gr. ὀμφαλός / lat. umbō; pregr. πύνδαξ, gr. πυθμήν, pregr. πύργος / al. *Burg* < *bh₁rg_hhos.

4. Antes de la mutación consonántica tuvo lugar una disimilación de aspiradas semejante a la del gr. y ai. (pregr. τύμβος / gr. τάφος); y, como es natural, la ley de Grassmann griega operó en aquellas palabras que, por efecto de la mutación consonántica pregriega, presentaban nuevas aspiradas. Éste es el caso de pregr. **thakhus* (frente al citado ide. **tokus*), que dio en gr. ταχύς.

5. Detrás de *s* no tiene lugar la aspiración de la primitiva sorda: pregr. Φάστυ / ide. **wostu*; pregr. σκάφος / gr. σκάπτω < **skap-*.

6. Hay una alteración del tipo *satəm*: las palatales pasan a sibilantes¹³ que en griego han sido reproducidas imperfectamente por *σ* y *θ*; así en

**k̥* > *σ*: σεργολ (= σερφολ) ἑλαφοί Hsq. / **keru-*, lat. *ceruus*, apr. *sirwis*;

**k̥* > *θ*: νωθής, νωθρός < **ne-ōk* / gr. ὥκός “rápido”;

**ǵh* > *σ*: τύρσις “torre” / **dhǵhis*, ai. *dr̥hyati*.

7. Como suele ser de regla en las alteraciones del tipo *satəm*, la espirantización de las palatales fue acompañada de una pérdida del elemento labial en las labiovelares; así en

**kʷ* > pregr. *kh*, gr. χ: pregr. ἄχλός “oscuridad, niebla” / lit. *āklas* “ciego” < ide. **akʷl*, lat. *aquilus*;

**gʷ* > pregr. *k*, gr. κ: κῶας / **gʷōu-*.

8. A diferencia del griego, se mantiene la **s-* antevocálica y en el grupo **sm-*: σῆλη, maa. *schweigen*; pregr. σῶς / gr. ὤς.

Una vez esbozadas de este modo las principales leyes fonéticas del pregriego, Georgiev añadió un vocabulario bastante amplio de palabras que podrían considerarse como pertenecientes a esta lengua y que no habiendo sido interpretadas hasta la fecha, o estándolo insatisfactoriamente, recibían de ese modo una etimología ide. clara. Entre las más notables señalemos ἄφ(ε)νος “abundan-

¹³ La grafía del griego impide determinar el tipo de sibilantes que hubieran podido dar las palatales en “pregriego”. Georgiev supone *k̥* > *p* o *ś*; *ǵ* > *ǵ* o *z* (gr. δ, τ?, σ, σο); *ǵh* > *ǵ*, *z* (gr. δ, con menor frecuencia τ, ττ, θ?).

cia"/ ai. *ápna*- "posesión"/ lat. *ops*; πόνδαξ "fondo de una vasi-
ja"/ πυθμήν "fondo"/ lat. *fundus*; θύρσος/ eslov. *ters* "cepa".

El paso que con esto se daba en la interpretación de hechos oscuros del vocabulario griego parecía enorme. Sin embargo, como sucede a todas las teorías excesivamente revolucionarias, la crítica acogió desfavorablemente las ideas del profesor búlgaro¹⁴. Hasta los jueces más benévolo, como Tovar¹⁵ y Lejeune¹⁶, subrayaron el carácter indemostrable de su hipótesis y la exageración de las conclusiones de quien negaba la existencia, en los territorios ocupados después por los griegos, de substrato lingüístico alguno que no fuera ide. La obra de Georgiev dio incluso lugar a que Devoto, en una amplia reseña¹⁷ que le dedicó, adelantara su teoría del periindoeuropeo, que desarrollaría después en sucesivos trabajos con referencia especial al etrusco y que venía a sustituir la de la "protindogermanische Schicht" de Kretschmer. Los rasgos de tipo *satəm* o las mutaciones consonánticas que muestran los componentes del léxico "pregriego" de Georgiev pertenecerían a esa fase del ide. llamada periindoeuropea por corresponder a una zona marginal del mismo en que las lenguas indoeuropeas se entrecruzarían con otras mediterráneas intercambiándose mutuamente elementos morfológicos y lexicales. En esta zona actuarían alternativamente los distintos "filoni" o corrientes lingüísticas que abocarían posteriormente a la neta separación entre lenguas *centum* y lenguas *satəm*.

No obstante, y como ya hemos dicho en otra ocasión, los rasgos fonéticos señalados por Georgiev son lo suficientemente abundantes como para formar un sistema que no pueda atribuirse a la actuación esporádica de "filoni" lingüísticos. O se acepta por entero el "pregriego" de Georgiev o se le rechaza de lleno. Los motivos de duda no faltan, claro está, a los escépticos: el que no existan

¹⁴ Cf. SPECHT (res. de *Gnomon* XIV 1938, 332-333), KRETSCHMER en págs. 214-215 de *Die vorgriechischen Sprach- und Volksschichten* (Glotta XXVII 1940, 231-278 y XXX 1943, 84-218), BLUMENTHAL en págs. 257-259 de *Bericht über die Aufgaben der Erforschung altgriechischer ON.* (Zeitschr. Ortsnamenf. XIII 1937, 139-168 y 240-259) y SCHACHERMEYR en cols. 1539-1548 de o. c.

¹⁵ TOVAR res. de *Emerita* X 1942, 366-369.

¹⁶ LEJEUNE *Linguistique préhellénique* (Rev. Ét. Anc. XLIX 1947, 25-35).

¹⁷ DEVOTO *Pelasgo e peri-indoeuropeo* (St. Etr. XVII 1943, 359-367).

textos y el que, por tanto, no se pueda tener una base segura para la comparación. Las investigaciones de Georgiev se mueven en una especie de círculo vicioso: se extrae de un vocabulario una serie de leyes fonéticas para luego aplicarlas y dar etimologías, y a su vez las leyes fonéticas no pueden descubrirse más que con el apoyo de etimologías. Pero éste es un mal, como el mismo Georgiev apunta, de que adolece el método comparativo.

Las teorías de Georgiev, pese a que su autor no dejó de ir las puliendo¹⁸, parecían tenerse un tanto olvidadas cuando un profesor belga, A. J. van Windekens, de Lovaina, las recoge y reelabora en 1952¹⁹ a la luz de los trabajos posteriores a la publicación de la *Vorgriechische Sprachwissenschaft*. En efecto, Kretschmer, aun rechazando la hipótesis extremosa de Georgiev del origen ide. de todo el substrato prehelénico, reconoció²⁰ que entre su opinión y la del búlgaro no había más que una diferencia de grado, ya que el aceptar una "protindogermanische Schicht" en el Egeo, es decir, la existencia de pueblos de lengua más antigua que el indoeuropeo común, presupone admitir idéntico parentesco lingüístico, aunque más lejano. Por otra parte Schachermeyr²¹, para explicar el problema lingüístico prehelénico, supuso que antes de la llegada de los griegos habría en la cuenca del Egeo un grupo de lenguas con ciertas semejanzas respecto al ide. debidas a un antiguo parentesco. Su opinión, pues, se diferencia de la de Kretschmer también únicamente en matices. Van Windekens, como Georgiev, está convencido de la existencia de un substrato ide. en el Egeo, pero no por eso excluye la existencia de un substrato mediterráneo no ide. Con esta idea básica, que de por sí es excelente por lo moderada, van Windekens emprende un nuevo análisis de la cuestión con un criterio mucho más riguroso que Georgiev en la selec-

¹⁸ En la segunda entrega (Sofía, 1945) de su o. c. y en *Contribution à l'étude de la toponymie grecque: noms de lieux prétendus préhelléniques* (Sofía, 1948), *Le déchiffrement des inscriptions minoennes* (Sofía, 1949), *Inscriptions minoennes quasibilingues* (Sofía, 1950).

¹⁹ VAN WINDEKENS *Le pélasgique. Essai sur une langue indoeuropéenne préhellénique* (Lovaina, 1952).

²⁰ KRETSCHMER *Die Stellung der lykischen Sprache* (Glotta XXVII 1939, 256-261 y XXVIII 1940, 101-116) y o. c. en n. 14.

²¹ SCHACHERMEYR *Der Forschungsbericht. Die ägäische Frühzeit* (Kreta und Mykenai), en *Anz. Altertumsw.* IV 1951, 5-30.

ción de las etimologías, ya que al búlgaro le urgía multiplicar el material de trabajo sobre el que levantar el edificio de su teoría. Las aportaciones más importantes de van Windekens fueron:

1.º Corregir algunas de las leyes fonéticas determinadas por Georgiev. Así no admite, p. ej., que frente a formas con mutación consonántica haya otras sin ella, o que el tratamiento de *r* y *l* sea a veces *ir*, *il* frente a *ur*, *ul*. Por otra parte establece algunas nuevas, como el tratamiento fonético de **u*, que en posición intervocálica pasa a *b* al igual que tras **l* y **r*: ἐρέβινθος “garbanzo”, ὄροβος “arveja” / lat. *eruum* “lenteja” < **ereu*-; *τέρβινθος (cf. el epíteto de Apolo Τερβινθεύς), por anaptixis τερέβινθος, viene del antecesor del lit. *dervà* “madera de pino, resina”; ξλμινς “gusano”, ide. **uel-u-* “enroscarse” (-μ- < *-β-).

2.º El hacer un estudio sistemático de la formación de los nombres pelásgicos con la correspondiente interpretación morfológica de sus sufijos y el correspondiente inventario de los principales de ellos. Entre éstos destacan -μν- (θέλυμνα, cf. lat. *columna*; κόρυμνα, Λάρυμνα, Μάθυμνα, Πίθυμνα, etc.) que es el grado cero de -*men*; -νδρ- (γελανδρόν, κάλανδρος, Σκάμανδρος, etc.); -ρν- (κόθορνος, Φαλάσαρνα, Ἀλασάρνα, Σύρνος, Σύρνα, etc.); -σος, alargamiento de los temas en *os/es* (θείσος); y el tan traído y llevado -σος (κολοσσός, σύρισος, θάλασσα, toponímicos Κνωσσός, Παρνασσός, etc.), procedente de **tī*, **kī* y **khī*.

3.º Darle una mayor amplitud al concepto del pelásgico y haber precisado más su posición dentro de las lenguas ide. Sería ésta una lengua con la que no sólo se habrían encontrado los griegos, sino también los ilirios y los italiotas, puesto que en latín se pueden encontrar también préstamos del pelásgico, y que presentaría una serie de isoglosas coincidentes con el baltoeslavo y el germánico, grupos entre los que debió de hallarse.

Después de la publicación de este estudio van Windekens aplicó sus resultados al estudio de la onomástica pelásgica en su obra *Contributions a l'étude de l'onomastique pélasgique* (Lovaina, 1954), en que se ocupa, p. ej., de la repartición de los topónimos en

-nd- y -nth- llegando a la conclusión de que la línea de separación no era tan tajante como había pensado Kretschmer, ya que formas en -nd- se encuentran también en el continente europeo. Las conclusiones, ampliadas en nuevos trabajos, vienen a apoyar la doctrina expuesta en *Le pélasgique*.

La acogida a los trabajos de van Windekens no fue tan adversa como la dispensada a la *Vorgriechische Sprachwissenschaft*. Adrados²², aun reconociendo las dificultades que la admisión de esta lengua plantea —entre las que está en primer lugar la separación entre lo propiamente griego y lo pelásgico—, en su recensión de la primera obra de van Windekens se mostraba muy inclinado a aceptarla. Tovar, en la reseña de la segunda²³, reconoce que la hipótesis pelásgica es un necesario elemento de trabajo en la etimología y la toponimia de la Hélade. El propio autor de estas líneas ha operado en alguna ocasión con la misma hipótesis. Carnoy publicó en 1955 un artículo²⁴ en el que daba una interpretación etimológica por el “pelásgico” a un número considerable de palabras inexplicadas hasta la fecha. No faltaron, sin embargo, los recalcitrantes, pero se puede decir que la hipótesis del pelásgico ganó cierto número de adeptos, como Brandenstein en las páginas 23-24 del tomo I de su *Griechische Sprachwissenschaft* (Berlín, 1954; cf. págs. 37-38 de la tr. española, *Lingüística griega*, Madrid, 1964) y, con ciertas diferencias de enfoque, Merlingen, autor de un trabajo titulado *Das “Vorgriechische” und die sprachwissenschaftlich-vorhistorischen Grundlagen* (Viena, 1955).

En la primera parte de esta obra, Merlingen, trabajando en la misma dirección que sus predecesores, insistió en algunos puntos de la fonética “pregriega” con positivos avances. Por ejemplo, subrayó el carácter *satəm* de la misma al distinguir con mayor precisión que van Windekens los diversos tratamientos de las palatales:

**ǵ* > σ en posición inicial (σέλινον “perejil” / *ǵel*- “verde”, lit. *ǵelvas* “verde”) y medial (Θησεύς < *tǵ-ēus* / gr. τᾱγός);

**ǵh* > σ : Σάτυρος “sátiro” / *ǵhaid-ur*-, lat. *haedus*;

²² ADRADOS res. de la misma obra en *Emerita* XX 1952, 536-540.

²³ TOVAR *ibid.* XXIV 1956, 190-191.

²⁴ CARNOY *Etyma pelasgica* (*Ant. Cl.* XXIV 1955, 5-28).

* \bar{k} > σ en posición inicial (σεργοί, cf. supra), pero > θ en posición medial (ἀθήρ “espiga, punta” / * $\bar{a}\bar{k}$ - “agudo”). El origen de este doble tratamiento lo ve en la mutación consonántica (anterior, por consiguiente, a la alteración del tipo *satəm*) ide. * \bar{k} > pelásg. * $\bar{c}h$. En inicial se mantuvo el punto de articulación, pero se perdió la aspiración porque no había un * $\bar{c}h$ -. En medial se mantuvo la aspiración, pero sustituyéndose el punto de articulación \bar{c} por otro cercano t .

Otro tratamiento fonético que supone Merlingen para el “pregriego” es el de * bht > $\beta\delta$ (ῥάβδος < * $\bar{u}rabh$ -*tos*, cf. gr. ῥαφίς, ῥαμφίς, ῥαμφή); pero donde, sin embargo, se equivoca es en la posición que asigna al pelásgico con relación al griego, ya que, invirtiendo los términos de la relación, lo estima un superestrato al que prefiere denominar “aqueo”. Las dificultades cronológicas de esta hipótesis y la reversibilidad de sus argumentos las señale en su debido momento²⁵.

En trabajos posteriores, y con la aplicación rigurosa de los métodos de Georgiev, el mismo autor llegó a determinar las huellas de una nueva lengua ide. en el griego histórico, la “lengua -*nd*”, caracterizada por el tránsito -*nt* > -*nd*, y hasta una tercera que vendría a sumarse al “pelásgico-aqueo”²⁶; el “griego-psi”, con una “Lautverschiebung” regular cuyo rasgo más característico sería la correlación ide. p - > ψ -. En Merlingen culmina, con todos sus méritos y todos sus defectos en cuyo detenido análisis no podemos entrar ahora, el período, iniciado por Georgiev, de la reconstrucción interna, a través de los materiales deparados por el griego, de las lenguas del substrato egeo.

IV

Una nueva etapa parece abrirse para los estudios del substrato pregriego, en los últimos años de la quinta década del siglo, gracias

²⁵ GIL res. de *Emerita* XXV 1957, 231-234.

²⁶ Cf. MERLINGEN *Eine ältere Lehnwörterschicht im Griechischen. Teil I. Lautgeschichte* (Viena, 1963). *Teil II. Folgerungen. Probleme. Weiteres Material* (Viena, 1967).

al desciframiento del lineal B, al progresivo conocimiento de las lenguas anatólicas y a los nuevos hallazgos arqueológicos. El descubrimiento del micénico desbarató las ilusiones de quienes esperaban ver escrita en el lineal B una lengua egea y vino a demostrar la antigüedad de los sufijos en -σος y en -νθ- al aparecer en Cnosos topónimos como Ἀμνισσός, Κνωσσός, Τυλισσός, Ζάκυνθος, Παρνασσός, y en Pilos otros del tipo de Ἐρύμανθος, Ζάκυνθος, Κόρινθος, Κυπάρισσος. Con ello se hacía retroceder en el tiempo el pretendido interestrato (¿ide.? ¿egeó?) y se abría una vía para su descubrimiento en el lineal A (cuya lectura por medio de las equivalencias de Ventris se facilitaba al tener este silabario unos cincuenta signos comunes con el B) y también en el silabario chiprominoico, cuyas primeras tablillas descubrió en 1954 Dikaios en Enkomi.

Por otra parte, en los años cincuenta se realizó un enorme progreso en el conocimiento de las lenguas ide. del grupo anatólico. Del estudio de los documentos de Boghazköy, ya desde la segunda década del siglo, se dedujo la existencia de otras lenguas emparentadas con el hitita cuneiforme en el segundo milenio: el palaíta (en la zona del Ponto) y el luvita (SO., SE. y zona costera de Anatolia), aparte de una lengua escrita en jeroglíficos (en inscripciones repartidas por todo el imperio hitita, especialmente el SE. de Asia Menor y N. de Siria). Los laboriosos esfuerzos que se hicieron para el desciframiento de esta escritura tuvieron pleno éxito, según demostró la inscripción bilingüe de Karatepe, hallada por Bossert en 1946. Con ello se descubría el hitita jeroglífico, que muestra grandes afinidades con el luvita.

Por último, los hallazgos arqueológicos de los años cincuenta permitieron replantear, bajo su base y la documentación lingüística disponible, la cuestión de las relaciones e influjos mutuos entre Anatolia, la Grecia continental y Creta en el Heládico y Minoico medio. Seton Lloyd y Mellaart descubren en 1957 en Beycesultan, territorio luvita, un palacio que tiene grandes afinidades de estructura con los minoicos de Cnosos, Festos y, sobre todo, Mallia y del que se piensa que estuviera en ruinas hacia el 1700, es decir, en el momento en que los palacios cretenses adquieren forma definitiva. En este palacio se halló cerámica del tipo "mino", tenida

por los arqueólogos como producto "griego", que encontraron también Blegen y Wace en el emplazamiento de Troya VI. Con ello se plantea el problema de relacionar los hechos. ¿Se ha de pensar en el establecimiento de griegos en la Tróade y en zona tan interior de Anatolia en la primera mitad del segundo milenio o, por el contrario, se ha de suponer un desplazamiento de pueblos en sentido inverso? Y si bien esta última tesis encuentra, para ser aceptada, resistencia por parte de los arqueólogos, tiene en su favor el peso de ciertos argumentos lingüísticos, que han venido a cimentar la teoría de un substrato luvita tanto en la Grecia continental como en las islas (especialmente Creta) del Egeo.

Comencemos por analizar los argumentos extraídos de la toponimia, que tienen plena validez, aun con independencia de los ensayos de lectura del lineal A. Laroche dedicó un estudio²⁷ a los topónimos anatólios en *-assa* llegando a la conclusión de que eran de origen luvita y estaban constituidos con un sufijo pertinativo que sustituía al genitivo. Al SE. del territorio luvita, donde tenían su santuario las divinidades hurritas, había un lugar denominado *Parnassa* (formado sobre *parna-* "casa" en el sentido de "templo") con una coincidencia plena con el gr. Παρνασσός. Palmer²⁸ hizo notar la exactitud del nombre para un monte situado junto a Delfos, el templo por excelencia, y recordó la tradición del Apolo licio (Licia es un territorio de lengua luvoide). A mayor abundamiento, Huxley²⁹ trajo a colación el himno homérico a Apolo, donde el dios ordena convertirse en sacerdotes de su culto a los marineros de Chosos, los cuales, una vez llegados al golfo de Corinto, fundan en Crisa, al pie del Parnaso, un templo dedicado a Apolo.

El estudio de Laroche vino a confirmar plenamente la sugestión de Forrer³⁰ sobre un origen luvita, al menos en parte, del sufijo *-σσος* y se prestó a nuevas interpretaciones de topónimos

²⁷ LAROCHE *Notes de toponymie anatolienne* (Μνήμης χάριν. Gedenkschrift Paul Kretschmer II, Viena, 1957, 1-7).

²⁸ PALMER *Luvian and Linear A* (Trans. Philol. Soc. 1958, 75-100, cf. pág. 89).

²⁹ HUXLEY *Crete and the Luwians*, Oxford, 1961, 12.

³⁰ FORRER *Mitt. Deutsch. Orientg.* 1921, 23.

griegos. Huxley³¹ señala la enorme semejanza de *Tylyssos* (ya en lineal B) con *tu-li-ya-aš-ši-iš*, forma adjetival de *tuliya*- “asamblea”; interpreta Καρνησσό-πολις, Ἀλι-κάρνασσος como derivados del luvita *harnasa*- “fortaleza” y pone en relación Ἰμβρασος con luv. *im-ra-aš-ša*. Heubeck³² aumenta el número de correlaciones (*Petašša*-, hit. *peda*- “lugar” / gr. Πήδασος) y señala cómo ciertos topónimos en -σ(σ)ος pueden tener en las tablillas de Cnosos el nombre simple del que han derivado: Ἰαλυσός / *ja-ru*, Τύλισος / *tu-ri*, Λυρνησσός / *ru-na*.

En un segundo estudio³³ consagrado a los topónimos anatólios en -*nt* / -*nd*, Laroche demostraba el carácter ide. del sufijo, ya sospechado por Kretschmer y Georgiev, y lo localizaba en el ámbito luvita e hitita. Los derivados en -*wanda* / -*wanta* conservan el valor ide. del sufijo *-*went*- en el sentido de “provisto de” y tienen sus paralelos en griego: así *Wiyana-wanda* “rica en vino” (cf. *Oinoanda* / Οἰνοῦσσα; aunque tanto el hit. *wiyana*- “vino” como el gr. οἶνος sean préstamos de una lengua “mediterránea”, las formaciones, como también Σελινοῦς, Δαφνοῦς, Ἐλαιοῦς, Μυρρινοῦς, son típicamente indoeuropeas). En cuanto al sufijo -(*a*)*nt*-, da derivados nominales y participiales. Huxley, como contraprueba del común origen de este sufijo y del anterior, menciona³⁴ casos en que alternan ambos en una misma raíz: Πύρασος (Tesalia) / Πύρανθος (Creta) / *Puranda* (Arzawa) / *Purindos* (Caria), Κόρησος (Ceos, Éfeso) / Κόρινθος.

Bossert señaló que los topónimos en -*wa* (cf. *Arzawa*, *Watarwa* “ciudad del agua”) tenían la misma esfera de difusión que los en -*ašša* y -*nda* y que por consiguiente pertenecían al luvita. Ahora bien, las tablillas del lineal B³⁵ muestran una serie de nombres de lugar en -*wa* que son inexplicables desde el punto de vista del griego: *a-pa-ta-ra-wa*, *a-pi-te-wa*, *ri-so-wa*, *i-te-re-wa*, etc.

³¹ HUXLEY o. c. 15.

³² HEUBECK *Praegraeca. Sprachliche Untersuchungen zum vorgriechisch-indogermanischen Substrat*, Erlangen, 1961, 50-52.

³³ LAROCHE *Études de toponymie anatolienne* (Rev. Hitt. Asian. XIX 1961, 57-98).

³⁴ HUXLEY o. c. 18.

³⁵ Cf. PALMER o. c. 91.

Del sufijo anterior procede el hitita *-wana* derivativo de topónimos (*adanā-wana* “habitante de Adana”, *Ninuwa-wanni* “hombre de Nínive”) con el que Palmer³⁶ ha puesto en relación Δ(ΚΤΟΥΝΑ (< *ΔΙΚΤΟΥΦΑΝΑ), el nombre de la Artemis cretense que hizo derivar Furumark de Δ(ΚΤΗ (orónimo que reaparece, como apunta Huxley³⁷, en otra montaña cerca de Escepsis, en territorio luvita). Heubeck³⁸ estima que, aunque deformado, el sufijo perdura en algunos étnicos del tipo -ἄ(Φ)ΟΝΕΣ (ΛΟΥᾶΦΟΝΕΣ “habitantes de *Λούκα”, cf. hit. *Luqqā*).

A estos indicios vinieron a sumarse otros deparados por los nuevos materiales que venían atestiguados por los ensayos de lectura del lineal A. En 1956 Furumark, en un escrito que circuló privadamente³⁹, reconoce en un grupo de signos el nombre de una diosa que debe leerse como *A-sa-sa-ra* o *Ja-sa-sa-ra*. Al año siguiente Pugliese Carratelli⁴⁰ lee *ja-sa-sa-ra-me* en la famosa tabla de libación de la cueva Dictea (Ashmolean Museum) y *a-sa-sa-ra-me* en una vasija rectangular del Museo de Heraclión. Palmer⁴¹ hace notar que esta forma puede identificarse, tanto por razones de lengua como de sentido, con dos formas del hitita cuneiforme que significan “señora”: *išḫa-ššara-š* (*išḫa-* “señor”, *-ššara-* sufijo femenino), el epíteto de Ištar por excelencia, e *išḫaššarašmiš*, con un *-mi* enclítico posesivo (cf. *Madonna*). En efecto, entre el hitita y el luvita se da la correlación hit. *i* / luv. *a* (hit. *iya-* “hacer”, luv. *aya-*), lo que permite reconstruir un luv. *Ašḫaššaramiš* (la oscilación entre *a-* y *ja-* vendría a demostrar el tipo especial de la *a-* de la correlación). Y en cuanto al significado, la arqueología demuestra la existencia en Creta de una divinidad del tipo anatolio de la “Gran Madre” a la que denominarían los griegos *wanassa* (lineal B) traduciendo a su lengua el epíteto dado a la diosa por sus fieles. Huxley⁴² refuerza la argumentación de

³⁶ PALMER o. c. 84.

³⁷ HUXLEY o. c. 19.

³⁸ HEUBECK o. c. 52-56.

³⁹ FURUMARK *Linear A und die altkretische Sprache* (Berlín, 1956).

⁴⁰ PUGLIESE-CARRATELLI *Sulle epigrafi in lineare A di carattere sacrale* (*Minos* V 1957, 163-173).

⁴¹ PALMER o. c. 75-84.

⁴² HUXLEY o. c. 35. Cf., no obstante, la impugnación de POPE *The Minoan Goddess Asasara - An Obituary* (*Bull. Inst. Cl. St.* VIII 1961, 29-32).

Palmer aduciendo la existencia en luvita de un *hasusara*, título que se daba en Kargamiš a Kubaba (gr. Κυβήβη, Hipon. fr. 120 Med.), una divinidad femenina del tipo de Cíbele.

Al propio tiempo, muchos elementos de la onomástica personal, del léxico, de la morfología y de la fonética de las lenguas del lineal A y B abogaban por un origen luvita. Meriggi⁴³ comparaba el antropónimo *wadunimi* con el licio *ḫadunimi*. Huxley y Heubeck llaman la atención sobre una serie de nombres compuestos que aparecen en las tablillas de Cnosos sobre un elemento luvita *piya-* "dar", *piyama-* "dado", de los que tal vez pudieran ser un calco posterior los nombres griegos en -δοτος, -δωρος: *Pi-ja-si-ro* (As 1516, 3), *pi-ja-se-me*, *pi-ja-mu-nu*, cf. los anatolios *Piyamnuš* y *Piyaššiliš*. Heubeck reconocía en *i-ja-ma-ra*, *ku-da-ma-ro* (Pilos), *wi-da-ma-ro*, *wi-ja-ma-ro* (Cnosos) un elemento *-maro* propio de la onomástica licia y otro elemento *-daro* también licio (cf. Πιξώδαρος, Πάνδαρος, Ἀμισώδαρος) en *a-pa-da-ro*, *ku-ku-da-ra*, *pu-ru-da-ro* de Cnosos. Aunque sin argumentos convincentes, Huxley ha creído hallar formantes luvitas en los nombres de ciertos personajes de la tradición, como Radamantis (de *Rada-*, cf. *Piyamaradus*, y *Mandus*, cf. *Madduwattaš*), Sarpedón (luv. *Sarba*), Deucalión (variante de un *Δευκαλεύς, cf. *Tawagalawaš*), Κοίρανος (cf. hit. *kuirwanas*). Mucha mayor verosimilitud tiene la correlación que establece Heubeck entre Ἀσιος > *Ἀσιφος con el femenino Ἀσιά (cf. en Pilos *po-ti-ni-ja a-si-wi-ja*) y el hitita *Aššuwa*, nombre de una comarca formado sobre *aššuš* "bueno, agradable" (ide. **esús*). Un enigma es Μόψος (adivino tévalo, fundador mítico de Perge en Panfilia), atestiguado en Cnosos en la forma *mo-qo-so* y en Pilos con *mo-qo-so-jo*. En los documentos hititas jeroglíficos aparece un rey cilicio *Mukšas*, en lidio hay un Μόξος y en la inscripción de Karatepe se encuentra un *mpš* (¿semítico?). En cambio, no nos parece convincente la ecuación de Δημήτηρ con la divinidad frigia Γδαμμανα establecida por Heubeck.

Pero incluso en el léxico se han detectado, ya en la raíz ya en palabras enteras, huellas de un substrato luvita. Independiente-

⁴³ MERIGGI *Primi elementi di minoico A*, Salamanca, 1956, 6.

mente llamaban Georgiev⁴⁴ y Palmer⁴⁵ la atención sobre el tecnicismo *a-ja-me-no* que con tanta frecuencia recurre en lineal B y apuntaban a una posible relación con el luv. *aya-* “hacer”. Heubeck, por su parte, creyó encontrar una etimología luvita-hitita a un grupo de palabras cuya raigambre “pregriega” había señalado Georgiev: Γόρτυς (hit. *gurta-* “alcázar, fortaleza”); πύργος, πέργαμον (< **br̥gh-*, al. *Burg*, hit. cun. *parku-* “alto, elevado”); τύροις < **dr̥ghis*, cf. en Lidia Τύρρα / Τύρσα; ἄστυ (mic. *wa-tu*, ai. *vastu*, raíz *wes-*); πρύτανις (término licio); τύραννος (según Meriggi de hit. *tar-wa-na* “juez”, lid. *turwanas*), ἄφενος (ai. *ápna-* “posesión”, lat. *opulentus*, hit. *ḫappinant-*).

Las coincidencias en la toponimia, en la onomástica personal y en el léxico en general se corroborarían con ciertos hechos de fonética y morfología que ofrecen mayor interés. En lo que respecta a la fonética se han reconocido los efectos de un substrato luvita-hitita en los siguientes hechos:

1. La asibilación de *-ti* en gr. oriental, cf. hit. 3.^a p. plur. *-nzi*.
2. La falta de notación en lineal B y silabario chipriota para sordas, sonoras y aspiradas. Esto se debe al común origen con el lineal A y recuerda que en las lenguas anatolias no se conservan los modos de articulación de las oclusivas, que han confluído en un archifonema (¿sordas?), fenómeno quizá debido a la acción de un substrato preide. (cf. proto-hático *k- / gatte* “rey”).
3. Las oscilaciones entre *d / l*, *r / l* en las grafías. En el substrato no ide. de Asia Menor existiría un fonema intermedio entre la oclusiva dorsal sonora *d* y la lateral sonora *l* que las lenguas ide. reprodujeron ora por *d*, ora por *l*, cf. *L- / Tabarna-*, título del rey hitita (préstamo proto-hático). Palmer⁴⁶ ha interpretado *da-pu-ri-to-jo po-ti-ni-ja* (KN Gg 702, 2) como λαβυρίνθοιο πότνια, lo que presupondría una oscilación semejante del lineal B en la reproducción de una palabra de clara raigambre de substrato. Desde Kretschmer, en efecto, se ha puesto en relación

⁴⁴ GEORGIEV *Lexique des inscriptions créto-mycénienes* I, Sofia, 1955, 18.

⁴⁵ PALMER en pág. 61 de *A Mycenaean Tomb Inventory* (Minos V 1957, 58-92).

⁴⁶ PALMER en pág. 40 de *Observations on the Linear B Tablets from Mycenae* (Bull. Inst. Cl. St. II 1955, 36-45).

λαβύρινθος con el anatolio Λαβραυνδα y el patronímico lidio Λαβραντίδης, lo que permite reconstruir un tema λαβυρ-/λαβρα- que parece encontrarse en el citado título real hitita. Huxley interpreta el término griego como “casa del λαβρυς”, es decir, “casa del poder real o divino” (en luv. e hit., *tapar-* es “gobernar”) simbolizado en la doble hacha. Posiblemente tampoco en la lengua del substrato habría oposición entre la vibrante sonora *r* y la lateral sonora *l*, o bien existiría un fonema intermedio, lo que explica la confusión en la grafía del lineal B de ambos fonemas en una sola serie y oscilaciones posteriores tales como Ὀδυσσεύς / Ὀλυττεύς.

4. La conservación de las labiovelares en micénico, a pesar de la existencia de estos fonemas en la mayoría de las lenguas microasiáticas, no puede aducirse con Heubeck como indicio de ninguna acción de substrato. Tampoco es clara ésta en los tratamientos micénicos de las líquidas sonantes.

Más evidentes, como en parte hemos tenido ocasión de apreciar en lo dicho anteriormente a propósito de los topónimos en *-ss-* y *-nth-*, son ciertos hechos morfológicos tanto de la lengua del lineal A como de la del lineal B y aun del griego posterior:

1. Meriggi⁴⁷ hacía notar que los sufijos griegos *-μνο-*, *-μενο-* y *-μενεύς* corresponden al luvita *-m(a)na-*. Y así δίκταμνον sería la “planta del Ida”, e Idomeneo o Idameneo el “hombre del Ida” de la misma manera que *Luyumnaš* es en hitita el “hombre de Luwiya”. La observación de Meriggi la confirma, en lo referente al sufijo *-μνο-*, el estudio estadístico sobre las secuencias fonemáticas en los términos de substrato realizado por D. A. Hester⁴⁸, que, partiendo de la observación de Chadwick de que los topónimos en *-σσ-* y *-νθ-* muestran mayor proporción de sílabas abiertas en la raíz que los de etimología griega, realizó una serie de estadísticas sobre el número de sílabas de una clase y de otra en

⁴⁷ MERIGGI *Zum Luvischen (Wiener Zeitschrift für die Kunde des Morgenlandes* LIII 1956, 193-226, s. t. pág. 195).

⁴⁸ HESTER *Pre-Greek Place Names in Greece and Asia Minor* (Rev. Hitt. Asian. XV 1957, 107-119).

los nombres tenidos por "pregriegos" llegando a la conclusión de que los que llevaban sufijos $-\nu\theta-$, $-\rho\nu-$, $-\mu\nu-$, $-\nu\delta-$ y muchos de los en $-\sigma\sigma-$ y $-\nu\tau-$ parecían pertenecer por la estructura silábica a un mismo grupo.

2. Heubeck ha observado que, así como los antropónimos de Pilos tienen en su mayoría etimologías griegas, los de Cnosos (dos siglos anteriores y, por tanto, más próximos a la acción del substrato) en gran parte no se pueden explicar en griego. En ellos son frecuentes sufijos en $-u$, $-i$, $-e$, $-o$. Los nombres de persona en $-u$ son muy raros en el griego histórico: se limitan a un puñado de antiguos adjetivos como Εἰθους (Esparta, s. VIII), Θράους (Delfos, s. IV, en lineal B *ta-su*), *Hδους (Ática, s. IV) y en general han sido sustituidos por diminutivos en $-\υλος$. Los pocos antropónimos en $-u$ de la epopeya corresponden a personajes microasiáticos como Πάλμυς (troyano, N 792), Μόρυς (ascanio, N 792), Κάπυς (troyano), Φόρκυς . En cuanto a los apelativos, todos de género masculino, han sufrido refecciones posteriores ($\sigmaίκυς > σίκυος$, $\sigmaίκυ\bar{\alpha}$, cf. Μινύα). Por el contrario, los nombres en $-u$ abundan en el lineal A y aparecen en el B incluso para femeninos como *ma-ku* (Ap 639, 3), *o-du*. Ahora bien, las inscripciones lidias muestran gran número de nombres en $-\υς$ (cf. $+\alpha\lambda\mu\lambda\upsilonς = \text{πάλμυς}$ "rey"), incluso con diferentes sufijos (p. ej., $\text{*}\text{Αλυ-άττης}$) que tienen su correspondencia en otras lenguas anatolias (cf. hit. *Madduwatta*). De ahí que se les pueda atribuir a un substrato anatolio.

3. Los temas en $-i$ en griego histórico son femeninos. Los antropónimos masculinos en $-ις$ del *epos* homérico o son hipocorísticos, como Δωρίς , Χλῶρις , *Ιφίς (*Ιφιάνασσα) o son nombres parlantes (Φρόντις en γ 282) o corresponden a héroes no griegos, p. ej. los licios Μάρις , Πρύτανις , Πύρις , el troyano Πάρις , el misio Χρόμις , el tracio Θάμυρις . Y lo mismo ha de decirse del griego posterior, donde la mayoría de los antropónimos masculinos en $-ις$ son hipocorísticos del tipo Λῶσις (Λύσιππος), Πάντις (Παντισθένης), Ζεῦξις (Ζεῦξιππος), Νίκις (Νικίας , Νικόστρατος). En cambio, en las tablillas de Cnosos abundan los antropónimos masculinos correspondientes a esta formación sin etimología griega clara (*a-na-ki-ti*, *ka-ta-mi*, *ma-di*, etc.), mientras que su número es mucho más reducido en las de Pilos y Micenas. En luvita, según

Laroche, son abundantísimos, y sobre ellos se han formado los derivados en *-(a)lis*, con función patronímica, y en *-asis*, con función pertinencia. Y de este último tipo de formación hay abundante evidencia en la onomástica de Cnosos del lineal B: *a-me-ja-si*, *e-ja-si*, *ki-ri-ja-si*, *qo-ja-si*. En griego posterior, si se exceptúan Πανύασσις, el homérico Πύρις (*pu-ri* en Cnosos) y πρύτανις, no hay apenas ejemplos, en tanto que los masculinos en *-is* abundan en hitita, en licio y en lidio.

4. De origen anatolio parecen ser también (exceptuados los compuestos normales en *-μένης*, *-μήδης*, *-κλέφης*, *-γένης*) ciertos antropónimos, sin etimología griega segura, de las tablillas de Cnosos tales como *ma-ri-ne-we*, *pi-ja-se-me*, que tienen su correlato en una serie de nombres leídos por Peruzzi⁴⁹ en el lineal A (cf. *da-re* en HT 7 a 4), cuyo reflejo en Homero son ciertas formaciones en *-ης* de flexión oscilante (ac. *-ητα*, *-ην*) como Δάρης (sacerdote de Hefesto en Troya), Φάλκης (troyano también) y Μέσθλης (un meonio). Tales formaciones parecen hallar una correspondencia en la declinación en *-es* y *-ēs* del lidio (cf. *kavēs* "sacerdote").

5. Por último, parecen remontarse al substrato ciertos nombres monosilábicos y disilábicos cretenses que tenían correspondencias en la onomástica del Asia Menor, según hizo notar Kretschmer⁵⁰, tales como Μίνως, *Κνός (implícito en Κνωσσός "ciudad de Κνός"), Τρώς, Τλώς. Ahora bien, no tiene razón Heubeck al hacerlos derivar de nombres luvitas por caída de *-w-* y contracción de vocales. Si la ecuación de Τλώς con el licio *-tlawa* y de Μώς < Μόας con el hit. y luv. *-muwa* es válida desde el punto de vista del griego posterior, no lo es para el micénico, donde se conserva *-w-* intervocálica, y en cambio aparece un *to-ro-o* (An 519, 2) que puede leerse como Τρώς o como Τλώς.

Las conclusiones a que permite llegar la teoría del substrato luvita, cuyos principales formuladores han sido Palmer, Huxley y Heubeck, son, salvando pequeñas diferencias de matiz, las siguientes:

⁴⁹ PERUZZI *Elenchi di persone da Hagia Triada* (Par. Pass. XI 1956, 434-448).

⁵⁰ KRETSCHMER en págs. 17-18 de *Die ältesten Sprachschichten auf Kreta* (Glotta XXXI 1951, 1-10).

1.^a En la cuenca del Egeo hay que admitir en el cuarto y tercer milenio a. J. C. un substrato (“mediterráneo”, “leléxico” en la terminología de Heubeck, “egeo”) de pueblos de lengua no ide. cuyas huellas se perciben en la toponimia (p. ej., Ἀθῆναι, Τροίζην), en el léxico (sobre todo en las plantas y productos mediterráneos o asiáticos: hit. jer. *kuwana-* / mic. *ku-wa-no* / gr. κύα-νος; *wiyana-* / luv. *winiyant-* / mic. *wo-no* / gr. (F)οῖνος; *tuwarsa-* / gr. θύρσος) y en ciertos fenómenos fonéticos (neutralización de las oposiciones de modo de articulación de las oclusivas, oscilación *d/l*, *r/l*) reflejados en los silabarios lineal A y B.

2.^a Un interestrato anatolio (“hitita” en la terminología de Heubeck) de lengua ide., cuyos representantes históricos serían el luvita, el palaíta, el hitita cuneiforme y jeroglífico, y en el primer milenio el licio, el lidio y tal vez el cario (y con mucha menor probabilidad el chiprominoico y el eteochipriota), deja sentir sus efectos en las lenguas del lineal A y B. Con cierta seguridad a este interestrato son atribuibles ciertos términos culturales, como Γόρτυς, πύργος / πέργαμον, ἄστν, ἄφενος, relativos al *habitat* sedentario en ciudades.

3.^a Los hititas se escindirían en dos ramas: la occidental se establecería en Anatolia (Tróade) hacia el comienzo del segundo milenio (los luvitas) y después penetraría hasta la parte alta del valle del Meandro estableciéndose en Beycesultan. En los primeros textos hititas se menciona a Luwiya como una de las tres regiones principales de Anatolia (las otras dos son Hatti y Pala) y se califica de *muwa-* “poderoso” a su pueblo. En cambio, en los textos recientes no se nombra la región, aunque aparezca un adverbio *luwili* “en lengua luvita” en las introducciones de los rituales sacerdotales. Esto indica que el estado luvita había perdido su importancia política, pero la lengua luvita todavía se seguía hablando, al sur de Asia Menor, en Kizzuwatna y al oeste de Arzawa, territorio que alcanzaba el mar en Apašas (Éfeso). Entre 1900 y 1600 penetrarían en Grecia continental (“minias”) y en Creta (“minoicos”), donde construyen los palacios de Cnosos, Festos y Mallia. Desde Creta mantienen un activo comercio marítimo con Egipto y establecen colonias en la zona costera de Asia Menor



(p. ej., Mileto) y en las islas del Egeo. Su poderío dura hasta la toma en 1450 de Cnosos por los micénicos.

4.^a El contacto con los pueblos semíticos hace que tanto la lengua de substrato como el griego micénico les tomen préstamos lingüísticos que como tales deben considerarse y no como vestigios del substrato: mic. *ku-ru-so* / gr. χρυσός / ugar. *ḫarus*; *ki-to* / χίτων / *ktnt*; lin. A *ku-mi-na* / lin. B *ku-mi-no* / κύμινον / *kmn*; lin. A *sa-sa-ma* / *ssmn*; lin. B *ku-pa-ro* / κύπαιρος / hebreo *kōper*.

La teoría del substrato luvita ha tropezado con la oposición de los arqueólogos y de los partidarios de la tesis semítica y con un cierto escepticismo de los lingüistas. Los defensores del "pelásgico" la han acogido con frialdad, como Merlingen, o se han sentido seducidos en parte por ella, como el propio Georgiev. Schachermeyr, que se había opuesto a los puntos de vista de Palmer⁵¹, repite sus argumentos arqueológicos en la recensión del libro de Heubeck⁵². La arqueología demuestra la continuidad de civilización entre el Heládico medio (2000-1600) y el Heládico tardío-micénico (1600-1200), y por eso no se puede situar la penetración luvita en Grecia en el 1700. Por otra parte, ¿por qué han de ser los hititas los inventores de las palabras para "fortaleza", "torre", "ciudad" cuando llegan a poblaciones pequeñas, sin murallas, y son un pueblo nómada? Los escrúpulos cronológicos de Schachermeyr caerían por su base en el caso de admitirse, lo que es posible, una invasión de pueblos que no suponga interrupción de las condiciones de vida y civilización del pueblo invadido por aceptarlas e integrarse en ellas el pueblo invasor, como sugería Palmer⁵³ anticipándose a las críticas de los arqueólogos. Y por otro lado, aunque el pueblo hitita fuera nómada, bien pudo con el tiempo inventar la terminología propia del *habitat* ciudadano, toda vez que, como el propio Schachermeyr reconoce, no la pudo

⁵¹ PALMER *Luwier auf Kreta?* (*Kadmos* I 1962, 27-39).

⁵² SCHACHERMEYR res. de *Anz. Altertumsw.* XV 1962, 79-82.

⁵³ PALMER en pág. 91 de o. c. en n. 25. De todas formas, si se admite la tesis de Palmer surge la dificultad de fijar cronológicamente la penetración de los griegos en la península, que colocan los arqueólogos en el Heládico Medio o incluso antes. CHADWICK en pág. 17 de *The Prehistory of the Greek Language*, Cambridge, 1963, fasc. 15 de la ed. rev. de *The Cambridge Ancient History*) llega a retrotraerla al 2100 a. J. C.

tomar de los pueblos sometidos de su imperio, que vivían en pequeños asentamientos sin muros ni rango ciudadano.

Mayor consistencia tienen las objeciones que se pueden poner desde el punto de vista lingüístico al entusiasmo excesivo de los partidarios de la tesis luvita. En primer lugar, el peligro de extraer conclusiones sobre un material inseguro, el escaso de las lenguas anatólicas, y el muy impreciso del lineal A, todavía no bien descifrado. En segundo lugar, ciertos defectos de método ocasionados por una excesiva fantasía hermanada a la comprensible urgencia por reunir el necesario material comparativo. En lo anterior hemos señalado algunos fallos de Heubeck en la manipulación lingüística de sus materiales. Risch⁵⁴ se pregunta qué ocurre con *h* y *hh* del hitita (representadas en licio y en lidio por guturales) que no dejan huella: ἄφενος / hit. jer. *happinant*, φόστν / hit. jer. *hues*-, *huis*- “vivir”. Y señala que la explicación de Heubeck, a saber, que el hitita no habría desarrollado aún las laringales, es una hipótesis *ad hoc* sumamente insatisfactoria.

Por otra parte, mucho del material empleado es ambiguo: así Μόφος y los préstamos independientes del substrato “mediterráneo” o del semítico al hitita y al griego. En el caso, p. ej., de κύανος o de κύμινον, ¿los recibió el griego por mediación del luvita o los tomó directamente del semítico? Aunque no puede negarse el peso que tienen, tomados en conjunto, los argumentos de la tesis luvita, no son lo suficientemente probatorios para identificar sin más la lengua del lineal A con el luvita, “hitita occidental”, “hitita común” o como se quiera llamar a esa lengua de substrato. De ahí que nos parezcan un poco precipitadas las conclusiones de Georgiev⁵⁵, quien, sin renunciar a su teoría del “pregriego”⁵⁶, reconoce la notación de dos lenguas en lineal A: a) la de los archivos de Hagia Triada, ca. mediados del xv, correspondiente a un dialecto griego, el “féstico”, diferente del “micénico”

⁵⁴ RISCH en res. de *Indog. Forsch.* LXIX 1964, 75-79.

⁵⁵ GEORGIEV *Les deux langues des inscriptions crétoises en linéaire A* (Sofía, 1963).

⁵⁶ Cf. la polémica en HESTER “*Pelasgian*”, a *New Indoeuropean Language?* (*Lingua* XIV 1964, 335-384); GEORGIEV *Was stellt die Pelasgertheorie dar?* (ibid. XVI 1966, 263-273) y HESTER *A Reply to Professor Georgiev's “Was stellt die Pelasgertheorie dar?”* (ibid. 274-278).

y antepasado del panfilio; y b) la de las restantes tablillas, que pertenece al eteocretense, de origen luvita-hitita, con ciertas semejanzas respecto al etrusco, otro derivado del hitita⁵⁷.

V

El impulso, empero, más importante que han recibido los estudios sobre el substrato pregriego en estos últimos años procede del campo de la filología semítica. En 1957, Cyrus H. Gordon⁵⁸ quedó sorprendido ante el carácter semítico que presentaban los nombres de los diferentes tipos de vasos de la tablilla HT 31: lin. A *qa-pa₃* / hebr. *kp* / acad. *kappu*; *su-pu* / hebr. ugar. *sp*; *ka-ro-pa₃* / acad. *karpu* / ugar. *krpu*. A las equivalencias propuestas por Gordon les prestaba enorme fuerza el hecho de ir acompañados los nombres de los correspondientes pictogramas, como en la famosa tablilla pilia de los trípodas (Ta 709 + 712) que comprobó el desciframiento del lineal B. En este trabajo Gordon consideraba la lengua del lineal A o minoico como un dialecto semítico del grupo

⁵⁷ Las objeciones que se pueden oponer a la primera de ambas interpretaciones están sintetizadas con la nota de FRENKIAN *A propos des recherches de Vladimir Georgiev sur le linéaire A* (Kadmos II 1963, 150-151). La ecuación de *ku-ro* (cuyo sentido de "total" es evidente) con γυρόν o γυρώς "redondeado, reunido" no convence, ni tampoco la de *po-to* como πάντως en la fórmula *po-to ku-ro* "total general", cuando se identifica a la vez *pa* con πᾶν. Un intento de lectura, sirviéndose en lo fundamental de etimologías griegas, es el de la Srta. MILANI *Contributo all' interpretazione del lessico minoico* (ibid. III 1964, 8-24). La inseguridad del método la manifiestan las diversas alternativas que propone (Cn 6) para *a-di-da-ki* (ti): *ἀναδίδακε (= ἀνατίθητι con apócope) o *ἀν-διδάχετι (gr. δίδασκω). Menos forzadas son las ecuaciones de *a-su-ja* (HT⁴¹ 11, 3) con Ἀσϝία; *du-wa-na* (Cn 10) con *δωϝάνᾱ "don"; *ki-re-ta* / *ki-re-ta-na* con *Κρητᾶνᾱ / Κρητᾶνᾱ de la que derivaría el antecedente de Κρήσιος. Fantástica es la interpretación *ku-ku-da-ra-ko* (HT 117 a 7) con *κορο-δράχων "recogedor de azafrán" (*δράχων de δράσσομαι < *dreǵh-).

⁵⁸ GORDON *Notes on Minoan Linear A* (Antiquity XXXI 1957, 124-130). Con anterioridad MERIGGI (libr. c. 8) había hecho notar la semejanza de *ku-ro* "total", una de las pocas palabras cuyo sentido se deduce de la evidencia interna de las tabletas, con el semítico occidental *kullu* y las resonancias bíblicas de *daweda*, aunque advirtiendo que "una rondine non fa primavera".

occidental, aunque posteriormente⁵⁹ modificaba su parecer identificando dicha lengua con el acadio, lo que suscitaba el problema de por qué se empleaba para ella como notación el lineal A y no el acadio cuneiforme. No obstante, la nueva edición de las inscripciones en lineal A de Brice⁶⁰ le reafirmó en su primera postura⁶¹. Gordon no sólo identificaba nombres, sino estructuras gramaticales genuinamente semíticas occidentales de una época (s. xv) anterior a los textos alfabéticos ugaríticos, lo que explica que los semitas instalados en Creta, por carecer de escritura, tuvieran que adoptar el lineal A.

La existencia en Creta central y oriental de un sólido núcleo de población semítica fue comprobada por otro importante descubrimiento de Gordon⁶² en 1962. En época clásica vivían todavía en la parte oriental de Creta los "eteocretenses", es decir, los restos de la primitiva población a los que se atribuían algunas inscripciones escritas en caracteres griegos, pero en una lengua incomprendible (tres de Praisos, una de Psychro, una bilingüe de Dreros). Gordon, que pudo leer esta última, comprobó que estaba escrita en un dialecto semita del grupo occidental que de un modo convencional denominó "fenicio" o minoico alfabético. Es importante que los eteocretenses no emplearan para escribir su lengua el alfabeto fenicio⁶³, lo que demuestra la antigüedad de su establecimiento en Creta y su ruptura de relaciones (desde el 1300) con sus hermanos de raza de Asia menor. Y con este descubrimiento se

⁵⁹ GORDON *Akkadian Tablets in Minoan Dress* (*Antiquity* ibid. 237-246), *Minoan Linear A* (*Journ. Near East. St.* XVII 1958, 245-255).

⁶⁰ BRICE *Inscriptions in the Minoan Script of Class A*, Londres, 1961.

⁶¹ GORDON *Minoica* (*Journ. Near East. St.* XXI 1962, 207-210).

⁶² GORDON *Eteocretan* (ibid. XXII 1962, 211-214), *The Dreros Bilingual* (*Journ. Sem. St.* VIII 1963, 76-79).

⁶³ Pudieran ser un apoyo indirecto para la tesis de Gordon las analogías entre el lineal A y el B y la escritura protoelamítica de Susa, descubiertas hace ya tiempo y últimamente puestas de relieve por REICH (*The Horsehead Ideogram in the Proto-Elamite Script and Minoan Linear B*, en *Kadmos* II 1963, 151-152) y BRICE, que en el IV simposio minoico-micénico de Edimburgo extrae la conclusión de que las escrituras minoicas y la protoelamita son supervivientes aisladas de un grupo de sistemas similares, ideográficos y formularios, que prevalecieron en el tercer milenio a. J. C. en el oriente próximo y medio.

identifica uno de los pueblos que según τ 175-177 moraban en Creta: aqueos, eteocretenses, cidonios, dorios y pelasgos.

En un último libro ⁶⁴, en el que sistematiza los resultados de sus investigaciones anteriores, añade al material por él ya interpretado (las tablillas de HT; las dos inscripciones bilingües de Dreros, con texto "minoico" en caracteres griegos y texto griego; las cuatro unilingües de Praisos de los siglos VI y IV a. J. C.; la digráfica de Psychro, de ca. 300, con "minoico" en caracteres griegos y la primera palabra repetida en silabario) un estudio de la inscripción bilingüe griega y eteochipriota de Amatunte y un ensayo de desciframiento del disco de Festo. Todo ello le reafirma en su creencia de que el "minoico" era un dialecto semítico, íntimamente emparentado con el ugarítico, fenicio y hebreo, cuyos continuadores en época histórica son el eteo-chipriota y el eteocretense. El carácter semítico del "minoico" lo prueban las tablillas que Gordon llama "virtual bilinguals": HT 31 ya mencionada; HT 86, en la que el signo TRIGO acompaña al término *ku-ni-su*, ac. *ku(n)nisu* "emmer wheat"; y HT 88, en la que el total de una suma es expresado por *ku-ro*, sem. *kull* "todo". Identificada así la lengua del lineal A, Gordon propone nuevas interpretaciones que echan por tierra gran parte de los ensayos interpretativos realizados por los partidarios del "lúvita". P. ej., para la fórmula *ta-nu-a-ti ja-sa-sa-ra-ma-na*, que aparece en una mesa de libación de Cnosos y parcialmente en la mesa de la cueva Dictea cuyo principio se puede restaurar como *re-ja-sa-(sa-ra-m?)*: *ta-nu-a-ti* sería un verbo emparentado con el fenicio *tn't* "he erigido"; y *ja-sa-sa-ra-ma-na* (excluidos el prefijo *j-* y la terminación *-ânā*, paralela del demostrativo siríaco *hânā* "este" que puede ir postpuesto al nombre), una forma *yašašalam* "ofrenda votiva" (lit. "lo que es entregado", cf. ug. *šlm* "hacer una entrega"). Los pretendidos antropónimos anatolios con *-e*, como *da-re*, en gran parte serían nombres egipcios (*a-re*, *a-ra-na-re*, *ja-mi-da-re*, *na-da-re*). Junto a éstos se reconoce un grupo de nombres típicamente semíticos: *da-we-da* "David", *ti-ni-ta* "Tinit" (diosa ugarítica) y otro que comprende nombres de la mitología griega, aunque provistos

⁶⁴ GORDON *Evidence for the Minoan Language* (Ventnor, N. J., 1966).

de un sufijo *-an* como en ugarítico: *da-na-ne* (Dan), *ka-du-ma-ne* (*Cadm-an*, Cadmo), *mi-na-ne* (Minos).

Más convincentes son las interpretaciones de las inscripciones bilingües de Dreros en las que, gracias a la ecuación eteocretense ET KOMN con gr. TON TYPON, se identifica ET con *'et* (el signo del acusativo definido) y KOMN con sem. *gbn* “queso”; se equipara ΛMO (cf. hebr. *l'immō* “para su madre”) a MATPI; y puede interpretarse una secuencia TYHP MHP IHIA paralela al gr. A[ΙΨΑ] ΚΑΘΑΡΟΝ ΓΕΝΟΙΤΟ: TYHP = καθαρόν (?), MHP = hebr. *māher* “pronto” = α[ιψα], IHIA = fut. hebr. *yhyh* “será” = γένοιτο. En las tres inscripciones unilingües de Praios de carácter funerario se encuentra el verbo MIT (hebr. *mēt* “murió”) y aparece una secuencia ΣΑΝΟ ΜΟΣΕΛ ΟΣ (“este gobernante”, cf. hebr. *môšēl* “gobernante”) con la misma expresión pleonástica del demostrativo mediante *sano* (hebr. *zana* “este”) y el enclítico *os* (hebr. *oz* “este”) que se encuentra en el eteochipriota de Amatunte *sa-na a-ri-si-to-no-se* “este Aristón”. En la inscripción digráfica de Psychro la forma ΕΠΙΘΙ en caracteres griegos, repetida en caracteres minoicos como *e-pi-ti*, permite reconocer en E el artículo definido (hebr. *ha-*) y un fenicio *hpth* “the engraved monument”. Por último, aunque esto es ya más problemático, en el disco de Festo, que está con el lineal A en la misma relación que el egipcio jeroglífico con respecto al hierático, Gordon ha creído leer, también en semítico noroccidental, palabras tales como “he comido”, “templo”, “Hadad” (Baal), “Paito” (Festos) y “tan pronto como caiga dormida”, lo que indica que se trata probablemente de un ritual de incubación.

Siguiendo en la misma dirección, Michael C. Astour⁶⁵ analiza los testimonios lingüísticos, arqueológicos y mitológicos que abogan por la existencia de un substrato semítico en Grecia. Frente a los historiadores del siglo pasado, como Beloch (y aun recientemente Rhys Carpenter), que minimizaban la expansión fenicia por el Mediterráneo, dado el relativamente escaso poderío de las ciudades de Tiro y Sidón, retrotrayéndola a lo más al siglo VIII a. J. C. bajo la presunción de la inexistencia en el segundo milenio de

⁶⁵ ASTOUR *Hellenosemitica. An Ethnic and Cultural Study in West Semitic Impact on Mycenaean Greece*, Leiden, 1965.

naves capaces de largos derroteros y de medios políticos y económicos susceptibles de patrocinarlos, los hallazgos arqueológicos nos presentan un cuadro completamente distinto⁶⁶. Las excavaciones emprendidas en 1929 en Ras Shamra nos han dado a conocer el impresionante reino de Ugarit, con su palacio real inmenso (9000 m.² frente a los 2000 ocupados por el rey hitita en Hattusaš) y con unos archivos riquísimos que hablan de la complejidad de un estado territorial aproximadamente tres veces mayor que el Ática y más rico en recursos económicos. Más al N. estaba otro poderoso reino, Alalah, con salida al mar en el actual puerto de Al Mina, de carácter más guerrero y feudal que el comercial y marino Ugarit. Por último, las excavaciones de los años cuarenta han sacado a la luz, al N. de Alalah, el reino del llano de Adana, Danuna, de mayores dimensiones que los dos anteriores y de impresionantes recursos económicos y humanos. Existían, pues, en el segundo milenio, entre los pueblos semíticos occidentales, poderosamente influidos por Sumer y Akkad, los presupuestos para emprender un movimiento colonizador.

Por otra parte se cuenta en la actualidad con documentos que prueban fehacientemente la existencia de un activo tráfico marítimo en el tercer milenio. Una tablilla acádica recientemente descubierta en Ras Shamra contiene una carta del rey hitita al rey vasallo de Ugarit solicitándole el envío de un buque capaz de transportar 2000 medidas de grano, lo que, según los cálculos de Nougayrol, representa un desplazamiento de 450 Tm., cuando la nave de Cristóbal Colón tan sólo desplazaba 233. Los protofenicios de Ugarit contaban, pues, con los medios técnicos suficientes para el transporte marítimo. Pero hay algo más: la arqueología demuestra que el tráfico marítimo era un hecho. Las excavaciones de Ras

⁶⁶ La existencia no sólo de una técnica naval, sino del empleo de la marina con usos militares está atestiguada por un importante texto hitita (tablilla KBo XII 38) descubierto en unas excavaciones en Boghazköy en 1961. En él se habla de una triple derrota naval infligida por el rey Suppiluliuma a la flota de Alašija (Chipre). Se trata, como dice STEINER, su traductor y comentarista (*Neue Alašija-Texte*, en *Kadmos* I 1962, 130-138) de la noticia más antigua que existe de una batalla naval. La tripulación de la flota, dada la inexperiencia marinera de los hititas, estaría integrada, según Steiner (pág. 134), por gentes de la costa de Siria, probablemente de Ugarit.

Shamra sacaron a la luz enormes cantidades de cerámica micénica y sepulcros de bóveda que hicieron pensar al principio en el establecimiento en Ugarit de una factoría comercial o de una verdadera colonia micénica a través de la cual los griegos recibirían los influjos orientales de su arte y de su literatura. Ésta es, por ejemplo, la tesis de Webster. Pero los hechos no confirman este enjuiciamiento. Los textos administrativos de Ugarit revelan un estado racialmente complejo en el que los distintos habitantes —asirios, egipcios, hititas, hurritas, etc.—, nombrados por sus respectivos étnicos, gozan de libertad y de los mismos derechos, estando obligados a las mismas prestaciones (p. ej., la del servicio militar) al rey. En estos textos no aparece la menor mención a ningún linaje griego, lo que obliga a pensar que no hubo allí factoría comercial alguna de los aqueos y que las mercancías acumuladas eran traídas por mercaderes y marineros ugaríticos. Esta suposición, con la fuerza casi de una evidencia, la confirma la expansión a través del Mediterráneo, en el segundo milenio, de la técnica de la forja del bronce, que arranca precisamente de las costas sirias. En los buques de Ugarit, que surcaban el mar en los siglos XIV y XIII, no sólo iban marineros y mercaderes, sino también bronceístas para preparar *in situ*, cuando el descubrimiento de metales lo permitía, armas y enseres.

Sobre esta base, el estudio de una posible expansión fenicia por el Egeo se replantea a partir de los siguientes elementos: 1) los mitos que hablan de un establecimiento en Grecia de dinastías extranjeras, como los de Dánao en la Argólida y Cadmo en Tebas; 2) hallazgos arqueológicos como la inscripción cuneiforme de Naram-Sin en Citera, correspondiente nada menos que al siglo XVIII a. J. C.; 3) los datos de la onomástica y toponimia; y 4) la documentación deparada por el lineal A y el lineal B, juntamente con el reciente desciframiento de las inscripciones eteocretenses por Gordon.

Astour, especialmente mediante el análisis mitográfico, ha sostenido la hipótesis de la identidad de los dánaos con los *Danuna* del N. de Siria y la similitud de funciones del mítico Dánao con Daniel; igualmente el fondo semítico de la leyenda de Cadmo, apoyado por la similitud de contenido entre la religión de Dioniso

y ciertas manifestaciones típicas de la religiosidad semítica, o de leyendas como la de Kumarbi con la *Teogonía* hesiodea⁶⁷. Astour ha intentado dar etimologías semíticas a diversos epítetos de Dioniso y a ciertos antropónimos y topónimos de Tebas. El nombre de Διόνυσος / Διόνυσος, que en la interpretación de Kretschmer es el **nūsos* (cf. lat. *nūrus*) de Zeus, estaría en relación con el semítico *nēs* “bastón” y tendría un paralelo en el hebreo *Yahve-nissī*; el epíteto ἰακχος, procedente de la forma verbal *yakke* “golpear, despedazar, matar”, aludiría a las características de ἀνθρωπορραϊστής, ὠμηστής del dios en las fases primitivas de su culto; la exclamación ritual εὐοῖ, como ya sugirió Clemente de Alejandría, estaría en relación con el nombre de Eva, y el epíteto Εὔιος, con el hebreo *hawiyi*, significaría “el vivo”; en cuanto a Zagreo, significaría, como su contrapartida en la mitología ugarítica *Šgr*, “el pequeño, el joven”. El nombre de Tebe, la esposa de Ógigo, que daría su nombre a la ciudad de Tebas, según una glosa de Hesiquio significa “arca” (cf. hebr. *teba*); el río Ismeno se puede comparar con el dios salutífero fenicio *Esmun*, etcétera. De todos estos vestigios semíticos en la onomástica y en la toponimia, el más convincente a nuestro juicio es la identificación de Σαυσελάτων, nombre antiguo del monte Aracneo según Pausanias (II 25, 10), con *Šapš 'elat* “Šapšu la diosa”.

Por otro lado, el desciframiento del lineal B ha dado a conocer la gran antigüedad en Grecia de ciertos préstamos semíticos:

ku-ru-so / *ḫarûš*

ki-to / ug. *ktn*

ku-mi-no / acad. *kammûnu*

sa-sa-ma / acad. *šamaššammu*, ug. *ššmm*

ku-pa-ro / ug. *kpr*

po-ni-ke, *po-ni-ki-ja*

e-re-pa / sem. *'lp*

ri-ta / hebr. *lôṭ* “velo, cubierta”;

⁶⁷ Últimamente se ha publicado un fragmento de una teogonía tardía babilonia, conservada en una tablilla del British Museum (BM 74329), mucho más próxima a la hesiódica que ninguno de los textos orientales comparados con ella hasta el momento (cf. LAMBERT-WALCOT *A New Babylonian Theogony and Hesiod*, en *Kadmos* IV 1965, 64-72).

a los que Astour añade *da-mo-ko-ro* / acad. *tomkaru* “mercader, agente comercial real” y *te-me-no* / sumer. *temen*, acad. *temmenu* “fundación sagrada de un templo”.

En punto a la onomástica, si las tablillas de Pilos muestran un claro predominio de nombres netamente griegos (pero cf. *ka-da-si-jo* / raíz *qādaš* “ser o hacer santo”), en las de Cnosos abundan los nombres con elementos semitas y hurritas:

a-di-ri-jo [¿étnico *Andrios* u onom. *Andrion*?] / sem. occid. *'oddir* “poderoso”, “noble”;

a-ra-da-jo, hipocorístico de un nombre formado sobre el acad. *arad*- “sirviente de”, ug. *A-ra-ad-ni*;

a-ra-si-jo [étnico *Alasios*] / *Alalaḫ*, *A-la-si-ia*;

ja-sa-no / hebr. *yasan* “viejo, antiguo”.

VI

Se llega aquí al momento de preguntarse qué resultados quedan en firme de casi un siglo de laboriosa investigación sobre el substrato pregregio y por cuál de las tres orientaciones prevalentes hoy día (la tesis “pelásgica”, la “luvita-hitita”, la “semítica”) es preferible optar. El balance de lo conseguido es hasta cierto punto desconsolador, sin que eso quiera decir que los esfuerzos realizados hasta la fecha hayan sido baldíos. Como suele suceder en todos los campos donde la investigación ahonda, junto a las múltiples luces arrojadas sobre mil cuestiones concretas aparecen nuevos puntos oscuros y se abren insospechadas perspectivas. Los primitivos esquemas, las teorías mejor fundadas, que se aceptaban casi como evidencias, se vienen abajo y, como lógica reacción, suele cundir con la perplejidad un cierto escepticismo. La situación actual del estudio del substrato pregregio es parecida a la de otros campos de la lingüística griega favorecidos sobre manera por el desciframiento del lineal B y, paradójicamente, enfrentados con problemas muy difíciles de resolver que años atrás se daban por ventilados. Me refiero concretamente a la teoría de Parry de las tres fases aquea, eolia y jonia de la transmisión de la epopeya

y a la de las tres oleadas de invasores aqueos, jonios y eolios para explicar la "Gliederung" dialectal del griego.

Entre las tres direcciones antedichas no hay acuerdo ni de método ni de supuestos. La reconstrucción interna, tan denodadamente practicada por los defensores del "pelásgico", es lo suficientemente elástica como para que se puedan hallar, con una aplicación hábil de la gramática comparada, etimologías indoeuropeas a un acervo léxico susceptible de progresiva ampliación. El defectuoso conocimiento del lineal A, la ambigüedad de sus signos y la de los signos de las escrituras semíticas e hitita se presta asimismo a multitud de interpretaciones plausibles tanto desde el punto de vista del indoeuropeo como desde el punto de vista del semítico. Por otra parte, y a despecho de no ser quien esto escribe el más indicado a pronunciarse sobre el particular, el "minoico" reconstruido por Gordon a base de coincidencias ora con el acadio, ora con el hebreo o el ugarítico, produce cierta impresión de artificiosidad, de elaboración *ad hoc*, como el "pre-griego" de Georgiev o el "pelásgico" de van Windekens, los cuales, por lo demás, quedan hasta cierto punto mejor definidos en su estructura fonética y morfológica.

Pero, aun en el caso de reconocer plena validez a los descubrimientos de Gordon, la existencia de núcleos de asentamiento semíticos en Creta o en otras partes de Grecia (Beocia, la Argólida, algunas islas), como sugiere Astour, no prejuzga nada sobre otras posibles fundaciones de pueblos indoeuropeos (p. ej., "hititas") en territorio griego, ni excluye tampoco la existencia de otra capa más profunda "mediterránea" o "egea" en la península, las islas y la zona costera de Asia Menor. El carácter ide. de los topónimos en -ss-, -nd-, -vθ- no puede ponerse en duda. Lo que hoy en día ha venido a demostrar el progreso de la arqueología y de la lingüística es una complejidad racial y política de la cuenca del Egeo en el tercero y segundo milenio a. J. C. mucho mayor de lo que podía creerse y una interpenetración cultural de unos pueblos con otros como no se hubiera podido sospechar hace unos años. El panorama se ha agrandado y enriquecido enormemente, excluyéndose con ello cualquier interpretación simplista de los hechos. No todas las lenguas habladas al sur de los Balcanes

con anterioridad a la ocupación griega fueron indoeuropeas, como llegó a pensar en su día Georgiev, pero tampoco cabe admitir una semitización tan profunda de esa área como supone Astour⁶⁸.

El problema del substrato pregregio se implica además con el problema de la constitución del griego fuera o dentro del ámbito geográfico de Grecia. Si se piensa, como Chadwick⁶⁹, que el protogriego se creó a partir de elementos indoeuropeos e indígenas en la península durante la primera mitad del segundo milenio, rechazándose la teoría de las tres oleadas de invasores de lengua helénica, se podría hallar una explicación a multitud de elementos "pregriegos" o "pelásgicos" en lo que Devoto llamaba "filoni" lingüísticos del periindoeuropeo. Igualmente, gran parte de los pretendidos elementos de substrato encontrarían un encuadramiento y una interpretación diferente dentro de la teoría de Pisani⁷⁰ de la constitución del griego común a partir de mutuas convergencias y aproximaciones de varios dialectos prehistóricos indoeuropeos: a) el "jónico-micénico", desgajado de una liga lingüística del Asia Menor que comprendía el hitita y otras lenguas microasiáticas; b) el "eólico" septentrional, desgajado de otra, con relaciones con el armenio, el oscumbro y otras lenguas; y c) el dórico, la lengua de los pueblos ilirios que a su llegada a Grecia aprendieron el "griego común" que se iba formando a partir de la confluencia de a) y b).

Por todo ello, para lograr en un futuro próximo resultados más sólidos en el estudio del substrato pregregio, aparte del requisito previo del mejor conocimiento de las escrituras prealfabéticas de Grecia y de Anatolia, habría que conseguir lo siguiente:

⁶⁸ ASTOUR o. c. 355-357 llega hasta admitir la circuncisión entre los aqueos basándose en una noticia de la inscripción de Merneptah (ca. 1225 a. J. C.) conmemorativa de la victoria de este faraón sobre una confederación de libios y de "pueblos del mar". Esto confirmaría su hipótesis de que los aqueos, étnicamente idénticos con los dánaos, eran una tribu semítica oriental que dominaba en el Peloponeso. Pero esta identificación no es segura; cf. pág. 4 de STUBBINGS *The Recession of Mycenaean Civilization*, Cambridge, 1965, fasc. 39 de la ed. rev. de *The C. A. H.*

⁶⁹ CHADWICK l. c.

⁷⁰ PISANI *Die Entzifferung der ägäischen Linear B Schrift und die griechischen Dialekte* (Rh. Mus. CVIII 1955, 1-18).

1.º Una noción clara de la constitución de la lengua griega y su articulación dialectal en el segundo milenio, a fin de poder discernir lo "griego" de lo "pregriego" (en el sentido eventual de estadios de lengua ide. anteriores o, mejor dicho, antecesores del griego) y lo "no griego". En este sentido una revisión a fondo de los materiales allegados por Georgiev, van Windekens y Merlingen sería imprescindible.

2.º Una clasificación rigurosa según la respectiva procedencia de los elementos "no griegos" de la onomástica, toponimia, léxico, fonética y morfología del griego posterior. En especial sería muy interesante poder determinar en su verdadero alcance las acciones de substrato en ciertos cambios fonéticos incondicionados. Por ejemplo, en la palatalización de \bar{a} en $\bar{ä}$ del jónico-ático. ¿Obedece esto, como pretende Ruipérez⁷¹, a una presión estructural de la serie posterior, muy recargada con la creación de una \bar{o} secundaria, que provoca el desplazamiento de \bar{a} a la serie anterior? ¿Se ha de pensar con Bartoněk⁷² en una acción de substrato? En este caso no basta con sugerirla, sino que se debe señalar la existencia de un fonema $\bar{ä}$ o al menos la tendencia a la realización anterior de a en una lengua determinada previa al griego en la zona por donde se extendió después dicho dialecto. Sólo así se puede proceder sobre una base firme. Cabría aducir la correlación hit. $i-$ / luv. $a-$ (hit. $iya-$ "hacer", luv. $aya-$) mencionada anteriormente, que parece presuponer una articulación de a bastante cercana a e . Otro tanto cabría hacer con la confusión entre \bar{e} y $\bar{ä}$ del eleo, o el desplazamiento de u a \bar{u} en jónico-ático, etc.

3.º Los mapas de topónimos "pregriegos" ya trazados por Blegen y Haley y por Schachermeyr deberían confrontarse con otros donde se registrasen los topónimos "semíticos" y la evidencia externa aducida por Astour (p. ej., las pretendidas leyendas de origen semítico), para buscar posibles trayectorias de penetración y zonas de influencia.

⁷¹ RUIPÉREZ *Esquisse d'une histoire du vocalisme grec* (Word XII, 1956, 67-81).

⁷² BARTONĚK *Development of the Long-Vowel System in Ancient Greek Dialects*, Brno, 1966.

4.º Las conclusiones provisionales obtenidas deberían someterse a revisión a la luz de los datos de la arqueología para llegar a conclusiones sólidas definitivas.

Con todo ello podría adquirirse una noción de la situación lingüística de la cuenca del Egeo más exacta que con métodos e hipótesis de trabajo unilaterales y simplistas.

LUIS GIL

PANORAMA ACTUAL DE LA DIALECTOLOGÍA GRIEGA

Hace unos años la Dialectología griega entró en crisis. Los presupuestos hasta entonces válidos se convirtieron en meramente probables y con ello dejaron de ser tales presupuestos para someterse a un abierto debate. Y lo grave es que todavía no puede afirmarse que la cuestión esté definitivamente aclarada; al menos no pueden hacerlo quienes con la debida imparcialidad observen el antagonismo de las dos tendencias que hoy imperan en este campo de la Lingüística griega. La verdad es que en unos pocos años se ha progresado considerablemente en el conocimiento de la lengua helénica y la Dialectología griega no ha dejado de sentir estos avances. Ventris encontró en 1952 la clave que facilitaba el desciframiento del micénico. Hasta entonces únicamente cabía decir, en pleno rigor, que los griegos empezaron a ser un pueblo histórico a partir del s. VIII a. J. C. Pero con el genial hallazgo de Ventris el panorama cambia por completo: a partir de este momento existen documentos históricos escritos en lengua griega que se fechan en el segundo milenio a. J. C. Y, sin embargo, no fue necesario el gran milagro del desciframiento del micénico para que en el seno de la Dialectología griega surgieran dos actitudes enfrentadas, la tradicional, "ortodoxa", y la innovadora, disidente.

Nuestro propósito en este artículo es ofrecer un esbozo de este capítulo crítico que ha configurado la Dialectología griega de los últimos años.

A comienzos de siglo, Kretschmer¹ publicó un artículo dedi-

¹ KRETSCHEMER *Zur Geschichte der griechischen Dialekte*, en *Glotta* I

cado a la historia de los dialectos griegos. En él sostenía que la repartición dialectal del griego debía ser explicada teniendo en cuenta tres sucesivas oleadas en la penetración de los indoeuropeos en Grecia. Antes de adentrarse en la Hélade, los inmigrantes indoeuropeos, que serían los griegos de época histórica, estaban agrupados en tres diferentes estirpes: jonios, aqueos y dorios. Cada uno de estos tres grupos de invasores traspasa los límites de Grecia en época distinta, constituyéndose así tres fases en la invasión. Resulta, pues, que los indoeuropeos se asientan en Grecia en tres etapas sucesivas protagonizadas por cada uno de los tres linajes señalados: los primeros indoeuropeos que ponen pie en Grecia son los jonios; posteriormente penetran los aqueos; y más tarde los dorios. Y lo más importante: cada una de estas tres estirpes lleva consigo como medio de expresión una modalidad lingüística del griego bien diferenciada de las otras dos.

Quedan así explicados los tres dialectos griegos, jónico, aqueo y dórico: ya existían antes de que sus respectivos hablantes se instalasen definitivamente en tierra griega. Los dialectos griegos hablados en época histórica son tres, porque también tres eran las estirpes griegas. Y éste es justamente el primer problema que Kretschmer se plantea. Si se parte del esquema de tres dialectos griegos únicamente, jónico, aqueo y dórico, ¿qué ocurre con el eólico? Ya Hoffmann² había establecido que el dialecto eólico era en realidad aqueo del Norte, es decir, simplemente un subgrupo del dialecto aqueo, que se subdivide³ en aqueo del Norte (eólico) y aqueo del Sur (arcadiochipriota). Pero lo que interesa verdaderamente a Kretschmer es explicar cómo llegaron a diferenciarse el aqueo del Sur y el aqueo del Norte. Para ello acude a la explicación por sustrato. Y, naturalmente, le es preciso insistir en un punto sobre el que ya antes Hoffmann⁴ había llamado la atención: la prioridad de la inmigración jónica con respecto a la de los aqueos. Antes de que éstos penetrasen en el Peloponeso, ya los

1909, 9-59; cf. también *Introducción a la lingüística griega y latina*, tr. esp. Madrid, 1946, 157-180.

² HOFFMANN *Die griechischen Dialekte in ihrem historischen Zusammenhang* I-III, Gotinga, 1891-1898.

³ Cf. HOFFMANN o. c. I, pág. VI.

⁴ HOFFMANN *De mixtis Graecae linguae dialectis*, tes. doct. Gotinga, 1888.

jonios habían establecido allí su asentamiento, puesto que la tradición garantiza la existencia de población jónica asentada en Cinuria⁵. Así llega Kretschmer a la necesidad ineludible de postular la existencia de un grupo étnico independiente de aqueos y dorios que habría constituido la población hablante del dialecto jónico asentada en el Ática y determinadas zonas del Peloponeso.

Lo que ocurre, según Kretschmer, es que los primeros inmigrantes indoeuropeos, los jonios, se fusionaron con la población pregriega del continente, genéticamente emparentada con stirpes anatólicas, de la que se apropiaron la cultura al mismo tiempo que le imponían su lengua. Queda así constituido en Grecia un estrato humano homogéneo, el de los pelasgos, anterior al afianzamiento en la Hélade de aqueos y dorios. Indudablemente, pensaba Kretschmer, la lengua hablada por esta población influyó de manera decisiva en la que aportaban los inmigrantes de la segunda oleada de indoeuropeos, los aqueos. Por eso ciertos rasgos "jónicos" del arcadio provienen de la fusión de los pelasgos con los aqueos, y así se explica el hecho de que en determinados puntos el aqueo del Sur (arcadiochipriota) se aparte del aqueo del Norte (eólico, esto es, lesbio, tesalio y beocio) para acercarse al jónicoático. Piénsese, por ejemplo, en los infinitivos en -ναι comunes al jónicoático y arcadiochipriota, inexistentes en eólico; o en el tratamiento por apical de una labiovelar ante *e*, rasgo en que, dejado aparte el dórico, coinciden de nuevo jónicoático y aqueo del Sur frente al eólico.

Pero existían también pelasgos asentados al Norte de Grecia, por ejemplo en Larisa. Y si lingüísticamente los pelasgos configuraban un grupo homogéneo, cabe esperar encontrar rasgos de sustrato pelágico en los dialectos eólicos. Así es, en efecto, según Kretschmer; por ejemplo:

eól. Ποσειδάων, Ποσειδᾶν, arc. Ποσειδᾶν;

jón. Ποσειδέων, át. Ποσειδῶν frente a dór. Ποτειδάων,
Ποτειδᾶν.

Solamente el dórico conserva la forma sin asibilación.

⁵ Heród. VIII 73.

De modo que de todo lo expuesto podemos deducir que los dos puntos esenciales que parecen definitivos en la Dialectología griega de fines del pasado siglo y comienzos del actual son: 1.º, explicación genética de los dialectos griegos teniendo en cuenta tres sucesivas oleadas de inmigrantes indoeuropeos, jonios, eolios y dorios, que penetraron en la Hélade por este orden; 2.º, el aqueo se escinde en aqueo del Norte (eólico) y aqueo del Sur.

Esta concepción no se aparta grandemente de la impresión que resulta de la lectura de un pasaje de Estrabón⁶ que tuvo en el siglo pasado una enorme resonancia. En él nos informa el autor que en el Peloponeso, antes de la llegada de los dorios, se habló jónico en un principio y luego, al penetrar los aqueos, eólico. Sin embargo, a comienzos del siglo XIX, Ahrens⁷ se había opuesto parcialmente al contenido del pasaje en cuestión sosteniendo, por ejemplo, que el arcadio⁸ era un dialecto "pseudoeólico" y más bien próximo al dórico. Es justo, no obstante, reconocer que a Ahrens no le fue dado leer ni una sola inscripción arcadia lo suficientemente amplia como para obtener una visión del dialecto que no resultase meramente aproximada. De modo que para Hoffmann⁹ la equivocación de Ahrens al enfrentarse a Estrabón resultaba disculpable.

Así, pues, se comprenderá que la concepción de Hoffmann y Kretschmer haya tenido gran influencia a finales del pasado siglo y principios del actual. En el fondo, Kretschmer, para explicar divergencias dialectales, había recurrido al sustrato; así, por ejemplo, como ya hemos visto, al señalar la separación del aqueo respecto del eólico. También Hoffmann, con anterioridad, había aclarado que en Grecia, junto a dialectos puros, existían dialectos mixtos, que se habrían configurado por una de estas tres causas: a) por extensión (teoría de las ondas) de un fenómeno lingüístico a áreas geográficas próximas a aquellas en que se ha producido; b) porque un pueblo políticamente dominante impone a otro u

⁶ Estr. VIII 11, 2.

⁷ AHRENS *De Graecae linguae dialectis* I-II, Gotinga, 1839-1843.

⁸ Cf. AHRENS o. c. I 231 y 238.

⁹ HOFFMANN *Die griechischen Dialekte* I, pág. IV.

otros, a él sometidos, su lengua; c) por mezclas de poblaciones lingüísticamente heterogéneas para la constitución de una colonia en común.

Pues bien, teniendo en cuenta la existencia de dialectos mixtos y la influencia del sustrato, resulta que, salvo el jónico y el lesbio —así se pensaba—, todos los dialectos griegos son mixtos.

Indudablemente, los dorios fueron los inmigrantes indoeuropeos que penetraron en Grecia cuando ya estaban allí asentadas las otras estirpes. Se comprende, entonces, que no exista un dialecto dórico puro, sino variantes diferentes de un mismo tipo dialectal. Por otro lado, dentro del eólico —para Hoffmann, aqueo del Norte—, se creía que el lesbio y, en general, el eólico minorasiático, representaba el dialecto puro que en fecha antigua habían llevado a Asia Menor colonos colios, mientras que tesalio y beocio serían dialectos mixtos de eólico y dórico.

La aportación de Hoffmann y Kretschmer a la Dialectología griega moderna queda así someramente glosada. La intención de ambos dialectólogos era simplemente la de explicar la diversidad dialectal del griego ciñéndose estrictamente, con escrupuloso respeto, a los datos proporcionados por la tradición antigua. Tan sólo se permitieron echar mano de un elemento que estaba muy en boga, en la incipiente Lingüística dialectal de su época, para aclarar fenómenos dialectales: el sustrato. Porque debemos señalar que más o menos paralelamente a la publicación del artículo de Kretschmer, ya Hoffmann, Solmsen¹⁰, Thumb, el discípulo de este último Kieckers¹¹, Sadée¹² habían recurrido al sustrato para dar explicaciones a divergencias observables en determinadas zonas dialectales.

La explicación por sustrato tuvo un extraordinario éxito al comienzo de nuestro siglo. Así, un autor como Bechtel¹³ proporciona datos en esta misma modalidad de enjuiciamiento, aunque sin deducir conclusiones de conjunto. Van der Velde, en su tesis docto-

¹⁰ SOLMSEN *Vordorisches in Lakonien*, en *Rhein. Mus.* LXII 1907, 329-338; *Thessaliotis und Pelasgiotis*, ibid. LVIII 1903, 598-623.

¹¹ KIECKERS *Die lokalen Verschiedenheiten im Dialekte Kretas*, tes. doct., Marburgo 1908.

¹² SADÉE *De Boeotiae titulorum dialecto*, tes. doct., Halle, 1903.

¹³ BECHTEL *Die griechischen Dialekte I-III*, Berlín, 1921-1924.

ral, que leyó ¹⁴ en 1924, y en un artículo ¹⁵ sobre geografía dialectal beocia publicado cinco años más tarde, utiliza el mismo argumento y no vacila en tomar datos proporcionados por Heródoto y Tucídides para corroborar ¹⁶ su punto de vista. Y, como prueba de que el recurso al sustrato y a la mezcla de lenguas como explicación de fenómenos lingüísticos y dialectales tuvo gran aceptación a comienzos de siglo, señalaremos, a título de ejemplo, que por estas fechas Wackernagel ¹⁷ publica un artículo titulado *Intercambio lingüístico y fusión de lenguas*.

De este modo nos explicamos el gran éxito que alcanzaron las obras de Hoffmann y Kretschmer y, sobre todo, la influencia tan duradera y decisiva que adquirió la exposición que este último hizo de la génesis de los dialectos griegos. Así, su sobrina Erika Kretschmer ¹⁸, basándose en los tres estratos lingüísticos sucesivos propuestos por él, publicó un breve trabajo de geografía lingüística en que estudiaba una serie de términos agrupados en seis familias semánticas.

También Tovar, como defensor de las ideas mantenidas por Kretschmer, utiliza datos históricos, mitológicos, toponímicos y onomásticos al enfrentarse con el problema de la primitiva extensión geográfica del jónico ¹⁹. E igualmente argumentos lingüísticos, pues ofrece una visión de la extensión de fenómenos fonéticos y morfológicos, de léxico y derivación, que considera típicamente jónicos y que, en su opinión, deben ser explicados a la luz de la teoría del sustrato. La razón que aduce Tovar es que estos fenómenos se registran en zonas que rebasan el área de extensión del jónico en época histórica y, por ello, bien pudieran remontarse a una fecha en que este dialecto se hablara efectivamente en las locali-

¹⁴ VAN DER VELDE *Thessalische Dialektgeographie*, tes. doct., Nimega, 1924.

¹⁵ VAN DER VELDE *Böotische Dialektgeographie*, en *Donum natalicium Schrijnen*, Nimega, 1929, 600-664.

¹⁶ Cf. VAN DER VELDE *Thess. Dial.* 19 y 20 y *Böot. Dial.* 660.

¹⁷ WACKERNAGEL *Sprachtausch und Sprachmischung*, en *Nachr. Ges. Wiss. Gött., philol.-hist. Kl.* 90-113 y *Kleine Schriften I*, Gotinga, 1953, 104-113.

¹⁸ E. KRETSCHMER *Beiträge zur Wortgeographie der altgriechischen Dialekte*, en *Glotta XVIII* 1930, 67-100.

¹⁹ TOVAR *Primitiva extensión geográfica del jonio*, en *Emerita XII* 1944, 253-267.

dades en que aparecen tales fenómenos marcadamente jónicos. Si se pueden atribuir a sustrato eólico formas descubiertas en el área lingüística jónica de época histórica porque señalan una excepción al tratamiento normal en este dialecto (p. ej., *-sn- > -nn- en Cime y Quíos), también la existencia de δειράς en Corinto, Argos y Élide²⁰ probaría para Tovar sustrato jónico en los dialectos de estas respectivas localidades.

2. Frente a tales intentos de explicación de la fragmentación dialectal del griego han venido apareciendo desde principios de siglo una serie de trabajos de Dialectología descriptiva cuya principal característica consiste en que sus autores renuncian a dar una interpretación de conjunto de la génesis dialectal y mantienen cierto escepticismo al tratar de la división del griego en varios dialectos. Esta postura está bien caracterizada en estudios de Thumb²¹, Solmsen²², Schwyzer²³, Bechtel²⁴, Meillet²⁵, Buck²⁶ y Lejeune²⁷, que se contentan con exponer una clasificación global de los dialectos griegos según criterios varios y señalar someramente los rasgos más característicos de cada grupo. Pero el punto de vista que adoptan ante la consideración de los distintos dialectos es extremadamente cauteloso, y por eso aceptan la existencia de cuatro o cinco grupos dialectales sin atreverse a señalar rotundamente sus interrelaciones genéticas.

Por el contrario, el profesor R. Adrados publicó en 1952 un estupendo trabajo acerca del método —exclusivamente lingüístico— aplicable al estudio de la génesis de los dialectos griegos²⁸. La importancia de este libro no se basa solamente en el hecho de que

²⁰ Hallamos δειράς en Corinto (Píndaro *O.* VIII 52), Argos (Paus. II 24, 1), Élide (Paus. VI 21, 3-4).

²¹ THUMB - KIECKERS - SCHERER *Handbuch der griechischen Dialekte* I-II, Heidelberg, 1934-1959.

²² SOLMSEN *Beiträge zur griechischen Wortforschung*, Estrasburgo, 1909, 94.

²³ SCHWYZER - DEBRUNNER - GEORGACAS *Griechische Grammatik* I-III, Munich, 1934-1953 (cf. s. t. I 97-98).

²⁴ BECHTEL *Die Inschriften des ionischen Dialektes*, Berlín, 1887.

²⁵ MEILLET *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, París, 1965⁷.

²⁶ BUCK *The Greek Dialects*, Chicago, 1955 (cf. 8).

²⁷ LEJEUNE *Traité de Phonétique grecque*, París, 1955².

²⁸ ADRADOS *La Dialectología griega como fuente para el estudio de las migraciones indoeuropeas en Grecia*, Salamanca, 1952.

su autor emprende la búsqueda de un método lingüístico, de aplicación a la Dialectología griega, en un intento de esclarecer el proceso de las migraciones. El profesor Adrados nos ofrece, además, un esquema de la constitución de los dialectos griegos como resultado directo de la aplicación de su método: en Dialectología griega hay que contar con tres grupos dialectales que surgen por división bipartita. Es decir, en principio, dentro del griego común surge una diferenciación dialectal: el "dialecto oriental" (jónico-ático y eólico) se separa del dórico; del "dialecto oriental" se aparta luego el jónico-ático. Al producirse el primer atisbo de diferenciación dialectal en la oposición dórico / no dórico ("dialecto oriental"), quedaron en posición intermedia tesalio y beocio como dialectos de transición entre eólico y dórico. Cuando dentro del dialecto oriental surge la disyunción entre jónico y eólico, queda ubicado en posición intermedia otro dialecto de transición: el arcadiochipriota. Esto equivale a decir que Adrados no cree en dialectos mixtos. En su opinión fue el jónico-ático el dialecto que adquirió autonomía y conformación propias en fecha más antigua; rasgo que le sugiere que el grupo étnico jónico no tardó en separarse del conjunto griego²⁹, y así los jonios habrían sido los pioneros de las migraciones indoeuropeas de Grecia. A continuación, y respectivamente, penetraron colios y dorios. La explicación que ofrece del proceso de las migraciones no se aparta, pues, en gran medida de la propuesta por Kretschmer y Tovar.

Un año más tarde, el profesor Ruipérez publica³⁰ un enjundioso artículo comentando el trabajo de su colega. El método de éste no le parece desacertado, y el conjunto del libro resulta, en su opinión, sustancioso y aprovechable. Pero no deja de sentirse inconforme con el hecho de que Adrados arranque en su exposición de un esquema rígido de tres sucesivas invasiones como si se tratase de un postulado necesario e indiscutible. Así, pues, el principio de división bipartita, de que se vale Adrados, no es más que la consecuencia del admitido principio según el cual las

²⁹ ADRADOS o. c. 68: "Este carácter innovador (del jónico-ático) hace verosímil que fuese el dialecto de un grupo étnico que se separó pronto del conjunto".

³⁰ RUIPÉREZ *Sobre la prehistoria de los dialectos griegos*, en *Emerita* XXI 1953, 253-266.

invasiones se realizaron en tres sucesivas fases, "representación excesivamente simplista"³¹.

Todo parece indicar que Ruipérez se adelanta al clima de in-conformismo y de nuevas exigencias que caracterizará a la Dialectología griega de los años sucesivos.

No olvidemos —creemos haberlo subrayado al comienzo de este artículo— que la posición de Hoffmann y Kretschmer en materia de Dialectología se funda en un absoluto respeto y adhesión inquebrantable a los datos proporcionados por los antiguos, especialmente Estrabón.

Pues bien, a partir del año 1954 surge un rumbo nuevo en la Dialectología griega. Aparecen interesantes trabajos que tratan de revisar presupuestos hasta entonces admitidos. En 1954 se publica un artículo de Porzig³² de enorme interés por su repercusión en la moderna Dialectología griega. Utilizando datos de geografía lingüística sostiene el autor que jónicoático y arcadiochipriota (aqueo) proceden de un mismo dialecto anterior. Se basa fundamentalmente en la siguiente argumentación: buena parte de los rasgos que el arcadio presenta en común con el jónico aparecen también en chipriota, mientras que aquellos que comparte el grupo dialectal arcadiochipriota con el grupo dialectal eólico (lesbio, tesalio, beocio) no son unánimes en los dialectos de Arcadia y Chipre.

Así, por ejemplo, en la terminación -τε de adverbios temporales coinciden jónico, arcadio y chipriota; pero la partícula modal κε es rasgo común³³ del eólico y chipriota que no comparte el arcadio.

En segundo lugar sostiene que una serie de particularidades del dialecto eólico minorasiático (p. ej., asibilación -τι > -σι) hay que atribuir las a influencia jónica, pues se apartan de las coin-

³¹ RUIPÉREZ o. c. 262.

³² PORZIG *Sprachgeographische Untersuchungen zu den altgriechischen Dialekten*, en *Indog. Forsch.* LXI 1954, 147-169.

³³ El ejemplo no es muy acertado, porque quedan en arcadio probables restos de la partícula κε. De todos modos Porzig lo ofrece como si tuviese fuerza probatoria. En torno a las partículas modales κε(ν), εἰν, καῖ, cf. Srta. FORBES *The Relations of the Particle εἰν with κε(ν) καῖ καν*, en *Glotta* XXXVII 1958, 179-182.

cidencias observables entre los dialectos de la Pelasgiótide y la Eólide.

Resulta entonces a) que los eolismos del arcadio son secundarios; b) que hay que reconocer efectiva influencia del jónico sobre el lesbio en aquellos puntos en que éste presenta discrepancia con respecto al tesalio oriental (de la Pelasgiótide); y c) procesos como la asibilación de -τι en -σι, el vocalismo *o* del presente arc. βόλομαι (jón.-át. βούλομαι), formas como εἴκοσι y σὺ son originariamente rasgos característicos y propios del jónico-ático y del arcadiochipriota en común. A la invasión de jonios y arcadios debió de seguir una oleada de eolios, y así se explicarían los eolismos del dialecto aqueo. En este punto tiene presente Porzig la tesis de Kretschmer defendida luego por Tovar. Pero el punto decisivo del artículo que comentamos es, en suma, que jónico-ático y arcadiochipriota no son más que los resultados de dos evoluciones diferentes que arrancan de un mismo primitivo dialecto³⁴.

En realidad, este artículo estaba ya dispuesto para la imprenta en 1945, pero no llegó a publicarse hasta nueve años más tarde.

Sería injusto e imperdonable atribuir únicamente a Porzig el mérito de haber sido el primero en hacer las observaciones que hemos comentado y que suscitaron consideraciones nuevas en Dialectología griega. Su mérito lo comparte con Risch³⁵, que ya en 1949 había llegado a conclusiones semejantes.

Con estos dos trabajos el problema queda planteado en los siguientes términos: ¿el jónico es el dialecto de los invasores indo-europeos que penetraron en Grecia en la primera oleada migratoria, o no es más que una derivación de un primitivo dialecto —“griego oriental”, “griego meridional” en las terminologías³⁶ de Porzig y Risch respectivamente— que se escindió en jónico y arcadiochipriota?

A favor de una primitiva comunidad dialectal específica entre jónico y arcadiochipriota está el hecho de que las coincidencias

³⁴ PORZIG o. c. 157.

³⁵ RISCH *Altgriechische Dialektgeographie*, en *Mus. Helv.* VI 1949, 19-28.

³⁶ De “griego oriental” (“Ostgriechisch”) habla PORZIG en o. c. 164, y de “griego meridional” (“Südgrischisch”), RISCH en pág. 70 de *Die Gliederung der griechischen Dialekte in neuer Sicht*, en *Mus. Helv.* XII 1955, 61-76.

que ofrecen ambos dialectos se remontan a una fecha anterior al año 1200 aproximadamente, en que tuvo lugar la invasión dórica, que supuso un tajante corte de la relación directa entre jonios y arcadios. Por el contrario, la tesis tradicional explica que las coincidencias observables en ambos dialectos se deben a la proximidad geográfica que existió entre jonios y aqueos antes de la penetración de los dorios o bien a sustrato jónico (primera oleada indoeuropea) en aqueo (segunda oleada).

Y llegamos a la fecha en que se describiera el micénico. Comienza aquí un nuevo capítulo de la historia de la Dialectología griega. En principio habrá que caracterizar genéticamente a esta nueva modalidad de griego hablada en el segundo milenio, que acaba de ser descubierta. ¿En qué relación se encuentra con respecto a los dialectos griegos hablados en el primer milenio?

Ventris y Chadwick publican en 1953 un artículo³⁷ en que, después de dar una explicación sobre el método interno que llevó al desciframiento de los textos, hacen estudios de esta modalidad de lengua griega del segundo milenio referentes a fonología, morfología y léxico. En el capítulo X tratan de la posición del dialecto micénico y llegan a la conclusión de que la forma de griego que aparece en las tablillas micénicas es un antiguo dialecto de tipo "aqueo". Sería la lengua utilizada por Néstor, Agamenón y el aedo Demódoco. Este dialecto —piensan Ventris y Chadwick— debió de constituir la materia de la primera fase de la elaboración épica. Pero el parcial y fragmentario conocimiento del "antiguo aqueo" les impide declararse con firmeza en esta cuestión.

Semejante es la conclusión de Tovar³⁸ al enjuiciar el micénico: la lengua de las tablillas micénicas es el reflejo directo del dialecto que llevaron a Grecia, ya plenamente diferenciado y caracterizado, los invasores de la oleada II. De nuevo prefiere, pues, seguir la exposición de Kretschmer. El jónico en la época de los documentos micénicos (s. xv a. J. C.) está ya plenamente configurado, y se diferencia del dialecto de la capa II en ciertos rasgos peculiares

³⁷ VENTRIS - CHADWICK *Evidence for Greek Dialect in the Mycenaean Archives*, en *Journ. Hell. St.* LXXIII 1953, 84-103.

³⁸ TOVAR *Nochmals Ionier und Achäer im Lichte der Linear-B-Tafeln*, en *Μνήμη χαρίν. Gedenkschrift Paul Kretschmer II*, Viena, 1957, 188-193.

que ya posee y no aparecen en la lengua de las tablillas. Sin embargo, el jónico presenta algunas isoglosas en común con el aqueo del Sur (oleada II), p. ej., $\tau\epsilon\rho\acute{o}\varsigma$. Es decir, el micénico es aqueo y está emparentado con los dialectos aqueos del Sur (arcadio, chipriota) y en segundo lugar³⁹ con los dialectos eólicos (aqueo del Norte).

Se basa Tovar en que el micénico presenta rasgos dialectales comunes con el eólico; así, p. ej., patronímicos en $-\iota\omicron\varsigma$, genitivo de singular en $-\omicron\iota\omicron-$, la forma $\acute{\alpha}\gamma\rho\acute{\epsilon}\omega$. Por otro lado, el tratamiento de las sonantes vocálicas que desarrollan timbre *o*, el uso de $\pi\epsilon\delta\acute{\alpha}$, rasgos que comparten micénico y aqueo, le hacen pensar que estos dos dialectos no son sino uno y el mismo bien diferenciado del jónico.

Chantraine se declaró en total acuerdo con la denominación adscrita al micénico: "antiguo aqueo". En 1955 publicó un artículo⁴⁰ dedicado a glosar el sensacional desciframiento del lineal B, en cuya página 31 intenta clasificar esta modalidad de lengua griega del segundo milenio a. J. C. en el ensamblaje de los dialectos griegos y afirma: "El 'antiguo aqueo'... representa tal vez una forma arcaica del grupo denominado 'arcadiochipriota' y, como era de esperar, presenta semejanzas con Homero (genitivo en $-\omicron\iota\omicron$, instrumental en $-\phi\iota$ y algunos hechos de vocabulario). Este dialecto no puede ponerse en conexión ni con el dórico, lo que no sorprende (paso de $-\tau\iota$ a $-\omicron\iota$, etc.), ni con el jónico, pues mantiene \bar{a} del griego común. Se puede afirmar, consiguientemente, que el griego hablado en Creta y en el Peloponeso entre 1500 y 1200 era, más o menos, el antepasado del grupo arcadiochipriota. Sin arrojar luz nueva sobre las relaciones entre los dialectos griegos, estos hechos confirman que, como frecuentemente se ha pensado, la separación de los distintos dialectos puede ser anterior a la penetración de los indoeuropeos en Grecia; pero también hacen más dudosa la hipótesis frecuentemente repetida de que se habló jónico en el Peloponeso".

³⁹ TOVAR *On the Position of the Linear B Dialect*, en *Mycenaean Studies. Proceedings of the Third International Colloquium for Mycenaean Studies*, Madison, 1964, 141-146.

⁴⁰ CHANTRAINE *Le déchiffrement de l'écriture linéaire B à Cnossos et à Pylos*, en *Rev. Philol.* XXIX 1955, 11-13.

¿Cómo no?, diríamos nosotros. Si Chantraine cree que en jónico toda α del griego común era ya η en el año 1500 a. J. C., desde luego tiene toda la razón en sus afirmaciones. Y en ese caso, naturalmente, "estos hechos confirmarían" lo que "frecuentemente se ha pensado".

Pero en este mismo año, 1955, publica Risch un interesante artículo⁴¹ en que somete a revisión exigente los datos que habían servido a los antiguos y a los tratadistas modernos para elaborar una estructuración de los dialectos griegos. La cuestión clave para Risch en este trabajo es la de fijar cronológicamente los rasgos dialectales. No satisfecho con la teoría de las tres oleadas, y teniendo en cuenta cómo se conciben los dialectos en la moderna Dialectología⁴², trata de lograr una fijación cronológica de las peculiaridades de los diferentes dialectos valiéndose de métodos varios.

En conclusión establece que las coincidencias que presentan jónicoático y arcadiochipriota proceden del segundo milenio a. J. C., es decir, son, por lo menos, anteriores al momento en que tuvo lugar la migración dórica. Así, por ejemplo, la asibilación de $-\tau\iota$ en $-\sigma\iota$ es una de estas concordancias que ofrecen jónicoático y arcadiochipriota. Y lo realmente curioso es que en las tablillas micénicas aparecen formas como *e-ko-si* con asibilación de $-ti$. Luego los rasgos comunes al jónicoático y al arcadiochipriota, que se remontan al segundo milenio a. J. C., se atestiguan también en micénico. Resulta, además, que ninguna de las particularidades dialectales del jónicoático es anterior al 1200 a. J. C.⁴³, por lo que se explica la ausencia de indicios de este dialecto que, de algún modo, sugieran su existencia en época micénica. En un principio, pues, jónicoático y arcadiochipriota son un único dialecto, "griego meridional". Este dialecto sería, más o menos, el micénico.

Y esto por dos razones principales: en primer lugar, porque ninguna característica del micénico extraña al jónicoático y al arcadiochipriota encuentra testimonio en eólico o en dórico. Por otra parte, en los casos en que el jónicoático y el arcadiochipriota

⁴¹ RISCH o. c. en n. 36.

⁴² Cf. RISCH o. c. (en n. 36) pág. 63: "die einzelnen Dialekte keine starre Gebilde sind".

⁴³ Piénsese, por ejemplo, en el paso de α a η , o en el tratamiento de las labiovelares, procesos relativamente recientes (ca. 1200-900 a. J. C.).

no coinciden en una particularidad determinada, el micénico presenta la forma más antigua. Así, por ejemplo, el jónico ofrece η en ciertas formas que en arcadio exhiben $\tilde{\alpha}$. En micénico encontramos a ($\tilde{\alpha}$) y no e (jón. η). Resulta, pues, que el jónicooático es un dialecto del tipo del arcadiochipriota que en torno al 1200 a. J. C. entró en contacto con el dórico y comenzó a constituir sus rasgos peculiares más notables y diferenciales.

Tampoco el lesbio es, en opinión de Risch, un dialecto que se haya configurado como tal en fecha antigua, a juzgar por las numerosas innovaciones (recientes unas, otras claramente debidas a influencia jónica) que presenta frente a los arcaísmos mantenidos en tesalio oriental. Pero en este terreno, y con idéntica perspectiva, ya se había detenido suficientemente Porzig⁴⁴.

Hasta el mismo dórico, que se aparta del eólico en ciertos rasgos de los que también participa el jónico (p. ej., dór. $\sigma\epsilon\lambda\tilde{\alpha}\nu\alpha$, jón. át. $\sigma\epsilon\lambda\eta\nu\eta$ frente a eól. $\sigma\epsilon\lambda\tilde{\alpha}\nu\nu\alpha$), es un dialecto que constituye sus rasgos más típicamente relevantes en época reciente.

Las conclusiones a que llegó Risch en el artículo que hemos comentado las expuso en el coloquio sobre micénico celebrado en Gif-sur-Ivette⁴⁵.

El profesor Adrados⁴⁶ mantiene sustancialmente la opinión anteriormente expuesta en torno a la génesis de los dialectos griegos: 1) el jónico es el dialecto griego que se independiza en fecha más antigua y jónico hablan los primeros invasores indoeuropeos de la Hélade; 2) en una segunda oleada penetraron en Grecia los aqueos. No se concibe el eólico independientemente del aqueo. El micénico es el dialecto de transición entre el jónico y el eólico y se continúa en el primer milenio en arcadiochipriota; 3) por último penetran en Grecia los hablantes de dialecto dórico.

Para Adrados, frente a Porzig, las isoglosas comunes al arcadiochipriota y al eólico (p. ej., tratamiento de las labiovelares ante e por bilabial, cf. chipr. $\pi\epsilon\iota\sigma\epsilon\iota$, etc.) se derivan de una época muy

⁴⁴ PORZIG en págs. 150-151 de *Sprachgeographische Untersuchungen zu den altgriechischen Dialekten*, en *Indog. Forsch.* LXI 1954, 147-169.

⁴⁵ RISCH *La position du dialecte mycénien*, en *Études Mycéniennes*, París, 1956, 167-172.

⁴⁶ ADRADOS *Achäisch, Ionisch und Mykenisch*, en *Indog. Forsch.* LXII 1956, 240-248.

antigua en que se constituyeron el dialecto eólico y el micénico, verdadero y auténtico precedente del dialecto aqueo.

Sin embargo, para Pisani⁴⁷ el arcadiochipriota es sucesor directo del micénico, pero, debido a que sobre éste se impone el eólico, aparecen en aqueo una serie de eolismos. Ésta es la razón —considera Pisani— por la que el jónico, y en especial el ático, estrechamente unido en principio al micénico, conservan semejanzas con éste que se han perdido en arcadiochipriota. Para Pisani, micénico y jónico antiguo son dos aspectos de una lengua en el fondo unitaria; el arcadiochipriota es micénico hablado en el segundo milenio, pero con influencia eólica. La interpretación de Pisani es, como vemos, semejante a la de Porzig.

Ruijgh⁴⁸ ataca el problema de la repartición de los dialectos griegos en época micénica. Concluye que el micénico, muy próximo al aqueo, se diferenciaba perfectamente, ya en el segundo milenio a. J. C., del jónico y del eólico, tesis que él denomina “doctrina ortodoxa”, porque no desborda la clasificación dialectal de Buck o Meillet. Para tal consideración se basa fundamentalmente en dos puntos: 1) existen en micénico rasgos dialectales comunes con el arcadiochipriota, pero ajenos al jónico, p. ej., el preverbio y preposición *πος*, arc. chipr. *πος*, mic. *po-ka-ta-ma* “πόσκατα”. Además —sostiene— en arcadio *e* y *o* son vocales abiertas, pero en jónico cerradas, durante la época en que se produce la primera oleada de alargamientos compensatorios; 2) en micénico, piensa Ruijgh, se han simplificado ya los grupos consonánticos que promueven dichos alargamientos, y en esto ve una diferencia de este dialecto con respecto al eólico.

No piensa igual Gallavotti⁴⁹, para quien el micénico es eólico, conclusión a que llega basándose en observaciones e interpretaciones realizadas sobre los textos en lineal B.

⁴⁷ PISANI *Die Entzifferung der ägäischen Linear B Schrift und die griechischen Dialekte*, en *Rhein. Mus.* XCVIII 1955, 1-18.

⁴⁸ RUIJGH *Les datifs pluriels dans les dialectes grecs et la position du mycénien*, en *Mnemosyne* XI 1958, 97-116; *Le traitement des sonantes voyelles dans les dialectes grecs et la position du mycénien*, ibid. XIV 1961, 193-216.

⁴⁹ GALLAVOTTI *Il carattere eolico del greco miceneo*, en *Riv. Filol. Istr. Cl.* XXXVI 1958, 113-133; *Le grafie del Wau nella scrittura micenea*, en *Myc. Stud.* 57-65 (cf. s. t. 64).

Heubeck⁵⁰ opina que el micénico es un dialecto que no tuvo continuidad en el primer milenio a. J. C., pues considera, por ejemplo, que en grafías como mic. *ka-zo-e* se oculta una evolución de **kí*, típica y exclusivamente micénica, que no aparece en ningún dialecto griego atestiguado más tarde. Trata así de justificar con argumentos lingüísticos la tesis propuesta por Hampl⁵¹.

El micénico, por tanto, fue, en opinión de Heubeck, un dialecto emparentado con la modalidad lingüística predecesora del arcadio-chipriota en el segundo milenio a. J. C., pero no tuvo descendiente directo en el primer milenio.

Para Georgiev⁵² el micénico es una *κοινή* cuya última fase es la lengua de los poemas homéricos. Se apoya en las siguientes premisas: 1) el micénico no puede ser predecesor lingüístico del grupo dialectal occidental (dórico); 2) ni tampoco del jónico-ático, ya que en los textos micénicos se puede leer *a-pu* y *to-pe-za*; 3) pero tampoco puede ser el estadio lingüístico precedente del eólico y arcadiochipriota, porque en micénico se encuentran ejemplos de tratamientos de sonantes vocálicas con timbre *a*. El micénico es una *κοινή* que constituye la base del dialecto homérico. La lengua homérica, piensa Georgiev, no es de ningún modo artificial. Por el contrario, se trata de un dialecto vivo que representa la última fase de la *κοινή* cretomicénica, si bien, posteriormente, los poemas sufrieron influencias del jónico y del ático; y esta *κοινή* micénica se constituye por mezcla de jónico y eólico⁵³.

De modo que, dejando aparte las consideraciones de Georgiev, Heubeck y Gallavotti, para quien el micénico es eólico, nos encontramos con dos puntos de vista distintos por lo que se refiere a la caracterización del micénico como dialecto griego.

Para algunos dialectólogos el micénico es aqueo hablado en el segundo milenio a. J. C., y su supervivencia en el primer milenio

⁵⁰ HEUBECK *Zur dialektologischen Anordnung des Mykenischen*, en *Glotta* XXXIX 1961, 159-172.

⁵¹ HAMPL *Die Chronologie der Einwanderung der griechischen Stämme und das Problem der Nationalität der Träger der mykenischen Kultur*, en *Mus. Helv.* XVII 1960, 57-86.

⁵² GEORGIEV *Das Problem der homerischen Sprache im Lichte der kretisch-mykenischen Texte*, en *Minoica und Homer*, Berlín, 1961, págs. 10-19.

⁵³ GEORGIEV *Mycenaean among the Other Greek Dialects*, en *Myc. Stud.* 125-139.

es el arcadiochipriota. Por otro lado, frente a esta tesis "ortodoxa", tradicional, existe la propuesta simultáneamente por Porzig y Risch: arcadiochipriota y jonicoático constituyeron un único dialecto en el segundo milenio a. J. C.

Risch llega más lejos: este dialecto, común "progenitor" del jonicoático y arcadiochipriota, es el micénico.

Las dos opiniones en pugna cuentan con argumentos a favor y, por otro lado, la gran valía de sus respectivos defensores hace que no sea fácil una decisiva adhesión a cualquiera de los dos bandos.

Por ejemplo, dos eminentes micenólogos como Chadwick⁵⁴ y Palmer⁵⁵ militan en este punto concreto desde campos opuestos: el primero está del lado de Risch, mientras que Palmer es partidario de la opinión contraria, que identifica al micénico con el dialecto aqueo y ve en el arcadiochipriota el dialecto sucesor directo del micénico en el primer milenio a. J. C.

Así se explica que Vilborg⁵⁶ adopte ante el problema de la conexión del micénico con los demás dialectos griegos una postura poco decidida.

A pesar de ello, la nueva posición se abre paso cada vez con mayor vigor. Así, Bartoněk⁵⁷ considera que, dentro de los dialectos griegos, un mismo grupo dialectal, que denomina griego del Este, dará lugar al jónicoático, arcadiochipriota y panfilio.

Lo mismo se deduce de la experiencia realizada por Coleman⁵⁸, que, aplicando un "test" de interrelación a los dialectos griegos, somete a revisión las hipótesis más significativas aceptadas por modernos investigadores, escoge una serie de rasgos distintivos, que aplica a los dialectos, y ofrece así un esquema de coeficientes

⁵⁴ CHADWICK *The Greek Dialects and Greek Prehistory*, en *Greece and Rome* III 1958, 38-50; *Mycenaean Greek*, en *Proceedings of the VIII International Congress of Linguists*, Oslo, 1958, 722-724; *The Prehistory of the Greek Language*, en vol. II, cap. XXXIX de *The Cambridge Ancient History*, Cambridge, 1963.

⁵⁵ PALMER *Achaeans and Indo-Europeans*, Oxford, 1956; *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts*, Oxford, 1963.

⁵⁶ VILBORG *A Tentative Grammar of Mycenaean Greek*, Göteborg, 1960.

⁵⁷ BARTONEK *Development of the Consonantal System in Ancient Greek Dialects*, Praga, 1961.

⁵⁸ COLEMAN *The Dialect Geography of Ancient Greece*, en *Trans. Philol. Soc.* 1963, 58-126.

de correlación entre éstos en orden a su clasificación. De este análisis resulta que el aqueo es un dialecto de transición ("bridge dialect") entre el dórico y el nordoccidental; la misma posición ocupa el beocio entre eólico y dórico. Pero lo más importante de este trabajo es que revela como suficientemente fundada la hipótesis de que jonicoático y arcadiochipriota, con anterioridad a la invasión dórica, constituyeron un único complejo dialectal.

Cowgill⁵⁹ presenta un estudio en que trata de la situación del micénico entre los demás dialectos griegos. En el "imperio micénico", según Cowgill, existían las cuatro variedades dialectales siguientes: prejónico, prearcadio, prechipriota y otra caracterizada por innovaciones específicas micénicas (vocalización de *ʔ en *pe-mo*, disimilación de labiovelares, etc.).

Por último, para señalar la distribución prehistórica de los dialectos griegos, expone el siguiente diagrama:



Cada dialecto comparte determinadas características con sus colindantes, pero se opone a aquel con el que se enfrenta diagonalmente.

Risch ha seguido trabajando, siempre en defensa de su teoría. Recientemente ha publicado⁶⁰ un artículo en que trata de demostrar cómo la *o* de jón. át. εἰκοσι puede explicarse como resultado de *n*, intentando acortar la distancia que, en este punto concreto, media entre jonicoático por un lado y micénico y arcadiochipriota por otro.

Quien escribe estas líneas ha tenido la oportunidad de asistir a cursos y conferencias del profesor Ruipérez, de quien es discípulo, en torno a temas de Dialectología y Fonética griegas. Puede adelantar que el profesor Ruipérez trabaja en la actualidad en estos

⁵⁹ COWGILL *Ancient Greek Dialectology in the Light of Mycenaean*, en *Ancient Indo-European Dialects*, Berkeley, 1966, 77-95.

⁶⁰ RISCH *Historische Sprachbetrachtung und Dialektgeographie*, en *Kratylos* XI 1966, 142-155.

campos con puntos de vista personales e ideas verdaderamente sugestivas y prometedoras. Esperamos que se difundan, porque ayudarían en gran manera a consolidar la actual situación de la Dialectología griega.

A. LÓPEZ EIRE



CONJETURAS SOBRE LAS TABLILLAS PILIAS DE "O-RO-ME-NO" Y "SU-RA-SE"

- Ae 27 *ma-ta-wo a-ti-ri-ja-[]-no-wo-ko [] qe-to-ro-po-pi o-[ro-me-no...*
Ae 108 *qo-te-ro a₃-ki-pa-ta o-pi ta-ra-ma-ta-o qe-[to-ro-po-pi] o-ro-me-[no....*
Ae 134 *ke-ro-wo po-me a-si-ja-ti-ja o-pi ta-ra-ma-⟨ta⟩-o qe-to-ro-po-pi o-ro-me-no VIR I*
Ae 489 *...a₃-]ki-pa-ta [o-pi] ta-ra-ma-ta-[o] qe-to-ro-po-[pi...*
Ae 8 *ku-so-no i-na-ni-ja tu-ra-te-u du-ni-jo-jo me-tu-ra su-ra-se VIR [I*
Ae 72 *ko-ro-ja-fa i-na-ni-ja tu-ra-te-u su-ra-te du-ni-jo-jo me-tu-ra su-ra-se VIR I*
Ae 264 *pi-ra-jo a₃-ki-pa-ta su-ra-te du-ni-jo-⟨jo⟩ me-tu-ra su-ra-se VIR [1*

Siguiendo a Lejeune¹ creemos² que las cuatro tablillas de la serie *o-ro-me-no* y las tres de la serie *su-ra-se*³ están relacionadas no sólo por ser del mismo escriba, sino también por ser documentos del mismo orden. Esto, sin embargo, no da derecho a pensar

¹ LEJEUNE *Essais de philologie mycénienne. VI. Les dérivés en "-ter"* (Rev. Philol. XXXIV 1960, 9-30).

² Cf. GALIANO *Diecisiete tablillas micénicas*, Madrid, 1959, 148-152 para una visión de conjunto.

³ Cf. GALLAVOTTI-SACCONI *Inscriptiones Pyliae ad Mycenaean aetatem pertinentes*, Roma, 1961, 14.

en un contexto pecuario para ambas series. En la primera tenemos dos *a₃-ki-pa-ta* y un *po-me* y, además, el *qe-to-ro-po-pi* se suele interpretar⁴ como "ganado". En la segunda hallamos un *a₃-ki-pa-ta*, pero el término *me-tu-ra* plantea muchos problemas⁵.

¿En qué pueden coincidir los documentos de una y otra serie? Podría tratarse, pensamos, de una especie de denuncias⁶ o registros de desgracias con vistas a la indemnización de las víctimas. Para tal interpretación habríamos de leer *o-ro-me-no*, siguiendo a Gallavotti⁷, como ὀρόμενος, entendiendo que los individuos mencionados en las cuatro tablillas de esta serie —*ma-ta-wo*, *qo-te-ro*, *ke-ro-wo* y otro⁸— habrían muerto por obra de los animales, *qe-to-ro-po-pi*⁹ (¿ganados o perros¹⁰?), de *ta-ra-ma-ta-o*, o bien que habrían sido perjudicados¹¹ por los mismos. El hecho sucedería¹² en el distrito de *a-si-ja-ti-ja*.

En las tablillas de *su-ra-se* podría intentarse leer *me-tu-ra* como un antropónimo femenino en acusativo de singular, ΜΕΘΥΛΛΑΝ; cf. ΜΕΘΥΛΛΟΣ documentado en Pape-Benseler, si bien este nombre es de época tardía¹³ y nada parecido hallamos en Landau¹⁴. Se trataría, conjeturamos, de una denuncia por rapto o violación formulada independientemente contra cada uno de los autores de

⁴ Cf. GALIANO l. c.; VENTRIS-CHADWICK *Documents in Mycenaean Greek*, Cambridge, 1956, 47; Srta. MORPURGO *Mycenaeae Graecitatis lexicon*, Roma, 1963, s. v.; etc.

⁵ Cf. GALIANO l. c. y notas pertinentes; LEJEUNE l. c.; VENTRIS-CHADWICK o. c. 400; GALLAVOTTI *Documenti e struttura del greco nell'età micenea*, Roma, 1956, 65; MORPURGO o. c. s. v.; PALMER *The Interpretation of Mycenaean Greek Texts*, Oxford, 1963, 126.

⁶ Cf. GALIANO l. c.; GALLAVOTTI l. c.

⁷ GALLAVOTTI o. c. 67 y *Lecture di testi micenei* (Par Pass. XI 1956, 5-24).

⁸ Cf. LANDAU *Mykenisch-griechische Personennamen*, Göteborg, 1958, s. v.

⁹ Sobre este dat. instr. postulado por Gallavotti, cf. GALIANO l. c. (ej. homéricos como X 40, etc.).

¹⁰ Cf. ξ 37.

¹¹ Cf., p. ej., δ 318 y véase ἄλλοι en Liddell-Scott. Debo esta sugestión a Juan Gil.

¹² Cf. GALIANO l. c. y notas pertinentes; LEJEUNE l. c.; etc.

¹³ Cf. BECHTEL *Die historischen Personennamen des Griechischen bis zur Kaiserzeit*, Halle, 1917, 506; IG. I 434₂₅.

¹⁴ LANDAU o. c.

tal hecho, *ku-so-no*, *ko-ro-ja-ta* y *pi-ra-jo*¹⁵. No se nos ocultan los reparos que a esta interpretación pueden formularse. Obsérvese, no obstante, que si con la mayoría¹⁶ pensamos que *su-ra-se* es del verbo συλάω frente a interpretaciones como la de Lejeune¹⁷, nuestra conjetura cobra fuerza, porque en Eur. *Hel.* 600 aparece dicho verbo con el sentido de "raptar". También podríamos relacionar el *su-ra-te* de Ae 264 con el συλήτορας de Esq. *Supl.* 927, donde se designa con esta voz al heraldo que ha tratado de arrebatarse por la fuerza a las Danaides de los altares de los dioses, y recordar, por último, que en Alceo (fr. 298, 4 L.-P.), en el mutilado fragmento en que se narra el rapto de Casandra por Ayante hijo de Oileo, hallamos la misma raíz en la voz θεοσύλαιοι, asimismo en análogas circunstancias a las de la tragedia esquilea.

Podríamos, pues, explicar en cierto modo el *su-ra-te* sin tener que acudir a las interpretaciones de Gallavotti¹⁸ o Ventris-Chadwick¹⁹ ni a las conjeturas de Lejeune²⁰ sobre el *su-ra-se*, ante el que dudan, entre otros, Palmer²¹ y Vilborg²².

MARIANO BENAVENTE

¹⁵ LANDAU o. c. 73 y 77, etc.

¹⁶ Cf. VENTRIS-CHADWICK o. c. 113; GALIANO l. c.; MORPURGO o. c. s. v.; con dudas PALMER l. c.

¹⁷ LEJEUNE l. c.

¹⁸ GALLAVOTTI *Appunti sul lessico miceneo* (Paideia XII 1957, 329-336).

¹⁹ VENTRIS-CHADWICK o. c. 169, 408.

²⁰ LEJEUNE l. c.

²¹ PALMER l. c.

²² VILBORG *A Tentative Grammar of Mycenaean Greek*, Göteborg, 1960, 113.

EL DIÁLOGO Y LA FILOSOFÍA PLATÓNICA DEL ARTE

DIÁLOGO Y SOLILOQUIO

Platón ha inventado el diálogo filosófico. Ha remodelado, en fórmula literaria propia, la charla socrática sobre esto y lo otro que vivía en las conversaciones de los mercados y los gimnasios. Dicen si con tales o cuales precedentes en la literatura popular y de cordel, las consejas sibaríticas o los fabularios e isopetes. Dicen si con ciertas concomitancias con el mimo dramático¹. De dónde es, Dios sabe. Nosotros sabemos que Platón ha generado una obra definitiva y como para lo eterno, unicísima, difícil de reformar. El diálogo filosófico no existía de antes ni, sobrado es decirlo, nunca después ha vuelto a recobrar la plenitud de su tono, su curso y cadencia, la humanidad y sociabilidad de su brote primero.

Platón ha tenido la feliz idea de alumbrar literariamente su pensamiento, conversación silenciosa del alma consigo misma² bajo figuración de diálogo entre dos hombres. El mudo diálogo entre

¹ Lo más completo y circunstanciado que puede leerse sobre la materia está en HIRZEL *Der Dialog* I, Leipzig, 1895 (reimpr. Hildesheim, 1963), 2-67 y WILAMOWITZ *Platon* II, Berlín, 1962², 21-31. Permitaseme advertir que este segundo tomo de la obra de Wilamowitz es un verdadero tesoro de informaciones filológicas. En el primer volumen, en cambio, que dice ser un libro sobre Platón, se habla de todo menos del verdadero Platón, o sea, que cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

² *Teet.* 189 c y *Sof.* 263 e; cf. DIRLMEIER *Vom Monolog der Dichtung zum "inneren" Logos bei Platon und Aristoteles* (*Gymnasium* LXVII 1960, 26-41).

la parte racional y la irracional del alma, entre la fina arista del razonamiento y el puñal de las pasiones y su turbión se manifiesta temprano en la poesía griega como interpelación del hombre a su alma o su corazón³. Es el remoto antecedente y hermano mayor del “monólogo interior” o “flujo de conciencia” de la novela joyciana y toda su parentela. Tal o cual “monólogo” homérico es también la forma durmiente del diálogo platónico. Cuando Sócrates departe con uno de sus convillanos —escucha leal o interlocutor de condición biliosa—, Platón transfunde a ese diálogo el canje íntimo entre las virtudes de su cabeza y los vicios de su corazón. Inclinado el oído hacia su propio corazón, vierte en las páginas la conversación entre el filósofo paladino y su compañero interior, el hombre clandestino indestructible que se afana siempre en algún escondrijo rinconero de su alma. Trasiega a ellas el duelo verbal de razonamientos y contrarrazonamientos entre su buen demonio y su ángel de la mala guarda. Retoña el viejo tronco del monólogo poético y todos sus ayerres remanecen magnificados en el diálogo platónico. Platón se aparta de la cañada convenida, el estilo egocéntrico de los pensadores presocráticos, y estrena una nueva forma literaria para su pensamiento. Y de allí adelante se nos revela como el más terco caso de dialogador en ejercicio. Los diálogos —frutos serondos, frutos alvares— son el fruto literario casi exclusivo de su pensamiento, rara vez trasegado en forma de carta.

Este filósofo se vive en la doble dimensión de la intimidad y el mundo de sus prójimos. Conoce que el hombre —el hombre que cada cual es— es uno y, además, uno de tantos o uno de muchos, y sabe por ello acentuar su cara propia con otras caras coadyuvantes⁴. Sabe respetar un punto de vista contrario al suyo. Gene-

³ Para esto, en la tragedia, véase el libro de quien —muerto Reinhardt, muerto Jaeger— es, al presente, el primer helenista de Alemania, SCHADEWALDT *Monolog und Selbstgespräch. Untersuchungen zur Formgeschichte der griechischen Tragödie*, Berlín, 1926, s. t. 26-33. Ésta es la tirada que tengo a la vista, pero hay reimpresión reciente: Berlín, 1966.

⁴ En escritos ya famosos han filosofado sutilmente sobre la estructura dialógica del hombre Jaspers, Buber y Lacroix, entre otros, y han señalado sus síndromes y consecuencias. Cf. unas breves páginas, pero muy finas, de WILPLINGER *Dialogischer Logos. Gedanken zur Struktur des Gegenüber* (*Philos. Jahrb. Görresg.* LXX 1962, 169-190). Su relación con la forma del diálogo filosófico la estudia el libro de WILDBOLZ *Der philosophische Dialog*

roso, generoso. Son los diálogos uno de los Santos Lugares de la literatura filosófica, a los que conviene peregrinar de vez en cuando para aprender generosidad, sencillez y donación de sí, altruismo intelectual. Son el testimonio impar de un pensamiento que, a la vez que se manifiesta él mismo, va asumiendo e interpretando el pensamiento de los demás. Otras obras filosóficas nos mantienen a distancia, solemnes y empacadas, duras, frías. Sus autores, hombres característicamente singulares, se recogen a sus solas y se envuelven en un manto de altanería cuajado en témpanos de tecnicismos rugosos y esquinados. Nos abruman. Si ponemos el dedo sobre una página cualquiera de Platón percibimos el latido cordial de un hombre muy ducho en el trato y absorción del prójimo, de un alma que vierte sobre sus almas afines la cosecha de sus pensamientos. Tiene este hombre capacidad de desdoble, sabe fraternizar con nosotros. Platón nos concede un trato de camaradería, ayuda y amistad. Tan amigo, tan compañero, tan como nosotros. Se conduce y produce como un amigo que, una de dos, o bien nos aconseja o nos propina un puñetazo. Como el hombre va al hombre para formar una leal y humana amistad, así viene él a nosotros. Sus argumentos son de hombre a hombre y no de pensamiento a puro pensamiento. Como si los dos —él y tú o yo— necesitáramos hablarnos y darnos una parte de nosotros mismos hasta la custodia de un secreto en común o el sentimiento de un fracaso común. Como si todos los problemas —vuestros problemas, nuestros problemas— le interesaran *pro indiviso*. “Camarada, esto no es un libro. Quien vuelve sus hojas, toca un hombre”⁵. Pero ese hombre ¿es Platón?

LAS OSCURIDADES DE LA CLARIDAD

Sí, nos catequiza la disposición inclusiva, altruista del filósofo y, a las veces, nos subyuga y nos rinde —con cuán placer— su gracia imperiosa. Pero, puesta la mano sobre el corazón, seamos

als literarisches Kunstwerk. Untersuchungen über Solger's Philosophische Gespräche, Berna, 1952.

⁵ Whitman, *Cantos de adiós*.

últimamente sinceros y no nos finjamos entenderle. Confesemos que Platón nos resulta mucho más difícil de entender que cualquier otro filósofo de entre los de mayor excelencia. Los más de los filósofos se creen obligados a escribir prosa abyecta y nos obligan a un duro asedio técnico antes de entregarnos su secreto; pero, al fin, nos lo entregan. Platón escribe prosa cristalina, román paladino, palabras de nuestra normalidad cotidiana; pero recelamos que su secreto, su verdadero secreto, sólo a medias nos lo entrega. La excepción es tan extraña como la regla que quebranta, la de sus cofrades afiliados en la literatura filosófica: claros al cabo, pero protegidos al inicio por barreras de oscuridad. “Hablando se entiende la gente” y, en efecto, se crea en torno de lo que los diálogos nos dicen una claridad de entendimiento; pero, al mismo tiempo, su claridad no excluyendo un reflejo distante y nostálgico: el último sentido, una y otra vez, se nos escapa. ¡Qué fiasco y bochornosa situación! Uno se queda por lo demás perplejo y no poco sobrecogido. Este buen amigo —¡habrá que confesarlo!— es, en el fondo, un misterio y un enigma espiritual. Los diálogos son, todavía, un secreto máximo de la historia del pensamiento. Apenas si los entendemos. Después de tantas disputas interpretatorias, sólo sabemos que no sabemos lo que significan. Lo que por inocencia se ha llamado la facilidad platónica resulta que es algo endemoniadamente difícil, algo que sigue desafiando al intérprete más pintado. Se trata, naturalmente, de un género de dificultad peculiar y privativo de Platón. Su dificultad —que no es un capricho, una arbitrariedad— corresponde a un modo de ser filosófico. ¿Cómo se compadecen, de una parte, las cordialidades de un estilo mental generoso, la diafanidad de las palabras y las frases, y, de otra, esa cierta cadencia altiva y displicente que se nos pone por delante y el humor de la distancia, que nos desconcierta en la obra escrita? ¿Qué hay en el fondo de toda esta cuestión?

Los principios cimentales del platonismo podrían exponerse sencillamente, aseQUIblemente: total, dos docenas de líneas. Y, sin embargo, frente a frente de la obra escrita, lo que primero llama nuestra atención y nos anubla de estupor es yo no sé que terrible complejidad, rica en contradicciones y oscuridades, que dan ciento

y raya a las propias de un pensamiento ultradifícil. Nos irrita, nos desazona, su desorden y desespero de orden, que no parece sino que Platón es el más desesperante de los grandes escritores de la Antigüedad. ¿Por qué tanta oscuridad y extraña jugarreta en un escritor que aconseja escribir⁶ con la misma sencillez con que se habla? Advirtiendo que él mismo parece seguir esa mónica y —tal un Juan de Valdés— “escribe como habla”, es decir, escribe como se habla en una conversación entre personas cultivadas. No es dudable que las razones trasañejas que la policía filológica viene pensando y repensando para responder a este enigma y viejo pleito están muy malamente establecidas, tronadas, sobreseídas. La disparidad humillante de las opiniones, su letanía de vulgaridades, nos deja abismáticamente confusos. Nos obliga a interrogar al filósofo todavía —ahora al presente, en el siglo vigésimocuarto de la era platónica— por conocer la causa del misterio.

¿Por qué será? ¿Por natural consecuencia de la máscara irónica, pocas veces depuesta, o de la forma dialogada? Yo no lo diría o, francamente, diría que no. Diría yo exactamente lo contrario, que la ironía y el diálogo son ellos la consecuencia, y que tomarlos por causa fuera algo así como enganchar las bestias de tiro a la trasera del carro. El recurso a la ironía —Thomas Mann— o la forma dialogada —desde Cicerón hasta Solger y Valéry— no impidió jamás a un espíritu claro hacerse entender en casta y desnuda prosa. ¿Conflicto entre historiador y filósofo? No, eso no se tiene en pie ni cinco minutos. Ni la exactitud de la Historia con mayúscula ni los detalles exactos de las minúsculas historias pujaron nunca el alma de Platón. No sólo es indiferente a la historia, pero que asimismo afirmo que es el suyo un pensamiento declaradamente antihistórico. ¿Será, entonces, últimamente culpable la eterna dualidad y diunvirato Sócrates-Platón? Éste no ha tenido la inverecundia de ponerse él mismo en los diálogos. En alguno de éstos —los maduros, los granados— Sócrates es sólo su “nombre de pluma”. Esto es literalmente cierto; pero, esencialmente, no pasa de ser cierto hasta cierto punto. Quiero decir que ese Sócrates, que se parece poco al Sócrates histórico, tampoco es Platón exactamente. En todo caso, Platón y Sócrates son, en

⁶ *Teet.* 184 c.

los diálogos, dos hermanos siameses o un rostro janicéfalo que ni siquiera el más fino bisturí mental podría separar plenamente. Ello es, verdad, causa de incertidumbre al certificar la paternidad de los pensamientos; pero no es, muy verdad, impedimento para su comprensión. Y esto es lo que ocurre, en unos y otros diálogos; que la comprensión se nos escurre tras el burladero de la letra escrita. ¿Asentaremos, por ventura, en los mitos la causa de nuestras tribulaciones? Es éste un lugar común muy molido; pero también, cuando menos, muy cuestionable. No se dijera sino que los mitos son siempre abrigo y cobijo de oscuridad, cortina de sombras que entrecierra nuestra comprensión. Curiosa interpretación aquella que en sus cuentas olvida, además, el pormenor de que alguno de los diálogos más difíciles rehuye —y no por acaso— de los mitos. ¡Tan ello no es así! En fin que, contra el común dictamen y no por llevar la contraria, pienso que hay algo más y que no será perdido el rato que echemos en recuesta de este problema. Vuelvo a preguntar: pero ¿por qué será?

Ciertas páginas de Schleiermacher⁷ madrugaron en entender la relación esencial, en la obra platónica, entre su “forma interna”, o sea, el adoctrinamiento del discípulo hacia la filosofía, y su vestimenta dialogada o “forma externa”, una sola y propia suya. Por desgracia, con poco séquito. Acaso Schleiermacher planteó la cuestión débilmente y tal vez —y es seguro— no estaría de más venir ahora a remachar en esa idea con una revisión asistida de algunas precisiones menudas. No se trata de cortar nudos de Gordio en lugar de aflojarlos debidamente. No se trata exclusivamente, ni siquiera principalmente, de verificar en los diálogos ciertas normas generales y cansados motejos sobre la relación entre lengua y pensamiento. Se trata de aprender, muy en concreto, cuán es estrecho el consorcio entre la forma del diálogo y la estructura del pensamiento platónico. Ambas se conjugan y se acoplan y acompañan mutuamente. Se hacen una a la otra, de suerte que el diálogo resulta ser la única forma literaria aviada a aquel pensamiento, su forma hecha de encargo. Ciertamente que la palabra es siempre, en más o en menos, pensamiento abortado y que la

⁷ En el prefacio a su archifamosa traducción de Platón: *Platons Werke* I, Berlín, 1942³, 13 ss.

forma sólo a medias y como en potencia expresa el pensamiento. De acuerdo. Pues fijemos, poniendo en ello el máximo tiento, los límites de esa conexión. Determinemos las relaciones que unen, vera a vera, en la obra platónica la letra con el espíritu. No hay otra aduana de ingreso para penetrar con eficacia en la clave de su extraña oscuridad.

La forma, pues, no es algo sobrepuesto y como pegadizo. No se sobrepone, como una botarga o “surplus”, al pensamiento. La forma es el pulso que denuncia la tensión arterial del espíritu. Desde esta perspectiva —relación entre estructura y forma de un pensamiento— podemos poner asedio a la definición del diálogo platónico circuyéndola con argumentos tocantes a la disposición psicológica del interlocutor, la técnica del interrogatorio o la estructura del esquema dialéctico⁸. No es ahora mi tema hacerlo. Pero, además, los diálogos se nos presentan bajo otro viso, el de obras maestras de arte literario. No sabemos, en la literatura filosófica, de nada comparable. Pertenecen *modo et forma* no sólo a la filosofía, pero que asimismo al arte. Platón tiene sus ideas propias sobre estética y tocante a las relaciones entre arte y filosofía. En este terreno se tiene ganado un puesto, y de los delanteros. Parece, pues, cosa que va de suyo sacar de ahí la inferencia de que las ideas estéticas de Platón han de darnos la clave para cogerle la onda a la forma particular que los diálogos han revestido. ¿Cómo pensar que, en el artista filósofo, el escritor le dé la espalda al esteta y la obra traicione y lleve la contra a la teoría? ¿No debemos suponer que un filósofo que tiene ideas tan claras sobre el arte habrá puesto todo su ahinco en producir un arte que sea, en lo posible, el “órgano de la filosofía” que, andando el tiempo, reclamaría Schelling?

⁸ Los estudios de estructura literaria no han recaído todavía, a Dios gracias, en los excesos de ciertas tendencias de la nueva oscurísima escolástica que llaman lingüística estructural. No se despepitan en rebusca de terminillos figureros, ensayos de decir lo viejo con palabras nuevas, que esturdecen al lector y concitan, por reacción, la hostilidad y después la indiferencia. Desde el punto de vista restringido que promete su título puede leerse con provecho GOLDSCHMIDT *Les dialogues de Platon. Structure et méthode dialectique*, París, 1963²; y, desde perspectivas más generales, SCHAEERER *La question platonicienne*, Neuchâtel, 1938.

Ahí tienen ustedes nuestro tema, la relación entre la forma del diálogo platónico y la filosofía platónica del arte. De los dos simples que lo componen, el más intrincado es el primero. Razón suficiente para que comencemos con el segundo.

IMITACIÓN

El camino más corto hacia la doctrina platónica del arte arranca de un supuesto filosófico. Para penetrar en ella, en efecto, es necesario hacer intervenir desde ahora un principio fundamental y abecé del platonismo. Me refiero⁹ al concepto de imitación. La dialéctica vieja desde las penumbras amorfas, por las formas mutádicas, hasta el tipo y, de éste, a la luz del arquetipo. Si no es que nos conduce de retroviaje, desde el rebrillo de las formas a la innumerable chusma, envilecida, encanallada, de los objetos del bajo mundo. Trotamundos ascendente o descendente se columpia, en sublime funambulismo, desde la copia al modelo y del modelo a su réplica. En estas andanzas del conocer, sus tumbos mil y tornavuelas, todos los algos y todós los seres se le revelan, al compás de sus pasos, imitadores e imitados a la vez. *La república* y *Las leyes* son dúPLICAS de modelos ideales y sirven ellas mismas de ejemplario a la sociedad humana, para la clase de los productores o para la de los consumidores. El lecho que el pintor pincela, remeda y mima el lecho que cincela el carpintero, y éste imita, refleja el del demiurgo: mediante esta imitación se renueva la creación del mundo. Para no poner las cosas tan por lo alto: todo acto y toda obra se conforma a formas-modelos y resulta ser su eco, su dejo. Naturaleza y arte, ideas y números, conductas e instituciones, todo está supeditado y obedece a este principio soberano. En una palabra, toda realidad, salvo el Bien, mimetiza a otra y es, en tal sentido, falible, ilusoria, simiesca. A la inversa, la recíproca de ese primer carácter es este segundo: toda realidad,

⁹ Cf. VERDENIUS *Mimesis. Plato's Doctrine of Artistic Imitation and its Meaning to us*, Leiden, 1949, con mención de algunos otros libros de tema análogo —y han sido los tales legión—, a los que se añadirán LODGE *Plato's Theory of Art* (Londres, 1953) y HUBER-ABRAHAMOWICZ *Das Problem der Kunst bei Platon*, Winterthur, 1954.

salvo el puro no-ser, es modelo de otra realidad —que es su retal y su hijuela, su mico y macaco— y es, en tal sentido, preciosa, interesante, grave.

La cosmovisión platónica aparece enteramente sometida al principio de la imitación. Polariza el mundo platónico, hacia su cénit y su nadir, en dos aspectos precisos que lo amojonan bajo su imperio: arriba, el Bien; abajo, el no-ser. Entre ambos están las ideas, que son el objeto de la verdadera ciencia. Están los fenómenos (εἶδωλα), que son el objeto de un conocimiento relativo. Están, en fin, las representaciones (φαντάσματα), fenómenos de fenómenos o fenómenos en segundo grado, objeto de un conocimiento doblemente relativo: es el dominio propio del arte. Pero todavía dentro de ésta existen rangos y estatutos, pisos altos y bajos. Cabe, en efecto, un subgénero de imitación fantasiosa (φανταστική μίμησις) a que, empleando el término en su aceptación vulgar, llamamos arte, aunque es más bien pseudo-arte vulgar y placera. No es ni más ni menos como la reacción pinturesca ante el plato de manzanas y el racimo de plátanos, extremadamente presuntuosa. Docta en la mentira, el enlabio y las trapacerías y con ayuda de todas las habilidades panúrgicas, reproduce servilmente la apariencia sensible, la presenta de cuerpo y, alardosa de pintarla más a lo vivo, en verdad la contrahace. Es ello buscar la salida por la línea de menor resistencia, hurtar la verdadera verdad y ofuscar la conciencia con embustes sazonados de picardías y añagazas. Estos artistas creen copiar con fidelidad minuciosa las realidades; pero, de hecho, esculturan y poetizan solamente apariencias.

Por definición tales artes miméticas son justiciables de criterios de parecido y verosimilitud. Pero el arte no consiste en producir memorandas fotográficas de la realidad ni se detiene en la envoltura superficial de las cosas sin entrar en su segunda o tercera capa. Con roqueña convicción, como si fuera la cosa más natural del mundo, Platón les dice a esos artistas: creéis copiar realidades y copiáis lejanas caricaturas; creéis reproducir vida y estáis produciendo muerte, embustes convencionales, falsía. Lo cual no es sólo un camino falso, sino que tiene además su resón de inmoral. Es arte zalamera, que nos engatusa y nos baila el agua y nos busca las cosquillas, dondequiera que las tengamos, con tal de granjearse nombradía y

ganarse nuestro aplauso. Cultiva el placer anárquico y es semillero de corrupción, pues mal puede servir de ejemplo para los de abajo la caricatura de los de arriba. Imágenes de la vulgaridad estética y del mal gusto, lo son también de la poca decencia. Nos estragan el sentido moral. Un riesgo éste, y no pequeño, que añadir al que supone su erróneo camino estético.

El poeta filósofo ejercerá, en su caso, otra arte de especie más levantada, aunque de tan rara cuna, que es poco conocida y menos practicada. Indiferente al parecido sensible, pinta y esculpe —como un artista afiliado en lo abstracto— universos matemáticos y, si es caso, ingrávidos, incoloros. Se place y complace en reproducir la idea del modelo racionalmente y no según certificación y consenso de los sentidos. Son formas que nacen puras de la realidad exterior, que no deben nada a la naturaleza, la auténtica “cosa mental” que Leonardo requería de la pintura. Hombre cavernario, como cualquier hijo de vecino, el filósofo tiene la cabeza amueblada de recuerdos de aquellos tiempos, cuando, fuera de la espelunca, le era dado contemplar las cosas a su verdadera luz. Este recuerdo acarrea certidumbre de más alto linaje, sugerida luego mal que bien por medio de palabras. Menos sensible que nosotros a las cualidades inmanentes de orden, composición y ensambladura de la obra, justiprecia, muchísimo mejor que nosotros, su potencia evocadora, sus virtudes anagógicas. La verdadera obra de arte tiene una dimensión trascendente, esto es, se sale de sí misma y participa de algo que no es ella, que está más allá de ella. No vale cosa si no es por referencia a su modelo inexpresable. El modelo es asunto muy serio. Su imitación artística es cosa de juego.

EL JUEGO SERIO

Correspondiendo Platón con su amigo Dionisio, escribe¹⁰ en la carta séptima, esa rara expansión autobiográfica y pieza esencial de su epistolio: “Ningún autor serio escribe seriamente”. Pormenor curioso: el gran temor de Sócrates no es pecar contra

¹⁰ *Ep.* VII 344 c-d.

la seriedad, sino pasarse de serio¹¹. El tono lúdico y de sorna, presente incluso en las noticias y datos factuales más concretos, mezcla burlas y veras y hace singularmente irritante la interpretación. ¿Habla en serio Platón¹² o nos toma de pito en los recreos filológicos, minutísimos, del *Crátilo*, cuando examina con gran golpe de detalles, puntualísimos, la fe de bautismo de tantas palabras? ¿Bromea o habla de veras en el *Timeo* cuando construye el *anima mundi* según juegos numéricos sorprendentes? ¿Hay allí o no distorsión burlesca cuando examina circunstanciadamente el origen de los hermanos plumíferos del bípedo implume, las plumas y picos de avecillas y avechuchos, canora facultad y todo lo demás de las criaturas que pertenecen a la aviación? ¿Y qué pensar cuando, en *La república*, veredicta¹³ que el tirano es setecientas veintinueve veces justas más infeliz que el rey justo, porque el cubo de nueve mide la procesión de los minutos del día, el rosario de las horas del mes y el dispar ejército de los días y noches del año? ¿O cuando, allí mismo¹⁴, legifera al dedillo sobre el famoso “número nupcial”? Eterna duda que nos escama, nos mosquea a cada página y acaba por obsesionarnos. Los dedos se nos antojan huéspedes, no nos fiamos ni de nuestra sombra. Un recelo venenoso se apodera de nosotros. Si alguna vez ahora, añoramos el signo tipográfico de la ironía, que Jean Paul echaba de menos en nuestras escrituras junto al de la interrogación y la exclamación. ¿Por qué nuestras ediciones, así como esposan la pregunta entre interrogantes, no esposarán la frase irónica entre “ironizantes”? “Cierto —escribe Goethe¹⁵ con su adorable y habitual solemnidad—, quien

¹¹ *Rep.* 536 c y *Ley.* 701 c. Cf. en general APELT *Ueber Platons Humor* (*Neue Jahrb. Kl. Alt.* XIX 1907, 247-266).

¹² Una especie de relación general de principios que reclaman con urgencia ser aplicados, en concreto, con densa y larga atención puede verse en FERRANTE *Le etimologie nei dialoghi di Platone* (*Rend. Ist. Lomb.* XCVIII 1964, 162-170).

¹³ Ese pasaje indicado está en *Rep.* 587 d.

¹⁴ Permítanme ustedes que remita, a quien desee información sobre las opiniones reinantes, a DENKINGER *L'énigme du nombre de Platon et la loi des dispositifs de M. Diès* (*Rev. Ét. Gr.* LXIII 1955, 38-39).

¹⁵ *Plato als Mitgenosse einer christlichen Offenbarung*, fin. Este opúsculo, de 1796, puede encontrarse en la “Jubiläum-Ausgabe”, XXXVI (Stuttgart, 1928).

nos aclarara lo que hombres como Platón han dicho en serio, en broma o medio en broma, lo que han dicho por convencimiento o sólo discursando, ése nos haría un servicio extraordinario y colaboraría infinitamente mucho a nuestra formación". Desde luego, infinitamente mucho; pero la cuestión es insoluble, porque está mal planteada. Tomar los diálogos "en serio", *litteraliter*, fuera confundir, igual a Dionisio de Siracusa¹⁶, la letra con el espíritu, la cualidad con la esencia, el lenguaje con la idea. Y el lenguaje padece, en el diagnóstico de Platón, de aciología congénita, crónica e incurable. Si tan grave es la enfermedad del lenguaje, ¿cuál no será la de la letra?

Como se juega al disco o al chaquete¹⁷ con ánimo desembarazado y actitud jovial, Platón juega a filosofar y, por más serios motivos aún, a escribir filosofía. El asimiento del filósofo al absoluto le da la libertad de jugar en lo relativo. El juego —no lagrimar, no melancolizar— es su humor propio de la filosofía. Pero en la filosofía le va al filósofo la vida, se juega su vida, y, por ello, será un juego muy seriamente jugado. Lo más serio y espetado, la filosofía como παιδεία y la broma o la puericia como παιδία, no se excluyen en Platón¹⁸. Cuando un viejo platica con un joven, cuando Sócrates confilosofoa con un su amigo, se llaman y se invitan la una a la otra, hacen dístico en amiganza y se mezclan, como el ser y el no-ser. Porque "los asuntos de los hombres —leemos en *Las leyes*¹⁹— no son muy dignos de seriedad y, sin embargo, hay que tomarlos en serio".

Según el punto de mira, Platón considera sus diálogos como el pan nutritivo del alma o como un juego parvular y fútil, los pone en los cuernos de la luna o los aterra bajo las piedras²⁰.

¹⁶ Ep. VII 341 a-b.

¹⁷ Rep. 487 b (παιτευτική).

¹⁸ Lo mejor sobre el tema: DE VRIES *Spel bij Plato* (Amsterdam, 1949); cf. VURVERIS Παιδία καὶ παιδεία, Atenas, 1956, 58-65.

¹⁹ Ley. 803 b.

²⁰ Cf. LEVI *Sull'importanza che Platone attribuiva ai propri scritti* (Rend. Ist. Lomb. LXX 1936, 381-391) y, en general, L. GIL *El "logos" vivo y la letra muerta* (Emerita XXVII 1959, 239-268). Sobre el pasaje crucial de *Pedro* 274 b ss. escribe tanto y tan bien LUTHER *Die Schwäche des geschriebenen Logos. Ein Beispiel humanistischer Interpretation, versucht am sogenannten Schriftmythos in Platos Phaidros* (Gymnasium LXVIII 1961, 526-548).

Juzgándolos por sí mismos, Platón los tiene por pasatiempos y bagatelas y no por cosas serias. Sin embargo, mirando a sus poderes anagógicos, los preferirá a los exámetros del mismísimo Homero, arquegeta de la poesía, o a los versos de la mejor tragedia, porque ellos sí, y éstos no, elevan el alma del lector, le hacen ver más largo y orientan su derrotero hacia un ser incomparablemente más bello. El escritor y el filósofo se ponen de acuerdo²¹ para condenar a los escritores que “no poseen nada más precioso que lo que han escrito”. Pues lo que distingue a los diálogos de una obra de urdimbre histórica, oratoria o dramática es que su forma no es inmanente al texto, sino que está situada por encima de él, sugerida por él. No llevan en sí, autónomamente, su justificación científica o moral, ni tampoco estética. Su vida no es vida propia, sino evocación de la del modelo, su solo punto de apoyo y su ley.

TRES NOTAS DEL DIÁLOGO

Surten y brotan de aquí tres características de primer orden y muy valederas para entender los diálogos. Son tres notas crudamente patentes, evidentes y muy a la mano. Una primera, tocante a su escaso pintoresquismo. Otra segunda, atinente a la libertad soberana de sus proporciones. Tercera, y de mayor sustancia, su condición de obras incompletas, de sinfonías inacabadas.

Su primer atributo del diálogo es que no hace sino muy parvas concesiones a los elementos pintorescos y realistas. El arte no es copia de las cosas, sino creación de formas. Por donde no es difícil de ver que un arte que se afanara en ser tomado por realidad no sería arte, sino labor de erudito, de observador de apariencias. El artista filósofo rompe insumiso sus cadenas de esclavo del parecido sensible. Así, los diálogos no pretenden en modo alguno acusar el bulto y volumen de la sociedad y los hombres de su tiempo. No son cuadros de costumbres ni gliptoteca de retratos.

Nada más significativo a este respecto que la indiferencia de Platón tocante a la decoración material. En el *Teeteto* —y, según

²¹ *Fedro* 278 d.



se cree, también²² en el *Gorgias*— pasan los interlocutores desde la calle a un interior sin que el cambio de decorado merezca mínima indicación. La escena inicial del *Fedro* parece constituir la gran excepción de la regla. Sócrates, el gran urbano, el azotacalles de barrio cuya vida discurre de ordinario en un estrecho radio local, se deja convencer por Fedro y ambos van paseando hasta las afueras de Atenas. Esa mañana, como hacía un tiempo espléndido, los dos amigos han ido hasta el ribazo del Iliso, también un “aprendiz de río”. Allí se encaminan en charla ambulatoria y, entre tanto, se nos va describiendo el camino con cierto detalle topográfico. Para ir allá se sale de junto al Olímpion atravesando unos jardines. Luego se tuerce por cierta salida. Luego se abre el camino a lo largo del Iliso. Luego hay, a cosa de dos o tres estadios, un cierto altar, que por esa parte se cruza para ir al templo de Agra... ¡Con tanto pormenor no nos admira que tal digno filólogo²³ quisiera localizar hasta el plátano famoso! Pero no nos engañemos. La descripción, con tanta particularidad, es lo suficientemente insuficiente como para dar pie a las interpretaciones topográficas más encontradas²⁴.

Platón se ha demorado en la descripción de un paisaje pastoral²⁵ porque este paisaje idílico armoniza y casa con el paisaje íntimo del diálogo. Naturalmente, el apunte del paisaje se realiza sobre un lugar real y conocido; pero sin demasiado realismo y, más bien, estilizándolo. Su reaparición a ratos —tal el curso progrediente del sol en el *Fedón*— va subrayando los momentos estelares del diálogo. Interviene en la escena, es un trozo de ella. Ninfas y musas se insinúan en el paisaje y también el dios Pan.

²² Desadhiero de tal opinión en págs. 295-296 de *Notas al Gorgias* (Emerita XXXV 1967, 295-314).

²³ Me refiero al platonista Ritter, que cayó en la ingenuidad de esa averiguación.

²⁴ Confróntese —y lo pongo por erudito de consulta fácil— ROBIN PLATON: *Phèdre*, París, 1933, X-XII y WYCHERLEY *The Scene of Plato's Phaidros* (Phoenix XVII 1963, 88-98).

²⁵ Por favor, que no se nos hable uniformemente de Teócrito y de Platón, como hace MURLEY “*Phaedrus*” and *Theocritean Pastoral* (Trans. Am. Philol. Ass. LXXI 1940, 281-295). Hay entre ambos caracteres diferenciales que saltan a los ojos, y el común de una égloga recuerda al inicio del *Fedro* como un huevo a una castaña.

Al final, de nuevo presente el escenario inicial —almizclados olores, palmas esbeltas, varas floridas, chufillas de la brisa—, el coloquio se cierra con una plegaria al numen cabruno y *genius loci*. Pánico es, con efecto, el sabor general del diálogo entre el sátiro de la filosofía y su joven amigo: convencionalmente joven, pues debía de andar por los cincuenta, aunque en el diálogo nos lo diputamos veintiañero. No menos cargados de peso simbólico están otros detalles. Todos recordáis la escena. La tenida se convoca en un vado y rellano que se hace cabe el riachuelo, no lejos de un templete que llaman de las Ninfas y de un altar del viento Bóreas, demonio íncubo de la ninfa Oritiya. ¡Hora deliciosa de la siesta canicular, cuando el sol dora el polvo atmosférico y llena de fiebre el paisaje y a los hombres les entra el demonio de mediodía! Deliciosa, sí, si es que es blanda la brisa y sonora por las cigarras musicantes. Las cigarras se gastan una cháchara deleitosa de añafles y decoran, con sus vocecillas y zapatetas en el aire, estos lientos lugares. Es de ver cómo golpean el aire “con pie alterno” o, dígase menos poéticamente, con el aparato abdominal con el que, cuando el calor aprieta, producen los machos ese chirrido estridente y monótono a nuestro oído, pero que los griegos reputaban música celestial²⁶. Su melodía se desgrana en los momentos culminantes del diálogo y es²⁷ como “el pivote del *Fedro*”. Enmarca, por su inicio y su cabo, la primera parte del diálogo y lo mismo la parte primera de la segunda parte²⁸; pero su función, en la arquitectura de la obra, es algo más que la de simple motivo tectónico. Es el símbolo del paisaje todo y el “Leitmotiv” de la honda correlación y comunismo que se imbrica entre los dos paisajes, externo e íntimo, del diálogo. En fin, para discursar de asuntos amatorios y retóricos Sócrates y Fedro, a quienes mueve amor que todo mueve, se recuestan en el césped bajo la copa de un sauzgatillo, do pone Febo sombras azules.

²⁶ No así WILAMOWITZ, que llama a esos bichos grillos y en o. c. I (Berlín, 1959³, 450 y n.) escribe “die Grille lärmten”. Así como suena.

²⁷ ROBIN o. c. XXXVII.

²⁸ Cf. SCHOENBERGER *Zikaden. Ein platonisches Motiv im modernen Hörspiel* (*Ant. Abendl.* VIII 1959, 119-125), en relación con la división arquitectónica del *Fedro* propuesta por PEISTER *Ein Kompositionsgesetz der antiken Kunsiprosa* (*Philol. Woch.* XLII 1922, 1195-1200).

Estos árboles no son el retrato de una flora exclusivamente real, ni tampoco el marco geobotánico de una pastoral de pacotilla. Es un árbol ético, que nos habla de amores puros y filosóficos, nada sensuales ni tangibles²⁹. Bajo la sombra del agnocasto en flor, cuyas hojas calman los asaltos del amor, pone Platón el diálogo. Con cuidadoso cálculo de que el simbolismo arbóreo se acuerde con el amor como lo entiende Sócrates, que puede ser limpio a condición de que lo busquen con limpio corazón. Y, si no, ¿por qué el agnocasto y no el laurel rosa o las rosas de pitimíní, las latancias, adelfas o ninfeas? Sospechamos que no es coincidencia, y es la verdad. ¿Cuestión de realismo o de pintoresquismo trivial, convencional? No, sino que el paisaje insufla su simbolismo y penetra su emoción al tema del diálogo.

El retrato de Sócrates que nos bocetan los diálogos revela idéntica renuencia de realismo, colorismo o pintoresquismo. Un biógrafo actual lo colocaría, así para un retrato pintado, en el fondo ambiental que le conviene, en el medio físico y moral de hombres, paisajes y ciudad que fueron los suyos propios. Con puntualidad de cronista o gacetillero de sucesos nos daría el inventario de sus *rerum gestarum*. Sobre todo nos lo presentaría en sus andanzas bribiáticas tan marrajo como fue, desheroificado. Nos lo mostraría sucesivamente —tan arduo y parlanchín, lo gran justador de palabras que fue— en sus tratos diarios de sociedad, de lidia en lidia verbal, siempre en su espacio y acotado en su presente contemporaneidad. Pondría todo su acento sobre el alma versátil, neurótica, del filósofo y sus contrastes: el dramático contraste de lo claro y de lo oscuro es la seña propísima del imitador. La obra se llamaría, por ejemplo, *Diario de un ex-*

²⁹ Cf. DAUMAS *Sous le signe du gattilier en fleurs* (Rev. Ét. Gr. LXXIV 1961, 61-68). Las hojas del agnocasto eran conocidas como acreditado anti-afrodisíaco y, en cuanto tal, se las utilizaba en las tesmoforias. Por cierto que el P. Festugière (en GORCE-MORTIER *Histoire des religions* II, París, 1944, 71) las califica de afrodisíaco, sin duda por candidez de alma de Su Paternidad. Los moralistas cristianos, tan atentos a la castidad, sí que conocían el significado socarrado en tal árbol en *Fedro*, y así Metodio de Olimpia lo pone también en el telón de fondo de su *Banquete de las diez vírgenes*. Un estudio muy completo de todos estos símbolos puede verse en BIELMEIER *Die neuplatonische Phaidrosinterpretation. Ihr Werdegang und ihre Eigenart*, Paderborn, 1930, s. t. en el cap. *Allegorie und Symbolik*.

céntrico o *Las paradojas de un bohemio incorregible* o *Sócrates, virgen y mártir* o, tal vez, *Las amistades particulares*. Platón hace exactamente lo contrario. Los interlocutores de Sócrates, correspondan o no sus nombres a personajes de carne y hueso, están³⁰ harto estilizados, son hasta cierto punto símbolos. Rodea al filósofo —el cráneo decalvado, los pies descalzos, chata la nariz— la pollada juvenil de sus alumnos, la camada de sus catecúmenos y deleitantes —cachorros todos y modernos— y la tropa de sus adversarios —mastinazos antiguos y graves—. Unos son mozos inteligentes y despiertos. Alguno es culto, cordial, artista, intelectual. Los hay melenados, pisaverdes, petimetres, ricachos y currutacos. ¡Qué “coterie” de tipos de ayer, de mañana y de siempre! Platón se sirve de la máscara de Sócrates, de persona interpósita, a fin de reflejar su propio parecer. Más personal en un principio es, en los comedios, idea desencarnada y muy abstracta y, al final, un simple nombre³¹. Es el álveo más a propósito para exponer los diferentes aspectos de una concepción filosófica. Casi a mansalva de toda duración, de toda evolución. Sócrates es la templanza, la moderación, la oratoria de buena ley, el amor, sobre todo el amor, y éstos no otra cosa son que atalayas para otear el Bien. El Sócrates platónico es de un verismo impresionante, palpitante; pero, a la vez, de un realismo muy dubitable. Nada de realismo chato y lugareño. Sócrates no es un chisme de barrio ateniense. Es el filósofo auténtico y máximo. Enajenado, huido del paisaje, ajeno e inmune al tiempo, parécenos descor-

³⁰ Cf., sobre todos estos caracteres, BRUNS *Das literarische Porträt der Griechen*, Berlín, 1896 (reimpr. Darmstadt, 1961), 203-280. Lo que en esta obra (págs. 281-338) se dice sobre el retrato de Sócrates no interesa más que desde el punto de vista del procedimiento literario.

³¹ Un análisis apurado de la evolución de ciertos pormenores de la forma literaria de los diálogos —tal el obrado por Jaeger sobre Aristóteles— puede ofrecernos, en punto a la relación entre lo socrático y lo auténticamente platónico de su pensamiento, vistas interesantísimas tomadas bajo ángulos que no son los acostumbrados en estos estudios. No otra era la finalidad de un espléndido trabajo del malogrado STENZEL *Literarische Form und philosophischer Gehalt des platonischen Dialoges*, recogido ahora en *Kleine Schriften zur griechischen Philosophie*, Bad Homburg, 1966², 32-47. La lectura de estas páginas, excepcionalmente buenas, nos llena de tristeza al pensar en la muerte, cruelmente prematura, del más fino intérprete que le naciera a Platón en nuestro siglo.

porizado, históricamente espectralizado; pero, a la vez, le sentimos hombre real hasta las cachas, de tan propio que casi se le ve. Es su retrato una mezcla singular de contornos flotantes y de recordada claridad, claridad cristalizada, radiante, purísima.

Por la misma razón que ya se ha dicho, los diálogos no están sometidos —y es su segundo carácter distintivo— a ninguna regla de proporciones. No es cuestión de tamaño. Demasiado largos o demasiado cortos, poco importa puesto que expresen por esta improporción misma la proporción de una forma superior. Menester es recelar de las obras que ofrecen a los sentidos un pergeño demasiado armonioso; pues, siendo lenguaje y realidad irreductibles, incongruentes el uno de la otra, toda fiel traducción de la realidad, por lo mismo de serlo, comportará necesariamente una cierta deformidad. A la larga, las obras dotadas de una armonía, organización o composición exterior perfectas no pueden ser filosóficas. Son, fatalmente, antifilosóficas. Estas obras vertebradas, mejor obradas, suscitan la satisfacción, están dañadas en su entraña por el gusano de la satisfacción, enemiga jurada del amor. El amor, siempre imperfecto y siempre dolorido de perfeccionamiento, es un insatisfecho perpetuo, voraz, hambriento. Y es el amor principio necesario de la actividad de concebir y parir ideas. Sin amor no hay filosofía. Los diálogos son, pues, obras de aspecto y formato nada canónicos.

No lo suyo menos curioso es, en fin, que los diálogos son obras incompletas. Platón les presta mayor o menor duración fingida. Pongamos cuatro minutos por página de la edición estefaniense. Tendremos, entonces, para varios diálogos —no extensos, pero tampoco breves— una duración aproximada de tres a cuatro horas, cinco para el *Timeo*, media más para el *Gorgias*, hasta llegar a las dieciocho horas y media de *La república* y las veintiuna y media de *Las leyes*, los dos grandes megaterios entre sus escrituras. Tan deficitarios, inacabados, son unos como otros. Obligado a poner fin a discusiones que se prolongarían indefinidamente —su medida³² es la vida entera— el autor muy a menudo da cabo a la investigación antes de obtener ningún resultado. Hubiera sido fácil articular, a viva fuerza, el diálogo en un cuadro rotundo,

³² *Rep.* 450 b.

cerrado, o siquiera ofrecer al lector, en cuatro palabras, los elementales de una conclusión. Pero Platón —no haya cuidado— no lo hará nunca si no es de manera mítica, es decir, irónica. Hubiera sido a sus ojos un embeleco y manera culpable de provocar artificialmente, con el acabamiento, la impresión de organización perfecta. El mito tiene principio y tiene fin. La vida, en cambio, es una contemplación sin límites, una conversación sin prisas que no podemos estrangular. Sin forzarnos a admitir una engañifa, Platón corta el diálogo, le da esquinazo a la conclusión y confiesa humildemente no haber conseguido nada. El problema queda con un pie en el aire, torsionado como una interrogación, como suelen terminar las conversaciones, con una interrupción, porque ya se lleva mucho tiempo hablando. A lo sumo pedirá prórroga, pero para mejor ocasión. Al pie aparece un “se continuará”, un *finis* que es también un *incipit*. El diálogo, confesado de incompleto y muy contrito, es un fragmento o arista de la vida o, mejor, es la vida entera vista desde una determinada perspectiva (la virtud, la amistad, la legiferación). Estos diálogos que parecen fracasos y derrumbamientos son gestos de ascensión —hoy, mañana, otro día— por la vida. En la vida no es que no nos guste la victoria y sí sólo el combate, como decía Pascal: es que no hay victoria ni fracaso definitivo. Los diálogos, imitación filosófica de la vida, extraños unos de otros y, todo a la vez, entrañados entre sí, se completan y concinan como, a lomos de los días dispares, se completa la imagen de la vida. Tomados uno a uno no son lo que se llama, hablando en serio, un libro. Tomados todos juntos —y juntándoles lo que, por falta de tiempo, Platón no escribió— incorporarían algo así como un mural de la vida filosófica, un gran libro cada uno de cuyos capítulos repite, a su manera, la materia toda vista desde un miradero particular.

ARTE Y POESÍA

A mayor otorgamiento al arte, mayores cautelas frente al arte. Sucederá que la dialéctica, que es vida, marcha segura pero lenta, sea sustituida por el mito, que es ficción incontrolable y letra que

habla por fábulas, pero camina con botas de siete leguas. Los mitos son las dos piernas o, si se prefiere, las dos alas con las que el filósofo, cuando tiene prisa, arranca a volarse por los aires, sea para describir imperfectamente los objetos más perfectos, sea para describir perfectamente objetos imperfectos y menos dignos de la dialéctica, caso este último de las exposiciones míticas de *Timeo*, *Cricias* y *Las leyes*. Sucederá incluso —con cierta aprehensión— que la dialéctica consienta en plegarse por momentos a las reglas de la prosodia y las ordenanzas de la retórica. Enseñado a los recursos literarios³³, Platón da también algunos ratos en la tentativa poética y hace obra de artesano que conoce todas las actividades del taller literario, los secretos del tocador de los afeites gramáticos y vocabulares, que hacen de las obras literarias señoritas muy aseñoritadas. Sus palabras, siempre en buen orden, las pone ahora en mejor orden. Riza y tornea garbosamente la palabra que, medida y rimada, adquiere caudal fluencia en las colas y cláusulas, que eran algo así como el versilibrismo de entonces. Tiene, cuando quiere, en la garganta el don de la melodía y en sus nervios, por nacimiento, la virtud armoniosa como las cuerdas de la lira. Esta concesión y laxitud placiente es arriesgada. La atadura y asimiento a las pamplinas retóricas y floripondios de los matuteros del idioma es harto peligrosa, pues más difícil es que imite el Bien aquel que se ha hecho esclavo de una convención y vive a su servicio y domesticidad. Sin embargo, el resabio se va corrigiendo y rectificando de sobra, oponiéndole el contrarresto de toda la verdad posible y subrayando empeñosamente, humildemente, la cualidad inferior de aquel género de expresión. El mito y la retórica son docta ignorancia o no son nada. Están impacientes por confesar, como nuestro patrono Sócrates Nada-Sé, su ignorancia. Su carácter irónico se acentúa a medida que el elemento literario se afirma más.

Sócrates, cuando perora en el *Fedro* tan al estilo de Lisias, lo hace con la cabeza encapuchada para ocultar su vergüenza. El discurso, dicho con expresión barroca, del *Menéxeno* no es la réplica sarcástica, bajo sesgo jocular y paródico, a Tucídides³⁴, Gor-

³³ *Fedro* 269 b: τὰ πρὸ τῆς τέχνης ἀναγκαῖα μαθήματα.

³⁴ Nada más incommovible que ese error. Nada más falso que ese juicio,

gias, Lisias o cualquier otro cultivador de la oratoria de aparato bajo género demostrativo y especie de epitafio. Al contrario, por quien lo dice, por de quien lo dice y por lo que dice, es su réplica seria. ¿O es que creemos que todos los críticos de la Antigüedad que lo tomaron en serio comieron gato por liebre, aun siendo algunos de tan buen paladar? Carga la mano en el adorno literario, en la mentira convencional; pero representa también el enderezamiento y reforma de la mala retórica funeraria, su regeneración filosófica, una mentira verdadera. Introduce "toda la dosis de filosofía y de verdad que comporta un género de composición destinado al gran público"³⁵. No es, pues, remedo satírico de un género oratorio que se presta a lo ridículo y que goza de popularidad, sino empeño de rectificación filosófica del mismo. Su lección es que el verdadero filósofo no traduce en palabras, sino en vida, su piedad para con sus buenos muertos. A más dialéctica y menos arte, más verdad. Viceversa: a mayor medida de retórica y artificio, el antídoto de la ironía administrado en dosis mayores.

No es que Platón, zahareño del arte, lo desdeñe o quiera rebajarlo en tanto que arte³⁶. No lo desprecia; pero, relativamente a la dialéctica, lo menosprecia. Lo tiene por limitadísimo y de segunda clase. No es más —no es tampoco menos— que lo subalterna y juzga, en consecuencia, que cuantas más concesiones haga una obra a los elementos puramente estéticos —deliciosos, maleficiosos—, tanto más explícitamente deberá patentizar aquella subordinación e indeleble jerarquía. Posee la riqueza de un gran artista; pero, muy socráticamente³⁷, no se deja poseer por ella.

No quiero distraerme a juzgar aquí el carácter muy particular que reviste la posición de Platón cara a la poesía³⁸. Es ésta cues-

que debiera ser ya concluso pasado y con el cual, sin embargo, nos seguimos topando: así en SCHOLL *Der platonische Menexenos*, Roma, 1959, 99-117.

³⁵ A. CROISSET en pág. 60 de *Sur le Ménexène de Platon* (*Mélanges Perrot*, París, 1903, 59-63); cf. DE VRIES o. c. 256-265.

³⁶ Cf. s. t. SCHWEITZER *Platon und die bildende Kunst*, Tubinga, 1953, 47 ss. Sobre los precedentes platónicos y helenísticos de una concepción filosófica del arte como "creación" y no ya como "imitación", cf., con atinadas razones, WEHRLI *Die antike Kunsttheorie und das Schöpferische* (*Mus. Helv.* XIV 1957, 39-49).

³⁷ Retenga el lector la anécdota del socrático Aristipo: ἔχω, ἀλλ' οὐκ ἔχομαι (Dióg. Laerc. II 8, 4).

³⁸ De la bibliografía, muy nutrida, destaco a VERDENIUS *Platon et la*

tión de muchos fondos y difícil de sondeo, y yo no puedo entrar ahora en el corazón del asunto ni siquiera comentar el tema por lo sucinto. No sería posible sin muchas preparaciones. Ello es, en resumen, que, frente a la poesía, el gran poeta que pudo ser Platón tiene que hacer dos reparos fundamentales.

Habita en la poesía un enhechizo, soplo de lo alto o agencia misteriosa. También la inspiración del filósofo es debida a causación divina y se precia de celeste abolengo. No por eso una y otra comen en el mismo plato. La inspiración y furor pimpleo del poeta, un fuera de seso y un mente-cato, es una inspiración de chorro discontinuo. Numen es el suyo un tanto poltrón y de presencia inopinada. El poeta no poetiza —como filosofa el filósofo— cuando quiere él, sino cuando su huésped divino se le despierta. La manufactura poética es una especie de fiebre puerperal. El poeta, una especie de director de inconsciencia. El numen del diálogo inteligente es, en cambio, la conciencia clara, alerta: cada alma en su almarío y, en todas, la serena inteligencia. Más aún importa este otro distingo: la poesía es independiente de toda moral, está desprovista de aplomo moral. Es obra neutra, independiente de la bondad o malicia del operante. Des-moralizada ella misma puede desmoralizarnos a nosotros. Platón se propone ser muy fiscal y escrupuloso en aceptar, en la república de los filósofos, esas realidades neutras o epícenos, esas ramas equívocas del frondoso árbol mercurial. No admitirá jamás, pero que jamás, en su ciudad a un poeta, por grandes que sean sus dotes personales de cuantía en tanto que tal poeta. ¡Mucho cuidado con emulsionar la poesía con la filosofía! Las reservas y cautelas de Platón frente al arte, lo que algunos llaman el antiestetismo de Platón, no surte de un desconocimiento del arte en cuanto arte. Beneficia, por lo contrario, de un conocimiento profundo de la naturaleza propia del arte, sus menguas y defectos. El artista, dejándole a este término su sentido corriente, es un esclavo que arrastra sus cadenas en la caverna de las sombras y las apariencias de una imitación mal entendida. Para hacer de él un hombre bueno y veraz, atento al bien, hay que principiar por liberarle de todas

las esclavitudes que sobre él han advenido. Menester es emprender a fondo la campaña de su renovación eficaz.

LA IMITACIÓN DE LA PALABRA

Volvamos a nuestro punto de arranque. Con lo dicho sobre la filosofía platónica del arte tenemos lo más preciso para encuadrar, en su marco genérico, el tema que nos ocupa, esto es, la puesta en obra de aquellas ideas estéticas en el arte del diálogo. La verdadera teoría es siempre teoría de la práctica, como la verdadera práctica no otra cosa debiera ser que práctica de una teoría. Necesitábamos ganar, sobre la teoría, un poco de claridad para, autorizándonos de ella, penetrar a fondo en la fisiología del arte del diálogo. Ahora podremos hacernos cargo de sus raíces propias y saber de modo cierto si, como sospechamos, en el artista Platón se refleja con plenitud el filósofo Platón. Sobre aquel fondo de estética moral Platón edifica su obra escrita. Suspendiendo, pues, aquí nuestra breve noticia sobre la imitación artística en general, de la que la literatura es sólo una condensación particular, volvemos a la memoria del propósito principal de estas páginas. Llegamos ahora a la imitación de la palabra humana que, de uno u otro modo, es siempre el tema esencial del arte literaria. El estilo propio de Platón no es la exposición lírica en primera persona practicada por los pensadores presocráticos. Platón ha querido desaparecer de su obra, volatilizarse y quedar convertido en una pura voz anónima que sostiene en el aire las palabras de los personajes, los dimes y diretes del diálogo. Hablando en términos de historia literaria, su postura se aparenta, por lo tanto, o bien a la exposición dramática sobre un prosenio, o bien a la narración histórica o la poesía épica exclusivamente narrativa, o bien, en fin, a una historia con discursos y diálogos o una epopeya híbrida de narración y drama. No hay otra salida. Para situar en órbita nuestro tema —rayano de la gramática— será menester preparar al lector desprevenido y recordarle, con la mayor parquedad, cuatro términos técnicos y bagatelas sintácticas³⁹.

³⁹ No creo excusado remitir al lector a GUENTHER *Probleme der Rede-*

A fin de dar a lo que va decirse un sostén plástico que lo aclare, tómese este ejemplo. Tuvieron Sócrates, hijo de Sofronisco, ateniense del demo de Alópeca, y Cebes y Simias, caballeros mozos, amigos, ricos y de lo mejor de Tebas y, sobre todo, muy cazadores de la verdad y muy diestros en las disputaciones, digo, en efecto, que tuvieron cierta conversación tocante a la suerte y destino de las almas; y hablaban de ello no por mero hablar, pues que el destino de la suya propia bien que debía interesar a Sócrates, condenado a muerte farmacéutica, o sea, por ingestión de cicuta. El filósofo puesto en capilla y esperando su última hora: el tema es dramático, si lo hay, y sobre él se pudiera componer una hermosa tragedia. A Diderot le rondaba en la cabeza esta idea. El dramaturgo desaparecería por completo y dejaría a sus personajes vivir por cuenta propia. Sus propósitos quedarían grabados —tal en un registro sonoro— bien así como ellos los contaron, sin añadir ni quitar un ápice, sin perdonar una palabra. Es la imitación más directa y, como que pretende suplantar a la realidad misma, la gramática, inocente señora que no sabe de supercherías, es la primera víctima del engaño. Al menos la terminología gramatical no distingue entre la realidad de la palabra dicha y su imitación dramática.

Pero el autor que quisiera componer una obra literaria sobre los propósitos de Sócrates a punto de morir podría elegir un segundo camino. Podría convertirse en testigo que da fe de la conversación por sí mismo o mediante un intermediario. El autor o el intermediario son los que dicen y de su palabra o juicio penden las palabras de los personajes. Aún se incluyen en este camino dos veredas diferentes. Suele reservarse la etiqueta de “estilo directo” al caso cuando el autor transcribe o cita las palabras de un personaje literalmente, acompañándolas de una fórmula introductoria o resuntiva, al tenor siguiente: “Sócrates dijo: ‘El alma es inmortal’”; o bien “‘El alma es inmortal’, dijo Sócrates”. Llama la gramática, en cambio, “estilo indirecto” al caso cuando el autor subordina (mediante partículas como “que”, modos verbales específicos, etc.) las palabras citadas a la fórmula introductoria:

darstellung. Untersuchung zur direkten, indirekten und erlebten Rede im Deutschen, Französischen und Italienischen, dis. Berna, 1927.

“Sócrates dijo que el alma es (era) inmortal”. Hay lenguas, como la latina, que diferencian con todo rigor del estilo directo la sintaxis del estilo indirecto, y lo así llamado es tema de uno de los capítulos fundamentales de su gramática. Otras, como la griega, con mucho menos rigor, de tal suerte que, a veces, sólo la partícula, y no los verbos o personas, aparece como rasgo vinculatorio o subordinante. Sólo externamente se aparentan estos casos a los del llamado “estilo directo ligado” en algunas lenguas modernas⁴⁰: por fuera se parecen como dos gotas de agua, pero, por dentro, otros son sus orígenes y otras sus intenciones. Otra forma promiscua⁴¹ la constituye el llamado “estilo indirecto libre”, del que tanto abusa la novela psicológica contemporánea, pero que fue ya conocido de algunos prosistas romanos. El autor se asocia psicológicamente a su personaje utilizando una suerte de “monólogo interior”, pero en tercera persona. En lo que ahora nos concierne, la lengua griega antigua no lo utiliza. Sería posible señalar otras distinciones⁴²; pero, a nuestros efectos, nos basta con retener la diferencia más gruesa entre estilo directo e indirecto.

Obvio parece que el efecto que el autor premedita en nosotros, cuando recurre a uno u otro procedimiento de imitación de la palabra humana, ha de ser diferente. Si se dice que la imitación dramática pretende darnos la impresión de vida auténtica, es forma de perisología. La cosa es clara. El autor de teatro quiere hacernos creer que la realidad nos habla ella misma *in modo recto* o por derecho. ¡Maravilla de abolición del tiempo! Algo no poco diferente sucede si las palabras nos llegan acompañadas, censuradas, por una fórmula vinculatoria como “Sócrates dijo”. Es igualmente patente que si, en este segundo caso, el escritor se decide por un estilo indirecto, nos está invitando a adoptar una actitud contraria a la que del espectador solicita el dramaturgo. El estilo indirecto se emplea para distanciar algo de nosotros, para hacerlo distante de nosotros y distinto, en más o en menos, de una realidad percibida

⁴⁰ Cf. SPITZER *Cahiers Sextil Puscaru* I 1952, 57-76.

⁴¹ Cf. LIPS *Le style indirect libre*, París, 1926.

⁴² HYART *Les origines du style indirect latin et son emploi jusqu'à l'époque de César*, Bruselas, 1954, distingue —y, a veces, no sin artificio— entre expresión, citación, discurso y estilo y, dentro de cada rúbrica, directo e indirecto, sumándoles una novena categoría, que es el estilo indirecto libre,

con la pura retina o nuestros propios oídos. La melodía, tamizada por la distancia, se desliza opaca, dulce, acariciadora según los casos. La oímos a media rienda, sin dejar pegar el corazón a ella. El estilo directo, por su parte, pretende la impresión de exactitud, de fidelidad en la transcripción de las palabras; pero la presencia, al inicio o al final o en ambos cabos, de las fórmulas “dijo, dice, decía” reitera, en más o en menos, idéntica impresión de lejanía. Estilo directo e indirecto alternan entre sí en condiciones muy variables según el género literario de que se trate y conforme a los gustos individuales de cada autor⁴³. Mediante el estilo directo un historiador, por ejemplo, puede instar de nosotros el reconocimiento de la historicidad de un discurso o, simplemente, solemnizarlo, hieratizarlo prestándole palabras como momificadas y en conserva. En todo caso, estilo indirecto y directo, en la acepción que la gramática les conserva, son ambos discurso trabado mediante unas fórmulas totalmente ausentes del drama.

El lector de un drama es guiado, tocante a los cambios de interlocutor, por las siglas de personaje o los signos diacríticos de la lectura: unos y otros de empleo muy parco y acaso tardío en el drama griego, aviado esencialmente⁴⁴ no para la lectura, sino para la representación. El lector de una obra histórica o de un diálogo filosófico tiene ante sus ojos un texto que se basta a sí mismo y contiene los datos necesarios para su interpretación. En el caso específico de Platón ¿ocurre ello así sólo porque el diálogo es un “drama” para lectores y no para ser representado —como asegura tanta gente respetable— o hay alguna razón profunda por la cual Platón evita, a todo trance, escribir sus diálogos como verdaderos dramas teatrales? Un mismo recurso estilístico o gramatical puede servir de instrumento a intenciones dispares según la voluntad y el carácter del autor que lo practique.

⁴³ Cf., además de la obra citada en la nota anterior, LAMBERT *Die indirekte Rede als künstlerisches Stilmittel des Livius* (dis. Zurich, 1946) y WIESTHALER *Die oratio obliqua als künstlerisches Stilmittel in den Reden Ciceros*, Innsbruck, 1956.

⁴⁴ Cf. el excelente, ameritado, estudio de infraestructura paleográfica en el que trabajó de firme nuestro malogrado amigo ANDRIEU *Le dialogue antique. Structure et présentation* (París, 1954, s. t. 271-272); y, sobre el empleo de signos de interlocución en el diálogo filosófico, *ibid.* 283-315.

Absurdo, rabioso “parti pris” supondría enjuiciar con los mismos criterios el empleo del discurso trabado en el filósofo griego Platón y en el historiador romano César o el poeta heleno Homero. Platón no es un historiador ni tampoco un poeta puro. La estética platónica es una estética de signo moral, que busca la restauración y rehabilitación del arte sometiéndolo al Bien, la reformatión o regeneración filosófica de la literatura. Esta intención filosófica y moral conduce a Platón a situarse, con una sensibilidad diferente a la del historiador o el poeta, frente a los sólitos procedimientos literarios de imitación de la palabra viva. De ahí resulta una muy particular revaluación de los mismos. ¿En qué sentido? Lo más oportuno será preguntárselo al propio filósofo.

ESTÉTICA MORAL

La respuesta la hallamos justamente en una página bien conocida⁴⁵ de *La república*. El filósofo intenta allí una clasificación moral de los géneros poéticos según el lugar que el autor en persona se reserva en la obra. Hay primero un género poético superior, que es la exposición personal: el autor es el que habla y sus palabras no se prestan a equívocos ni doble sentido. Es, por ejemplo, el estilo del ditirambo, el más antiguo y puramente narrativo⁴⁶. El reverso de la moneda lo constituyen las obras puramente imitativas, tragedia y comedia. El autor se borra completamente por detrás de sus personajes, que viven una vida independiente y estrenan una libertad plenipotenciaria. Es el género inferior, sometido a las sensiblerías de los personajes y vocero de sus flaquezas. Poesía para gente barata y despreciable, cosa de niños, pedagogos

⁴⁵ *Rep.* 392 d - 394 c. Cf. VICAIRE *Platon critique littéraire*, París, 1960, 44-45 y 237-239, aunque aquí se aborda la cuestión desde otro miradero. Téngase presente que Platón adopta otro principio clasificatorio, puramente literario, en *Ley.* 700 a-b. El problema de la representación de la palabra humana está aún más explícitamente imbricado en el de la imitación como representación total del hombre en Aristóteles *Poét.* 1447 a.

⁴⁶ Los caracteres formales del estilo directo e indirecto en la poesía arcaica en general, con alusiones al ditirambo antiguo, estudia FUEHRER *Formproblem. Untersuchungen zu den Reden in der frühgriechischen Lyrik*, Munich, 1967.

y plebe. El filósofo abomina de ella y la condena sin apelación a los extrarradios de su ciudad. La epopeya, "así como otros discursos", es género mixto que recurre, ora a la imitación, como el teatro, ora a la narración simple (ἐπλῇ διήγησις). Tragedia y epopeya son dos codelincuentes y hermanas siamesas que intercambian una misma mala sangre, la representación mimética y activa. Pero la epopeya, "así como otros discursos", posee, contra aquella toxina, el antídoto del relato, de la narración. Amasada, pues, de engaño y de verdad será admitida, no sin cierta aprehensión, si emplea con la mayor generosidad la forma de la narración personal y sólo con muchas restricciones y discernimiento la imitación activa.

Por lo que hace a la cosa, bien se ve que esta teorización tiende a ligar la poesía al Bien, a encadernarla bajo la óptica del Bien. Tal reajuste o reducción filosófica permite al escritor, metido a teórico de la literatura, ver más largo con las anteojeras del Bien. A nosotros nos hace ver más claras las relaciones entre el diálogo filosófico y el diálogo dramático propiamente dicho, que algunos toman por hermanos mellizos no lo siendo ni de lejos. No hay duda. Platón ha querido hacer de la cuestión de forma una cuestión de sustancia y ha prestado a un problema de técnica literaria una significación mucho más que literaria. ¿"Aplicación pedante", "superstición de los géneros literarios"? Semejantes salidas de tono⁴⁷ no nos sirven de nada a la hora de entender el problema de la forma del diálogo platónico. Porque la verdad es que, bajo unos u otros ademanes, el gesto platónico se mantiene fiel a los principios estéticos que a algunos parecen tan arbitrarios.

Esos principios son sencillos. A la imitación poética de cualesquiera realidades, que es la simiente mortal de toda obra dramática, el filósofo contrapone una imitación moral que selecciona y escogita ahitadamente sus objetos. Si éstos son excelentísimos, la obra filosófica podrá, como la epopeya, admitir la imitación directa. Si los modelos son perversos, frívolos o, simplemente, inhumanos, el filósofo empleará necesariamente el relato, la narración. Si se trata de seres inferiores autores, por caso, de algún bien, la imitación se hará a regañadientes, de prisa y con vergüenza. Y esto

⁴⁷ STEFANINI *Platone I*, Padua, 1949², LXXIV.

muy de tarde en tarde, poquísimas veces. Pues es obligación de cada todo un filósofo no comprometerse él mismo en sus propias creaciones ni en los peligros inherentes a una imitación costumbrera. Con mayor motivo aún, evitar que se prendan en ellos sus lectores. Observará las necesarias cautelas para que el lector de buena fe no sea llevado a engaño. Advocará por que el lector, por sí mismo, pueda hacer las correcciones morales indispensables a fin de restablecer el equilibrio. En resumen, que el método literario de la filosofía es aproximadamente lo contrario que el método del drama. Al dramaturgo le caracterizan los modales avasalladores de la "acción directa". El filósofo respeta la personalidad del lector, nuestro propio juicio y espontaneidad. Evitar la imitación directa es, al ver de Platón, evitar los métodos de la "acción directa", propios de dramaturgos y de políticos.

¿LOS DIÁLOGOS, "DRAMAS"?

No se nos redarguya, como diciendo cosa evidente, que Platón ha dado un mentís chillante a esas teorías de estética moral, puesto que la mayoría de los diálogos son dramas y el autor se oculta tan bien detrás de sus criaturas y se extraña de su obra propia de tal modo que no sabríamos dónde encontrarle. Platón, es cierto, no se nos ofrece en persona en su obra escrita. No Platón, sino el Sócrates platónico es, en normalidad, el conductor del diálogo. El anonimato platónico lo explican motivos de gratitud personal hacia Sócrates, porque Platón le debe amor y doctrina, tal los apóstoles a Jesucristo. También, acaso, es herencia de los pitagóricos⁴⁸, de los aristocráticos y de los matemáticos. Hay, en fin, otros motivos de mayor fondo sobre los que luego embestiremos. Ello es que Platón no ha tenido la indelicadeza repugnante de ponérsenos, en los diálogos, al alcance de los dedos. Buscaba, ya lo veremos, efectos especiales. Pero, por lo pronto y sin más, ya podemos preguntarnos: ¿es que estaba obligado a dárseos en persona? No, por supuesto. El recurso a la narración y sus congéneres no le

⁴⁸ Cf. EDELSTEIN *Platonic Anonymity* (*Am. Journ. Philol.* LXXXIII 1962, 1-29) y, poniéndole reparos, PLASS *Philosophic Anonymity and Irony in the Platonic Dialogues* (ibid. LXXXV 1964, 254-278).

obliga a ello. Está moralmente obligado a referir las palabras de los personajes a una principal y regente, de suerte que el lector desprevenido no tome, nescientemente, la imitación muy en serio. Homero hace decir al sacerdote Crises, cuando se llega al campamento de los griegos para reclamar⁴⁹ la devolución de su hija:

*¡Oh, Atridas y los otros, aqueos que calzáis hermosas grebas!
Así a vosotros os den los dioses, que tienen olímpicas casas,
saquear entera la ciudad de Príamo y felizmente al hogar regresar.
A mi hija ojalá me la soltarais, y estos rescates recibid,
respetando de Zeus al hijo, al flechero Apolo.*

Platón aconseja cerner y tamizar las palabras de Crises ajustándolas a una narración dependiente: "El sacerdote de Apolo, venido al campo, pidió a los dioses que los griegos, ganada Troya, se volvieran salvos a su tierra. Al mismo tiempo suplicó encarecidamente a los griegos, en nombre de Apolo, que le restituyesen a su hija aceptando el rescate". Con esta higiene y profilaxis se evita que el lector sea llevado, sin control, por la sugestión de la representación activa y sufra, por ello, la necesaria unidad psicológica de su persona y se desequilibre. En el ejemplo precitado la principal está expresa y los efectos que con su presencia se preméditan son patentes. Ahora bien, y esto es lo de mayor sustancia, esa principal o regente ¿necesita siempre estar expresa o puede, si el caso llega, aparecer sobrentendida o simbolizada de modo que lo que se nos figura imitación sea en verdad narración? Dicho polémicamente: ¿es cosa cierta o mero espejismo que algunos diálogos platónicos son verdaderos "dramas"? Veamos, veamos.

Al primer pronto, el diálogo parece adoptar una de estas tres formas: o bien es una conversación a dos o más voces en estilo imitativo o bien es un diálogo narrativo en estilo indirecto o bien es híbrido de ambas formas. Desde la Antigüedad⁵⁰ se viene clasificando los diálogos en imitativos o dramáticos, narrativos y mixtos. También al primer pronto los diálogos narrativos parecen ser los menos, trátase de un relato simple (*Cármides*, *Lisis*,

⁴⁹ A 15-21.

⁵⁰ Dióg. Laerc. III 50 y Plut. *Quaest. conv.* VIII 8, 1.

República, [*Los erastas*]) o de un doble relato (*El banquete*, *Parménides*). Ahora bien, buen número de diálogos imitativos nos son presentados como relato de uno que estuvo él mismo presente en la conversación en cuestión (*Fedón*, *Menéxeno*, *Eutidemo*, *Protagoras*) o de uno que lo oyó de un asistente (*Teeteto*). Por tanto tales diálogos “dramáticos” van precedidos de un proemio o introducción; y entran en ellos inserendos (“dijo”, “decía”) ausentes por completo de los dramas y que desfavorecen enérgicamente su supuesta equivalencia. Pues bien, nuestra tesis en tales casos es: desde el punto de vista de la estética platónica la imitación queda desvirtuada y hecha equivalente a narración por la anteposición del proemio, que hace de principal sobrentendida a lo largo de todo el diálogo y recordada constantemente por la serie de apariciones y desapariciones de aquellos inserendos. Sólo el diálogo dramático sin proemio se confunde formalmente con un diálogo teatral en aquellos pasajes, siempre raros, en que son ausentes de él los inserendos. Pues bien, nuestra tesis en esos casos es: la principal hállase simbolizada. El filósofo se anda, entonces, con pies de plomo y adopta mayores precauciones para evitar que el lector pueda confundirse: esas precauciones son ciertos símbolos chocantes. Pero bajo muecas distintas —expresa, sobrentendida o simbolizada— la principal denuncia siempre la primacía de la vida sobre la escritura y del Bien sobre la vida. Tal es la peculiar política platónica del lenguaje en los diálogos. No hay otra. Estridido en aquella verdad con toda su alma el filósofo, el diálogo filósofo reflejará siempre la necesaria subordinación al Bien por mucha imitación directa que contenga en apariencia. Naturalmente, esta subordinación se hará más y más explícita a medida que se rebaja el nivel de los objetos imitados.

¿Los diálogos, “dramas”? La objeción es poco delicada, si algo.

LA PRINCIPAL, EXPRESA O SOBRENTENDIDA, Y LOS INSERENDOS

Adopten luego la forma gramatical del estilo indirecto o del directo, buen número de diálogos están puestos en boca de un intermediario. El *Eutidemo* es el relato que hace el mismo Sócrates

de una su conversación de la víspera, y cosa semejante ocurre en otros casos: el conductor y guía del diálogo se hace su narrador. Así el diálogo brota de la memoria y del recuerdo, y justamente, como para confirmarnos en nuestro crédito, de los de su protagonista. Si, en el *Teeteto*, asistimos a la conversación de Sócrates no a través de éste, sino por intermedio de Euclides, es de notar que Euclides asegura ser su fuente el propio Sócrates. Las excepciones se justifican siempre. Sócrates no podía ser el relator del *Fedón* porque, naturalmente, no podía narrar él su propia muerte. Tampoco podía Sócrates referir personalmente el singular elogio que de él hace Alcibiades al final del *Banquete*; pero el último relator, Apolodoro, ha corroborado la veracidad del relato que oyera de labios de Aristodemo preguntándoselo al propio Sócrates. En la conversación del *Parménides*, Sócrates era joven e inexperto y hubiera sido poco delicado erigirle luego en relator. En estos casos, pues, un interlocutor o auditor del diálogo se hace su relator. Pero, en uno y otro caso, una conversación que aconteció hace tiempo se nos acerca y sigue cursando: la cinemática propia del diálogo es perspectiva viviente, polaridad dinámica de un cerca y un lejos. En realidad, en *El banquete* y *Parménides* tenemos más de un intermediario. En *El banquete* el relato lo hace Apolodoro a sus amigos; pero a Apolodoro se lo había referido Aristodemo. Éste había asistido a la conversación, pero sin mayor relieve: sentado entre Erixímaco y Agatón, su turno a la hora de hablar puede ser "olvidado". Las limitaciones de la memoria de Aristodemo y Apolodoro permiten a Platón⁵¹ la reducción a lo esencial de todos los discursos. En la persona de Aristodemo encuentra el narrador ideal de una conversación que no podía relatar el propio Sócrates, por la razón que antes se dijo, ni tampoco los demás oradores, faltos todos psicológicamente de la necesaria objetividad para ello. Tenemos, pues, un diálogo en segundo grado, un diálogo dentro de otro y, si contamos la introducción inicial a cargo de Apolodoro y sus amigos, un diálogo dentro de otro y estos dos, a su vez, dentro de otro. El primer grado del diálogo lo constituyen las palabras de Aristodemo; el segundo grado, las

⁵¹ Cf. REYMEN *Der vermittelte Bericht im platonischen Symposion* (Gymnasium LXXIV 1967, 405-422, s. t. 411-416).

palabras y discursos de Agatón y contertulios. En el *Parménides* tenemos, en rigor de verdad, un grado más⁵², una narración en cascada. Céfalo cuenta una conversación que retuvo de memoria y que le había contado Antifonte, quien a su vez la había oído de Pitodoro, testigo directo de la conversación real. Hay, pues, una cadena de cuatro eslabones. Estilo directo en las palabras de Céfalo. Estilo indirecto en primer grado: "Antifonte decía que". En segundo grado: "Antifonte decía que Pitodoro decía que". En tercer grado: "Antifonte decía que Pitodoro decía que Sócrates dijo" Este último triple extracto o ὀξυς en la oblicuación requeriría de fórmulas con dos infinitivos y otros giros incómodos⁵³. Se las sustituye, a veces, por un simple "decía" o "dijo".

Cinco siglos más tarde Plutarco y Luciano conseguirán banalizar el procedimiento. Otros modernos —un Diderot— han desvirtuado el relato en segundo grado usando de él con estilización desaforada, con extrema exageración. En Platón asistimos a sus natividades, lejos de cualquier mecanización o estilización. El instrumento puede utilizarse con fines subsidiarios, desde luego. Sirve tal vez —y es seguro— como "dedicatoria"⁵⁴ del diálogo al recuerdo de un amigo o pariente, como memoria y lisonja de la amistad. Sirve acaso —y también es seguro— como medio eficaz, a la vez que discreto, para sugerir la existencia de una tradición. Pero, primero que todo, es un remedio de los peligros morales y las flaquezas de una imitación directa al modo de los dramaturgos. Se recrea la profundidad del pasado, del que emerge, como de la vida misma, el curso del diálogo. Un relato se apoya en otro y éste en otro, y nos parece que así podrían ir afirmándose en sucesivos puntos de apoyo hasta el infinito. El filósofo desarticula el relato de una presencia inmediata para articularlo al curso de la vida, y la imitación pierde *ipso facto* su periculosidad. Se

⁵² Muy bien visto, aunque con repetidas pecas de simbolismo en la exégesis, por Proclo *Ad Platonis Parm.* IV 13.

⁵³ Las menudencias puramente formales —alambres y bíceps de su anatomía— del doble estilo indirecto son estudiadas y analizadas con diligencia por la Srta. TARRANT *Plato's Use of Extended oratio obliqua* (*Class. Qu.* V 1955, 222-224), que cree percibir una cierta austeridad progresiva en aquellos medios, y por THESLEFF *Studies in the Styles of Plato*, Helsinki, 1967, 45-50.

⁵⁴ Sobre esta función nuncupatoria, cf. HIRZEL o. c. 215.

evita, felizmente, la “acción directa” y se nos deja libre el juicio e intacta la espontaneidad. Gozamos, fruimos de la obra de un modo clásico, con distinción, guardando las distancias. Al propio tiempo, sentimos que el texto no nos satisface, que no nos ofrece el secreto completo que espiamos. Así él es invitación, sugerencia, paraninfo y no paradero de término. Así el autor se esconde detrás de la obra escrita; pero, como jugando con nosotros al escondite, nos dice una y otra vez: “Buscadme, buscadme”. Y de esto se trata.

Por la misma razón profunda que se ha dicho —es decir, por mor de la profundidad— ciertas fórmulas molestas, muletas y muletillas (“decía”, “dijo”, “yo decía”, “dijo él”) se multiplican en los diálogos en estilo directo. Su función es idéntica a aquellas otras más apesantadas que hallamos en los diálogos en estilo indirecto (“decía que él decía”), las cuales, por cierto, se dejan, a veces, sustituir por las primeras. Son inserendos enfadosos: ἔφην, ἔφη; εἶπον, εἶπε; ἦν δ’ ἐγώ, ἦ δ’ ὅς. Nos enfadan porque se instalan, en el flujo de las palabras, como trabas machaconas. Son enojosas, son antipáticas porque se interponen, con su incómodo ritmo de parones y frenazos, cada vez que estamos a punto de dejarnos llevar directamente por el relato. ¡Pues no faltaba más! Precisamente para eso están ahí. Para el filósofo son los poros y ventanos por los que, en medio de la imitación directa, sabe evadirse y darle esquinazo. Para el lector son llamadas que le despabilan cuando su atención dormita y se dejaría llevar por la imitación y transmigraría a esa vida falsa y quedaría prisionero de sus encantos tomando de buena fe la imitación por la vida misma. Las tropezamos, suspenden toda presencia inmediata y nos hacen vivir de esa actividad segunda que es la reflexividad. Por más que se esfuerce el autor por manejar esas fórmulas con soltura suficiente, su esclerosis es inevitable. Les dará cierta variedad, con aptitud sobresaliente, situándolas al inicio o los comedios de la frase, acompañándolas o dejándolas viudas de vocativo, casándolas con distintos sujetos nominales y pronominales. Estéticamente los resultados son melancólicos. El artista se sacrifica ante el filósofo, pues, para ser poeta militante, le sobraba a Platón su mucho de filósofo. Bien sabía él que el lector poco atento

podía ser atraído a engaño y confundir un diálogo filosófico con un diálogo y representación dramáticos, con los perjuicios inherentes. Si un punto se distrae el lector, al instante le alerta el filósofo. A poco que siga leyendo, cádate ya que un “dijo” o un “dijo que dijo” irrumpe y viene a aporrearlo con porra o con macana. Empedrado el texto de tales inserendos, el verles solicita nuestra duda, el aplazamiento caucioso, nuestra corrección moral si es el caso. Así ellos ponen, en la hilación de la obra, un elemento de subordinación y jerarquía debidas. Así, tan engorrosos como nos parecen, ellos marcan el sistema respiratorio propio del diálogo filosófico.

Si, por acaso, Platón se deja llevar como artista por el mismo embarazo que nosotros experimentamos ante tanto “dijo” y “dijo que dijo” y sustituye la imitación directa a la narración, lo hará con unos u otros eufemismos y con toda suerte de tártagos. Nunca, sin poner sobre aviso al lector. Euclides, en el *Teeteto*, relata a Terpsión una conversación de Sócrates con Teodoro y Teeteto habida treinta años antes. “Para que en la escritura —se excusa⁵⁵ con digna modestia— no nos dieran estorbo las ‘exposiciones entre los discursos’, como cuando Sócrates decía de sí mismo ‘y yo decía’, ‘y yo dije’ o sobre el interlocutor, cuando contestara, que ‘estaba de acuerdo’ o ‘no estaba de acuerdo’, por causa de esto, eliminando las tales, le presenté en el escrito a él mismo dialogando con ellos”. La mejor comprobación que puede recibir una idea es que sirva para explicar, además de la regla, la excepción. No se negará que, siendo Sócrates en este diálogo el primer relator, o sea, la fuente de información de Euclides, la reiteración de una fórmula de segundo grado como “Sócrates decía que él (Sócrates) decía que” habría sido intolerable. Se nos antoja excesivo ver en este pasaje⁵⁶ el anuncio de una liberación de la servidumbre de la narración o, siquiera, el índice de una supuesta evolución estilística, contradicha por todos los datos. Las fórmulas del relato en segundo grado (“dijo que dijo”) son más pesadas que las fórmulas simples “dijo” o “decía”. En *El banquete* con frecuencia Platón,

⁵⁵ *Teet.* 143 b-c y cf. MUTHMANN *Untersuchungen zur “Einkleidung” einiger platonischer Dialogen*, dis. Bonn. 1961, 59.

⁵⁶ STEFANINI o. c. 334.

como quien tal no hace, sustituye un simple "dijo" (Aristodemo) a un "dijo que dijo" (Apolodoro dijo que Aristodemo dijo). Suprimido el último intermediario, los protagonistas del diálogo nos hablan a través del relato del intermediario principal y asistente a la tertulia, Aristodemo el bajito. Procedimiento eficaz para acercar al lector, cuando conviene, el discurso de antaño. Nos recuerda la técnica de la cámara cinematográfica con su táctica de aproximación o alejamiento, aunque aquí los puentes son espaciales y en Platón temporales.

Junto a la causa principal juegan o pueden jugar otras concausas en el tránsito de narración a imitación o el inverso. En una narración, a la que se unen las réplicas mediante los inserendos, la supresión ocasional de éstos en tal o cual réplica o grupo de ellas podrá resultar muy artística: se pasa, entonces, de una narración en estilo directo a una imitación tolerada y adulciguada por el contexto. En un texto sin siglas de nombres, cuando el número de personajes en juego de presencia se acrece demasiado, la narración resulta más cómoda que la conversación dramática. Todo esto es de sentido común, y yo no lo niego. Niego simplemente que, contra el testimonio concorde de la estética platónica y de los propios juicios del filósofo, podamos atribuir a esas cosas una significación decisiva. No les quito su importancia, pero las reputo de menor cuantía. No ignoro que muy dignos filólogos, dados a las medias luces donde todos los gatos son pardos, empardecen la técnica platónica del relato y ven en el estilo directo un recurso dramático; en el estilo indirecto, el mismo tipo de narración de que usan los historiadores y hasta un índice de la historicidad de los diálogos; y en los inserendos, artísticamente lamentables, un mísero detalle técnico de cambio de interlocutor. Pero, señores, si Platón se proponía escribir dramas filosóficos —¡él, que abominaba de los dramas!—, ¿por qué no había de conformarse con los signos diacríticos y siglas empleados por las ediciones del drama destinadas a la lectura? Ellos le habrían servido con la eficiencia necesaria.

Estas explicaciones arrojan sobre el diálogo platónico una luz que no es la que le conviene. Un mismo instrumento lingüístico puede emplearse con los fines más diversos y digo que fuera inep-

cia insigne denegar al filósofo intenciones diferentes de las que buscan el historiador, el dramaturgo⁵⁷ o el poeta, gentes de sensibilidad muy otra. Mayormente tomando en cuenta que, para disipar nuestras dudas, Platón se ha tomado la molestia de expresarse con toda claridad al respecto. Nuestra tesis es, en resumen, que Platón eleva una manera costumbrera de decir a alta tensión filosófica. No puedo adivinar si todo lo que acabo de indicar es claro para mis lectores. Para mí es clarísimo.

¿Que los tan traídos y llevados inserendos son poco artísticos? Naturalmente. Platón no teme, antes bien, pone todo su ahinco en presentar a juego limpio los resortes y bramantes del tinglado cuyo tramoyista él es. ¿Es él acaso un literato doblado de filósofo o un poeta bajo la figura de pensador? Él es un literato a su pesar que extrae precisamente del desdén a la literatura la materia más preciosa de su arte. No le acuita a este extraño escritor más que un prurito quisquilloso, obsesivo, el de ser tomado en serio como escritor. No le aqueja más que un temor, siempre medroso de no ser tomado en serio como filósofo. ¿Quién duda que pudo ser un gran dramaturgo o un grandísimo poeta? Pero adonde pudo arribar, acaso, el gran escritor que Platón llevaba dentro, no se atrevió nunca a acercarse el filósofo que Platón llevaba aún más adentro. No es un escritor que filosofa, sino un filósofo vigilante que escribe admirablemente. Y que escribe solamente para que otros filosofen.

En razón de las dichas razones el poeta-filósofo escribirá “el sacerdote Crises pidió que le devolvieran a su hija” o bien “el sacerdote Crises pidió: ‘Devolvedme a mi hija’” y no escribirá, si no es con muchas cautelas, “devolvedme a mi hija” en imitación activa y directa. ¿Acaso porque este último giro es menos solemne y empacado? No, no es por ello, sino más bien a pesar de ello. Lo que es, es filosófica y moralmente menos exacto que las otras dos maneras de su decir dominante. En éstas, “principal” y

⁵⁷ Justamente porque el diálogo filosófico me parece que, en cierto sentido, es la antítesis del diálogo teatral, me han servido de muy poco para entenderlo algunos estudios recientes sobre este último, bien que sean muy estimables, como, cada uno en su género, KRAPP *Der Dialog bei Georg Büchner* (Munich, 1958) y COENEN *Elemente der Racineschen Dialogtechnik* (Münster, 1961).

“subordinada” no representan, como otras veces, el encuentro de dos órdenes de pensamientos, una subordinación lógica. Representan la sujeción, subyugación y rendimiento del lenguaje a la vida. Es una táctica eficaz de censura correctriz, de corrección moral y metafísica. Señores gramáticos, he aquí una ilustración complementaria para vosotros: ¿qué mucho que tenga Platón que usar, en el estilo indirecto, más que el historiador Tucídides del optativo oblicuo, que es la construcción que tiene el griego⁵⁸ para cautelar y degradar la realidad de un relato y ofrecerle contrapeso?

INTRODUCCIONES Y PROEMIOS

No es, pues, un método literario sin otro objeto mayor; es un método intelectual y de probidad filosófica. Esta misma intención dominante que hallamos en la narración trabada a una “principal” expresa o sobrentendida se encuentra con pareja evidencia en esa principal o regente de la que cuelga el relato, o sea, en las introducciones y proemios. También éstos son instrumentos de desrealización y antimimetismo.

La condición nada necesitativa, desde un punto de vista doctrinal, de los proemios explica el despiste de afirmaciones como las que, a veces, nos toca oír y, según parece, aceptar. Proemio y diálogo parecen tan independientes, tan desglosables, que en algún caso —*Parménides*, *Teeteto*⁵⁹— se ha pensado que el primero se añadió como tardío apéndice frontal. La primera redacción del *Teeteto*, pero también del *Parménides*, estaría arbitrada en forma puramente dramática. Secesión indemostrable, hipótesis sumamente tosca. En pesquisición de la clave, sabios de fuste y

⁵⁸ En su día se hizo notar el empleo progresivo por Platón de la partícula completiva ὥς, alternando con la más corriente ὅτι, tanto en los diálogos como en las cartas, en estas últimas de modo clarísimo: cf., respectivamente, KALLENBERG “Ὅτι und ὥς bei Plato als Hilfsmittel zur Bestimmung der Zeitfolge seiner Schriften (Rhein. Mus. LXVIII 1913, 465-476) y NOVOTNÝ “Ὅτι und ὥς in Platons Briefen (ibid. LIX 1914, 742-744), quienes hacían entrar en juego de cuenta exclusivamente una mayor repelencia hacia el hiato. De acuerdo con lo visto, este dato estadístico está pidiendo a voces una interpretación más profunda, pues sabido es que la partícula ὥς es más cautelosa y distanciadora que ὅτι.

⁵⁹ Cf. WILAMOWITZ o. c. II 230.

críticos de mucha cuenta (Hirzel⁶⁰, Burnet, Taylor) vieron en la narración dependiente un índice de la historicidad absoluta de los diálogos. Aquí debe de haber un lapso crítico. Si no ¿cómo se explica que el autor haya expresado ilustremente, en esa misma forma y cuando le ha placido, ideas suyas y muy propias, y esto no hay quien lo dude? O si sí, habrá de reconocerse que un mismo procedimiento sirve para camuflar dos intenciones, histórica y simuladora, que se dan de bofetadas. ¿Encontraremos, entonces, en una necesidad de orden artístico, la de conciliar la ficción con la ilusión de verdad histórica, la explicación que no podemos descubrir en el plano de la historia? A esta opinión se acostaba Robin⁶¹, un platonista de mucho nombre. La presunta simulación artística nos vendría, desde luego, de perlas para cargar a cuenta del arte aquellas cosas (cierta forma del sentimiento amoroso, ideas políticas) que lamentamos tropezar en Platón y nos ponen en la boca un leve sabor amargo. Un servidor desconoce excesivamente las recetas artísticas y las fórmulas de taller; pero piensa, acaso por candidez, que el artista, que desea crear en torno a sus ideas la ilusión de verdad acontecida, acostumbra producirse, lo más a menudo, con expresiones que maridan y acompasan la vida con la fábula, o dígase, tiende hacia la imitación directa. Conviene, pues, que no escapemos de la cuestión por la ventana del arte. Estoy repitiendo, con la mayor economía de palabras, dos explicaciones muy generalizadas. Aquellos filólogos, y los demás que he visto, andan, me parece, torpes en este tema. No sin cierto amaneramiento podríamos suponer, para extremar nuestra buena voluntad y para agotar las hipótesis que representan sendas dos direcciones, que la ficción buscaba engañar, a ciencia y conciencia, al lector. Estos excelentes filólogos, Hirzel y sus análogos, se habrían tragado el anzuelo que Platón les tendiera ladidamente. Pero, suponiendo que Platón hubiera sido un farsante de imposturas, un retorcido y un desalmado, ¿acaso habrían sufrido los griegos del siglo IV ser tratados, en asuntos de su contemporaneidad, como hombres de veintitantos siglos después?

⁶⁰ HIRZEL o. c. 176 y, tardeando a deshora sobre tópicos manoseados, TAYLOR *Plato. The Man and his Work* (Londres, 1949⁶, 176).

⁶¹ ROBIN *Platon: Phédon*, París, 1926, XX-XXII.

A riesgo de quedarme con error de mi hechura, afirmo que los proemios e introducciones tienen en Platón una significación diferente, ni extrínseca ni fortuita. Por lo demás, la explicación a que adhiero no es completamente de mi hechura, sino hechura del grande Proclo, a quien, por lo visto, algunos leen muy poco. Proclo afirma en redondo que los prólogos en cuestión tienen, sobre todo, un valor filosófico: "También esas partes —dice⁶²— se ajustan a la intención total de los diálogos". ¡La intención total! Se trata, pues, de algo más que historia y arte. No es, sin más ni más, un procedimiento de historiador o un recurso de artista. Es, por lo contrario, el robusto afirmador de una relación jerárquica, reconocimiento de una jurisdicción y sensación de la superioridad ajena. No, ni aval de su historicidad ni ilusión de realidad pretenden, y sí sólo mantener al lector en un máximo de alerta intelectual y un mínimo de intervención sentimental. Vamos buscando el drama humano, que la obra constantemente desvirtúa, retira e ironiza, poniendo, en su lugar, el relato mismo como tal relato. Así hace Pirandello en sus *Seis personajes en busca de autor* y otros dramaturgos que cultivan "el teatro dentro del teatro": el drama confiesa, de esa guisa, su textura fraudulenta y nos impide revolcarnos apasionadamente en la realidad humana que está aludida en la obra. Pues algo así, el diálogo filosófico dentro de otro diálogo. Este último es, por supuesto, el apuntado en los proemios y nos prepara, con advertimientos de importancia, para entender rectamente el otro diálogo al que sirve de marco y moldura.

Veamos, por ejemplo, el caso del *Parménides*. Antifonte lo recita de memoria. Antifonte, a su vez, lo ha oído a Pitodoro. El "doble grado" de la oblicuación del relato se explica tal vez para hacer más verosímil el recuerdo de una conversación ya muy lejana, como la habida un día entre el joven Sócrates y el maestro Parménides⁶³. Nos sitúa en un pasado lejano y casi en una atmósfera ucrónica. En todo caso, el diálogo está, desde casi su inicio, en estilo indirecto; y, claro es, también en estilo indirecto nos

⁶² In *Plat. Alcib.* I p. 308, 24 ss. (ed. Cousin; reimpr. Hildesheim, 1961).

⁶³ WILAMOWITZ o. c. II 221.

presenta Platón al dicente, a Antifonte. Antifonte era el medio hermano de Platón; pero Platón nos dirá de él, por oblicuación, que es el hermano de madre de Glaucón, su hermano de doble vínculo. ¡Curiosa presentación, pero la adecuada! ¿Este Antifonte es un filósofo? No por cierto. Desde hace años sólo le interesan los caballos y cuanto al caballo se refiere: las castas y las genealogías de los potros saltarines y de los trotones, colleras y látigos, sillas y espuelas. Desencantado de la filosofía, su incuriosidad por el tema, tan arduamente filosófico, del diálogo es manifiesta. Cuando Céfalo y compañía entran en su casa, lo encuentran a punto de dar al herrero un bozal para que lo recomponga. Esta urgencia de tal modo le absorbe que usa de modos descorteses, finge no ver a sus visitantes ni oír sus palabras valedictorias y les hace esperar con gran pachorra. Céfalo y sus amigos, verdaderos filósofos, han navegado tres días y tres noches en procura de oír a Antifonte, es decir, el discurso que Antifonte recibió a cuenta de su memoria. Este díptico por oposición nos es de mucho precio. Para Antifonte la filosofía es sólo un recuerdo y remoto rezago, de tan largo tiempo enmudecido. Es una debilidad de juventud. Ha retenido la lección palabra por palabra; pero el amor ha muerto en su alma. Repite el disco como un gramófono, mecánicamente y pensando sin duda en el tiempo que un viejo chalado y sus alevines, lechuguinos de la filosofía, le están haciendo perder. ¿Prólogo doctrinal? No. ¿Introducción histórica? Tampoco. ¿“Dedicatoria” de Platón a su medio hermano, como hiciera con sus otros dos hermanos, Glaucón y Adimanto, en *La república*? Sólo hasta cierto punto. Glaucón y Adimanto son jóvenes, filósofos y sinceramente preocupados por el problema de las relaciones entre el Estado y la justicia: un pórtico conmovedoramente humano para *La república*. Contrariamente, Antifonte es viejo, criador de caballos y desencantado de la filosofía. Con cuatro rasgos certeros el prólogo relaciona el diálogo con factores humanos muy significativos. Nos recuerda que ejercicios como el del uno y lo múltiple convienen ante todo a la juventud: Antifonte, al envejecer, se ha apartado de ellos sin un dejo de melancolía. Señala, además, por modo rebotante el carácter fortuito del diálogo, una escena de la vida. Sin el memorión de Antifonte, que ha salvado la conversación

muy lejana, sin el viaje de los filósofos desde Clazómenas y el mutis del herrero, no tendríamos el *Parménides*. Las palabras del diálogo filosófico, para ser entendidas, necesitan “ilustraciones”. Estas estampas de la realidad viviente y vivida, desde la que se habla, píntanlas los proemios. ¿Extrínsecos, fortuitos?

Digo el *Parménides* como podía haber dicho *El banquete* o el *Fedón*. Tanto monta. La expresión literaria del amor, en *El banquete*, está subordinada, desde el principio, a una forma vivida del amor, la que representa⁶⁴ el narrador, un “maníaco”. En este sentido, también Aristodemo, el primer relator, prenuncia a Apolodoro⁶⁵. Éste es el amor exclusivo, agonioso, fanático. Es, en sus nueve décimas partes, todo lo contrario de un hombre inteligente. No posee grande inteligencia y administra un sentido del humor reducidísimo. Las virtudes tónicas de la amenidad y el discernimiento son ausentes de este neurótico sulfurado. El exclusivismo, así descrito, del relator nos lo volvemos a topar, en algunas dosis, en el tema, y no sólo en su primera parte o filosofía popular sobre el amor masculino, pero que asimismo en la doctrina del amor filosófico. Éste es sólo un aspecto parcial, el dinámico, de la filosofía.

Igual en el *Fedón* como en *El banquete*. En *Fedón*, Sócrates está puesto en capilla y esperando su última hora. Poco antes de morir tiene una conversación con algunos amigos muy filósofos. Sus recuerdos de esa conversación refiere, a unos conocidos suyos, Fedón fortuitamente, en un rato libre (58 d). Última estación de la pasión y muerte de Sócrates no es, por más vueltas que se le dé, ni acta notarial ni novela histórica: su historicidad está tan

⁶⁴ Cf. BRUNS o. c. 336. Otra línea de la tradición textual escribe μαλακός y no μυνικός. Tanto importa, a nuestros efectos, un sentimental derretido o un semiloco. WILAMOWITZ, tan miope para estos pormenores, pensaba (o. c. I 281) que el doble relato lo habría empleado Platón para evitar que narración tan importante dependiera del testimonio de un babitonto, Apolodoro, sin darse cuenta de que Aristodemo es un sujeto de idéntica especie y de que, en todo caso, el último relator seguiría siendo un loco. Por cierto que en la misma página escribe: “Es difícil comprender por qué Platón ha elegido la forma —penosa para él y para el lector— de expresar el doble relato por el estilo indirecto; no lo ha hecho nunca más”. Sí que lo ha hecho, en *Parménides*; y, si el doble infinitivo es más corriente en *El banquete*, es por resaltar la fidelidad del relato de un Apolodoro.

⁶⁵ Cf. KRUEGER *Einsicht und Leidenschaft*, Francfort, 1948², 80.

estilizada como de costumbre, pero, en modo alguno, romanceada. El personaje protático, Fedón, es, en el buen sentido de la palabra, un hombre bueno. Simpático, sin estrecheces ni fanatismos, el narrador más idóneo. En la discusión no desempeñó un papel destacado: no fue parte principal ni secundaria, sino un modesto partiquino. Pero la importancia del prólogo se peralta, sus alusiones nos ayudan a fijar humanamente el sentido de la obra y la personilla del narrador da su nombre al diálogo.

Late, pues, bajo todo lo dicho la suposición de que existe una afinidad íntima, raigal, más que histórica o literaria, entre el diálogo y el acontecimiento, real o inventado, que le sirve de sostén. Éste pone de evidencia la existencia de una tradición real o inventada y nos permite así, ahora sin ficción alguna, remontar desde la escritura a la vida. No creo que, sobre los ejemplos ya aludidos, pueda existir al respecto la más leve incertidumbre; pero la cosa es también muy valedera para otras introducciones o prólogos más quintaesenciados. Éste es el caso de aquellos diálogos que el propio Sócrates refiere a un su amigo, presentado en brevísimo preámbulo, como *Eutidemo* y *Protágoras*, o bien a un oyente o lector anónimo. Tal *Lisis*, *Cármides*, [*Los erastas*] y la propia *República*, que es el relato hecho por Sócrates, a un mancebo innominado, de su conversación de la víspera en el Pireo y casa de Polemarco, hijo de Céfalo. El diálogo propiamente dicho se subordina a una anécdota y sartal de coincidencias tan insignificantes, que no tiene duda que la presencia de éstas obedece simplemente al deseo de "subordinarlo" y asirlo, como sea, a la vida. Notemos, por no dejar este cabo suelto, que, a las veces, la anécdota del prólogo sale a flote en el curso del diálogo. Son diálogos enmarcados dentro de otro diálogo y, bajo la delgada capa del relato, se dibuja al trasluz la tela de fondo. Muy dramáticamente, como un coro, reaparece, por en medio y al final de *Fedón*, el diálogo entre éste y Equécrates. En *Eutidemo*, obra de neta composición y progresivo interés dramático, Sócrates cuenta a Critón una conversación suya con Eutidemo. El mutismo de Critón se quiebra⁶⁶ al final del "cuarto episodio". Su intervención directa consigue el equili-

⁶⁶ Cf. BONITZ *Platonische Studien*, Berlín, 1886³, 105 y SPRAGUE *Plato's Use of Fallacy*, Londres, 1962, 1-33.

brio entre la primera parte y la última del diálogo y prepara, con mayor solemnidad, el final; pero, por encima de todo, sirve para unir más íntimamente el relato al diálogo que lo enmarca. Son las vigas maestras de la escena de la vida sobre la que se destaca.

OBRAS ABIERTAS

De señalar es también que los diálogos presentan otra nota común y cualidad madre. Intencionadamente comienzan de súbito, como si la conversación que introducen estuviera cursando mucho antes de cristalizar en letra escrita. Vienen de lejos o de muy lejos, y su vida era ya vieja cuando llega a nuestro mundo. Su subitaneidad despierta un movimiento retrospectivo de nuestra imaginación. Retrograda el diálogo hacia el pasado, mucho más allá de sus límites escriturarios. El diálogo no tiene principio, como tampoco tiene fin. Súbita es su aparición y súbita su conclusión, que no es defunción, sino apertura a una vida nueva, en los lectores y en los hijos de sus hijos. Los diálogos son, en doble sentido, obras abiertas⁶⁷.

Algo que viene de lejos y va hacia lejos son los diálogos, hijos del tiempo, a la vez sumergidos en el pasado y emproados hacia lo porvenir. De ahí efunde una notable impresión de profundidad, de latitud o espaciosidad. La profundidad espacial, el espesor, no es hinchazón espacial, no requerida por el tema. No es arreglo ni truco arquitectónico. Por modo natural surge de la superposición de distintos planos situacionales, como bastidores de un teatro en el que estuviera permitido este ataque directo a la unidad de lugar. El teatro de hoy en día ya lo va permitiendo, por imitación del cine; pero ni que decir tiene que la situación era muy otra en el teatro griego. Platón, evitando el bulto —el histórico, el biográfico—, no hace, sin embargo, pintura plana, sino que pinta “en hueco”. La tercera dimensión es “hacia adentro” y no hacia afuera del cuadro. El tiempo penetra, en los diálogos, en su pro-

⁶⁷ Cf. SCHAEFER o. c. 202 y, en general, ECO *L'ouvrage ouvert*, París, 1967.

fundidad, oblicuamente. La abertura hacia atrás y hacia adelante no es tampoco el efecto de un encogimiento o retracción literarios: también por modo natural se desprende de la obra escrita. En la dimensión del pretérito, arranca del pasado y empalma con él. En la dimensión de lo venidero, incursiona en el futuro y obliga al pensamiento a alongarse, a estirarse y ensancharse más allá de las palabras. El diálogo no crea la vida. No tiene la voluntad de ser ficción o suplantación de la vida. Se ahorma y se inscribe en el perfil de la vida; pero, a la vez, se destaca sobre el marco de la misma.

Vemos, pues, que Platón se gusta de pasarle al lector el alma con el puñal de la insatisfacción⁶⁸. El literato puro, el escribidor, crea obras cerradas, mundos que tienen sus leyes y articulación propias, recintos herméticos al gran "afuera" de la vida. Los diálogos son obras abiertas, que sobrepasan el tiempo. Cada diálogo brota del recuerdo y se abre a otro diálogo. Como la vida, que es conversación sin término, sin mojón de propiedad ni coto, indefinida, indetenible. Las obras de arte inacabadas, o las acabadas con un final fortuito o inverosímil, suman, a su belleza propia, la belleza de una significación complementaria. Tal es la expresividad de lo fragmentario. El fragmento es resultado de algo que fue mutilado, dividido y gime ser abrigado en el regazo de su todo originario. Físicamente maltrecho nos invita a meditar, a poner, del dentro de nuestro ser, aquello que falta, la pieza que falta y se hace presente por su ausencia. Es destino del texto platónico el aspirar a ser sobrepasado y justamente en ello encuentra su razón de ser. Su final es interino, trámite y tránsito en la fluencia, jamás conclusa, de la vida. Parece decirnos: "Aquí concluyo yo y empieza otro más grande que yo". El diálogo no nos ofrece la conclusión que esperábamos. El problema queda insoluto; pero ¿qué importa que no se cumpla la promesa? Lo que importa es que nos dé bríos para navegar en conserva junto a él, para echar nuestra nave al agua y remar hasta la exhaustación. El texto es incompleto porque, además de lo que dice, está lo que se calla y lo que no dice porque tampoco a sí mismo se lo dice,

⁶⁸ Cf. MERLAN *Form and Content in Plato's Philosophy* (*Journ. Hist. Id.* VIII 1947, 406-430).

porque tampoco él lo ve. Su abertura al futuro despierta la suspensión, el enigma que nos reta, para luego contestar lo que nos dé la gana. La responsabilidad de la aventura es íntegramente nuestra. También en esto se nota, de una vez para todas, que la filosofía no es, para Platón, sistema, sino camino. La verdad última (ἐπέκεινα) no se conoce ni se comunica; sólo se apunta un camino que puede acercarnos a ella.

El lugar que en la obra platónica se concede a la narración trabada a un proemio no hace, verdad, sino reforzar, con relieve saltante, la impresión que la obra produce ya por sí misma. Refleja debidamente la insuficiencia, no ya de las escrituras y caligrafías con relación al lenguaje, pero asimismo del lenguaje con relación a la vida. Mantiene siempre ante nuestra vista, hincada en el horizonte de la atención, la despectiva divisa shakespeariana: palabras, palabras, palabras. Por melindre de análisis no podemos establecer distinción fundamental entre diálogos narrativos y dramáticos, indirectos y miméticos. Los diálogos narrativos son también dramáticos porque, relativamente al elemento introductorio, su independencia doctrinal y formal es casi absoluta. Sobre todo, porque Platón no es nunca el narrador, a diferencia de Virgilio o de Teócrito. En las *Églogas*, Virgilio se nos camufla, según cuadro, de Títiro, Menalcas o Melibeo. Otro tanto hace Teócrito en algunos idilios, que se nos entrega bajo la máscara de sus pastores relamidos. Platón nunca lo hará. El mimetismo de otros diálogos es, en el fondo, relación dependiente, sólo que dependen de una principal no expresa o expresa, de una vez para siempre, en el proemio. Tan y mientras somos capaces de atinar con el sentido de la principal que lo regenta —no por inexpressa, menos real—, el sentido del diálogo se nos hace patente.

Ahora vamos comprendiendo por qué razón los diálogos ofrecen al lector lego o distraído una dificultad de muy distinta vitola de las que tropezamos al interpretar a Jenofonte o Aristóteles, y no hablemos de Cicerón. Los prefacios que Jenofonte pone a sus obras dialogadas son insignificantes antesalas formales. Nada modifican el sentido de la obra. Tras de ésta vemos siempre al autor, que se lleva, hasta donde ello es posible, la cuota más crecida de nuestra atención. En sus páginas más dramáticas Jenofonte

sigue siendo —para nuestro solemne aburrimiento— el narrador. Las introducciones históricas de Aristóteles son ya “prefacios al que leyere”. Sitúan el problema —doctrinaria, sermonaria, impositivamente— en relación con doctrinas anteriores, con notoria deserción ante la vida. Sabemos que Aristóteles no puso —“et pour cause”— prólogo a sus diálogos⁶⁹. Cicerón ha seguido las huellas de Aristóteles y Teofrasto; pero ha llegado mucho más allá⁷⁰. La relación entre la obra y su proemio era, en Cicerón, tan extrínseca, tan accidental, que, según él mismo nos cuenta⁷¹, extraía los prólogos, no sin bisarlos alguna vez, de un *uolumen prooemiorum* que tenía compuesto para ocasiones tales. Los proemios ciceronianos son espejo en que gusta de reflejarse el propio autor y denuncian el mismo culto de la personalidad individual que tropezamos en el arte del retrato y del bajorrelieve histórico. Sólo el diálogo platónico tiene un prelude filosófico. También el autor se lleva la parte más crecida de nuestra atención si somos lectores finos; pero justamente porque juega al escondite con nosotros y se oculta detrás del texto, que, eterno aspirante a ser sobrepasado, nos invita otra y otra vez a remontarnos desde él al autor siempre anónimo, incazable. Platón es un perspectivista de buena ley que sabe despersonalizarse y revestir en su muchipersona, según las circunstancias, las naturalezas más diversas. Salva, empero, los peligros de una imitación directa. A Dios gracias, el lugar que en la obra es concedido al estilo indirecto, puro o promiscuado, es un alerta constante, un ¡cuenta! imperioso para buscar audiencia ante ese ser que, si a medias se entrecierra, a medias se entreabre. Es una invitación permanente para acceder a la trastienda de sus pensamientos. Platón, Platón mismo, está detrás de la obra, invisible, incógnito. Y, sin embargo, la obra nos lleva a él sin cesar.

Hay, en la lectura de la obra escrita de Platón, cierta humillación para el lector que, a la vez, es un aliciente. Recuerdo una

⁶⁹ Cf. HIRZEL o. c. 275.

⁷⁰ Cf. RUCH *Le “prooemium” philosophique chez Cicéron. Signification et portée pour la genèse et l'esthétique du dialogue*, París, 1958. Sobre su suerte posterior, cf. HOFFMANN *Der Dialog bei den christlichen Schriftstellern der ersten vier Jahrhunderte*, Berlín, 1966, s. t. 105-159.

⁷¹ *Ad Att.* IV 16, 14.

frase profunda de Proust: "Los últimos cuartetos de Beethoven crearon el público de los últimos cuartetos de Beethoven, que antes no existía". También los diálogos de Platón buscan crear un nuevo público de lectores. Si se quiere formular de modo paradójico, dígase así: de lectores insatisfechos de la lectura.

LA PRINCIPAL SIMBOLIZADA

Camino de algunas conclusiones presumibles hemos corrido, palmo a palmo, las cuatro partidas a un rasgo decisivo y clave del arco del estilo platónico. Esto nos ha permitido intentar nueva interpretación sobre el verdadero carácter, no siempre entendido ni explicado, de la imitación de la palabra viva que practican los diálogos. Al menos, el caso es que yo no veo en ninguna parte que se atienda bien a él. Me ha interesado en alto grado dejar en claro este aspecto de la *oratio obliqua* y *oratio recta* en Platón, porque la fidelidad a una determinada sensibilidad estética, que es la nuestra, nos ciega para hacernos cargo de lo que significa en Platón un procedimiento cuyos resortes no son, según se ha visto, ni primariamente estéticos ni exclusivamente lógicos. Sin dejarme alucinar por esta óptica, entreveo en la narración dependiente de una principal, expresa o sobrentendida, el ejemplo, para mi gusto, más patente de aplicación de la estética moral platónica, su instrumento principal de desrealización y antimimetismo. Pero la observación va más lejos. Otros pasajes, dialogados o descriptivos, que no introducen un relato dependiente, producen, sin embargo, la misma impresión de dependencia. Se trata de una dependencia que cuelga de una principal ni expresa ni sobrentendida: a esta principal doy el nombre de simbolizada. Bien que sea expresa, bien que no lo sea, mal que sea simbolizada la principal, la intención del filósofo es la misma. Ya antes hemos hablado, por incidencia, de los símbolos incluidos en los proemios. Ahora quisiera precisar lo antedicho con unas citas adecuadas, tomadas o no de los prefacios. ¿Para qué sirven, en el finalismo del diálogo, estos símbolos?

Sea *El banquete*. De antiguo se ha señalado el simbolismo, muy particular, de la luz en este diálogo. Recordemos simplemente

las líneas finales. La noche va pasando y, al compás de sus horas postreras, van haciendo mutis la retórica, la medicina y demás en la persona de sus representantes, que se duermen uno tras otro. Quedan la comedia, la tragedia y la filosofía, esto es, Aristófanes, Agatón y Sócrates. Está para llegar el alba y ya desfila de retirada la comedia. Llegadas son las primeras luces del día y desfallece la tragedia, que, sin embargo, sobrevivió a los fantasmas oscuros de la noche. La filosofía, bajo la figura corporal de Sócrates, continúa en el día disputando los hombres a las tinieblas.

Sea, ahora, el *Critón*. Mientras duerme recibe Sócrates dos visitas simultáneas: la de la dama espumante de niveos vestidos y la de su amigo de la infancia Critón, una especie de Tomás el incrédulo junto a Jesucristo. Bajo envoltura corporal simbolizan dos salidas posibles ofrecidas a la elección del filósofo, que podría estar incierto de qué camino tomará. La salida que Critón representa es llana y hacedera de realizar y pondría en cobro a su amigo. La que simboliza la buena dueña será el camino que, al fin, seguirá el eximio ajusticiado. Y aún hay que añadir esto: el diálogo concluye oponiendo esas dos alternativas, vivas también en las palabras de Critón y las leyes personificadas, así como se inició oponiéndolas en un plano visual.

En *Eutifrón* el filósofo Sócrates, acusado de impiedad por el poeta Meleto y sus compadres, tropieza a Eutifrón, doctor en teología y hombre de muy larga vista, entiéndase adivino de profesión. ¿Adónde bueno camina Eutifrón? El muy piadoso Eutifrón se dispone a acusar a su propio padre por cosa de nada. Cosa de nada es, en efecto, que un homicida, abandonado en un pozo a la espera de la prueba judicial, haya muerto. De prosperar la demanda, el padre de Eutifrón será condenado a pena capital. ¿No se advierte el maravilloso acuerdo entre la anécdota y la categoría? Dos fariseos honorables, pero ciegos para la verdadera piedad, intentan una acusación capital, el uno contra su padre, el otro contra el padre y benefactor del pueblo. ¡Buen contraste entre la lógica ciega y supersticiosa de aquéllos y la sabiduría, tan humana, de Sócrates!

El dialoguillo inicial entre Céfalo y Sócrates, al comienzo de *La república*, sea otro ejemplo. El gran industrial armero es ya

viejo muy viejo. Aquerenciado de ultratumberías, la curiosidad intelectual de Céfalo ha perdido sus aceros mejores. ¡Noble anciano Céfalo, en la declinación de las pasiones y energías vitales, que apologiza su senectud yerta, limpia ya y fría de amor! ¡Qué contraste con las almas ávidas y curiosas, cendolillas, de Glaucón y Adimanto! Al primer rifirrafe dialéctico, Céfalo sonrisueño, marchoso, se retirará del diálogo so capa de dar fin a un interrumpido sacrificio. El que nos fue presentado como gran amante de los discursos es bien pronto eliminado del discurso. ¿Sólo intervino para picar a Polemarco y hacerle entrar en el duelo verbal⁷²? ¿Sólo fue retirado porque un anciano no habría resistido tan larga conversación⁷³? No, no, hay algo más. Aquí palpamos la condición de obra de juventud y amor aneja, muy abondo, a *La república. Las leyes*, en cambio, son la obra de despedida, con cierto dejo melancólico, de un pensador viejo y fatigado, corrido y desengañado.

Ejemplos y ejemplos similares podrían multiplicarse, si fuera caso de necesidad, hasta el narcótico. La cuestión deberá algún día ser estudiada a fondo; pero no ahora ni por mí. Me retendré dentro de la mera alusión a algunos otros casos. Hablan por alusiones, y descifrarles su cifra es tarea difícil si la hay. Pues son vida antes que pensamiento. Su misión no es entregarnos la clave de la obra escrita. Su misión queda contraída a evidenciar la jurisdicción de la dialéctica viva sobre la dialéctica escrita, su hermana por la mano izquierda. Platón, como el que no quiere la cosa, deja caer estos símbolos inapercibidos. A veces son de peso bastante para que sospechemos algo. Otras dudamos de si plasman o no un sentido más profundo. ¿Es verdad, por ejemplo, como sugiere Friedländer⁷⁴, que el escenario del diálogo se ciñe, como anillo al dedo, a las necesidades filosóficas del mismo, que la palestra de *Eutidemo* o *Cármides* entona y engrana con la lucha

⁷² Según J. T. KAKRIDIS *The Part of Cephalus in Plato's Republic* (Eranos XLVI 1948, 35-41).

⁷³ Como pretendía Cicerón (*Ad Att.* IV 16, 3) con el aplauso de Stallbaum (*de re ipsa egregie Cicero*), uno y otro dedicados, como casi siempre, a su infatigable tomar el rábano por las hojas.

⁷⁴ FRIEDLAENDER *Platon I: Seinswahrheit und Lebenswirklichkeit*, Berlín, 1954, 169-171.

dialéctica, y el vestuario (en griego se dice “desvestuario”) de *Lisis* representa y preforma el “desnudamiento espiritual” del neófito, muchacho de cuerpo desvestido? ¿Aluden y se acompañan los arreboles del efebo Hipócrates, en *Protágoras*, con los rubores alborales del día amaneciente? ¿En *Eutidemo*, y siempre según el mismo filólogo, el lugar en que Sócrates y Clinias y Ctesipo, el amante de Clinias, y los erísticos se acomodan, se acomoda, como de cera, a la acción ulterior de los personajes? Uno no sabe dónde detenerse y poner el obligado calderón, so pena de adelgazar exageradamente la exégesis y de incurrir en el simbolismo hipertrófico de Proclo y otros comentaristas antiguos. Proclo, sobre todo, veía simbolismos, especialmente teológicos, por todas partes. Así, por ejemplo, discurre sobre los símbolos del *Parménides*: los filósofos de Jonia simbolizan la naturaleza, los de Italia la esencia y Atenas el término medio; los clazomenios son lo múltiple, Adimanto y Glaucón la diáda y Parménides el uno; de los cuarenta años de edad que se atribuyen a Zenón concluye que cuarenta han de ser sus argumentos; y otras extravagancias en gracia de las razones más rebuscadas. Todo esto es verdad⁷⁵. Pero también es verdad que, en ocasiones, tales pormenores se acomodan, como venidos del justo cielo, al argumento. No de otra suerte, cuando embutimos buena carga de intención en rasgos fortuitos o inventados, poniendo entre ellos y nuestro pensamiento afinidad y consonancia evidentes. ¿Que alguna vez se ha exagerado la alianza en Platón de simbolismo y pensamiento lógico? Sin embargo, sin embargo...

¿Por qué, en *Fedro*, a vuelta de frases alabanciosas, Isócrates es ficticiamente rejuvenecido, hasta hacer de él el Isócrates que pudo ser y no, por cierto, el orador que fue, disertador y poco filósofo? De joven prometía oro puro; pero luego dio en trabajar mucho níquel de oratoria, como un rábula y enfático hipocritón. ¿Por qué el prólogo irónico del *Menéxeno* presenta el discurso que Sócrates, no sin enrojecer, se dispone a pronunciar como obra de la mismísima mademisela Aspasia, la coima de Pericles? Otro tanto sucede con Diótima en *El banquete*. El filósofo no quiere

⁷⁵ Cf. ZIMMERMANN *Platons Parmenides und der Kommentar des Proklos*, dis. Heidelberg, 1936, 26-32.

que sus leyes para mejorarnos nos sean impuestas por decreto, sino en giro que resulte persuasivo para convencernos. ¿Por qué, entonces, los “preámbulos” de las *leges ferendae*, que nos las explanan suasoriamente, adoptan a veces en *Las leyes* un tono irónico que irrita nuestra sensibilidad? ¿Por qué Platón, metido a escritor de ciencia-ficción, se guarece, con una doble *captatio benevolentiae*, así en la novela histórica que es el *Timeo* como en la fábula física que es el *Cricias*? ¿A qué fin los proloquios irónicos con que se escudan tantos razonamientos admirables y que ponen un dejo de burla que vela la voz del filósofo y anubla nuestro entusiasmo? Por todas las esquinas salimos a lo mismo. Con uno u otro matiz, bajo una u otra mueca, el gesto es siempre el mismo. Platón quiere, a toda costa, traducir a su obra la paradoja profunda de su pensamiento, el “juego serio” inevitable en todo subrogado de la vida. El lenguaje es un subrogado del pensamiento; pero, al fin y al cabo, es vida. La letra, en cambio, no es vida. Hay que prevenir al lector desprevenido para que no tome la achicoria por café. Estos toques y pormenores que he apuntado últimamente son símbolos plásticos de la ironía. La ironía es, a la vez, aproximación del filósofo a lo que escribe y, a la vez, distanciamiento por el cual conserva intacta la retaguardia de su verdadera doctrina, la que a sus discípulos decía y no escribía. A medida que el nivel de la imitación se abaja —lo repito— esos símbolos se hacen más descarados, inequívocos. Sócrates se vela el rostro —no tiene duda, se avergüenza— cuando pronuncia, en el *Fedro*, su primer discurso tan al estilo de Lisias.

He aquí, por caso, que a Aristófanes, en el momento de ir a hablar en *El banquete*, le asalta un hipo ridículo y su turno ha de pasar, por el momento, al solemne doctor Erixímaco. La ronda va de siniestro a diestro. Por algo será que Platón no sentó a Aristófanes al lado de la mano derecha del médico, en el orden en que habían de hablar. ¿Ha querido meramente hacer befa del comediógrafo con esas convulsiones y ruidos guturales que son el efecto del libertinaje y vinaria cuchipanda de la víspera? La verdad es que todos estos trasnochadores se mostraron devotos del vino y empinaron el codo. También Sócrates estuvo en la pítima y debió luego tomar un baño, cosa inusitada, para disipar los

efectos de tantas potaciones báquicas. ¿Ha buscado Platón, como otras veces, un intermedio burlesco y reposo de la atención precisamente en un momento importante? ¿O, como hábil artista y por no romper el equilibrio, no ha querido poner el discurso de Aristófanes en seguida del de Pausanias, demasiado parecido, y, a la vez, ha buscado un contraste más declarado entre la pedantería del médico y la comicidad de Aristófanes que le sirve de contrapunto? Pero esto podía haberlo pensado antes. Puede que haya de todo un poco⁷⁶, demás de que la ruptura del movimiento dextrógiro de los discursos, mediante este inesperado contramovimiento, despierta en el oyente la suspensión natural. ¿Le van a dejar algo que decir, después de tanto discursar, a Sócrates? Luego se demuestra que la alarma era injustificada: ¡vaya si dirá! En fin, el hecho es que la excusa no puede ser más ridícula, un ataque de hipo de Aristófanes. Es decirnos claramente: “¡Señores, que va el payaso, disponed los resortes de la hilaridad!” Pero es también permitirle, a renglón seguido, desplegar en sus payasadas un humor certero, inspirado, chispeante de chispas de zumba ateniense. Mientras le caen de los labios los risotazos despabila una fantasía muy espiritual que salta con gracia y airosamente; pero también nos dice, con su labia ateniense, cosas profundas. En el rodar de sus carcajadas percibimos resonancias de profundos anhelos humanos. Aristófanes es el poeta más castizo, más donairoso, el ingenio cómico más sacudido que le nació a Atenas. La ironía es una excelente higiene. Permite a Platón identificarse, por acto de justicia del corazón, con Aristófanes y sus análogos después de haber marcado las distancias con aquello que en el cómico hay de papanatas y asno solemne, de albardán; es decir, sin peligro para el lector inocente. Sabe ponerse tanto y tan bien en el caso de los demás y embarcarse en conserva con ellos sin dejar de ser él mismo. Les sigue con buen humor; pero, a la vez, con sincero fervor, con calor suficiente. Con don, destreza y gracia comienza por tomar a vaya y burla lo que dirá para, de seguida, decirlo seriamente. Y el lector filósofo es invitado a seguir idé-

⁷⁶ Además de otros motivos puramente filosóficos, destacados —inclusive alguna vez demasiado y haciendo algo de nonada— en el estudio de ISENBERG *The Order of the Discourse, Lévy's Symposium*, Chicago, 1940.

tico camino para determinar el más y el menos de veracidad del punto de vista, si se filosofa en horizonte más ancho o más estrecho. Se solidariza con el punto de vista y lo olvida luego, transitoriamente, para no interesarse más que en las cosas problemáticas que se dicen y sorberles todo su jugo. ¡Curioso penduleo! Pero no hay otro camino si no queremos perdersnos, grave e irremediablemente perdersnos. Así son relativamente logrados la conciliación y acoplamiento entre la obra y el autor. Así Platón nos entrega, hasta cierto punto, su natural ser bajo los rasgos de Sócrates y de su interlocutor de turno siendo, en todo instante, uno y trino.

El equívoco, el distanciamiento que, de acuerdo con sus teorías estéticas, Platón busca adrede en el arte literario de los diálogos se consigue por la subordinación más o menos recóndita del relato a la vida, que hace acto de presencia a través de una principal expresa o sobrentendida. Se consigue más hirientemente por la subordinación del relato escrito a una principal simbolizada. Son símbolos que aparecen, desaparecen y reaparecen. Estos símbolos, lo repito, son vida antes que pensamiento.

DE NUEVO, LAS DIFICULTADES DE LA LETRA

Nos llega la hora de rendir cuentas exactas, de sentar corolarios. Al comienzo de estas páginas he creído oportuno recordar los efectos azorantes que las "imperfecciones" y oscuridades de la obra platónica producen en sus lectores. ¿Cómo se compaginan, en los diálogos, la claridad de cristal de roca de la forma con la oscuridad de la interpretación? ¿Se advierte ahora, después de tanto rodeo, cuál es el sentido profundo de las imperfecciones de la obra escrita con relación a su hermana, la conversación viva, y sus limitaciones con relación a la vida misma?

La obra escrita se muestra fraccionada, desglosada en diálogos. Parece un mosaico dividido, despiezado de otros varios, inorgанизado. Es como si dijéramos un archipiélago de ínsulas separadas. En clausura e insulación del resto cada diálogo vive su vida y desovilla el hilo de sus pensamientos como si los demás no existieran.

tieran. Vuelven a tomar reiterativamente, cada vez desde el principio, la investigación desde un ángulo diferente. Denuncian entre sí un desajuste a menudo desconcertante. Se aplica ello a los diálogos entre sí; pero cumple extenderlo a las etapas sucesivas de la marcha argumentativa dentro de un mismo diálogo: etapas, λόγοι, que son ellas, y no cada diálogo, la genuina unidad lógica de la obra platónica⁷⁷. Reducido a sus elementales, en efecto, diríamos que un diálogo filosofante está constituido por una serie de λόγοι que una circunstancia fortuita viene a interrumpir.

No es, por cierto, el hilo de decir que va continuado y llano. Se enreda más bien fuliginoso y enmadejado, a trancas y a barrancas y hablando de todo y aludiendo a las cosas más incongruentes. Un libro, lo que se dice un libro, se desenvuelve siguiendo una marcha más o menos prefijada que recuerda un bailable teatral. El diálogo, en cambio, comienza por un lado, sigue por donde menos se piensa y se interrumpe a lo mejor. Ese fluctuar errátil y dar la mar de vueltas nos desconcierta. Nos barulla ese desandar lo andado y comenzar "da capo"⁷⁸ sin cansancio, tiempo y tiempo. Todo se les va en comenzar y nada en acabar. Se nos antoja la devanadera de siempre, las mismas lazadas y del mismo modo siempre, atormentarse eternamente sin objeto. Creíamos haber llegado a última solución y resultado de un problema, y he aquí que de nuevo le vemos volver con parecidos lances y trapatuestas y alzarse siempre como un siempretieso. ¿Son nuestros desvelos pompas de jabón en sucesión ininterrumpida, sin última consecuencia, sin acabar nunca, sin terminar en resolución? ¿Balance a cero que se convierte a bajo cero si añadimos nuestra desilusión?

¿A qué esa ruta sinuosa que sube, desciende, se desvía, rectifica, ondula, se tuerce en zigzag? Es claro que esas repeticiones se explican por motivos de diverso carácter. Coadyuvan a ellas motivaciones psicológicas y hasta otras derivadas de la forma del

⁷⁷ Cf. SCHAEFER o. c. 84.

⁷⁸ Ἀπ' ἀρχῆς: por ejemplo, en *Ap.* 19 a, *Teet.* 151 d y 187 a, *Tim.* 48 a, *Eutifr.* 11 b y 15 c, etc. Así también los diferentes discursos del *Banquete*: cf. STENZEL *Platon der Erzieher*, Leipzig, 1928, 209 ss.

libro de la época⁷⁹. Por supuesto, y no en último lugar, también motivos de pedagógico designio. Hay que indicar con insistencia, mediante rótulos y llamadas abundantes, los itinerarios, caminos y recuerdos⁸⁰. Todas estas razones poseen cierto fondo de certeza. Pero, sobre todo, ocurre que la investigación dialéctica es, por naturaleza, cosa de carácter cíclico. Por ende, su versión escrita no será nunca un doctrinal sistemático, completo y pulcro en el detalle. Constriñéndonos deliberadamente a nuestro tema y ahorrándonos consideraciones impropias de este instante, baste con indicar que, al ver de Platón, jamás el filósofo llegará —¿cómo iba a llegar?— a parir su criazón y creación definitiva. En absoluto, toda obra escrita es una insuficiencia, una limitación, provincia de un inmenso continente que está por descubrir. Sin razón nos impacientamos ante la dilación, la lentitud y las vacilaciones que retardan piano, pianísimo, el proceso dialéctico. La realidad se diferencia del mito en que nunca está acabada. El diálogo es actividad desinteresada, despaciosa, sin expedición ni premura. Arbitrarle un final sería un fraude. Como suelen serlo casi todos los terceros actos de las comedias, que lo que pasa en el tercer acto casi siempre puede sustituirse por otro acto en que pase cosa distinta. Desde luego hay —hoy, mañana, otro día— progresos: los del artista que, nutrido de experiencias más maduras y granadas, tiene mejor fortuna en cada nuevo boceto. Incompletos por definición, abiertos al tiempo en una doble vertiente, los diálogos integran, como ya dijimos, un gran retablo o mural multilátero cada uno de cuyos paneles trata a su manera, lateralmente, la materia toda modificando cada vez el miradero hasta enfocarla inclusivamente, totalmente, desde sus diferentes sesgos. Es claro que el pensamiento platónico no ha nacido adulto o impasible a la fluencia del tiempo. Hay evolución, hay notorios progresos. Pero, sin trivializar el asunto y quitándole a la fórmula cualquier resonancia milagrera, pudiera decirse que, en cierto sentido, todo Platón está en cada uno de los diálogos. Son, con la excepción de alguno socrático primerizo, nuevas ediciones, con adiciones, de todo Pla-

⁷⁹ Cf. pág. 339 de STENZEL *Zum Aufbau des platonischen Dialoges* en *Kleine Schriften zur griechischen Philosophie*, Darmstadt, 1957², 333-344.

⁸⁰ Cf. VURVERIS 'Ο παιδεύων διάλογος (Πλάτων VI 1954, 4-16).

tón. De ahí la impresión extraña que la lectura de un diálogo nos produce. Las obras postreras parecen mellizas de sus hermanas juveniles, así como las primogénitas se dijera haberlas engendrado un hombre sobremodo experimentado, maduro.

Todo Platón, hemos escrito impensadamente; se entiende todo el Platón que podía caber en una obra esencialmente exotérica como los diálogos. Sin coordinación ni embrague visibles entre sí, hay, por fuera, retiranza poca entre los diálogos; por dentro, semejanza mucha. La obra escrita, aparentemente inorganizada, reclama integración, inspiración unitaria. ¿Qué secreta unidad de inspiración hay en los diálogos? La sola ortopedia de este organismo fracturado reside en su articulación con las intenciones del hombre que lo produjo. Hay una desconcertante multiplicidad de diálogos y λόγοι. Hay inconsecuencias de juicio, piedra de escándalo de exegetas poco finos. Pero, yaciendo bajo todo eso, hay un pensamiento simple y notoriamente fiel. Fidelidad del que está en su centro. Fidelidad perfecta a sí mismo, a lo que se lleva de mejor en sí, desde la raíz de su ser y desde su día primero. Lo que no podemos hacer es leer los diálogos como dramas directos y sin segunda intención. Hay que leerlos en función de las intenciones, la intención general y constante y las intenciones ocasionales y variables de cada afirmación. Repatriadas a las intenciones del autor —¿por qué no variables?—, las presuntas inconsecuencias dejan de serlo⁸¹. La intención general y siempre presente, no tiene duda cuál es. Los pensamientos, de aspecto caprichoso y flotante, sus quiebras y sus esguinces, gravitan y se emproan hacia un solo pensamiento, aunque no siempre expreso ni patente: la subordinación de la obra a la vida, de la vida al Bien. Toda la obra está animada, dinamizada, por el reconocimiento de dicha subordinación. El Bien proporciona a la vida y a la obra sus defectivas raíces. Raíces —y esto es lo tremendo— que no están en la obra platónica escrita.

Hasta la última hora de su larga vida Platón ha escrito. Ha escrito muchos libros, y todos son protestas contra el libro. Los diálogos escritos proveen conocimientos sobre el mundo de lo

⁸¹ Cf. SCHAEFER o. c. 67-83.

perecedero y sobre la δόξα, que es su forma propia de conocimiento. No nos dan el conocimiento de la verdad. La obra escrita insta, como su necesario complemento, el diálogo oral y en un pequeño círculo exclusivo, el contacto personal intensivo, regular, durante años, con el maestro. Que sólo la palabra viva es capaz de escribir en el alma del discípulo⁸². La obra escrita —metáforas, imágenes, mitos, descripciones negativas del Bien— tesauroiza recuerdos, apoyos de la memoria para el filósofo y para el que sigue sus mismas huellas. Nos dispone y nos invita a oír a Platón dialogando con sus donados y jóvenes académicos: ¿quién, al leer los diálogos, no ha sentido su llamada? La conclusión es tan melancólica como inevitable⁸³. En todo caso, Platón no ha pretendido engañarnos. Explícita, implícita o simbólicamente los diálogos están subordinados a la vida. Al leerlos sentimos como el paso veloz de la vida misma, una vida que nos ha sido definitivamente negada.

FILOSOFÍA Y ARTE

Retrocedo a mi tema de antes: filosofía y arte. En el arte literario del diálogo la filosofía platónica ha encontrado su actitud propia ante el problema de la imitación de la vida. Con harta frecuencia el filósofo no se gasta lujos de exornos ni arreos y expone en palabras desnudas —impudorosamente difíciles, si es caso— como la palma de la mano. Liquidación retórica tan radical no empece a que los diálogos sigan estando muy amanillados a las creaciones del arte. La verdad dimana de ellos como emana la belleza de una obra de arte. Las obras de arte y los escritos dialécticos copian ambos, en términos inanimados, ciertas realidades vivas. Éstas son, a su vez, transcripción de otras realidades eternas, es decir, sus delegadas, vicarias o mandaderas. Copian unas con colores y pigmentos. Remedan otras con escrituras, esto es, con palabras disecadas y en vitrina, como lo hacen el drama tea-

⁸² *Fedro* 276 a.

⁸³ Cf. ERBSE *Platon und die Schriftlichkeit* (*Ant. Abendl.* XI 1962, 7-20, s. t. 19).

tral y el diálogo filosófico. El teatro se dirige al hombre actuante y se orienta hacia el exterior y la representación. El diálogo filosófico afecta al hombre en cuanto máquina de pensar y está más fundido hacia el interior y la investigación de la verdad. A veces, los confines se promiscúan: ¿tal pieza medieval es "disputación" o es "moralidad"? Si, llevados por la forma externa y pese a las cautelas del filósofo, confundiéramos los diálogos con dramas, cometeríamos un grave error.

Los diálogos, en efecto, son también obras de arte. Pero ¿qué digo? En buena jerarquía los escritos dialécticos son mayormente, imponderablemente, la verdadera obra de arte. Sólo que el diálogo difiere de una obra de pura literatura por la confesión que aquél sí, y ésta no, hace de su insuficiencia. Al arte pretencioso, al vaniloquio infantil, se opone la ironía; a la seriedad ridícula, el juego muy serio. Fedro y Sócrates declaman, uno tras otro, sendos discursos sobre el amor. El tema es el mismo y lo dicen lo mismo: vivacidad y aflujo de expresión, retórica espoleadamente desbaratada que nos arrasa bajo un magnífico bombardeo de figuras. ¿Dónde está la diferencia? El toque diferencial reside en la actitud asaz disidente de los oradores. El joven aprendiz de literato, devorador de lecturas omnívoras, se ha aprendido de memoria un discurso remilgado del orador Lisias. Es un mozuelo presumidillo y se trae una barbita —o, póngase, melena, chalina— de juvenil suficiencia. Descubierta el inocente engaño, da lectura al discurso. Mientras lo hace, tiene los ojos brillantes de orgullo, lucidores, y le brinca en el pecho el entusiasmo. Se envanece, gallea y pavonea del discurso de su admiradísimo Lisias. Lo lee con gesto de mírame, admírame y no me toques. Sócrates, mientras habla, purpurea de vergüenza y oculta su rostro bajo el manto. ¡Andar él en tanta bizantinidad y tener que lirificarla con palabrería tanta, que no parece sino que coplillas, que se cantan por sevillanas, las está acompañando de gran orquesta! Las frases y figuras de uno y otro discurso, una a una, pueden coincidir; pero, cuando las tomamos articuladas en su intención y movimiento, ¡ah!, entonces vemos la diferencia. El discurso de micer Lisias es literatura; el de Sócrates, literatura irónica y, ya por lo mismo, con un punto de filosófica. Dejemos ahora de lado la pintoresca cuestión

de si los diálogos se ajustan a la ley de los tres actores o de los cinco actos⁸⁴ para preguntarnos escuetamente: ¿son los diálogos comedias? Por fuera tienen mucho de comedias; pero la imagen divertida y hasta risible que nos ofrecen es, precisamente, la imagen del hombre, nuestra propia imagen de cañaveras humanas sometidas a todos los ventarrones. La comedia es juego intrascendente. El diálogo platónico es juego serio, como antesala que es de la filosofía, fuese sólo porque en ella nos jugamos la vida.

Poquísimo me queda ya por decir. Si acaso, prever dos posibles objeciones del lector bienintencionado.

Platón ha concebido la escritura filosófica como un "arte regia", como una poesía urania y metafísica. Además, el filósofo puede moverse con mayor holgura que el artista. Se apoya directamente sobre el no-ser para ascender al ser; y el puro no-ser es, por definición, mudadizo y relativo, inestable e impreciso, y lo confiesa sin los ambages y melindres de otros géneros epicenos. De ahí resulta la variedad extraordinaria de los diálogos. Están a veces dispuestos a tomar su materia y su forma en todas las fuentes imaginables, de toda estofa, de toda laya. Ellos son muy latitudinarios: todo lo admiten, todo lo inhalan. No rechazan modas ni modos, gestos temporales por donde la vida se manifiesta y expresa literariamente en su día y en su hora. Señor del verbo y maestro de la forma, Platón sabe modelar y modular en todos los registros. Sus destrísimas parodias literarias son obras maestras, bonísimas, propísimas, tanto que todavía discutimos sobre si son "pastiches" u originales. En las cátedras, en las academias y en los laboratorios de literatura son citadas y comentadas. Tras minucioso examen pericial seguimos donde estábamos⁸⁵. Sería necesario, para estudiar el decir estilístico de los diálogos, huronear, armados de larga paciencia y cuchillo anatómico, por todos los géneros y procedimientos literarios entonces en candelero: exposición científica, poesía lírica, erística, mimo y comedia⁸⁶, retórica adulta o en

⁸⁴ Cf. HIRZEL o. c. 208 y 222 ss.

⁸⁵ Así, el "erótico" de Lisias en *Fedro* lo tienen por parodia muchos autores (Weinstock, Hackforth, Robin, etc.); pero LASSERRE 'Ερωτικὸι λόγοι (*Mus. Helv.* I 1944, 169-178) les retruca los argumentos y vuelve a sumirnos en la misma perplejidad e incertidumbre de antes.

⁸⁶ Cf. HOFFMANN *Die literarischen Voraussetzungen des Platonsverständnisses* (*Zeitschr. Philos. Forsch.* II 1947-1948, 465-480).

paños menores y, sobre todo, el προτρεπτικός λόγος, género sofístico muy traspuesto al diálogo⁸⁷. El retrato de Sócrates en la *Apología* se disfraza de defensa forense; pero se compone de otros varios simples literarios: himno, epopeya y drama⁸⁸. El *Menéxeno* se significa como un encomio, es decir, una oración oficial y plañido fúnebre construido "alla manera grande", según ciertas reglas precisas⁸⁹. El *Eutidemo* parece estar simétricamente construido, como una comedia en cinco actos o episodios con algún coro... Es de gran interés un análisis literario dilatado de los diálogos en su pintoresca casuística⁹⁰, obra que son de laboreo y beneficio de muchas venas literarias. Al terminar este estudio me importa, sin embargo, declarar que yo no he intentado nada semejante. He pensado que mal podríamos entenderlos en todos sus accidentes literarios, si antes no averigüábamos lo que es, simplemente, la esencia literaria del diálogo. Mi intención, de la cual es resultado la presente indagación, no iba más allá de dar un poco de luz a este problema, no diré que maltratado para que no se piense que fue siquiera tratado.

Quizás algunos echen también de menos, en estas páginas, las alusiones, sobadas y resobadas, al marco material, espiritual, social y político de los diálogos. Yo no he tenido la ambición de entrarme por esos campos. No tiene duda que el ambiente circuidor de su vida y época —erotismo, orfismo, industria política y tantas otras formas de presión del tiempo— nos es muy valdero para ver cómo Platón no lo ha puesto, sino traspuesto en su obra⁹¹. Pero decir esto es decir demasiado y, por consiguiente, demasiado poco. El conocimiento del medio no lo explica todo o, por decirlo francamente, no explica casi nada, porque en rumia de esas cosas nos quedamos en la superficie rasera, encimera, en la ignorancia de lo esencial. Comporta incluso un peligro mortal, pues

⁸⁷ Ha escrito de largo sobre el asunto GAISER *Protreptik und Paränese bei Platon*, Stuttgart, 1959, 33-140.

⁸⁸ Cf. WOLFF *Platos Apologie*, Berlín, 1929, 67.

⁸⁹ Cf. BERNDT *De ironia Menexeni Platonis*, Münster, 1881, 26 ss.
Srita. LOEWENCLAU *Der platonische Menexenos*, Stuttgart, 1961, 42-126.

⁹⁰ Cf. THESLEFF o. c. 63-173.

⁹¹ Entiendo por "trasposición" lo que DIÈS *La transposition platonienne* (*Autour de Platon II*, París, 1927, 400-449).



arrastra nuestro espíritu y lo lleva de calle en un sentido contrario a la imitación dialéctica. Favorece esas interpretaciones biográficas "au jour le jour" que ligan la obra de Platón a la actualidad y consignas de su época. Cuando entra por los ojos de la cara que es justamente lo contrario, que aquella actualidad está en los diálogos muy sobreseída y que la obra es monumento del intelecto sin edad. Biografismo hipertrófico —aquella patochada del gran Wilamowitz— que trajo mucha cola, y todavía nos queda por desollar el rabo que aún colea en algunas interpretaciones que estimo muy retocables. Aludo a los desafueros tan desaforados y a las tropelías de otros dignos señores que interpretan a Platón según el evangelio de Wilamowitz y que hinchán lamentablemente la supuesta biografía ingerida en los diálogos. Tal de ellos sería la resaca de las marejadas políticas bullentes en el limitado perímetro de un año, o menos, de la vida del filósofo. Cuales otros se han puesto en relación con toda clase de acontecimientos rampantes por los años 390 y tantos, que es el siglo ése cuando Platón arrastró existencia activa y carne mortal muy vivida y castigada. Se ha visto en otros diálogos el eco y la réplica de ciertas riñas entre fulanos y menganos menudamente observadas y transcritas con fidelidad puntillosa. Se han explicado los diálogos por los anales internos y traumas íntimos de la biografía de su autor, escribanos que, sobre la blanca página de la obra, habrían dejado acta de su paso, anotado sus palpitaciones.

No, con todo respeto, con muchísimo respeto. Rotunda y enérgicamente no. Platón escinde, con escrúpulo implacable, lo gráfico de su obra de lo biográfico de su persona. Se encastilla, se abroquela tan recatado de sí que, empero lo difícil que ello resulta, su persona es completamente ausente y forastera de su obra, extramuros, lejanísima. Se escurre hasta de sus odios, que es lo más difícil de celar. La ferocidad, la agrura, las inquinas y despiques y los ataques más directos los dirige contra anónimos. A Aristófanes o Ánito tenía motivos bastantes para odiarles con odio a la vez cordial y razonado, y probablemente les odiaba. Alguna flecha de escita les endereza rara vez; pero, en general, en los diálogos los trata con discreción, con elegancia.

Ni biógrafo ni historiador. No es el suyo un temperamento de historiador, según vimos al tratar, por incidencia, del realismo de los diálogos. En sus exposiciones históricas sobre los tiempos brumosos de nuestras primeras auroras conscientes, en *Timeo*, *Cricias* y *Las leyes*, Platón tropieza al sindicato y gremio de los historiadores. Sus actitudes respectivas, sus subestimas y plusvalías son diferentes. La construcción histórica es averiguación de datos, mazo de hechos y de dichos, y, en quitándoselos de delante, el historiador no sabe de qué echar mano, es incapaz de pensar. La lejanía de aquellas épocas próceres le quita al historiador de debajo de los pies su suelo propio, que son los documentos y papeles del tiempo. Diríase que toda "arqueología" horripila al historiador nato, que pasa sobre ella de prisa y corriendo, a todo vapor. ¡Qué poco se parecen, en vista de esto. Platón y Tucídides, persona aguda ciertamente, pero que es sólo historiador! Son dos cabezas de musa contraria. Platón es el polo opuesto de un historiador. Cuando Platón hace "arqueología"⁹², tampoco se siente a gusto; pero su disgusto viene de la acera opuesta al disgusto del historiador. Lo que le embarga y lo que le incomoda es que, ya en la "arqueología", la Idea se desgracia y se materializa y se hace menos dócil a enregimentarse en géneros y especies abstractas. Evidentemente es muy distinto vivir en un mundo de absolutos y vivir en un mundo donde nada hay absoluto.

Platón, en resumen, no se nos entrega directamente en los diálogos. Ni nos entrega su persona ni nos entrega su verdadero pensamiento. Ha volado, en su obra escrita, casi todos los puentes de inteligencia con el lector. No es que deliberadamente quiera ser incomprendido, sino que no ha escrito su obra —¿cómo iba a hacerlo, si cree que la escritura es poco más que un mundo de papel pintado?— para revelarnos su fondo, la sima de su pensamiento. Ha escrito para incitar una actitud del espíritu, disposición del alma y cualidad de la inteligencia, que animaran al lector, insatisfecho, a dar el gran salto desde la escritura a la vida, desde la obra al autor. Los diálogos son obra de proselitismo. Platón no se busca a sí mismo en ellos; se evade para que le bus-

⁹² Demasiado positivo WEIL *L' "archéologie" de Platon*, París, 1959, pero cf. s. t. 26-33.

quemos. Por donde bien se merecía, de llevar divisa los filósofos, ostentar aquélla de Rimbaud: "Je me cherche? Non, je m'évade". Del verdadero pensamiento de Platón hay, pues, en los diálogos sólo un ligero trasunto. Cuando, por ejemplo, Aristóteles se refiere a la doctrina del Bien o a las Ideas, no los menciona si no es por rarísima excepción. La obtención de su filosofía no será posible (?) sino mediante un estudio con escrupulosidad de los últimos diálogos —los matices más tenues, los cambiantes más sutiles, las alusiones más veladas—, de las referencias de Aristóteles y otros pensadores cercanos y de la huella de su semilla, echada al tapete del tiempo en la tradición, ya tan alejada casi siempre, de la escuela ⁹³.

Los diálogos tienen siempre el gesto noble y triste de desterrados de la palabra que ellos sienten y añoran como su patria nativa. Las escrituras platónicas son sólo el introductor o, a lo sumo, portero mayor de una palabra para siempre enmudecida y ante la cual no tenemos audiencia.

JOSÉ S. LASSO DE LA VEGA

⁹³ El canto de gallo de estas investigaciones sobre el Platón esotérico se encuentra en unas observaciones justas de JAEGER (*Studien zur Entstehungsgeschichte der Metaphysik des Aristoteles*, Berlín, 1912, 140) que han tardado mucho en ser oídas. La rebusca de estos últimos años para reconstruir el curso de las lecciones platónicas Περὶ τὰ γενικά —a base de algunas indicaciones de los diálogos, las relaciones de Aristóteles y los restos fragmentarios de la tradición de la escuela— ha conseguido ya opimos resultados, por ejemplo el libro de GAISER *Platons ungeschriebene Lehre* (Stuttgart, 1963) y otros estudios de Gadamer y Kraemer. Con cierto esperanzamiento aguardamos la obra que se propone editar WIPPERN *Das Problem der ungeschriebenen Lehre Platons*, como balance y perspectiva del estado de la cuestión, y cuya publicación anuncia la Sociedad Científica del Libro de Darmstadt.

UN FRAGMENTO DE "LA SAMIA" DE MENANDRO

P. Barc. 45

Editamos aquí¹ este fragmento de folio, escrito en griego sobre papiro. Encontramos dos trozos separados; en el presente artículo son considerados como uno solo por razón de su contigüidad.

La procedencia es desconocida.

Las dimensiones máximas son 7,5 centímetros de anchura por 6,6 de altura; tomado en diagonal, la máxima es de 9,1 centímetros. Queda algo del margen inferior en ambas caras: unos 0,8 centímetros. Pertenece, pues, este fragmento a la parte inferior del folio.

Cada cara del papiro conserva doce líneas de escritura, ninguna de ellas completa; en ambas la primera línea es la más deficiente, pues subsisten únicamente algunos extremos de letras, sin que nos haya sido posible leer ninguna. El texto del *verso* precede al del *recto*.

¹ Cf. la edición en lengua catalana publicada por nosotros mismos con el título *Fragment de "La Sàmia" de Menandre. Papir de Barcelona, inventari n.º 45* en *Bol. R. Ac. Buen. Letr. Barc.* XXXII 1967-1968, 5-13; con dos láminas fuera de texto. En la presente edición castellana hemos introducido leves modificaciones y alguna hipótesis. Además, a propuesta del profesor M. F. Galiano, damos la simple transcripción del *verso*, ya conocido, respetando los signos ortográficos y dejando sin completar la parte lacunosa. El diario de Barcelona *La Vanguardia* (7-IX-1960) publicó una página destinada a dar a conocer la colección *Papyri Barcinonenses* que guarda la Fundación San Lucas Evangelista. Entre otras ilustraciones, puede verse allí una fotografía ampliada de P. Barc. 45 *verso*, acompañada de breve comentario.

La identificación del autor y obra no ofrece ninguna dificultad, pues el verso corresponde a los versos 184-195 de *La samia* de Menandro. De esta comedia eran conocidos el título y un solo verso hasta el momento en que Lefebvre² publicó el papiro descubierto en la antigua Afrodítópolis (Kom-Ischkau). Este papiro ha gozado hasta ahora el privilegio de ser el único manuscrito, aunque incompleto —341 versos en la edición de Körte—, de *La samia*; al menos no sabemos que, hasta el momento de entregar a la imprenta el presente artículo, haya sido publicado nada de *La samia* entre los muchos papiros de Menandro que en número creciente van apareciendo.

Hay que hacer notar que la graffa de P. Barc. 45 es igual a la del famoso P. Bodmer IV que contiene entera la comedia *El discolo*³. Podemos afirmar que P. Barc. formaba parte del mismo códice, que contenía varias obras de Menandro.

Ahora bien, P. Bodmer no es obra de una sola mano. Como lo demuestra muy bien el reciente artículo de Nelson y la Srta. Raymond⁴, en la copia del códice intervinieron cuatro copistas diferentes. P. Barc. es obra de la primera mano, o sea, del copista que escribió los versos 1-747 de P. Bodmer IV. En el curso de nuestras notas a la transcripción haremos observar al paso algunas semejanzas con respecto a nuestro papiro, los enlaces de ciertas letras, la forma de la κ y de la υ y otras características de la primera mano.

Los citados autores datan el códice entre los años 270 y 350 d. J. C.

² LEFEBVRE *Papyrus de Ménandre, Catalogue Général des Antiquités Égyptiennes du Musée du Caire, n.º 43227*, El Cairo, 1911. No es propiamente la primera edición: cuatro años antes había aparecido LEFEBVRE *Fragments d'un manuscrit de Ménandre*, El Cairo, 1907.

³ En las observaciones relacionadas con la paleografía de P. Barc. nos hemos servido de las fotografías de la *editio princeps*: MARTIN *Papyrus Bodmer IV. Ménandre. Le Dyscolos*, Cologny-Genève, 1958. El texto de *El discolo* es citado según la edición de LLOYD-JONES *Menandri Dyscolus*, Oxford, 1960, reimpr. 1963.

⁴ NELSON-RAYMOND *Papyrus Bodmer IV: the Distinction of Hands and the Date*, en *Bull. Am. Soc. Pap.* IV 1967, 43-48.

Verso

-]·[
 απαντα π[
 αιμα γαρ εχει χολη[
 .]πληνα μεγαν ὦν χρεια σ[
 5 πεμψω δε γευσασθαι κατακοψ[
 το κωδιον λοιπον γαρ εστι τουτο μ[
 αλλ' ηρακλεις τι τουτο προσθε των[
 εστηκε χρυσις ηδε κλαουσ' ου μεν[
 αλλη' τι ποτ' εστι το γεγονος: εκβεβλ[
 10 ο φιλος ο χρηστος σου τι γαρ αλλο: ω[
 τις: δημεας: ναι: δια τι: δια το παιδι[
 ηκουσα κ' αυτος των γυναικω[

Consideramos innecesaria aquí la transcripción con signos y reconstitución del texto. Las únicas variantes en relación con las ediciones de Körte y la Srta. Dedusis son las indicadas en las notas a las líneas 8, 9 y 10. Es muy notable que, salvo pequeñas cuestiones ortográficas —elisión y puntos diacríticos— y algún error, la concordancia textual de P. Barc. verso con P. Cair.⁵ sea perfecta. Cf., sobre todo, n. a. l. 9.

Todas las líneas de esta cara, salvo la 1 y la 4, conservan, al menos en parte, la primera letra. Queda un trozo del margen izquierdo, correspondiente a las ll. 11-12, en un pequeño ángulo que forma el papiro.

1. No sabemos a qué letra pertenece el trazo vertical que sale del ángulo superior derecho del papiro. Su longitud indica una ι enlazada (la ι aislada, en la primera mano, suele ser más corta) o bien una ρ. El verso 184 comienza con las palabras τουτι τό πρόβατον. Parece más probable la ι, pues la ρ caería bastante más allá.

2. Son parcialmente visibles la α del principio y la π del final.

3. El extremo de la α se une con la ι de αιμα. Al final queda parte del palo izquierdo de la η enlazado con la λ precedente. — Sobre la ο de χολη[v aparece una rayita en forma de ángulo; más que un signo crítico parece ser el final de una letra que baja de la línea superior.

4. Espíritu áspero sobre ων; cf. el segundo escriba en *Dysc.* 800. — No hay apóstrofo conservado antes de σ[ι.

⁵ Nos servimos de LEFEBVRE o. c. 39 y lám. XXX.

5. Obsérvese, en $\pi\epsilon\mu\psi\omega$, la ψ en forma de cruz de brazos iguales, enmarcada entre las dos paralelas, de acuerdo con otros ejemplos de *Dysc.* Lo hacemos notar porque, aquí mismo, en la palabra $\kappa\alpha\tau\alpha\kappa\omicron\psi\iota\alpha\varsigma$, la ψ mutilada baja notablemente con respecto al nivel y su trazo horizontal aparece a la altura de los extremos inferiores de las letras que preceden. La misma letra, en cambio, se proyecta hacia arriba y hacia abajo en *Dysc.* 879, $\omicron\psi\omicron\mu\alpha\iota$, obra de la tercera mano. — La υ tiene la forma característica de la primera mano, trazada con un solo *ductus* y sin el rabo que, de modo más o menos oscilante, vemos en las otras manos.

6. Al final se apunta un poco el extremo inferior izquierdo de la μ de $\mu\iota\omicron\iota$.

7-8. Nótese el apóstrofo, en forma de punto alto, después de $\alpha\lambda\lambda$. — Punto alto después de $\tau\omicron\upsilon\tau\omicron$, tocando la ρ de la línea superior. — La ρ de $\pi\rho\omicron\sigma\theta\epsilon$ se alarga hasta atravesar la l. 8 y forma una curva hacia la izquierda, al ras de la \omicron de $\kappa\lambda\alpha\omicron\upsilon\sigma'$, que así toma el aspecto de una ρ . Se pueden encontrar paralelos: *Dysc.* 372, 482, 682 y algún otro de la primera mano. — Notamos en $\kappa\lambda\alpha\omicron\upsilon\sigma'$ la λ añadida encima y sustituyendo a una α cancelada. Obsérvese $\kappa\lambda\acute{\alpha}\omega$, como en *Dysc.* 674, frente a $\kappa\lambda\alpha\acute{\iota}\omega$ de P. Cair.

9. Punto alto después de $\alpha\lambda\lambda\eta$; apóstrofo después de $\pi\omicron\tau$; dos puntos después de $\gamma\epsilon\gamma\omicron\nu\omicron\varsigma$.

10-12. Al comienzo de las tres últimas líneas, el episema indica cambio de interlocutor.

10. El papiro está deteriorado y ha perdido algunas fibras al principio. Así, falta buena parte del palo de la ϕ ; la λ parece una α y tiene encima dos puntitos, como si llevase diéresis. En cambio, la raya que aparentemente hay sobre la ς de $\phi\iota\lambda\omicron\varsigma$ no es más que la sombra de una rendija del papiro. — Dos puntos después de $\alpha\lambda\lambda\omicron$, que ofrece *scriptio plena*. En seguida, la primera curva de la ω .

11. El enredo del principio no es fácil de descifrar. Esperaríamos $\tau\iota\varsigma$ y, efectivamente, la tercera letra es una ς normal y enlazada con la δ de la palabra siguiente: entre las dos letras está el signo de los dos puntos atribuible al escriba primitivo. En cambio, no discernimos la primera letra, quizá una δ inacabada o raspada, que el escriba o un $\delta\iota\omicron\rho\theta\omega\tau\eta\varsigma$ ha querido cambiar en τ . La segunda parece una η corregida en ι . — Al final, nada más el cabo de la segunda ι de $\pi\alpha\iota\delta\iota\omicron\nu$.

12. La segunda letra, una κ con el trazo derecho inferior arqueado, es un ejemplo típico de esta grafía en la primera mano de *Dysc.* — Debajo de κ' $\alpha\upsilon\tau\omicron\varsigma$ habían sido escritas dos o tres letras, después parcialmente borradas. Se puede suponer que el copista había empezado a escribir $\kappa\alpha\iota$ y que, al darse cuenta del error, quiso suprimir $\alpha\iota$ y alguna otra letra ya escrita. Es menester reconocer, sin embargo, que los vestigios no apoyan esta hipótesis.

Recto

]. [

]. ολήν' τη . [

]. []. ιμηπιδηλοσμη . [

]. ιονα[[ει]]δινεισανάγκασον' . [

5]. .. αριστ' ἐγὼ δ' ὄσεχωνυν· ἀλλατι [

] γελθοι· συπροτεροσμοσχίωνπρο . [

] ατερτιποεισταυτα· ποιαμοσχίων [

] αἰσδιατιχρυσίσοιχετ' ἀπιουσ' εἶπε . [

] πρεσβέυεταιιτισπροσεμὲδεινόν· . [

10] πόλλω τοῦργονεστίν ἀλλαπαντελ [

] .. ὅς· δεινόν' ἤδη συν' ἀδικεῖμ' οὗτος· [

] νωστιγὰρ προσέρχεθ' ὑπερεκείνησ' α . [

]. [

]. ολήν' τη . [

]. []. ι μὴ 'πίδηλος μη . [

]. ιον ἄδειν εἰσανάγκασον' . [

5]. .. ἄριστ' ἐγὼ (γάρ) ὥς ἔχω νῦν· ἀλλὰ τί

] γ' ἔλθοι· σὺ πρότερος, Μοσχίων, προ . [

] ἄτερ, τί πο(ι)εῖς ταῦτα· ποῖα, Μοσχίων·

] αἶς, διὰ τί Χρυσὶς οἶχετ' ἀπιῶς', εἰπέ μ[οι

] πρεσβέυεται τις πρὸς ἐμέ· δεινόν . [

10 μὰ τὸν Ἄ] πόλλω, τοῦργον ἐστίν, ἀλλὰ παντελ[ῶς

] .. ὅς· δεινόν ἤδη συναδικεῖ μ' οὗτος [

] νως· τί γὰρ προσέρχεθ' ὑπὲρ ἐκείνης α . [

Esponáneamente el profesor Colin Austin nos envió una transcripción elaborada, por él y por el profesor P. Parsons, sobre una fotografía de P. Barc. *recto* que habíamos dejado al profesor Lloyd-Jones; y también envió sugerencias de él mismo y de otros sobre los pasajes mutilados del papiro. Incluimos algunos de ellos citando siempre al autor; otros serán publicados oportunamente por el propio Austin, cuya gentileza agradecemos.

1. El espacio que queda de esta línea puede dar cabida a unas seis letras. Se conservan las puntas de cinco: las tres primeras, situadas hacia el ángulo superior izquierdo; la cuarta, poco más o menos en la mitad, y el quinto rasgo puede pertenecer también a una letra, pero *a priori* no se puede desechar la posibilidad de un acento agudo sobre la η, aunque lo juzgamos improbable.

2. Al principio es muy visible el extremo de una letra en la parte alta. Además, la fotografía produce la impresión de que abajo hay otro extremo de la misma letra, algo como κ, χ o bien ς. El extremo superior puede pertenecer a cualquiera de las letras mencionadas y también a una τ. No vemos, en cambio, que pueda tratarse de una β. Pero lo que se ve en la fotografía no parece que sea más que una sombra: el papiro está roto en forma irregular por esa parte inferior de la línea. Hay un acento grave, poco visible, sobre la primera η y punto alto después de la ν. Al final se ve un palo largo que aparentemente llega hasta la línea de abajo, pero en realidad hay solución de continuidad en las fibras del papiro. Con todo ello, desechados los compuestos de βολή (cf. frs. 82, 612, 776; *Dysc.* 326, 769, etc.), tenemos la conjetura de Austin ἔλην τὴν [ἡμέραν] (cf. *Epir.* 94; ἔλην lo encontramos unido a ἡμέραν en fr. 60, 5; a νόκτα en fr. 61, 2-3; a πόλιν en fr. 581, 14), a la que se oponen el acento grave y el punto alto (e igualmente sería un problema para el artículo el supuesto acento agudo); o bien σῆτολήν (cf. fr. 761); o σῆτολήν (según Rea, cf. *Dysc.* 196); o χολήν, también propuesto por Rea y referente a la cólera del padre de Mosquión (cf. 1. 8).

3. Después de un espacio vacío correspondiente a unas cuatro letras, se ve el extremo vertical de una ρ o de una ι. Sigue un espacio parecido y a continuación una ι que por su longitud deducimos que formaba parte de algún enlace τι, ει, etc. — No se conserva ningún apóstrofo antes de la π: en fr. 635, 3 tenemos μὴ πῖδηλον. — De la última letra queda un trazo descendente hacia la izquierda que podría pertenecer a una λ. No parece posible una μ y, aunque las probabilidades de χ son muy escasas, no nos atrevemos a excluirla del todo.

4. La letra que precede a la ι puede ser una τ enlazada (cf., p. ej., *Dysc.* 149, etc.), pero existen otras posibilidades, como ε, π, σ y sobre

todo υ. — Puede pensarse en $\psi\acute{\iota}\delta\upsilon\nu$ y en $\beta\acute{\epsilon}\lambda\lambda\iota\tau\iota\acute{o}\nu$ o bien $\beta\epsilon\lambda\lambda\iota\tau\iota\acute{o}\nu$; Parsons propone $\mu\epsilon\iota\rho\acute{\alpha}\kappa\iota\omicron\nu$. — Si admitimos que el copista escribió al principio $\alpha\epsilon\iota\delta\epsilon\iota\nu$, la primera ι, a pesar de ir precedida de ε, era bastante más corta que la segunda. Una mancha de tinta lo borra todo. Ya dijimos que la rayita vertical sobre αε es más bien el rabo de una letra que una ι intercalada entre las dos líneas. — La palabra $\epsilon\iota\sigma\alpha\nu\alpha\gamma\kappa\alpha\sigma\omicron\nu$ lleva acento agudo y va seguida de punto alto visible en el papiro. — El resto que queda al final lo atribuimos más bien a μ que a ν.

5. La primera letra podría ser una ι corta: es posible encontrarlas más o menos iguales, como en l. 8, $\omicron\iota\chi\epsilon\tau'$, o en *Dysc.* 287, etc. Igualmente posible es la υ, letra que el primer escriba mantiene dentro de las paralelas; cf., p. ej., $\nu\upsilon\nu$ en la misma línea. La segunda letra parece ν o bien κ. Así, pues, los restos hacen pensar en $\omicron\lambda\psi\nu$ o bien $\omicron\lambda\psi\kappa$; también es verosímil un infinitivo en $-\epsilon\iota\nu$. — Nótese el apóstrofo después de la τ y el acento grave en $\epsilon\gamma\omega$. — El suplemento es necesario por razones de métrica y de evitación del hiato: cf. *Dysc.* 306 ($\epsilon\gamma\omega$ γάρ, $\psi\omega\nu$ ἐλεῦθερος), *Sam.* 206; *Peric.* 44, 128 (bis); *Epitr.* 574; *Col. P. Oxy.* 2655, 112; *Mis. P. Oxy.* 2655, 235; *Sic.* 205, 241, etc. Austin suple el también probable $\epsilon\gamma\omega$ $\langle\mu\acute{\epsilon}\nu\rangle$ ὥς (cf. *Sam.* 251, etc.). — Sobre la ω hay un espíritu áspero algo deformado. — Primero se escribió $\nu\omicron\mu$ y luego la μ fue enmendada en ν: a continuación hay dos puntos. — Después de la τ es bien visible, al final, el extremo inferior de la ι: varios han sugerido ἀλλά τι (cf. *Sam.* 248).

6. La primera letra es una ν comparable a la de $\omega\nu$ de verso 4 o, tomamos como ejemplo al azar, la de $\tau\rho\omicron\pi\omicron\nu$ en *Dysc.* 134: sugerimos, *ad modum exempli*, εἰ γε πάλιν ἔλθοι, como en *Sam.* 202 (ἀλλὰ πάλιν ἔλθων), o también εἰ γε $\nu\psi\lambda$ ἔλθοι. Después hay dos puntos. — No logramos ver si la última letra es una σ o una ε: cf., en *Dysc.* 98 y 499 y 753, προσῆλθέ μοι y πρόελθε respectivamente. Podríamos suplir πρόσκειται δὴ (cf. *Epitr.* 755, *Dysc.* 106, etc.) o bien πρόσκειται δὴ (cf. *Sam.* 218, etc.): sobre el uso de δὴ después de imperativo, cf. *Sam.* 90, etc.

7. El principio permite algunas hipótesis: $[\pi\acute{\alpha}\nu\theta'$ ἀπλῶς], o $[\pi\rho\acute{\alpha}\gamma\mu'$ ἀπλῶς], o $[\pi\acute{\alpha}\nu\theta'$ & δεῖ] (cf. *Sam.* 6) como complemento del verbo anterior (cf. *Sam.* 5, *Dysc.* 507, fr. 81, *Peric.* 85, etc.); palabras de Mosquión a su padre, $\sigma\omicron\iota$ λέγω, $\pi\acute{\iota}\alpha\tau\epsilon\rho$ (cf. *Sam.* 218; *Peric.* 220, 225, 366; *Dysc.* 319; *Epitr.* 571; *Col.* 56; *Mis. P. Oxy.* 2656, 213), o bien, según Sandbach, εἰεν, ὦ $\pi\acute{\iota}\alpha\tau\epsilon\rho$; o quizá palabras del propio Mosquión a un tercero, $[\epsilon\upsilon$ λέγεις], seguido de $\pi\acute{\iota}\alpha\tau\epsilon\rho$ (cf. *Peric.* 223). — Después de ταυτα hay dos puntos.

8. Circunflejo angular sobre $\lambda\alpha\iota\varsigma$: sugerimos, *exempli gratia*, διὰ τί σὺ βοῶις, mejor, por más cortés, que διὰ τί σὺ χοῶις o διὰ τί φωῶις. Austin suple ἄρ' ἐρωτῶις, con lo que Démeas se anticiparía a la pregunta de su hijo; pero quizá quepa también, en boca de Mosquión, ποῖ' ἐρωτῶις. — Acento grave en $\chi\rho\upsilon\sigma\iota\varsigma$, espíritu suave y apóstrofo en $\omicron\iota\chi\epsilon\tau'$; punto alto, que también sirve de apóstrofo, después de $\acute{\alpha}\pi\iota\omicron\upsilon\sigma$. —

Al final, la parte baja, apenas visible, de una letra que por deducción suponemos μ : varios sugieren $\epsilon\iota\pi\acute{\epsilon}\ \mu[oi$ (cf. *Sam.* 332 al fin de un tetrámetro) atribuido a Mosquión, a quien respondería Démeas.

9. Al principio suple Austin [$\phi\eta\mu'$ $\acute{\epsilon}\gamma\acute{\omega}$]. — Acento agudo en $\pi\rho\epsilon\sigma\beta\epsilon\upsilon\epsilon\tau\alpha\iota$ y grave en $\epsilon\mu\epsilon$ y en $\delta\epsilon\iota\nu\omicron\nu$, este último colocado sobre la primera ν . Sigue el signo de dos puntos, uno de ellos excesivamente subido, debajo de la segunda ϵ de $\epsilon\iota\pi\epsilon$ de l. 8. Lo que viene después es difícil de leer, quizás a consecuencia de un error. No vemos claro si hay que buscar en ello dos letras o una sola. Si suponemos dos letras, la primera podría estar anulada por medio de una mancha de tinta, con lo cual quedaría como válida nada más la segunda, que podría ser ϕ , o bien ρ . Pero puede también que la primera letra haya sido repasada, lo cual resulta imposible de determinar con certeza. Sin posibilidad de examinar el trozo que falta al final, cualquier tanteo sería inseguro. Como la exclamación de l. 10, $\mu\acute{\alpha}\ \tau\omicron\nu\ \nu\acute{\alpha}\pi\omicron\lambda\lambda\omega$, segura por razones de métrica, exige frase negativa (cf., sin embargo, *Dysc.* 437, etc.), se puede suplir, ex. gr., $\phi[\alpha\delta\lambda\omicron\nu\ \omicron\upsilon$ (cf. *Dysc.* 289, $\acute{\epsilon}\rho\gamma\omicron\nu\ \dots\ \phi\alpha\delta\lambda\omicron\nu$; el adverbio se usa con verbos de trabajo, como en *Sam.* 165, etc.), o bien adjetivos que Menandro (cf. *Epitr.* 54 y *Dysc.* 896) utiliza con $\acute{\epsilon}\rho\gamma\omicron\nu$ o con $\pi\rho\acute{\alpha}\gamma\mu\alpha$, como $\omicron[\upsilon\ \beta\rho\alpha\chi\acute{\omicron}$ o $\eta[\delta\upsilon\ \gamma'\ \omicron\upsilon$; o, aunque no hay paralelos exactos en Menandro (pero cf. *Georg.* 82), $\epsilon[\upsilon\kappa\tau\omicron\nu\ \omicron\upsilon$; o (dejando aparte $\pi\rho\acute{\alpha}\gamma\omicron\nu$, cf. fr. 608, etc., y $\rho\acute{\alpha}\gamma\omicron\nu$, cf. *Peric.* 57) el muy aceptable $\omicron[\upsilon\ \kappa\alpha\lambda\omicron\nu$ sugerido por Austin.

10. En el principio, según nuestra restitución, había, pues, seis letras y media, lo que nos da idea del número de letras que faltan en la parte mutilada inicial de las demás líneas. Pero el cálculo, naturalmente, es sólo aproximado. — En $\alpha[\pi\omicron\lambda\lambda\omega$ hay acento agudo. — La coronide de $\tau\omicron\upsilon\rho\gamma\omicron\nu$ (si no se trata de un circunflejo) queda unida al brazo izquierdo de la υ . — Hay acento grave en $\epsilon\sigma\tau\iota\nu$. — En la expresión final debe de haber ofensa para Démeas: Austin suple [$\sigma\acute{\upsilon}\ \gamma'\ \epsilon\tau\iota$].

11. Las letras del comienzo de la línea fueron corregidas; no se ve lo que fue escrito la primera vez. Sobre las letras borradas aparece un rabo, quizá de una α , menos probablemente de una κ . Sigue una letra repasada, tal vez una τ o una γ . No resulta, en cambio, viable la ι , pues establece contacto con la \omicron siguiente. Suplimos, como simple hipótesis, $\omicron\upsilon\kappa\ \acute{\alpha}\nu\epsilon\kappa\tau\omicron\varsigma$; Austin propone $\omicron\upsilon\ \delta\iota\kappa\alpha\iota\omicron\varsigma$ (cf. *Dysc.* 293, $\omicron\upsilon\ \delta\iota\kappa\alpha\iota\omicron\nu\ \acute{\epsilon}\sigma\tau\iota\ \gamma\omicron\upsilon\theta\acute{\upsilon}\nu$). — Después del $\dots\ \omicron\varsigma$ inicial y después del $\omicron\upsilon\tau\omicron\varsigma$ final hay dos puntos. Un punto alto toca el palo izquierdo de la primera η de $\eta\delta\eta$; otro, el derecho de la ν de $\sigma\upsilon\nu\alpha\delta\iota\kappa\epsilon\iota$. De esta palabra obsérvese el grupo $\delta\iota$, con el ángulo de la δ deformado por la ι , enlace característico del primer escriba de *Dysc.* — Al final Austin suple [$\tau\iota\ \phi\acute{\eta}\varsigma$;] (cf. *Peric.* 135, 243; *Sam.* 212, etc.).

12. Habla Démeas. Al comienzo suplimos $\acute{\epsilon}\mu\phi\alpha[\nu\acute{\omega}\varsigma$ (cf. el adjetivo $\acute{\epsilon}\mu\phi\alpha\eta\acute{\nu}\eta\varsigma$ en *Dysc.* 811 = fr. 116, 15). En Alexis, fr. 70 Edm., encontramos el verbo simple $\acute{\alpha}\delta\iota\kappa\acute{\epsilon}\omega$ con este adverbio ($\acute{\alpha}\delta\iota\kappa\epsilon\iota\ \dots\ \tau\omicron\nu\ \epsilon\rho\omega\tau'$ $\acute{\epsilon}\mu\phi\alpha$ -

νῶς). Lloyd-Jones suple περιφα]νῶς, y Jacques, καταφα]νῶς. Después de προσέρχεθ' hay apóstrofo (cf. *Epir.* 34). — Los leves vestigios que aparecen después de la α son insuficientes para cualquier deducción; aventuramos ἄθ[λιτοι (cf. *Dysc.* 955, etc.).

R. ROCA-PUIG

NOTA FINAL. En pág. 381, lín. 1, añádase: "cf. fr. 212, 3; *Dysc.* 149 (exclamación), 251 (con ἀναγκάσαι), 283, etc.". — En lín. 18, léase "2656". — En pág. 382, lín. 16 f., añádase "proponemos φανεί (cf. *Peric.* 422-423, πιθα[νώτερος] πολλῶ φανεί γούν; fr. 23; *Sic.* 252; *Epir.* 360, etc.". — En pág. 383, lín. 4, léase "ἄθ[λιος] (cf. fr. 427; *Dysc.* 280, 955, etc.)".

CALÍMACO. UNA POESÍA DE PORCELANA

Afirma McKay que "Callimachus never caught the imagination of future generations"; y, como todas las generalizaciones, también ésta tiene parte de verdad. Calímaco, en efecto, despertó dos veces de sus cenizas para convertirse en ídolo literario: una con Catulo y los *poetae novi*, otra con Propertio y los elegíacos de la época imperial. Para los unos fue el genio de una poesía revolucionaria, inquieta. Para los otros, en cambio, la sombra del Batiada fue lugar de refugio para el descanso (*Battiades semper toto cantabitur orbe*, dice Ovidio en *Am.* I 15, 13), apología perenne de una inspiración tierna y alicorta. Pero ni Catulo creó una escuela propiamente calimaquea ni los preciosismos de la elegía augustana se mantuvieron mucho tiempo en la imaginación de las generaciones de Occidente. Calímaco, que profetizó para sí las venturas de la inmortalidad literaria como poeta (Ep. XXI), en realidad sólo empezó a pasar a la historia de la Literatura en el primer Renacimiento gracias a un oscuro arquetipo ψ que Pfeiffer localiza alrededor de los siglos XII / XIII. Desde entonces, más admirado que leído, el poeta ha sido objeto de unos pocos estudios, casi todos recientes; pero no se puede decir que levante una ola de entusiasmo en los críticos ni de adhesión en los estudiantes. Esta mezcla existente de admiración y curiosidad por una parte y de desinterés vital por otra me ha inspirado el buen deseo de encontrar ciertas categorías críticas que expliquen el hecho y un encuadre estético que facilite el conocimiento del autor.

Quizá nuestra reacción psicológica ante la poesía de Calímaco se parezca bastante a la que se siente ante las figurillas de porce-

lana de cualquier museo. Su encanto es suficiente para captar nuestra atención, pero, como apenas hay nada en ellas que exija un análisis profundo, nos contentamos con poco y pasamos de largo. En realidad Calímaco vive en una época en que el arte más representativo es el de las terracotas: un arte de miniatura, de concepción casi frívola, de finalidad eminentemente decorativa; un arte que tiene muy poco de "expresión" y mucho de "comprensión", comprensión del encuadre, del sentimiento, de la anécdota. La verdadera "expresión", la revelación espontánea de un mundo interior, cesa desde el momento en que el quehacer literario se queda en producto de una reflexión artística sobre sí mismo. La forma se cuida no como vehículo de una vivencia, sino como artículo de escuela. Y lo que sale del maestro es, más que nada, un "Tenéis que escribir así. Mirad que bien me sale".

En tales condiciones no nos sorprende que la musa inspiradora de este fenómeno literario dé muestras de una "self-consciousness" rayana en la coquetería, como esas señoritas helenísticas de terracota que se contonean levemente bajo sus parasoles, enfundadas en mantos casi transparentes.

I

Esta musa es delgada y tenue. Así la quería el poeta, que pedía víctimas gruesas para el sacrificio, pero una Μοῦσαν... λεπτολήην para la poesía (fr. 1, 24 Pf.). En efecto, toda la obra de Calímaco tiene ese aspecto grácil y elegante que se adapta muy bien a su temática, pero que estaría muy fuera de lugar en temas y géneros de mayor calibre. *Callimachi numeris non est dicendus Achilles*, aconseja Ovidio (*Rem. Am.* 381).

Las razones para explicar este fenómeno no son difíciles de encontrar. Basta echar una mirada al encuadre histórico para observar que nos encontramos ante una civilización cansada de producir grandes obras: fecunda tierra gastada después de tantos años de exuberancia creadora. La tentación obvia es descansar, renunciar al esfuerzo necesario para mantener los grandes esquemas en el mismo grado de vitalidad y originalidad, vivir del pasado y

reeditar lo antiguo en múltiples formas. La escena vive de los grandes trágicos lo mismo que la épica vive de los ciclos homéricos y la escultura monumental vive aún del praxitelismo. Una gran tradición artística suele cuajar en preceptiva con sus secuelas de estancamiento, agotamiento y academicismo. Esto es ley histórica. Pero también es ley histórica que los conatos de escape de las "grandes formas" suelen desembocar en "pequeñas formas". El espíritu del romanticismo musical, por ejemplo, se encarna en *impromptus*, momentos, baladas, nocturnos, caprichos, etc. que por sus pequeñas dimensiones dejan más libertad para moverse sin trabas por los salones del palacio de la Música. Fenómeno normal, tan símbolo de decadencia como queramos hacerlo, pero que ilumina la realidad del momento alejandrino que Calímaco vivió. En las artes plásticas son las artes menores las que presentan signos más claros de originalidad. En el teatro, la comedia costumbrista de tono menor y el mimo; en poesía, el idilio, el epigrama, el epilio, el himno, la elegía.

Ante semejante reducción del horizonte artístico hemos de guardarnos dentro la dureza que asoma a nuestra crítica y tratar honradamente de ver la dimensión positiva del fenómeno con todo lo que tiene de reacción valiosa contra la pomposidad decadente del estilo épico contemporáneo (herencia más de los poemas cíclicos que de Homero, cf. el ἐχθαίρω τὸ ποίημα τὸ κυκλικόν de *Ep.* XXVIII 1) y contra la retórica (eso que queda siempre cuando lo demás empieza a tambalearse, como en Roma, como en España). En este contexto será verdad la generalización de que μέγα βιβλίον μέγα κακόν (fr. 465); no precisamente en el contexto en que se crearon la *Ilíada* y la *Odisea* o la *Teogonía*. Cualquier pugna entre Apolonio y Calímaco y cualquier incompreensión por parte del último (es posible que nunca se llegue a dilucidar con toda verdad el misterio del destinatario de aquel *Ibis* que Ovidio trató de imitar) habrá que verla también en este contexto: un clima de reacción necesaria, una llamada a la sobriedad, una repulsa de la verbosidad repetitiva, una búsqueda de formas originales en las que verter el espíritu nuevo de la nueva sociedad helenística.

El resultado de esta reacción es una expresión tenue, una sobriedad sofisticada, casi frágil. Propercio lo hace ver (II 1, 39-40) con un tono de suave crítica:

*Sed neque Phlegraeos Iovis Enceladique tumultus
intonet angusto pectore Callimachus...*

Crítica no exenta de admiración después de todo. Ese hilo de voz que sale del pecho angosto de Calímaco tiene resonancias de algo ideal que hay que buscar (III 1, 1-5) en algún antro sagrado del bosque de las musas:

*Callimachi Manes et Coi sacra Philitae,
in uestrum, quaeso, me sinite ire nemus...
Dicite, quo pariter carmen tenuastis in antro?*

Se trata, pues, de una musa tenue, dotada en primer lugar de un sentimiento también tenue. Calímaco no es precisamente un poeta sentimental. Sus tendencias literarias apuntan más al rococó que al romanticismo. Sorprende, entre otras cosas, encontrarle tan poco interesado —vitalmente interesado, se entiende— en el sentimiento amoroso. Catulo y los elegíacos latinos serán en esto mucho más exuberantes. En Calímaco, en cambio, es excepción un tono de ternura afectiva como el del epigrama II, dirigido a Heráclito de Halicarnaso, que sería instructivo comparar con el poema CI de Catulo. Desde otro punto de vista podríamos decir que el poeta ha desaprovechado ocasiones magníficas para el despliegue erótico (amores de Zeus, relaciones de Apolo y Cirene, un posible Teseo enamorado al estilo del Jasón de Apolonio, etc.); pero, desde su punto de vista, Calímaco es fiel a esa musa tenue que le impide “expresarse” a torrentes desde el interior.

Otro tipo de sentimiento se podría esperar de él, dado el material de sus himnos: me refiero al sentimiento heroico. Pero ni aun aquí se hace más rozagante su inspiración. Las ocasiones para mantener un tono épico al estilo de los Homéridas aumentan sin que por esto ponga Calímaco más interés en aprovecharlas. Al contrario, parece interesado en salirse del encuadre heroico tradicional siempre que puede, por más que a ratos acepte su voca-

bulario. Podemos decir que lo heroico se ve a escala más reducida e íntima. El Apolo del himno homérico se alimenta, después de su nacimiento, con néctar y ambrosía; al de Calímaco se le ve tomando el pecho de la ninfa Delos (IV 274). Ártemis es una niña prodigio, y Heracles, un dios de voracidad cómica. En una descripción tan poco heroica como la del himno a Deméter, una frase grandiosa (VI 58) como

ἴθματ' ἀνδρῶν χέρσῳ, κεφαλὰ δὲ οἱ ἄψατ' Ὀλύμπῳ

produce más bien un efecto de contraste que se disuelve en una atmósfera subheroica.

Lo religioso tampoco se libra de esta atenuación del sentimiento. La grandeza de las antiguas teofanías pierde grados cuando lo que se acentúa no es la trascendencia y el poder del dios, sino el atractivo estético de la situación. No me resisto a comparar el principio del himno a Apolo con el fragmento pindárico 51 a, citado por Estrabón (IX 2, 33).

En Píndaro, el dios Apolo

...ἐπῆεν

γᾶν τε καὶ... θάλασσαν

καὶ σκοπιάσιν [ἄκρ]αῖς ὁρέων ὑπερ ἕστα

καὶ μυχοὺς διζάσατο βαλλόμε[νος] κρηπίδας ἀλσέων.

En Calímaco, Febo golpea, sí, las puertas de su templo; pero lo hace con su bello pie al tiempo que la palmera se inclina dulcemente y el cisne entona un bello canto en el aire: καλῶ... ἡδύ... καλόν en tres líneas (3-5) son suficientes para situarnos a mil leguas del torbellino pindárico.

Podríamos preguntarnos qué importancia tiene lo religioso en Calímaco y en qué tono está impostado. La respuesta no es fácil. Aparentemente, para Calímaco lo religioso importa en cuanto que ofrece una situación "interesante". Interesa descubrir sus posibilidades estéticas. Interesa revelar eruditamente muchos aspectos escondidos en el ritual litúrgico y ofrecer un carácter nuevo en la redacción de los himnos sagrados. En el tono no depende tanto de la sencillez casi exclusivamente narrativa de los himnos homéricos

(en esto el Teócrito de los idilios XXII y XXIV es más homérico que Calímaco) cuanto del ambiente lírico heredado de Alceo: comentario personal más que narración objetiva; pequeños cuadros enmarcados por frases rituales, invocaciones, apuntes históricos o geográficos. En cuanto al contenido religioso, Calímaco nos decepciona. Difícilmente veremos un problema tratado con sincera profundidad. Trata las situaciones más desgarradoras con una despreocupación rayana en la frivolidad. ¡Qué lejos está la historia de Tiresias de las acuciantes preguntas del teatro de Esquilo! Y si de ahí pasamos a la ὕβρις de Erisictón, también vemos cómo lo que podía haber sido tragedia se diluye en comedia.

Pero no es el sentimiento tenue el único adelgazamiento de su musa. También la imaginación es tenue. ¿Debería serlo? Depende —y me estoy refiriendo a los himnos— del grado de imaginación que se le exija a la literatura himnica. El himno homérico se presenta como en un solo bloque imaginativo: una situación como la de Deméter convertida en vieja hada benéfica que sirve en la casa de Celeo. El himno pindárico sería más bien un bloque emocional del que salen ráfagas imaginativas. El himno calimaqueo aparece al primer golpe de vista como dividido en pequeños bloques imaginativos. Así, en el himno a Zeus, primer cuadro, Arcadia y Creta en pugna erudita por el honor de ser la patria del dios; segundo, alumbramiento de Zeus y viaje a Creta; tercero, su desarrollo y poder; cuarto, su función jerárquica con referencia a la posición de Tolomeo Filadelfo. La continuidad y unidad de las historias de Tiresias y Erisictón hace pensar en el éxito pictórico que supone la integración y trabazón de sus pequeñas unidades visuales. En el peor de los casos, como en el himno a Delos, al desorden imaginativo (en un caso es Latona la que huye de las distintas islas, en otro son las islas las que huyen de ella) coincide con una verdadera desintegración artística.

Los encuadres imaginativos son varios. Unas veces se utiliza lo epifánico como encuadre, p. ej., en el himno a Apolo, una ἐπιδημῶσα salpicada de frases rituales, pero con clara tensión epifánica que recuerda la del himno de Alceo (fr. 34, 1-4 L.-P., sigo el texto de Page) a los Dioscuros:

Δευτέ μοι νᾶ]σον Πέλοπος λίποντε[ς,
παῖδες ἴφθ]ιμοι Δ[ίος] ἡδὲ Λήδας,
εὐνόω]ι θύ[μ]ωι προ[φά]νητε Κάστορ
καὶ Πολύδε[υ]κες.

Otras veces la epifanía es más velada. Se trata de la imagen de una diosa, como en el baño de Palas, o del κάλαθος de Deméter. Cuando tal encuadre no existe, los diversos bloques imaginativos arrancan de la voluntad del poeta de honrar a tal o cual personaje. El lenguaje introductorio es convencional:

Ἄρτεμιν... ὕμνέομεν... (III 1-2)

Τὴν ἱερήν, ὦ θυμέ, ... ἀελοῖς Δῆλον... (IV 1-2).

Hasta aquí llegan los ecos (fr. 308 L.-P.) del himno alcaico a Hermes:

...σὲ γάρ μοι θῦμος ὕμνην...

Una vez dentro de los himnos podemos preguntarnos qué tipo de imaginación predomina más en Calímaco, si la visual o la musical. Como más adelante hablaré del juego formal de los sonidos, dejo parte de la discusión para entonces. Baste ahora comparar en bloque las dos tendencias. Se suele decir al hablar de Apolonio que éste hace gala de una imaginación más visual mientras que la de Calímaco es eminentemente musical. ¿Es esto cierto?

A primera vista no. Es más, parece como si el poeta quisiera impresionarnos siempre con una espectacular "mise en scène". Recordemos el principio del himno a Apolo. El ramo de laurel que se agita, la palmera que se inclina, los bellos pies de Apolo son pormenores (II 1-4) llamados a producir un efecto visual muy de acuerdo con la epifanía del dios. La misma presentación de Apolo (II 32-38) se centra alrededor del efecto visual del oro:

Χρύσεα τῶπóλλωνι τό τ' ἐνδυτὸν ἢ τ' ἐπιπορπίς
ἢ τε λύρη τό τ' ἄεμμα τὸ Λύκτιον ἢ τε φαρέτρη,
χρύσεα καὶ τὰ πέδιλα· πολύχρυσος γάρ Ἀπόλλων
καὶ πουλυκτέανος...
καὶ μὲν αἰὲ καλὸς καὶ αἰὲ νέος· οὔποτε Φοῖβου

θηλείαις οὐδ' ὅσσον ἐπὶ χνόος ἦλθε παρειαῖς,
αἱ δὲ κόμαι θυόεντα πέδῳ λείβουσιν ἔλαια...

La presentación (III 51-54) de los ciclopes, esos seres monstruosos, grandes como el monte Osa, con su único ojo semejante a un escudo hecho de cuatro pieles de buey, tiene un destacado impacto visual, como también la reacción infantil de las hijas de los dioses un poco más adelante (64-65), la descripción de los perros regalados por Pan (90-97) y de las ninfas que acompañan a Ártemis en sus cacerías (212-214). Tampoco descuida el pormenor pequeño, aparentemente intrascendente, pero de un descriptivismo casi homérico, como el del οὐ μόνον λαγῶν (95). Más homerismo descriptivo encontramos aún en IV 228-231, en que Iris se sienta junto al trono de Hera como el perro de Ártemis,

οὔατα δ' αὐτῆς
ὀρθὰ μάλ', αἰὲν ἐτοῖμα θεῆς ὑποδέχθαι ὁμοκλήν.

Pero esto no es todo. Hay algo en Calímaco que nos dice a cada paso que lo visual no es exclusivo ni quizá su fuerte. Después del espectáculo viene la música quizá con más énfasis que el espectáculo mismo. Que no dejen (II 12)

μήτε σιωπηλὴν κίθαριν μήτ' ἄψοφον ἶχνος,

y luego (16)

ἡγασάμην τοὺς παῖδας, ἐπεὶ χέλυσ οὐκέτ' ἀεργός.

Y, después de la impresionante presentación de los ciclopes, a renglón seguido se pueden escuchar los ecos del yunque, el soplido de los fuelles y la respiración agitada de los gigantes (III 54-56). Es más, aun los cuadros imaginativos de carácter mixto suelen tener más fuerza por el lado auditivo, como en IV 136-140, apoyado esta vez por una apropiada música verbal:

ὕσθε δ' ἐσμαράγησε καὶ ἀσπίδα τύψεν ἀκωκῇ
δοῦρατος· ἢ δ' ἐλέλιξεν ἐνόπλιον· ἔτρεμε δ' Ὀσσης
οὔρεα καί...

...φόβῳ δ' ὠρχήσατο πᾶσα
Θεσσαλῆ· τοῖος γάρ ἄπ' ἀσπίδος ἔβραμεν ἦχος.

Se tiene la impresión de que lo musical adquiere un grado de concretez y plasticidad —valga la paradoja— al que apenas llega nunca lo visual. Pensemos (V 72) en aquella caracterización del mediodía, μεσσαμβρινὰ δ' εἶχ' ὄρος ἀσυχία, por sí misma más expresiva que cualquier otra pincelada de color.

Con algo de miedo a que apunte lo subjetivo más de la cuenta me atrevería a decir que la imaginación de Calímaco se encuentra más a gusto entre sonidos que entre colores. Estilísticamente fluye en él más la palabra que la imagen (verbomotor impenitente que siempre encuentra palabras para redondear un concepto). Sus cuadros visuales, por el contrario, cuando no se contradicen, como en el caso de Delos, producen al menos la impresión de estar inacabados. Y no me refiero tanto a la incompleción narrativa de la historia de Erisictón, que es del todo justificable, cuanto a las descripciones pictóricas de personajes. Los fragmentos que tenemos no nos dejan adivinar del todo cómo sería la *Hécate*; quizá en ella se recreara más el gusto helenístico por el rasgo naturalista. Lo que sí sabemos es que ni Zeus ni Apolo ni Ártemis ni el mismo Tiresias emerge ante nosotros con la fuerza de un retrato acabado. Las pinceladas anecdóticas compensan en parte, pero no suplen del todo.

II

Si somos consecuentes con nuestro punto de partida, la misma musa que se nos hizo grácil y tenue en la sección anterior se nos presenta como presumida en un estadio más avanzado de nuestra crítica. Es el resultado de la "self-consciousness" mencionada más arriba. Toda esa elegancia fina, ese cuidado helenístico por el cuadro pequeño, por la demostración refinada, casi de maniquí, tenía que desembocar en ciertas cualidades psicológicamente muy cercanas a la coquetería intelectual.

En primer lugar, a la musa de Calímaco se la tachó de "misteriosa" desde muy antiguo. Clemente de Alejandría utiliza el

adverbio αἰνιγματωδῶς para describir la poesía de los *Aitia*, γυμνάσιον εἰς ἐξήγησιν γραμματικῶν... παισίν (*Strom.* V 8, 50), y un escoliasta de Aristófanes (*Tesm.* 80) apunta lo mismo al decir, según corrección de Preller, τοῦτο δὲ αἰνιγματῶδες κατὰ Καλλιμαχον ἂν τις φάη.

De dónde le ha venido a Calímaco esta actitud de sus críticos no es difícil de descubrir. Un epigrama apócrifo del siglo VI da la clave al denunciar su gusto particular por las expresiones crípticas y el vocabulario refinado:

καὶ τὴν Ἀθηναίων ὑστάτον μέλπω πάλιν
γρίφῳ βαθιστῷ καὶ δυσσευρήτοις λόγοις.

Toda *La cabellera de Berenice* está plagada de conceptos tanto en la expresión como en la imagen. Del mismo tenor debía de ser el resto de los *Aitia* a juzgar por los fragmentos conservados y por la crítica global de Clemente. Los himnos no llegan a tanto, quizá por el mismo género literario que representan; aunque los casos que encontramos en ellos son suficientes para iluminar este aspecto de la crítica calimaquea. En realidad el "misterio" de su musa no consiste en calentarnos la cabeza con jeroglíficos. Cuando en IV 81-82 nos habla de la χαίτην... Ἑλικῶνος y cuando nos dice (fr. 24, 6-7) que el viejo Teodamante tenía en sus manos un bastón de diez pies, aguijón para los bueyes y vara para medir el campo, la frase no tiene más complicación que la de convertir una trivialidad en algo "interesante". Lo mismo habría que decir de aquella exclamación de Rea (I 29) en el himno a Zeus:

Γαῖα φίλη, τέκε καὶ σύ· τεὰ δ' ὠδῖνες ἐλαφραί.

Y así podríamos seguir por todos los himnos descubriendo aquí el mismo refinamiento misterioso que en el fr. 75, 10-11 le hace decir

ἦφοι μὲν ἔμελλον ἐν ὕδατι θυμὸν ἀμύξειν
οἱ βόες ὀξεῖαν δερκόμενοι δορίδα

en vez de anotar simplemente que en la mañana los bueyes iban a ser sacrificados. Calímaco no es ni con mucho un autor fácil.

Este aire de misterio, este “hacerse el interesante” es sólo un aspecto, el más pobre quizá, de su coquetería intelectual. La musa de Calímaco es, más que nada, erudita. Y en esto el poeta es tan hijo de su tiempo como Filitas, que escribió un diccionario de palabras difíciles, o como el astrónomo Conón, que descubrió el bucle de Berenice entre las estrellas. En una época de astrónomos, geógrafos, filólogos y eruditos de toda especie no nos sorprende que Calímaco, que cifraba su fama en el atractivo de sus cantos κρέσσονα βασκανίης (*Ep.* XXI 4), escribiera tratados científicos sobre las ninfas, la fundación de ciudades, los nombres extranjeros, los festivales, fenómenos extraordinarios, denominaciones raciales, pájaros y vientos amén de dramas satíricos, tragedias, comedias y sus famosos Πίνακες; en total 800 obras según el *Suda*. Es natural que se le describiera con justicia como πολυῖστωρ ἀνὴρ, en lo cual había mucho de concienzuda actitud personal, no una simple manifestación de su carácter. El fr. 612 dice ἀμάρτυρον οὐδὲν αἰδῶ, frase que resume muy bien su actitud artística.

Lo que sí se puede poner en tela de juicio es hasta qué punto tal erudición le ayuda o le estorba como poeta. A veces molestan sus observaciones de lexicógrafo en plena descripción épica, como la mención, en el himno a Zeus (I 45), del origen de la palabra Ὀμφάλιον y la etimología del monte Dicteo en el himno a Ártemis (III 198). Otras veces sus investigaciones de anticuario le han valido el sacar material para mantener un clímax poético, aunque ligeramente retórico. Recordemos a este respecto la enumeración erudita de nombres de Apolo en II 69-79. Las ofrendas de los pueblos del Norte en IV 281-299 no dejan de aportar, en su colorido exótico, un nuevo elemento interesante a la narración himnica. Ciertas contribuciones de carácter poético-simbólico deben también su origen al talante erudito del poeta, como la consideración referente al número de cuerdas de la lira en IV 249-254; y otros pormenores —el de la vieja imagen de Cipris en IV 307-315 o los flagelantes de IV 321-324— podrían haber salido de un manual de arqueología y costumbrismo.

Estas reflexiones quedarían incompletas si no se añadiera al cuadro de nuestra apreciación crítica el factor, psicológicamente

importante, de la posición de Calímaco como poeta cortesano.

Una inspiración con tendencia a "hacerse la interesante" tendrá más ocasiones de hacerlo así si el ambiente en que sopla es ambiente de corte. Calímaco cayó, a lo que parece, en todos los baches del aulicismo poético. Su lenguaje es por fuerza cortesano: lenguaje de la culta minoría griega de Alejandría, tan segregado y exquisito como podía ser el francés en la Inglaterra medieval o el alemán en la corte renacentista de Praga. Tal vez parte de la oscuridad que encontrarán más tarde sus comentadores se deba al mismo refinamiento lingüístico impuesto por el ambiente. Ante sus lectores cortesanos es comprensible que Calímaco tratara con frecuencia de presumir; e igualmente comprensible, incluso perdonable, que se moviera en un marco de miras cortesanas y que la adulación literaria de los reyes sentara claros precedentes para el *deus nobis haec otia fecit* virgiliano. El mecenazgo ha sido siempre una fuente de hondos sentimientos entre los artistas y no siempre se les puede culpar de hipocresía o deseo de medro personal. En el caso de Calímaco nos dice el escoliasta a II 26 que διὰ... τὸ φιλόλογον αὐτὸν (Tolomeo) εἶναι ὡς θεὸν τιμᾶ (mientras que Teócrito, más reservado, no le dispensaba más que honores propios de los semidioses en el idilio XVII). La verdad es que, acostumbrados a las ideas democráticas de Occidente, no estamos capacitados para calibrar lo que un monarca representaba para sus súbditos en la época helenística. Esa visión del rey que gobierna con dominio absoluto de sus medios y de sus acciones, esa doble presentación jerárquica de Zeus en el vértice de toda autoridad (I 85-96) y de Tolomeo Filadelfo como otro dios a quien obedecerán los dos continentes (IV 165-170), no hacen sino reflejar el impacto que la majestad y el patronazgo del rey habían producido en su corazón de poeta cortesano.

III

Otro paso más en nuestro análisis nos lleva a ver la musa de Calímaco como musa moderna. Lo cual sólo es otro aspecto inevitable de la coquetería intelectual de nuestro poeta. Calímaco

podrá ser refinado o difícil; pero su lenguaje es el propio del momento histórico. Como buen maniquí, vistió las modas de su época, las encarnó y popularizó. Lo cual no quiere decir que copiara de nadie directamente, aunque ciertas afinidades con Filitas de Cos y el entusiasmo con que habla de Arato (Ep. XXVII) parecen otorgarles una cierta posición de influjo con respecto a Calímaco. Lo importante es que supo aprovechar la corriente vital de su tiempo y encauzarla y ser así el creador de aquella "poesía nueva" que tanto fascinaría a los latinos.

Calímaco no sólo crea un arte moderno, sino también una preceptiva verdaderamente moderna. De Aristóteles quedaban sus libros, pero ¿y sus criterios? El estagirita se había olvidado de preceptuar para la poesía de tono menor. Para él la longitud era esencial en un poema épico. Lo interesante en nuestro caso es que también era para él necesaria la unidad. Quizá ante la longitud desorganizada de los poemas cíclicos que Calímaco conoció le hubiera dado la razón. Seguramente hubiera preferido un "pequeño bien" a un "gran mal". Repito lo que antes apunté. No se encontraba Calímaco ante una cuestión *de iure* (Homero quedaría aun para él en la cumbre de esa apoteosis que le levantaron los alejandrinos); la cuestión era si *de facto* las grandes formas épicas no estaban gastadas y todos los intentos de revitalizarlas desembocaban en puros ciempiés literarios. Recuérdese a Teócrito cuando, en VII 45-48, rechaza a los constructores que edifican casas como montes y se burla de las aves de las Musas que en su cacareo quieren competir con el cantor de Quíos.

Podríamos argüir que Apolonio demostró que aún se podía hacer algo valioso en esa línea. Y la respuesta es que *Las argonáuticas* vinieron después de que Calímaco hubo concebido y fraguado su programa poético. No quiero, por cierto, extenderme aquí en la controversia sobre si Apolonio copió de los *Aitia* o no. Pfeiffer parece bastante convincente a este respecto.

De Aristóteles, pues, pudo tomar mucho de su espíritu, sobre todo de aquel aforismo que pasó a la tradición latina: *Difficile est proprie communia dicere*. Tal vez arranque de aquí la distinción, popularizada por Neoptólemo de Paros —otro de la escuela alejandrina—, entre *πολιτικὸς* y *πολιμῶς*, entre asunto y estilo. Des-

de el momento en que el énfasis cae sobre el cómo se dice, no importa lo que se diga; el preciosismo, el deseo de llamar la atención, de dar variedad, de no aburrir, etc. se convierten automáticamente en normas de preceptiva.

Pero aún hay otro principio, vagamente aristotélico, popularizado por Neoptólemo y condensado por Horacio en *omne tulit punctum qui miscuit utile dulci* (*Arte poét.* 343), que da la clave para entender cómo la corriente alejandrina de erudición pudo haber cuajado también en norma de preceptiva literaria. La admiración de Calímaco por Arato (e indirectamente por Hesíodo, cuya invocación inicial a las Musas se refleja en el principio de los *Aitia*) le lleva, aun sin formulárselo, a canonizar la enseñanza que se hace por medio de la poesía. Es indudable que en el tinte erudito de *Las argonáuticas*, junto con la belleza de los pequeños cuadros y el lirismo de los afectos, Calímaco podía reconocer, aun a pesar suyo, mucho de su propia preceptiva. Frente al rebuzno de los Telquines se siente original, alado y puro como el canto de las cigarras (fr. 1, 29-30): frente a los que quieren impresionar con agobiante acumulación de material y con una voz que refleje el eco inmenso del mar, Calímaco prefiere (II 105-112) la pureza suprema del agua límpida que brota de la fuente sagrada. En la práctica su ideal se plasma en el poema corto largamente elaborado y producto no del talento, sino de un arte depurado (*quamuis ingenio non ualet arte ualet*, Ovid. *Am.* I 15, 14).

Calímaco presume de ir por un camino original, no trillado antes por nadie (fr. 1, 25-28), y esto nos obliga a preguntarnos hasta qué punto se independiza de lo convencional o lo acepta. Ya hemos visto cómo depende de lo establecido en la introducción de los himnos, en los homerismos del lenguaje, en el dialecto dórico artificialmente creado para la literatura coral. Podemos añadir que muchas de sus repeticiones, dicotomías, enumeraciones, etc. no son más que trucos transmitidos por la retórica convencional. Incluso hay efectos musicales del lenguaje que se remontan al mismo Homero y que se convertían en fuente habitual de imitación académica. Sin embargo, habría que estar ciego para no advertir aun en los himnos (exceptuando el tratamiento tan convencional del himno a Delos) un intenso afán de originalidad.

La Deméter del VI convertida en vieja sacerdotisa trae resonancias de aquella forastera del himno homérico, huésped y criada en casa de Celeo, pero el paralelo termina ahí; el resto es completamente distinto. La historia de Tiresias deriva seguramente de Ferecides (μῦθος δ' οὐκ ἑμός, ἀλλ' ἑτέρων, V 56), pero la disposición de los cuadros, los estribillos descriptivos, la reacción de Cariclo, el tratamiento de la parte ritual, todo esto es sin duda algo nuevo en la literatura griega. Lo mismo se diga de la historia de Erisicón. Aunque el tema sea de Helanico, la comicidad y el arte del desarrollo son plenamente originales.

Otro aspecto digno de estudio, y que aquí sólo puedo tocar de pasada, sería la relación de Calímaco con las artes plásticas de su tiempo. Tal vez nada exprese tanto la corriente vital de una época como las manifestaciones del arte. Calímaco, pues, tanto más moderno resultará cuanto más cercano esté a tales manifestaciones. Los epigramas XXIV, XXXVIII, XLIX, L, LV y LVI hacen referencia a obras de arte, y esto en un tono que demuestra el interés estético sentido por el poeta. En verdad, no hay en él nada que se parezca al mimo y al interés que pone Teócrito en la descripción de su famoso κισσόβιον del idilio I 27-56. Sin embargo, las cualidades del arte calimaqueo sí demuestran una afinidad apreciable con los cánones plásticos de su época.

En primer lugar se acentúan los rasgos naturalistas del arte. Lo mismo que Teócrito (I 39-44) presenta a su pescador viejo, pobre y gastado, Calímaco no duda en poner de relieve que la vieja nodriza a cuya estatua dedica el epigrama L se llamaba Αἰσχρη "fea" y probablemente lo fue (hay que notar el realismo del contraste con ἀγαθὸν γάλα). Como paralelo plástico de este epigrama es interesante que se conserve en el Museo Británico una terracota helenística (principios del s. III a. J. C.) que representa una vieja nodriza de nariz ganchuda con un niño en sus brazos.

En segundo lugar, con la casi desaparición de las grandes formas (escultura en templos y grandes monumentos, con excepciones como el templo de Asclepio en Cos descrito por Herodas en el mimo IV o el Serapeo de Alejandría, cuya estatua principal nos es conocida por copias romanas), el arte helenístico deriva a manifestaciones de tono menor: copas, vasijas, placas, relieves,

figurillas, pinturas y mosaicos que requieren una mayor concentración visual, más precisión —o preciosismo— en el detalle y menos amplitud en su contenido narrativo. El efecto es más decorativo que sustantivo y lo que se pretende es agradar, que es exactamente lo que hace Calímaco: agradar con el encanto visual del cuadro. De algunos de estos cuadritos suyos se conocen paralelos plásticos, como el de la vieja nodriza mencionado arriba y la estatua de Sérapis con el can Cerbero que ofrece grandes semejanzas con Iris sentada como un perro junto al trono de Hera. De otros se podría sospechar que los hubo. La descripción de Apolo en el himno II se acerca mucho a la estatua que conocemos por copias y que se atribuye tradicionalmente a Leócares. La pequeña Ártemis tendiendo en vano sus bracitos con ánimo de tocar la barbilla de Zeus recuerda bastante al grupo de Dioniso y Hermes de Praxíteles. La misma Ártemis en los brazos del ciclope Brontes tiene un encanto tan visual, que no sería extraño que derivara de alguna escena decorativa en vasos o relieves. Otra de las invenciones del helenismo es el relieve pictórico como distinto del escultural de Fidias o Escopas. Aparece, por no mencionar más que un ejemplo, el relieve paisajístico con árboles y edificios de fondo (relieve de Trales, relieve de Dioniso, relieve de Estambul, etcétera), quizá influido por las pinturas de la *Odisea*, que ya entonces empezaban a popularizarse. En este contexto es interesante ver cómo cuida Calímaco el detalle ambiental (los ciclopes en su fragua, Leto apoyándose en una palmera, Rea llegando a un lugar sin agua, los ciervos junto al torrente de negros guijarros, etc.) y se detiene en toques que no tienen nada de escultóricos, como el del óleo que destila la hermosa cabellera de Febo.

Por último, lo que más pone a Calímaco en el contexto histórico de helenismo es ese sentimentalismo fácil que huye no sólo de los grandes temas, sino también de los grandes personajes. Todo lo que es grácil y tierno —volvemos a la coquetería intelectual— adquiere carta de ciudadanía en su mundo poético. El helenismo que creó el grupo del niño con la oca (¿de Boeto?), Dafnis y Cloe, los esclavitos negros de Alejandría, las colecciones de Musas, de ninfas, de muchachitas pizpiretas de Tanagra, etc., ese mismo helenismo se refleja en el pequeño Zeus tan chico y

tan grande a la vez (I 58), en el joven Apolo, en la niña Artemis, en el mozuelo Tiresias, en todo ese recuento de ninfas bellas y animalitos hermosos.

En realidad, y como resumen, ¿de qué habla Calímaco? Calímaco habla casi siempre de cosas bonitas: de canastos de oro, de niños guapos, de cisnes que cantan, de árboles frondosos, de mantos y broches dorados, de gotas de rocío, de ricos ganados, de bellos altares, de rubias muchachas, de arroyos cristalinos, de lebreles rápidos como el viento, de carrozas de oro, etc. y habla a lectores que están pasando por una civilización próspera, para quienes era tan necesario posar los ojos y la imaginación en objetos bellos —superficialmente bellos— como lo era para nuestros Borbones el que les cubrieran los techos de sus palacios con sonrosados desnudos mitológicos.

Después de esto no nos extrañará que el poeta se esfuerce en dar también una interpretación moderna a las mismas historias que toma entre manos, y que Apolo sea menos homérico, Heracles más glotón, Hécale más parecida al hada madrina y Teseo menos heroico, que Cidipe pase por estados patológicos observables por la medicina contemporánea y que los padres de Erisición tengan que sujetarse a fórmulas de urbanidad social.

IV

Si lo dicho anteriormente es verdad, hay una conclusión bastante obvia; y es que Calímaco, por las exigencias mismas de su ideario y su entorno, difícilmente se tomará la poesía como un quehacer serio. Su musa tiende a ser juguetona y ligeramente frívola. Una vez que él es consciente —autoconsciente, podríamos decir a la inglesa— de estar “haciendo poesía”, esa conciencia le hará tomar una actitud despegada, un poco superior y un mucho humorística, propia de quien domina la situación. Hay un ejemplo que vale por mil, y es esa exclamación suya del fr. 75, 4-5 cuando el cotilleo picante empieza a asomar a sus labios:

...κύον, κύον, ἰσχεο, λαιδρέ
θυμέ, σύ γ' ἀείσῃ καὶ τὰ περ οὐχ ὀσίη.

A Calímaco le pasa lo que a ciertos virtuosos, que no les basta con demostrar que dominan su arte. Tienen que demostrar que son capaces de jugar con sus propias vibraciones e intuiciones artísticas. Quizá prefiramos un poeta más sinceramente metido en su arte; pero no es falta de sinceridad. Es que, sencillamente, esa actitud es parte integrante de su propia experiencia artística.

Lo primero que se destaca en este terreno es el juego mental de los conceptos. Algo de esto he dicho al describir la forma que tiene Calímaco de "hacerse el interesante". Ahora sólo quisiera añadir unos pocos ejemplos. Para empezar, es un largo proceso mental e imaginativo el que hace falta para entender una raza de espinos que "disuelve" el hígado. Pero Calímaco (fr. 1, 7-8, acepto restituciones de Pfeiffer y Housman) arremete sin miedo con el juego de darle trabajo al lector:

φῶλον ἀ[κανθές
σφώτερον], τήκ[ειν] ἥπαρ ἐπιστάμενον...

Y, sin llegar a tanto, muchos de sus comentarios están impuestos sobre el juego del ingenio. Pensemos en la descripción que hace de Arcadia (I 22-26) en el momento del nacimiento de Zeus: sobre un río —pero antes de serlo, claro está— se alzan grandes encinas; sobre otro río corren los carros y sobre otros dos cruzan las gentes a pie enjuto. La primacía de Zeus también arranca ingeniosos conceptos de su pluma: no se puede pensar (I 61-64) que el Olimpo le tocara a Zeus por una especie de celestial lotería, porque ¿a qué hombre sensato se le ocurriría jugarse el Hades y el Olimpo en una misma baza? Lo mismo se diga del gobierno de Zeus: a él no le pueden tocar más que los reyes bajo su cuidado inmediato, pues Διὸς οὐδὲν ἀνάκτων θειότερον (I 79-80). Pensemos por último en el juego de ideas con el que termina (94-96) este himno primero:

χαῖρε, πάτερ, χαῖρ' αἶθι· δίδου τ' ἀρετὴν τ' ἀφενός τε.
οὐτ' ἀρετῆς ἄτερ ὄλβος ἐπίσταται ἄνδρας ἀέξειν
οὐτ' ἀρετὴ ἀφένιοι· δίδου δ' ἀρετὴν τε καὶ ὄλβον.

El juego de conceptos es propio de hombres inteligentes; pero hay otro que es propio de artistas virtuosos. Me refiero al juego

formal de los sonidos. Y aquí es donde hombres especialmente dotados como Calímaco nos demuestran que se puede crear belleza, al estilo de algunas composiciones de Hopkins, independientemente del contenido. No es éste el momento de hablar del sonido como medio artístico. Tal vez sea mejor presentar algunas manifestaciones de este virtuosismo del lenguaje en nuestro poeta. Aunque lo he llamado "juego formal", este juego, como el *ludus* intelectual de los latinos, no es mercancía barata. Unas veces nos afecta como vibración musical, otras como belleza estructural. En el primer caso tenemos aliteraciones; en el segundo, asonancias, repeticiones y "ritornelli".

En el campo de las aliteraciones, Calímaco es sumamente prolífico y casi inabarcable. Una acumulación de ν, con su poder sugeridor de movimiento suave, nos sale al paso en I 24-25

...πολλὰ δὲ Καρίωνος ἄνω διεροῦ περ ἑόντος
ἰλυοὺς ἐβάλλοντο κινώπετα, νίσσετο δ' ἀνήρ...

y en V 104-105

...ἔργον, ἐπεὶ Μοιρᾶν ᾧδ' ἐπένησε λίνα,
ἀνίκα τὸ πρῶτόν νιν ἐγείναι· νῶν δὲ...

Comparemos (II 108-109; cf. también II 101-102 y III 251-252) el movimiento pesado de las λ:

...ἀλλὰ τὰ πολλὰ
λύματα γῆς καὶ πολλὸν ἐφ' ὕδατι συρφετὸν ἔλκει...

El efecto es distinto, imaginativamente distinto, cuando se trata de κ, como en I 33-34,

...Νέδη δέ σε δῶκε κομίζειν
κευθμόν ἔσω Κρηταῖον, ἵνα κρύφα παιδεύοιο...

o de σ, como en VI 30,

ὅσον Ἑλευσίνι, Τριόπα θ' ὅσον ὀκκόσον Ἐννα,

o de π y τ combinadas en el golpear de la fragua, como en III 50,

ἰππεῖην τετύκοντο Ποσειδάωνι ποτίστρην,

o de π y λ en una exclamación exuberante, verdadero batir de palmas, como en IV 266-267,

ὦ μεγάλη, πολύβωμε, πολύπτολι, πολλὰ φέρουσα,
πίονες ἥπειροί τε...

También las vocales pueden acrecentar el efecto sonoro, como la α en V 83-84,

ἐστάκη δ' ἄφθογγος, ἐκόλλασαν γὰρ ἀνῖαι
γώνατα, καὶ φωνὰν ἔσχεν ἀμαχανία,

o la η en II 103-104 o en II 20-21,

...μήτηρ,
ὀππόθ' ἰὴ παιῆον ἰὴ παιῆον ἀκούση.

Las asonancias y repeticiones vienen a acentuar el placer de lo musicalmente estructural. Pensemos en las siguientes asonancias de los himnos: Δικταῖον... Λυκαῖον (I 4); ἡέξευ... Ζεῦ (I 55); ὀψόμεθα... ἐσσόμεθα (II 11); μάρμαρον... διζυρόν (II 24); λούσε... σπείρωσε... ἦνεσε (IV 6) y la oposición οὔτος... ἐκεῖνος de II 10.

En las repeticiones ligeramente retóricas se mueve Calímaco como en su propio ambiente. Nos haríamos interminables si quisiéramos enumerarlas todas. Basten como ejemplos I 43 y 46; II 26 y 27; II 62-63 (κεράεσσιν... κεράων, κεραούς...); III 13 y 15; III 110-112 (χρύσεα... χρύσειον... χρύσεια...); III 183-185 (τίς... ποῖον... τίς... ποίη... τίνα... ποίας...); VI 7 y 8; VI 13 y 15; VI 18-22 (κάλλιον... κάλλιον... κάλλιον...).

Tampoco falta algo semejante al "ritornello" en III 14 y 43, si es que queremos aceptar el último como genuino contra el parecer de Vahlen y Cahen, aunque por supuesto Calímaco nunca llegó en esto a los estribillos de Teócrito. Lo más aproximado que

tenemos de él son repeticiones como en el recién citado VI 18-22.

Pero estábamos hablando del lado juguetón de la musa calímaquea. Hay, en efecto, un aspecto de su arte en que Calímaco es juguetón; me refiero al juego escénico de las situaciones. Pero decir juguetón es decir poco. Calímaco es maligno con esa malignidad propia de los autores cómicos. En esto hace estribar McKay su principal mérito y originalidad. Aun en los momentos de mayor afecto y ternura aparente podemos adivinar en él un guiño malicioso, como de quien no se deja arrastrar interiormente por la situación. De todos es sabido el humor maligno con que trata la mitología. La ninfa perseguida acaba arrojándose... en las redes de unos pescadores (III 195-197). Ártemis, la niña prodigio que al principio se nos presentó tratando en vano de tocar la barbilla de su padre, arranca un buen mechón del pecho del peludo Brontes y deja un redondel parecido al de la tiña. El glotón Heracles trata de convencer a Ártemis de que cese de perseguir inofensivos cabritillos y liebres y se lance detrás de los jabalíes, que son los que verdaderamente destruyen los campos... Naturalmente, por la cuenta que le trae. Su divinización, dice Calímaco, no ha espiritualizado la voracidad de su apetito. Y la escena se diluye (III 149) en una homérica carcajada inextinguible.

La historia de Erisictón viene a ofrecer el otro lado, trágicamente ridículo, de la glotonería. Este muchacho es un Hércules en la voracidad, pero sólo en eso. Las fuerzas le faltan, la despensa se le vacía, la vida social lo rodea de compromisos angustiosos. Su madre podría pasar íntegra a los mimos de Herodas o a la comedia nueva. El arte de Calímaco está en desmitificar el mito; en darles a los personajes un aire o unos gestos que, aun dentro de su condición tradicional, desmientan su condición tradicional; en jugar con lo humano a expensas de lo divino y heroico. El dramatismo es puramente mimético. Cualquier otro dramatismo desaparece una vez que se disipa la fuerza del conflicto y del protagonista. Los héroes de Sófocles tienen fuerza moral y personalidad para, al menos, llevar su destino con dignidad heroica. Erisictón, por el contrario, haría una buena figura de guiñol sin fuerza moral ni personalidad.

Como contrapartida de esta desmitificación de lo heroico existe lo que podríamos llamar "elevación poética de lo irrelevante". Al dar importancia al cuadro pequeño, al toque decorativo, Calímaco transfigura y da dignidad a lo que en otro género de más calibre hubiera pasado completamente inadvertido. La magia del poeta está en comunicar al lector ese sentimiento de importancia que le haga interesarse vitalmente por el objeto descrito. El epigrama V sigue las vicisitudes por las que pasa una concha marina hasta convertirse en adorno para el templo de Arsínoe. ¿Quién no ve en este epigrama un delicioso antecedente de aquel *Phaselus ille, quem uidetis, hospites* de Catulo IV 1?

Con todos estos datos la poesía de Calímaco se nos vuelve a presentar como al principio: como una poesía de porcelana, bella, grácil, pequeña y variada; una poesía decorativa, encantadora con un encanto superficial; una poesía que por la naturaleza misma de sus medios se presta más que ninguna otra al cuadro de época, al gesto caricaturizante; una poesía, en fin, lo suficientemente pagada de sí como para convertirse en documento preceptivo y docente.

Volviendo a la afirmación inicial de McKay, el que Calímaco produzca un fuerte impacto en la imaginación de Occidente dependerá de que Occidente tenga o no un fuerte gusto por las figuras de porcelana literaria.

LUIS F. GUILLÉN SELFA, S. I.

EVOLUCIÓN DEL CONCEPTO DE LIBERTAD EN EL MUNDO CLÁSICO

Hemos recorrido un largo camino siguiendo el proceso evolutivo del concepto de libertad en el mundo clásico. La impresión más honda que queda en el ánimo, al poner fin a nuestro estudio, es la del proceso progresivamente acelerado de interiorización de la libertad, a la vez que se acentúa su concepción individualista y pierde interés su aspecto políticosocial desde los lejanos días de Homero a las refinadas y profundas meditaciones estoicas y neoplatónicas.

Es justamente en la tragedia griega donde se inicia el descubrimiento del nuevo campo de la libertad: la libertad interior, privilegio que se ofrece a todos los hombres a diferencia de la libertad social (privilegio de una clase social) y de la libertad política (privilegio de los ciudadanos).

En la tragedia y en Sócrates comienzan a cobrar relevancia como notas características de la libertad: *a)* el modo de sentir y comportarse generoso y noble, propio del tipo ideal del hombre libre; *b)* la ausencia de temor; *c)* la voluntad de decisión ante el destino adverso; *d)* el dominio de las pasiones en la búsqueda del verdadero bien. Y entonces se descubre que ese nuevo tipo de libertad puede darse también en el esclavo, no sólo en el hombre social y políticamente libre.

Platón, siguiendo las huellas de Sócrates, trata de ahondar en la fundamentación de la libertad interior. Ello le conduce a sus grandes descubrimientos: *a)* la espiritualidad del alma; *b)* los apetitos sensitivos como hechos psíquicos, es decir, los tres “ni-

veles" del alma, ἐπιθυμητικόν, θυμός, λογιστικόν; c) de ahí su conclusión: la verdadera libertad del hombre es la libertad del espíritu que otorga independencia respecto al mundo exterior y permite desarrollar "el verdadero ser del hombre". Es el dominio de la parte superior del alma sobre las potencias psíquicas inferiores.

Aristóteles precisa los descubrimientos de Platón: "el hombre interior" de Platón pasa a ser el νοῦς, el espíritu, el "verdadero ser" del hombre. La verdadera libertad es, pues, la del espíritu y coincide, por tanto, con el perfecto desarrollo de su "verdadero ser" por medio del pensamiento teórico que eleva al hombre por encima del mundo exterior.

Cuando llegamos al helenismo nos encontramos con los progresos enormes de la escuela estoica en el conocimiento de la libertad interior. La estoa antigua descubre una nueva fundamentación psicológica de la libertad como característica esencial del hombre (que le distingue sustancialmente de los seres no racionales) con su teoría de la συγκατάθεσις o asentimiento, la facultad por medio de la cual el hombre puede admitir o rechazar las representaciones externas. Su principal descubrimiento es el del problema fundamental de la libertad humana como conciliación de la idea de causalidad absoluta con la conciencia de libertad. Las decisiones de la voluntad (que, según la opinión tradicional, no es afectada por la εἰμαρμένη) están determinadas por una serie de causas antecedentes: Crisipo resuelve la dificultad afirmando que en la decisión humana actúan simultáneamente la representación, último eslabón de una serie de causas, que es sólo la excitación, y la συγκατάθεσις, que es la causa decisiva.

Los estoicos fijaron determinados límites a la libertad moral: a) la εἰμαρμένη, cuya voluntad acepta cordialmente el hombre sabio y que no es ya la potencia ciega que contraría a la voluntad humana, sino la Providencia que quiere el bien del hombre, con lo cual se supera la oposición entre destino y libertad, es decir, la libertad del hombre se realiza queriendo lo mismo que Dios quiere, y así la libertad conduce al hombre hacia su perfección; b) la ley natural, que es la ley de la cosmópolis, de toda la Humanidad, dentro de la cual debe vivir el hombre. La

ley natural es la misma εἰσαρμένη-Providencia en cuanto prescribe las normas de la convivencia humana. Cuando Zenón señala como límite de la libertad la sumisión a la ley natural, trae una innovación dentro de la filosofía ética, por cuanto establece como fundamento de la vida moral el concepto del deber. La filosofía ética precedente nunca concibió la perfección moral como un deber impuesto desde fuera. Sin embargo, Zenón mantiene intacta la autonomía moral por el hecho de que la ley externa de moralidad se identifica con las prescripciones de la razón dentro del hombre.

Cuando aparece la estoa media observamos cómo Panecio trata de educar a la aristocracia romana en el concepto estoico del deber elaborando la figura del gobernante modelo que no ambiciona el dominio egoísta, sino que se convierte en guía del pueblo subordinando los intereses personales al bien de la comunidad¹. Posidonio, por su parte, aporta una nueva valoración del concepto de libertad descubriendo en la libertad psicológica el principio de toda la vida del espíritu. El poder de determinarse a sí mismo frente a la tradición, produciendo así creaciones personales, es el secreto del progreso humano por obra de individualidades excepcionales².

Al llegar a la estoa nueva surge un contraste entre ella y la media paralelo al que se produjo entre la concepción de la libertad en la democracia ateniense y los teóricos del siglo IV (coincidentes todos en el aprecio de la libertad política —o derechos políticos— extensivos o no a todos los ciudadanos) y la concepción de la libertad en el Helenismo por parte de los cínicos y los representantes de la estoa antigua consagrados a exaltar predominante o exclusivamente la libertad interior individual (los derechos políticos, la libertad jurídica, se convierten para ellos en ἀδιάφορα, cosas indiferentes). El “estímulo de los impedimentos”, según la teoría de Toynbee, es decir, las perturbaciones de la época helenística, el absolutismo de sus reyes, que no dejaba lugar para una seria y satisfactoria actividad política al ciudadano común, los llevó

¹ Cf. especialmente REESOR *The Political Theory of the Old and Middle Stoa*, Nueva York, 1951, 4 ss., sobre las grandes figuras de la aristocracia romana republicana seguidoras de la filosofía estoica.

² Cf. REESOR o. c. 38 ss.

a buscar, siguiendo la corriente socrática, la afirmación de otros valores humanos más auténticos para la perfección y plenificación del hombre por el camino de la exaltación de la libertad interior del individuo. Es el "retiro" (dentro también de la terminología de Toynbee) difícilmente distinguible en ocasiones de la "deserción". A este respecto son especialmente significativas las duras palabras de Josef Kargl³: "Infolge der einseitigen Betonung des rein geistigen Elementes in der menschlichen Natur knüpften sie solche Hoffnungen, Erwartungen und Forderungen an sie, dass sie sich zu solch einem Staatsutopismus, zu solch einem —jede Wirklichkeit beiseite setzendem— Reformprojekt verleiten lassen konnten. Alles ist darin auf das Innerliche und Uebersinnliche gestellt, und auf seine Realisierbarkeit geprüft, stellt es ein phantastisches Luftgebäude dar, das nur durch... Sozialtheoretiker der Griechen aufgebaut werden konnte". Aún más lejos, si cabe, lleva su crítica de este proceso de exaltación de la libertad interior individualista Antonio La Penna⁴ relacionando este fenómeno de la especulación filosófica con el movimiento reaccionario antirreformista al que aparecen vinculados, por igual y paradójicamente, tanto Cicerón como Salustio y César. El artículo de La Penna se suma a una corriente de pensamiento representada, entre otros, por Popper⁵, Havelock⁶, Adrados⁷ y, en parte, von Fritz⁸, sobre todo en su crítica de la actitud de la aristocracia senatorial ante las reformas de los Gracos. Es igualmente ilustrativo, a propósito de Cicerón, el trabajo de Jonkers⁹.

Pues bien, el fenómeno del "retiro" vuelve a producirse al aparecer la estoa nueva en la época imperial. La concepción de la libertad política vinculada a la forma de gobierno de la Roma republicana, interpretada desde Polibio como "constitución mixta",

³ KARGL *Die Lehre der Stoiker vom Staat*, Erlangen, 1913, 91 s.

⁴ LA PENNA *L'interpretazione sallustiana della congiura di Catilina*, en *St. It. Filol. Cl.* XXXI 1959, 1-64 y 127-168.

⁵ POPPER *The Open Society and its Enemies I*, Londres, 1963.

⁶ HAVELOCK *The Liberal Temper in Greek Politics*, New Haven, 1964.

⁷ ADRADOS *Ilustración y política en la Grecia clásica*, Madrid, 1966.

⁸ VON FRITZ *The Theory of the Mixed Constitution in Antiquity*, Nueva York, 1958².

⁹ JONKERS *Social and Economic Commentary on Cicero's De lege agraria orationes tres*, Leiden, 1963.

tuvo su más egregio teorizante en Cicerón, como hace ver Wirszubski¹⁰. El proceso de "retiro" hacia la libertad interior se revela de un modo particularmente claro en la actitud de Séneca, uno de los representantes de la estoa nueva. Después de haber sido ministro y consejero del Imperio, termina, tras los desengaños que sufrió en su entrega a las actividades políticas, exaltando el *otium* o *contemplatio*, la vida interior individual, el retiro como el mejor medio para lograr la libertad, para alcanzar una vida verdaderamente libre, relacionada con el mantenimiento de la independencia de criterio, de riqueza de vida interior frente a una existencia extrovertida y esclava de las pasiones.

Quien llegó quizá a la mayor originalidad y hondura en su interpretación de la libertad interior como medio para lograr la perfección humana es Epicteto. La libertad para él es principio de vida: es la realización de la naturaleza y del destino del hombre. Para ello se ha de tener en cuenta la amplitud del campo en que debe ejercerse esta libertad: el hombre es responsable de aquello que "depende de nosotros": el juicio, el impulso para obrar, el deseo, la aversión. Esto es por naturaleza libre y está al abrigo de obstáculos e impedimentos. No dependen de nosotros los bienes, la consideración, la dignidad. Todo esto es impotente, servil, sometido al arbitrio ajeno. Si se pretende extender la libertad a lo que depende del arbitrio ajeno, el hombre se sentirá vejado y prorrumpirá en lamentos. Si el hombre sólo considera como propio lo que es verdaderamente libre, entonces nadie le coaccionará jamás, nada hará contra su voluntad. Esta distinción es la norma indispensable para alcanzar la libertad y la felicidad.

En nadie posiblemente como en Epicteto, el esclavo frigio manumitido bajo Nerón por su dueño Epafrodito, se realizó tan rigurosamente el principio de Toynbee del "estímulo de los impedimentos", que le llevará a formular esta teoría de la libertad tan sublime quizá como "antihumana", tan exacerbadamente individualista y concebida conscientemente de espaldas a la realidad social.

¹⁰ WIRSZUBSKI *Libertas as a Political Idea at Rome during the Late Republic and Early Principate*, Cambridge, 1960; cf. también VON LUEBTOW *Blüte und Verfall der römischen Freiheit*, Berlín, 1953.

Tal vez la oculta melancolía que fluye en el trasfondo de todas estas altísimas meditaciones estoicas, en su afán de liberar al individuo del mundo de la realidad, se deba a la convicción íntima de su fracaso inevitable como reformadores sociales. Porque se percataban de que al fin sólo se dirigían a un grupo reducido de almas selectas, de “retirados” o “desertores”, y no a la comunidad humana, al “nudo hombre”, sin distinción de fronteras ni clases, que justamente ellos habían descubierto.

ISIDORO MUÑOZ VALLE

NAUFRAGIO EN FEACIA

Del cuento de Hermann Hesse titulado *El sueño de la isla* (trad. esp. de A. Cahn, Buenos Aires, 1952) entresaco esta escena, eco, a mi parecer, de un famoso pasaje clásico. El náufrago, arribado a la isla, se ha dormido, fatigado, entre los árboles.

El sol había traspasado el linde del muro de cipreses tocando con su luz ardiente mis ojos adormecidos. Levanté la cabeza y desperté a una nueva visión del cielo profundo y del verde paisaje del jardín.

Llegaron a mi oído voces claras, y comprendí que eran voces humanas que manifestaban su placer en gozosos gritos. Pero esas voces tenían un fondo de pureza, profundo como el mar, metálico, como jamás lo había percibido en seres humanos y que recordaba la primera caída inmaculada de un venero fresco, tan sin conocimiento de inmundicias y tan lleno de goce de la vida y de la belleza propia. Contenían ellas el tono recio y dulce que creemos oír con angustia indescriptible cada vez que nuestra alma sostiene atribulados coloquios con las generaciones humanas de las antiguas edades de oro.

Abriendo cautelosamente el ancho abanico de las ramas, descubrí un grupo de mujeres jóvenes de esbelto cuerpo que se disputaban afanosas un balón dorado...

De repente percibí un tremolar en la copa del árbol que me cobijaba, y al instante el balón cayó blandamente a mi lado, en el césped. Lo recogí, y mi corazón empezó a golpearme aceleradamente el pecho, como el de quien inesperadamente se halla frente a un gran riesgo o una dicha ingente. Ya las juguetonas mujeres venían corriendo en dirección a mi escondite.

Me abrí paso a través del seto y me aparecí cual un fantasma delante del grupo diáfano, levantando el balón con la mano dere-

cha. Lo lancé al aire, pero las doncellas esquivaron su caída, permaneciendo con ojos asombrados frente al extraño. Cuando me acerqué, el grupo se abrió dejando expedito un ancho camino a mi paso libre. Al levantar la vista, encontré frente a mí a una mujer alta, la más hermosa de todas: la reina de ellas.

Bajé al suelo la mirada y me incliné ante la dama. Un vestido blanco caía en pliegues sacerdotales sobre sus rodillas, y rodeábala tal pureza y dignidad, que mis sentidos se volvieron de pronto humildes y avergonzados. Recobré una grave conciencia de todos los caminos extraviados por los que había marchado, de todas las calumnias de que me había hecho culpable, de todo lo despreciable y enfermizo de mi vida errante, y desprendióse de mí todo brillo y orgullo. Caí de hinojos e incliné la cabeza en gesto de humildad y vergüenza cuando ella dejó oír su limpia voz. Esa voz era más completa y deliciosa que las voces de las demás mujeres y de tono principesco, ante el cual mi timidez quedó aterrada.

—¿Qué vienes a buscar aquí, amigo, y cómo encontraste el camino hasta nosotras?

Alcé la vista y tropecé con unos hermosos ojos grandes que se posaban gravemente sobre mí.

—Encontré el camino hasta tu presencia después de cien días con sus noches que navegué solitario sobre el mar hostil, a través de cien angustias y noches pasadas en medrosa vela.

Supongo que al lector le habrá despertado esta escena el recuerdo de otra muy conocida, la del despertar de Ulises náufrago ante los juegos de Nausícaa y sus doncellas en las costas de Feacia (ζ, cf. especialmente 115 ss.).

Es este un paisaje odiseico, especialmente sugestivo entre la sugestividad general de esos pasajes de las aventuras marinas, con sus elementos arquetípicos del mundo de los "Märchen" folklóricos. En el enfrentamiento del náufrago, imagen de la vida desamparada y menesterosa, y el cuadro luminoso de las doncellas en juego alegre, ingenuo, risueño, con uno de esos contrastes en que el autor de la *Odisea* es maestro, se escenifica un momento plástico de una singular felicidad. Es, por otra parte, el encuentro del hombre experimentado, cansado, batido por los años y los sufrimientos con la joven princesa, símbolo de una adolescencia femenina soñadora e ingenua: un motivo típico, extremadamente general. La blanca princesa aguarda a su príncipe azul en un relato rosa.

Todos sabemos con qué maestría están sugeridos estos elementos en el poema homérico, y también cómo allí el desenlace no es el habitual en los cuentos, aunque sí el que responde al carácter del héroe.

Ulises resiste todas las tentaciones con tanta fuerza como a las sirenas: ha despreciado la inmortalidad junto a Calipso, no le ha interesado el mundo de ultratumba —como ya notaba la Srta. Stella comparándolo magistralmente con la patética ansiedad de Gilgamesh—, y ahora pasará de largo junto al amor ilusionado de Nausícaa sin notarlo siquiera. Lo que le defiende de estas fabulosas seducciones no es su astucia, sino su angostura mental, su rígida voluntad, su fondo de héroe burgués.

La poesía de este encuentro y esta separación ha sugestionado a grandes poetas, como a Goethe ya viejo o a nuestro Maragall, que nos han dado sus interpretaciones personales. En Maragall se acentúa la tristeza de la despedida, la distancia, la misteriosa lejanía con ciertos dejos sentimentales, un tanto a lo Maeterlinck. Aquí, sin embargo, Hesse no se ha servido de todo el episodio, sino sólo de una escena, que está engarzada en un conjunto de finalidad y tono muy diferente al odiseico.

En toda rememoración literaria hay ciertos rasgos que se conservan y otros que se alteran siguiendo la nueva intención literaria. En el cuento de Hesse se han conservado los detalles típicos más plásticos de la escena, por ese valor simbólico que hemos resaltado en el encuentro del naufrago, que es la vida como lucha, arrojo, cifra de una concepción “existencialista” del vivir, y el coro de jóvenes, que es la vida como juego gracioso, puro y confiadamente inocente. También el naufragio en la isla es, creo, un motivo simbólico. La isla es símbolo de alejamiento, hogar frecuente de míticos paraísos.

En cambio, lo que se sustituye es el personaje de la princesa, que no es aquí ya la adolescente soñadora, sino una diosa tutelar.

Te conozco bien, hombre agobiado. He campeado sobre tu vida, he hablado a tu afán infantil, de montañas azules, y a tu piedad juvenil, de dioses. Muchas veces señalé a tus intuiciones las imágenes y las parábolas de la belleza. ¿No fuiste tú quien destruyó los templos en que te enseñaba a rezar y quien ultrajó los jardines del amor, cuya entrada te enseñara?

Aquí aparece la joven doncella trocada en una diosa tutelar: es una imagen de esa Eterna Madre que aparece frecuentemente en la obra lírica y novelesca de Hesse, cuya voz oye el hombre, *ewiger armer Held*, *ewiger Odysseus*, en sus momentos de desamparo (cf. *Märchen*, Francfort, 1964, 93) y en la que cualquier lector de Jung reconocerá uno de los símbolos fundamentales de la vida humana.

He aquí cómo un pasaje clásico se interpreta en un conjunto de significación diferente al original, y cómo la oposición de ambos conjuntos nos sirve para una más neta visión de ambos.

CARLOS GARCÍA GUAL

sociedad española de estudios clásicos

REUNIÓN DE LA JUNTA DIRECTIVA

Se celebró el 25 de mayo último, bajo la presidencia del Dr. Díaz, quien informó del desarrollo del Primer Simposio de la Sección de Barcelona, habido en Ripoll, que se reseña más adelante.

La Junta confirmó la designación de la Directiva de la Sección de Granada, para la que habían sido elegidos D. V.-E. Hernández Vista, como Presidente; D. Jesús Lens Tuero, como Vicepresidente; D.^a M.^a de los Ángeles Durán, como Secretaria.

El Dr. Rodríguez Adrados se congratuló de la aparición de las *Actas* del III Congreso con relativa prontitud y excelente presentación. Tras una intervención del Secretario, que razonó ante la Junta el procedimiento seguido para una efectiva distribución de las mismas, la Directiva, a la vista de los resultados obtenidos, dio su aprobación y autorizó los gastos originados por dicha distribución. El propio Secretario dio cuenta del próximo Congreso de la F. I. E. C., que se celebrará en Bonn durante los días 1 a 6 de septiembre de 1969.

Ante el informe del Sr. Tesorero, se acordó una reimpresión de 6.000 ejemplares de la *Nueva Antología de la "Iliada" y la "Odisea"*, así como gestionar su distribución para el curso próximo a través de una firma bien introducida en el ambiente editorial de la Enseñanza Media. Se acordó reeditar también *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, de D. M. Fernández-

Galiano, publicación de la Sociedad muy solicitada desde que se agotó a poco de su aparición.

El Dr. Ruipérez abogó por una difusión de la convocatoria de premios del Concurso de Preuniversitario que produzca mayor impacto entre el alumnado de la Sección de Letras de dicho curso.

La Junta deliberó ampliamente sobre las posibilidades de la Sociedad para promover la organización de un catálogo nacional de la bibliografía clásica existente en las principales bibliotecas españolas, de modo que sus fondos pudieran ser mutuamente conocidos en los ficheros de cada una de ellas. El Dr. Fernández-Galiano quedó encargado de estudiar el aspecto financiero del proyecto, y los Dres. Ruipérez y Díaz, de formular un plan de ejecución práctica. Asimismo, la Srta. Francia lo fue de informar sobre una posible nueva edición de diapositivas de tema clásico.

Se acordó subvencionar, de manera parecida a como lo había sido el de Ripoll, el Simposio proyectado para los primeros días de noviembre por el Distrito universitario de Madrid, sobre el que puede verse información más adelante. A su vez, el Dr. de Palol dio cuenta de la organización del Congreso de Arqueología Cristiana en Tarragona, para octubre de 1969, e invitó oficialmente a la S. E. E. C. La Junta agradeció la invitación y acordó corresponderla designando en su día un delegado de la misma para dicho Congreso.

I SIMPOSIO DE LA SECCIÓN DE BARCELONA

Durante los días 2, 3 y 4 de abril de 1968 tuvo lugar en Ripoll el I Simposio de la Sección barcelonesa de la S. E. E. C. Asistieron a los actos más de ciento veinte personas, entre otras el profesor Jean Carrière, de Tolosa, especialmente invitado, y el Dr. Díaz y Díaz, quien cerró los actos.

La finalidad primordialmente buscada, el contacto tranquilo y sin prisas, lejos de la gran ciudad, entre las personas que se dedican a nuestros estudios, así como un mayor conocimiento entre profesores y alumnos, ha sido plenamente logrado.

En la sesión del 2 por la tarde, D. Eduardo Valentí leyó su ponencia sobre *La tradición clásica en la poesía de la Renaixença catalana*, a la que presentaron comunicaciones D. Antonio Piqué (*Salvador Espriu, del caos al cosmos*), D. Antonio Comas (*Gramáticas latinas en catalán en el período de la decadencia*), D. Manuel Balasch (*Horaci als païssos catalans*), D.^a M.^a Montserrat Jufresa (*Farran i Majoral, traductor de Luciano*) y D.^a Àngela Carramiñana (*Dos versiones del mito de Prometeo: Esquilo y Eugenio d'Ors*).

En la del 3 por la mañana, la ponencia de D. Carlos Miralles (*Estado actual de los estudios sobre la tragedia clásica*) fue acompañada de comunicaciones del profesor Jean Carrière (*Sófocles, el punto sublime de la tragedia*) y de D. José Casorrán (*En torno a la "Licurgia" de Esquilo*), D. Juan Castellanos (*L' "Oresteia" en la democràcia grega*), D. Juan Alberich (*Esbozo sociológico del "Edipo rey"*), D. Juan Sariol (*En torno al "Áyax"*), D.^a Eulalia Vintró (*Tucídides y Sófocles ante la peste de Atenas*), D. Antonio Seva (*La doble recensió de les tragèdies de Sèneca*) y D. Jesús Marijuán (*La "Andrómeda" de Sófocles*).

El 3 por la tarde se desarrolló un animado coloquio sobre los problemas que tiene planteada la enseñanza de las lenguas clásicas.

La ponencia del 4 por la mañana corrió a cargo de D. Emilio Lledó, que habló de *Estructuralismo e historia de la Filosofía*, con comunicaciones de D. Virgilio Bejarano (*Unamuno, lector de Lucano*), el R. P. José Vives, S. I. (*Posibilidades de un Humanismo en la época actual*) y el R. P. José O'Callaghan (*Fragmento de documento administrativo*).

El discurso de clausura, en la tarde del 4, fue pronunciado por D. Manuel C. Díaz y Díaz, presidente de la Sociedad, quien disertó sobre *El papel de los monasterios en la transmisión de la cultura en Cataluña*.

Se realizaron visitas al museo-archivo folklórico de Ripoll y monasterio de san Juan de las Abadesas. En sesión de "cine-forum" fue proyectada la *Electra* de Kakoyanis.

SIMPOSIO SOBRE EL LEGADO DE LA ANTIGÜEDAD CLÁSICA

Valle de los Caídos, 1-3 de noviembre de 1968

Como culminación de las actividades científicas del presente año, la Junta Directiva proyecta para los días 1 a 3 de noviembre próximo un Simposio dentro del Distrito Universitario de Madrid.

Los puntos de conversación, aparte de algunos de carácter general, versarán sobre diferentes aspectos del legado de la Antigüedad clásica. Por el momento se prevén, entre aquéllos, coloquios dedicados a los orígenes del teatro y a la tipología de la Sintaxis clásica, y entre éstos, otros sobre la presencia de la poesía clásica en la España antigua, los autores clásicos en general en el Renacimiento español y la actualidad de Ovidio. Como relatores actuarán, respectivamente, los Dres. Rodríguez Adrados; García Gual; Mariner; Rubio, Fernández Pomar y P. Andrés; y Ruiz de Elvira. En los coloquios a que las indicadas relaciones den lugar podrán tomar parte todos los socios inscritos en el Simposio. Con el fin de que las discusiones alcancen un elevado nivel mediante la preparación necesaria, los inscritos tendrán a su disposición desde primeros de octubre un esquema amplio de cada uno de los temas.

A su vez, los socios estudiantes podrán aspirar a alguna de las ayudas que la S. E. E. C. pone a disposición de los veinte con mejor expediente académico entre los que las soliciten antes del 15 de octubre próximo mediante presentación de los correspondientes certificados de estudios.

SESIÓN CIENTÍFICA EN SALAMANCA

7-V-1968

El R. P. José Oroz Reta, O. S. A., habló *En torno a una metáfora agustiniana*.

La metáfora del puerto, aplicada a la vida humana, debió de entrar muy pronto en la literatura grecorromana. El mismo concepto real del puerto se presta muy bien para una aplicación metafórica a la muerte, final de la dura navegación de la existencia humana. Descubrimos las primeras muestras de la metáfora en los trágicos griegos, aunque seguramente se remonta a autores que no conocemos. Más tarde se aplicará la metáfora a la vida retirada. Aunque no aparece expresamente en los filósofos griegos la metáfora del puerto de la filosofía, sí que podemos pensar en ella cuando leemos expresiones como λιμὴν ἡσυχίας, que luego pasa a los latinos como *portus tranquillitatis*. La misma dualidad y oposición entre *uita contemplatiua* y *uita actiua* —*otium* frente a *negotium*— encontrará fórmulas literarias que conducen directamente a la metáfora del puerto de la filosofía.

Entre los latinos es Cicerón el que la emplea con más frecuencia. Su misma vida, repartida entre las preocupaciones de los negocios políticos y las aspiraciones a una vida silenciosa y retirada, se centra con frecuencia en la metáfora del *portus philosophiae*, *portus solitudinis*, *portus silentii*, etc. Esas metáforas pasan luego a Séneca, cuya vida es muy semejante a la de Cicerón. Y es, sobre todo, Agustín el que recoge la herencia literaria y filosófica de la metáfora del puerto. Los escritos de Casiciaco aludirán frecuentemente a ella. La vida del convertido de Milán se centra muy bien en el “puerto de la filosofía”. Pero ya no se trata de la filosofía humana, sino de una filosofía cristiana, que luego seguirá siendo la base para la metáfora aplicada a la vida monástica.

A continuación, el R. P. Julio Campos, Sch. P., disertó sobre *Un caso de metasemia en la lengua monástica*.

La comunicación hace historia de los sentidos y valores del término *propositum* desde su primera constatación en la literatura latina hasta su uso en las Reglas monásticas de los Padres hispanos visigóticos. Se estudia en Julio César, Cicerón, Virgilio, Horacio; se señalan como más influyentes en el cambio semántico Fedro, Séneca, Quintiliano. En los Padres y escritores cristianos es donde más se acusa y acentúa el valor de “género de vida”, sin perder por eso el sentido subjetivo de “intención, resolución”. Son testigos excepcionales a este respecto las traducciones latinas de las Reglas orientales y de las *Vitae Patrum*, sobre todo la *Vita Sancti Antonii*, que se compara con el original griego. En el siglo vi, las Reglas de S. Leandro, S. Isidoro, Fructuoso, el *De distictione monachorum* de Eutropio de Valencia y el *De monachis perfectis* de Valerio del Bierzo marcan el valor objetivo de “vida u observancia monástica” para el término *propositum*. Se da una explicación lógico-psicológica y estilística del fenómeno.

Por último, D. Antonio López Eire se ocupó de *Un problema de dialectología griega*.

No es necesario contar con dos desinencias ni con dos tratamientos fonéticos de *-sy- para explicar el genitivo de singular temático en griego a partir de ide. *-osyo.

Operando con la hipótesis (Ruipérez) de la existencia en griego prehistórico de sonantes geminadas originadas en grupos s + sonante, sonante + s, se admite *-osyo > *-oyyo en los sustantivos, adjetivos y pronombres (incluido *toyoy cuando todavía era pronombre demostrativo). Ahora bien, se observa en varias lenguas, p. ej. románicas y germánicas, que el artículo, como forma átona que es, no admite geminada. Por ello se supone que, cuando ô, ñ, τό pasó a ser artículo, *toyoy simplificó su geminada dando toyoy (y ello antes de la eliminación general de las geminadas en todos los dialectos menos en lesbio y tesalio). El micénico to-jo debe de encubrir *toyoy. En Homero τοῖο siempre es pronombre y resulta de *toyoy con caída de -y- intervocálica. El tesalio oriental τοι procede de *toyoy con apócope. Las otras formas homéricas τῶο, τοῖ, τῶ resultan fonéticamente de *toyoy. La desinencia del artículo se extendió a adjetivos y sustantivos, fenómeno que es bien conocido.

NOTA DE SECRETARÍA SOBRE DISTRIBUCIÓN DE LAS "ACTAS" DEL CONGRESO

Con el fin de asegurar al máximo su recepción por parte de los destinatarios, esta Secretaría les ofreció, o bien retirarlas personalmente o por persona debidamente autorizada, o bien confirmar la dirección que obraba en sus archivos antes de proceder a remitírselas por correo certificado.

Gracias a estas precauciones, de más de 350 ejemplarse ya distribuidos hasta el presente sólo cinco han sido devueltos por no haber sido retirados de Correos en el plazo debido. Los nombres de los señores congresistas, así como las direcciones a que dijeron que debían enviárseles las *Actas*, que tienen en esta Secretaría a su disposición, son los siguientes:

- D.^a Manuela Elisa Escribano Carrasco. — Jorge Juan, 16, 4.º. Madrid.
- D. Andrés Espinosa Alarcón. — Travesía de Gracia, 205, pral. 1.ª Barcelona.
- D.^a M.^a Carmen Ferreres. — José Benlliure, 33. Valencia.
- D.^a M.^a Inmaculada Pérez Ledesma. — Melchor Cano, 23. Salamanca.
- D. Juan Sariol Díaz. — Floridablanca, 133. Barcelona.

Mayor dificultad ofrece el caso de los señores suscriptores que no han contestado todavía confirmando su dirección, lo cual permite temer que

ni siquiera recibieron la notificación en que se les rogaba que lo hicieran. Por si alguno de los lectores de esta revista puede contribuir a que lo hagan, anotamos sus nombres a continuación:

D. Alfredo Arbeloa Sánchez.
D. Bernardo Castell Oliver.
D.^a M.^a Caridad Castillo Fernand.
D. José Comas Soler.
D. Antonio Domínguez Calvo.
D. José Javier Iso Echegoyen.
D. Eustaquio Martín Miguel.
D. Antonio Muñiz Muñiz.

D.^a M.^a Luz Navarro Mayor.
D. José L. Ortega Ruiz.
D. Pedro Patiño Castillo.
D.^a M.^a Cruz Quintana Jiménez.
D. Perfecto Rodríguez Fernández.
D.^a Jesusa Sainz Herrero.
D. Rafael Sevilla Paños.
D.^a Isabel Suárez Manrique de Lara.

Agradecemos vivamente la amabilidad de cuantos señores destinatarios han devuelto debidamente diligenciado el acuse de recibo enviado con las *Actas* y de nuevo rogamos encarecidamente que tengan la bondad de hacerlo cuantos, habiéndolas recibido, no lo han remitido todavía.

Recordamos, por último, que la Sociedad sólo distribuye los ejemplares ya percibidos en su día a precio de suscripción (esto es, de señores congresistas y suscriptores de las *Actas*); quienes, sin serlo, estén interesados en recibir las, deben dirigirse a la distribuidora, Librería Científica Medinaceli, Duque de Medinaceli, 4 (Madrid 14), la cual hará a los señores socios de la S. E. E. C el descuento sobre el precio de venta habitual con respecto a las publicaciones de la misma.

NUEVOS SOCIOS

D. Aurelio Pérez Jiménez. — Atarfe (Granada).
D.^a M.^a Teresa Baixauli Merino. — Madrid.
D. Marcelo Vigil. — Granada.
D. Pablo Piernavieja Rozitis. — Madrid.
D. Sebastián Bartina Gassiot. — S. Cugat del Vallés (Barcelona).
D. José Castro Sánchez. — Torrox (Málaga).

BAJA DE SOCIO

D. Alejandro Lifchuz.



NUEVOS SOCIOS ESTUDIANTES

Granada

- D.^a M.^a Encarnación Álvarez González.
D.^a M.^a Carmen Andújar Carrasco.
D. Luis Andrés Argüello García.
D.^a M.^a Teresa Cardona Martín.
D. Emiliano Carrasco Caballero.
D.^a Ana Colmenero Alcántara.
D. José González González.
D.^a M.^a Pilar Higuera Jiménez.
D. Martín Jiménez Cobo.
D. Rafael Lázaro Pérez.
D. Eduardo Martín de Hoyos.
D.^a Valentina Mejías González.
D.^a M.^a Luisa Moreno Sainz-Pardo.
D.^a M.^a Ángeles Nieto Lorite.
D.^a Ramona Núñez Quintana.
D. José Ortigosa Ruiz.
D.^a Antonia Pérez Martín.
D.^a M.^a Milagrosa Poyato Cabello.
D. Juan Rodríguez Ruiz.
D. Julián Sánchez Casares.
D.^a M.^a Concepción Valdiviero Ramos.
D. Jesús Vázquez González.
D. José Yélamos Rubio.
D. José Zamora Jiménez.

Madrid

- D.^a M.^a Luisa Arribas.
D.^a Elena Bombín Izquierdo.
D.^a Elena Cánovas Cabrerizo.
D.^a M.^a Dolores Carrión Gutiérrez.
D.^a Rosa Centeno Martínez.
D.^a M.^a Eugenia Díaz Pascual.
D.^a Alicia Esteban Santos.
D. Julio de la Flor Pardo.
D.^a M.^a Julia Martínez Gamó.

- D.^a M.^a Ángeles Moreno Hebrero.
D. Agapito Pérez Bodega.
D. Ramón Pérez Díaz.
D. Fernando Sojo Rodríguez.

Mieres

- D. Manuel Rodríguez Dorado.

Salamanca

- D.^a M.^a Ángeles García de Veas Oterino.
R. P. A. Márquez.
R. P. I. Ruiz.

Sevilla

- D. José Federico Almeida Nesi.
D.^a Ángela Antolín Espino.
D.^a Ana M.^a Candón Peña.
D. Sebastián Ganga Macho.
D. Bruno Gonzalo Delgado.
D.^a M.^a Carmen Guerra Fernández.
D.^a Gloria Jiménez Rubio-Manzanares.
D. Manuel Linares Delgado.
D. José Marín Pérez.
D. Clemente Medina Díaz.
D. Francisco Pérez Moreno.
D.^a M.^a Dolores Porras Castro.
D. Juan Carlos Sánchez González.
D.^a M.^a Carmen Serrano Urbano.
D.^a M.^a Reyes Valdecantos García.
D. Juan Bosco Villalba Caballero.
D.^a M.^a Carmen Virela Gallego.

Zaragoza

- D. Jesús Javier Arce Martínez.
D. Lorenzo Fernández López.

información bibliográfica

RESEÑAS

ESTUDIOS CLÁSICOS publicará, en el grado en que lo permitan el espacio y la índole de la revista, reseñas bibliográficas de aquellos libros más o menos relacionados con nuestras materias cuyos autores o editores envíen un ejemplar a la Redacción.

IIRO KAJANTO: *Supernomina. A Study in Latin Epigraphy*. Helsinki, Societas Scientiarum Fennica, 1966. Un vol de 115 págs.

El autor, ya bien conocido en el campo de la antroponimia, nos presenta su obra como desarrollo monográfico de un tema apuntado en una de sus importantes contribuciones anteriores, *Onomastic Studies in the Early Christian Inscriptions of Rome and Carthage* (Helsinki, 1963). Abarca los testimonios de todo el mundo latino-hablante, sin más límites cronológicos que los marcados por el propio material.

Los *supernomina* quedan distribuidos en *agnomina* y *signa*, estudiados en las dos partes fundamentales del trabajo (caps. II-III y IV-V), pero no en el sentido tradicional, sino especializando conscientemente la denominación de *agnomen* para los añadidos mediante *quiquae et* y fórmulas análogas y la de *signum* para aquellos en que aparece este vocablo (*signa* propios) o van separados en forma de invocaciones o expresiones semejantes (*signa* separados). Ya desde aquí hay que formular unas objeciones que sobrepasan los límites de la mera terminología. La más obvia es que la división no responde al uso latino; en efecto, con respecto al *agnomen* es bien sabido que los testimonios —todos de época tardía, en torno al s. IV: cf. *Thes. L. L.* y *R. E. s. v.*— designan así los sobrenombres que se colocan al final de los nombres propios (*Excerpta de praen.* 2) y han sido adquiridos a lo largo de la vida (Pomp. gramm. V 141, 28) según acciones, cualidades o circunstancias varias (Char. gramm. I 152, 22 y otros) y que funcionan como un *cognomen* más, *ut Publius Cornelius Scipio Africanus*; no hay alusiones a fórmulas de unión de ningún tipo. Ciertamente que algunos

manuales (p. ej., el de Cagnat, pág. 53) prefieren para esos sobrenombres yuxtapuestos la rúbrica de "*cognomina* acumulados", por ser los testimonios latinos de *agnomen* de "basse époque", pero de ahí a emplear el nombre en un sentido no atestiguado ni tardíamente hay cierta distancia. *Signum*, por su parte, aparece en textos literarios, también tardíos, equivocando a veces a *agnomen* y *cognomen*: en definitiva, nombre que permite la identificación más inmediata.

Pues bien, todos los *agnomina* en sentido tradicional, esto es, los sobrenombres yuxtapuestos, quedan excluidos del presente estudio sin ningún apoyo teórico en el interior para la amplitud del título; sólo se ha contado con los que presentan fórmula de unión o colocación especial. Es más, la naturaleza de esa fórmula es la que condiciona, en último término, la tajante división en *agnomina* y *signa*.

Creo, sin embargo, que no pueden darse unos cortes tan limpios en el material que nos ocupa. Ello ocurre primera y especialmente entre los sobrenombres yuxtapuestos y los que el autor llama *agnomina*: tanto en unos como en otros concurren las características señaladas para los *agnomina* por los tratadistas, salvo, naturalmente, la formulación, pero la presencia o no de *qui et*, la integración completa o incompleta en el nombre oficial, puede depender sólo del grado de adaptación del sobrenombre, de su popularidad y, en definitiva, de la mayor o menor información del dedicante de la inscripción sobre la naturaleza de los nombres del titular de la misma. El propio autor nos proporciona pruebas de ello cuando en página 7 recoge casos como el de *Naucelliu Supestianu*, llamado en otra ocasión *Supestianu qui et Naucellius*: nada más claro para ilustrar los riesgos de la división. Ante ello, no parece recomendable dejar fuera los sobrenombres yuxtapuestos, aunque el problema de distinguirlos de los verdaderos *cognomina* ha de ser agobiante; cabría limitarlo a base de recoger sólo aquellos que, por su naturaleza o por datos de la inscripción, resulten especialmente sospechosos, casos como una *Galla Valeria Coloba* (CIL II 4592) y tantos otros; en todo caso, quien decida no afrontar la cuestión, creo que debe justificarlo.

En segundo lugar, tampoco es muy clara la diferencia entre los sobrenombres con *qui et*, *siue*, etc. y los *signa*. En ambos, el grado de integración con respecto al nombre oficial es el menor: aun cuando constituyeran el nombre individual por el que se identificaba comúnmente a una persona, es indudable que se siguieron sintiendo como "añadidos". ¿Qué los diferencia? El autor —que llega a hablar de sinonimia entre *signa* propios y *agnomina* en *-ius* en pág. 53— señala tres rasgos distintivos: la expresión del vocablo *signum*, el gran incremento entre los *signa* de nuevas formaciones en *-ius* y el hecho de que los *signa* de mujer muestren terminaciones masculinas. El primero —la fórmula— es válido, por supuesto, pero creo que se puede rebajar la importancia de los otros dos, de un lado porque también hay algún caso de *agnomen* masculino para mujer (p. ej., CIL XIII

2591: *Victoriae L(a)tine que et Simplicius*) y muchos de formaciones en *-ius* entre los *agnomina* con *qui et* (cf. Diehl en págs. 406-407 de *Das Signum*, en *Rhein. Mus.* LXII 1907, 391-420); y de otro porque, aunque es cierto que numéricamente estos dos rasgos son más frecuentes entre los *signa*, esa superioridad puede explicarse, me parece, por la cronología. La expresión *signo*, según indica el autor, debió de introducirse en la segunda mitad del siglo II; al ser posterior a las otras formulaciones hubo, ya que no de suprimirlas, de invadir su terreno; y si, como parece, su extensión coincide con la de las formaciones en *-ius*, invocaciones en *-i* y, en segundo término, invariabilidad del masculino en los sobrenombres en *-ius*, puede verse en todo ello una mera conjunción de rasgos dentro de la evolución. En resumen, lo que fundamentalmente varía entre *agnomina* y *signa* es la fórmula de expresión; cierto que el sobrenombre puede proceder de circunstancias muy distintas y, a veces, clasificables, pero ni siquiera la naturaleza de las palabras usadas difiere mucho de unos grupos a otros. Para comprobarlo basta repasar la lista del capítulo V y ver cuántos sobrenombres aparecen en distintas expresiones. *Eusebius*, p. ej., está atestiguado como nombre de los miembros de un colegio, como *signum* propio, *signum* separado y *agnomen*. Hay que ver, pues, los sobrenombres como un campo amplio, confuso por la comprensible libertad de este tipo de palabras, en el que las modas imponen distinciones formales que no parece que tengan por qué condicionar divisiones profundas. Ahora bien, suavizando el rigor de las fronteras, el intento de poner orden en un terreno tan difícilmente controlable resultará útil, sin duda.

El estudio de cada uno de los dos grandes grupos señalados es detallado y claro, precedido de cuadros de frecuencia por regiones; se analizan las variedades sintácticas y morfológicas, el origen y cronología, dando muchas veces interpretaciones muy certeras, tanto de conjunto (p. ej., sobre el origen de los *signa* separados en *-i*) como de casos concretos. Sobre los *agnomina* concluye que son de influencia griega: *qui/quae* et traduce δ/η και, y la distribución geográfica parece corroborarlo; pero el formalismo del procedimiento que sigue el autor nos plantea dudas. En la página 8 no se decide a proponer como ejemplo más antiguo conocido el pompeyano ...*qui uocatur Armentarius* porque no se ajusta a la fórmula *qui et* y "puede haber sido escrito independientemente de cualquier influencia griega"; entonces ¿es solamente la fórmula lo que tiene origen griego? En verdad, la supresión del verbo a partir de expresiones como *qui et uocatur* es algo tan sencillo, que más bien puede entenderse el influjo griego en un sentido más amplio, pero menos profundo: obraría uniformando el uso de los sobrenombres, contribuyendo, quizás, a la moda de indicarlos en los epitafios, pero no haciendo nacer nada sustancialmente distinto a lo que ya existía. Presenta los *signa*, en cambio, como innovación propiamente latina, indiscutible por lo que hace a la fórmula.

La distribución social de los *agnomina* sugiere una precisión: el autor, conectando el "origen griego" con la escasez de testimonios epigráficos de su uso entre las clases sociales altas, deduce que era peculiar del "common people", de las clases en que más contó la influencia griega. Sin entrar a discutir si los *clarissimi* e *inlustres* estuvieron inmunizados contra lo griego, lo cuestionable aquí es el carácter de vulgar que se da a la indicación del *agnomen*, debido a que se destaca su escasez entre las clases elevadas cuando lo verdaderamente significativo es el hecho de que aparezcan entre los nobles por débilmente que sea; esto es lo que nos hace considerarlo como un uso simplemente "familiar", y así se explica su frecuencia en zonas habitadas por agrupaciones profesionales caracterizadas y en núcleos urbanos comunes. Esos individuos eran conocidos por el "apodo", mientras que, en cambio, cuanta más trascendencia pública tuviera una persona, tanto mejor podría ser identificada por su nombre oficial, quedando el familiar dentro de su casa y las de sus amigos.

Se estudian detenidamente los aspectos gramaticales, especialmente la concordancia en las fórmulas y sus peculiaridades; en cambio, cuando se trata de reflejos de las circunstancias generales, la visión resulta algo estrecha. No merece demasiado la pena estudiar, p. ej., la situación del relativo en estas expresiones, puesto que no ofrece ninguna originalidad en cuanto a usos vulgares; es más, parece ingenuo decir (pág. 14) que *quae* reemplaza a *qui* en *Alexandro que et Nat...*

Resuelve el autor las continuas dificultades que plantea el material con análisis e interpretaciones muy interesantes, como el del epitafio de Sosia Iuliana (págs. 59-60). Muy bien caracterizados, los *signa* y *nomina sodaliaria*. Frente al gran volumen de aciertos, que hacen este libro imprescindible para los estudiosos de la onomástica, se puede reprochar cierta tendencia general a la simplificación, que apaga un poco la naturalidad y viveza de esta parte de la antroponimia: si hay que admitir la libertad de acuñación que revelan apodos conocidos, como *Manu ad ferrum* o *Cedo alteram*, el lector notará que algunos de los casos que se dan como corruptos o de origen dudoso podrían ser perfectamente latinos (cf. págs. 31-32), particularmente si se considera nuestro desconocimiento del léxico vulgar.

En conjunto, se trata de encasillar demasiado. Unas muestras: si *Patronus*/*Matrona* forman una pareja formal, ¿por qué separarlos como *agn.* de ocupación aquél, de posición éste? *Caluus*, *Cassandra* se consideran peyorativos "por las implicaciones", pero no parece que los epitafios den cabida a términos especialmente virulentos; en el mismo sentido, aunque es cierto que el diminutivo puede tener valor peyorativo, resulta excesivo aplicarlo a casos como *Adigillus*, apodo de banquero satisfactoriamente explicado por lo demás. Poco convincente resulta, por simplista, la consideración de *Aeoni*, *Aetheri*, *Amanti* como *signa* acuñados después de la muerte (pág. 64), puesto que hay testimonios de ellos como *cognomina* incluso.

Unas observaciones más: en el uso del gentilicio como *agnomen* se nota la falta de alusiones a la adopción, expuestas en el capítulo siguiente (pág. 41) sin demasiado entusiasmo. En otro campo, no parece definitiva la explicación que se da al *agn. Στραμῶσος*: no creo que repugne más la aparición de *ō* por *ū* (rasgo rural como resultado del diptongo *ou*, extendido incluso a *u* originaria) en *struma* que la anomalía de derivación a partir de *στρῶμα*.

En fin, el texto es muy cuidado; sólo en pág. 92, lín. 16 se lee "1957" por "1907". — ROSA M.^a FRANCIA.

T. LIVI: *Ab urbe condita liber XXII*. Édition, introduction et commentaire de G. VALLET. Érasme, Collection de Textes Latins Commentés. París, Presses Universitaires de France, 1966. Un vol. en 8.º mayor de 213 págs.

De nuevo un tomo de la ya conocida serie "Érasme": el libro XXII de las *Historias* de Livio. En líneas generales responde al planteamiento de la colección: introducción de tipo informativo, dedicada sobre todo a analizar el contenido del libro editado; ligera referencia a la tradición manuscrita y bibliografía básica; texto con aparato crítico reducido al máximo y amplio comentario a pie de página.

Partiendo del contenido del libro XXII, hace Vallet un análisis de tipo general sobre la existencia o no existencia en Livio de cualidades de historiador; al negarle éstas se ve obligado a fundamentar el valor de su obra en su calidad de escritor que a través de sus cuadros literarios nos ofrece una visión de la época descrita desde un punto de vista humano. Aunque referidas al libro XXII, las conclusiones pueden aplicarse en líneas generales a toda la obra de Livio. En realidad, quizá la discusión sobre sus cualidades de historiador debieran quedar marginadas y ceder paso a un planteamiento de carácter menos personal: actitud de una época ante el género historia y finalidad perseguida con la misma. También discute brevemente el problema de las fuentes sin llegar a pronunciarse en ningún sentido, por lo que podría hablarse mejor de exposición que de discusión.

Es clara la breve noticia sobre manuscritos y la parte bibliográfica.

La edición es cuidada y extenso el comentario. En el aparato crítico se echa de menos en ocasiones un poco más de amplitud, pues la cursiva del texto queda sin aclarar muchas veces, algunas de ellas importantes. En lo que se refiere al comentario, se presta especial atención, de acuerdo con la línea habitual, a las aclaraciones del contexto histórico e institucional; esta postura, que comparto, se ve sin embargo exagerada, con lo cual llegan a descuidarse excesivamente las referencias sintácticas, basadas siempre en la sintaxis de Ernout-Thomas. El comentario institucional e histórico es claro y completo, puesto al día en su bibliografía fundamental. — C. CODOÑER.

P. GONZÁLEZ SEDANO: *Lengua Latina. Gramática*. 3.^a ed. Madrid, Publicaciones de la Institución Teresiana, 1964. Un vol. de 202 págs.

Hay en el libro que reseñamos una evidente voluntad pedagógica manifiesta, por ejemplo, en las normas que se intercalan para enseñar a manejar el diccionario o en las que se dan para analizar oraciones, en las nociones introductorias sobre la oración y la flexión, en los recuadros finales con carácter de resumen que aparecen en los capítulos de sintaxis, en los cambios de tinta en los paradigmas del verbo para lograr una diferenciación incluso visual entre sus diversos temas o en los dos tipos de letra usados.

Pero ya en esto último sentimos perplejidad, pues no sabemos cómo interpretarlo y la autora no nos lo dice. Cabría pensar que los textos en tipo pequeño, a excepción de los paradigmas, no son para estudiarlos de primera intención. Este criterio no es difícil de mantener, con las naturales discrepancias, en la morfología. Pero en la sintaxis nuestro desconcierto es grande, especialmente en las oraciones subordinadas circunstanciales, que aparecen en su integridad, a excepción de las condicionales, en tipo pequeño.

Tal vez el criterio sea otro y, por tanto, no haya inconsecuencia, pero no podemos decir lo mismo en lo que respecta a la expresión de las cantidades en los paradigmas. Pueden señalarse sólo las cantidades precisas para una correcta acentuación, o bien las que llamaríamos morfológicas o desinenciales y que no aparecen en los diccionarios, o, lo que es mejor, ambas; pero, una vez fijado el criterio, debe seguirse siempre, lo que echamos bastante de menos en esta gramática. Hay cantidades equivocadas (léase *oratorī, nobilī, honestiorī, amavēritis, monēs, monēmus, monētis, lectūm, capēretis*), que deben de ser erratas. De éstas, en palabras latinas, hemos visto más de cuarenta: léase, por ejemplo, *viscera*, *Manium* (pág. 32), *praesenti* (35), *prope* (45), *puniuntur* (85), *venis*, *fido* (93), *erunt* (102), *quare* (129), *macte* (131), *ludis* (133), *nullae* (138), *quod si* (191), etc., además de varias en el cuadro de los numerales y en los indefinidos y correlativos.

No nos explicamos la ausencia de las formas del imperativo pasivo en los respectivos paradigmas, cuando antes (pág. 75) se han señalado las desinencias, donde precisamente *-minor* no es clásico. Se aprecian en diversos lugares de la obra errores, de los cuales los más graves afectan a las nociones elementales de fonética. Tal vez se debió prescindir de los cambios de vocales y consonantes, que, en todo caso, han de tener un valor de puro apoyo a la morfología. *Idem e ipse* no son propiamente pronombres demostrativos. *Ipsē* se puede usar con cualquier persona y no sólo con la tercera. Por afán pedagógico se da una explicación falsa a propósito de la expresión castellana *se lo* y similares (pág. 61). A los deponentes se los denominó así porque se pensaba que habían depuesto la respectiva forma, no la significación. Al hablar de las relaciones locales, en la conocida norma sobre el uso de las preposiciones debe decirse nombres *proprios* de lugar mayor o menor. La forma de gerundivo más *esse* sólo alcanza el valor de futuro

de infinitivo pasivo en época postclásica. En el estilo indirecto cabe que el verbo principal esté en tiempo primario y no sólo secundario, como se deduce de la explicación que se da. No se ha debido poner *inquit* introduciendo estilo indirecto (pág. 198). No se explica la distinción entre ablativo de limitación y de relación.

Uno piensa, quizá demasiado ingenuamente, que, cuando en el mercado hay un producto en abundancia, los nuevos que se lancen deben tener ventajas sobre los ya existentes, aunque éstas sólo radiquen en pequeñas innovaciones. Según un catálogo de la Comisión Asesora de Editores de Libros de Enseñanza para el presente curso que tenemos delante, hay veinticuatro gramáticas latinas oficialmente aprobadas para el Bachillerato, entre las que se encuentra la que reseñamos. Como profesor, agradecería mucho a los posibles nuevos autores que no se limitaran a repetirnos lo que ya está dicho hasta la saciedad y, en ocasiones, bastante mejor, sino que buscaran nuevos caminos, no debiendo ser obstáculo para ello el que existan unas normas concretas para la publicación de textos, pues éstas no creemos que sean inamovibles, ya que todo es mejorable. — JOSÉ A. CORREA.

P. GONZÁLEZ SEDANO: *Lengua Latina. Método. I*. 3.^a ed. Madrid, Publicaciones de la Institución Teresiana, 1964. Un vol. de 210 págs.

Acabamos de reseñar la Gramática latina de la misma autora, a la que sigue este *Método*. Como cabe esperar, la correspondencia no es rigurosa, sino que se entremezclan, dosificadas, las flexiones nominal, verbal y nociones elementales de sintaxis. No se trata de puras referencias a la Gramática, sino que se condensa la teoría en pequeños recuadros y se hacen observaciones de tipo práctico de las que, a veces, cabe discrepar: así, cuando se dice que las principales preposiciones de ablativo son *coram* y *sine*, o a propósito de las reglas de acentuación.

Consta fundamentalmente de dos partes: frases y textos. En la primera se da mucha importancia al análisis con ejercicios previos en frases castellanas. Igualmente y con gran acierto se acude a la retroversión, que aparece casi en la misma proporción que las frases latinas. Algunos ejercicios van acompañados de un amplio cuestionario que acostumbra al alumno a hacerse preguntas ante el texto. El vocabulario va apareciendo en pequeñas dosis delante de los ejercicios. Sería de desear, sobre todo en los nombres propios, que no se traspasaran los límites de un vocabulario básico.

Los textos presentados, acompañados de bastantes notas, pertenecen a los Evangelios, Fedro, Eutropio, Nepote y César. Se hace una pequeña introducción informativa de la persona y obra de cada autor. Se cierra el *Método* con un vocabulario doble.

De vez en cuando se deslizan erratas: léase, por ejemplo, *pudicitiam* (pág. 16), *divitiae* (20), *sedulus* (31), *ruber* (32), *strenuus* (62), *appropinquare* (82), *Cannensem* (103). A veces se prescinde de la costumbre editorial de poner con mayúscula los nombres de pueblos. — JOSÉ A. CORREA.

JEAN H. CROON: *Enciclopedia de la Antigüedad Clásica*. Madrid, Afrodiseo Aguado, S. A., 1967. Versión de MARIE PAULE BOL. Un vol. en cuarto menor de 307 págs.

Es natural que el público de hoy, más abierto que en otros tiempos a la cultura clásica, sienta la necesidad de datos elementales en este sentido, y causa satisfacción que la editorial Afrodiseo Aguado, en una serie de enciclopedias dedicadas a la Música, la Mitología, la Medicina, etc., haya decidido incluir esta traducción de un original holandés. El mérito de la breve obra estriba en la acertada elección de artículos y al cómodo desarrollo de ellos con un cúmulo de mutuas referencias. También resultan de gran utilidad las monografías dedicadas a *Esclavos y esclavitud* (pág. 107), *Helenismo* (144), "*Res publica*" (249), *Juegos Olímpicos y religión griega* (166), etc. Un tanto optimista parece la afirmación del prólogo, de que la obra "nos ofrece un panorama completo de la Antigüedad clásica en todos sus detalles", pero al menos los autores y editores hacen lo que pueden dentro de los cortos límites dados por la extensión concisa de la colección.

Las erratas (en pág. 106, col. 1, lín. 28 debe decir *Scipio*; en 143, 2, 35, "licenciosas"; en 196, 1, 3, *horribile*) no son abundantes; la presentación, cuidada; las fotografías y dibujos, muy aceptablemente reproducidos; se ha procurado excitar el interés del lector profano incluso introduciendo frases célebres, como *alea jacta est*; *ubi bene, ibi patria*; *carpe diem*; *ad calendas Graecas*, pintorescamente traducido con "la semana que no tenga jueves". El veredicto general tiene que ser favorable para libro tan pensado y ejecutado.

Pero, como siempre, el problema grave está en la anarquía tocante a traducciones, transcripciones y transliteraciones, especialmente de nombres griegos. Original holandés, traductora al parecer francesa, versión española sobre temas clásicos, todo ello habría hecho necesario una cuidadosa revisión encomendada a un técnico. ¿Por qué no se hace nunca esto? No es extraño que nuestros estudiantes, a pesar de los esfuerzos del profesorado de todos los grados, caigan en continuos errores.

Encontramos *polemarchos* y *eponymos*; *Atenea* junto a *Khalkioikos*; y, detrás de los lemas, falsas transliteraciones como *numphe*, *Oidipus*, *Eiskinés*, *Aegine*, *Aisopes*, galicismos muchas de ellas. *Vapheio* es, como tantas veces ocurre en estos casos, un híbrido que reemplaza indebidamente a *Bapheion* (correcta reproducción de las letras griegas) o *Vafío* (transcripción de la pronunciación griega moderna del topónimo); pero, además, en la pág. 111 encontramos *Cafeio*. ¡Cualquiera lo entiende! Pero incluso en los propios lemas se ha introducido la confusión: *Harmodios*, *Hefestos*,

Dionisos. Y todo esto es perturbador. No nos cansaremos nunca de insistir en ello.

Pero, en fin, bueno es que tales libros se publiquen. Quizá en una nueva impresión los editores atiendan nuestras observaciones. En todo caso, es ya notable su aportación, en este primer intento, a las Humanidades grecolatinas. — M.^a E. MARTÍNEZ-FRESNEDA.

REVISTA DE REVISTAS

Ampurias, vol. XXVIII (1966):

A. M. de Guadan: *Dos nuevas leyendas monetales en dracmas de imitación emporitana. Los tigrisenos* (107-122). — S. Mariner: *Correcciones a lecturas de epígrafes barcinonenses del Museo Arqueológico de Barcelona* (123-138). — L. Caballero Zoreda: *Estado actual del estudio de la cerámica "sigillata" clara en el Mediterráneo occidental* (139-156). — M. Almagro: *Sobre el posible origen de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas* (215-236). — M. Ribas: *Excavación de un silo ibérico* (237-242). — F. Martí Jusemet: *Una daga del Talij ingresada en el Museo Arqueológico de Barcelona* (242-245). — J. Ferrón: *La inscripción fenicia de la estatuita de Sevilla* (246-252). — J. O'Callaghan: *Lista de nombres personales* (252-255). — J. Bellmunt y P. Giró: *Dos columbarios en la cuenca del río Anoia* (255-261). — R. Pascual Guasch: *La nave romana de El Golfet (Gerona)* (262-265). — J. Badía: *Hallazgo de ánforas romanas en Llafranc (Gerona)* (265-266).

Archivo Español de Arqueología, vol. XXXIX (primero y segundo semestres de 1966, núms. 113 y 114):

H. G. Pfau: *"Augustianus Alpinus Bellicius Sollers" miembros de la "gens Cassia"* (3-23). — A. García y Bellido: *Nuevos documentos militares de la Hispania romana* (24-40). — C. Domergue: *Les lingots de plomb romains du Musée Archéologique de Carthage et du Musée Naval de Madrid* (41-72). — A. Blanco Freijeiro y J. M. Luzón Nogué: *Mineros antiguos españoles* (73-88). — M. A. del Chiaro: *Some Etruscan Red-Figured Vases in Madrid and Barcelona* (89-96). — M. Pellicer Catalán: *El Tossal de les Tenalles de Sidamunt y sus cerámicas pintadas* (97-112). — A. García y Bellido: *Las "trullae" argéneas de Tiermes* (113-123). — A. García y Bellido: *"Succellus" en España* (125-129). — F. de Almeida y O. da Veiga Ferreira: *Escultura romana em madeira de Idanha-a-Velha* (129-131). — A. García y Bellido: *Parerga de Arqueología y Epigrafía hispano-romanas (III)* (131-145). — A. García y Bellido: *Contribución al plano arqueológico*

de la Palencia romana (146-156). — C. Veny: *Algunas marcas de ladrillos y tejas romanos encontrados en Mallorca* (156-166). — A. do Paço y J. Bação Leal: *Castelo da Lousa, Mourão (Portugal). Una fortificación romana de la margen izquierda del Guadiana* (167-183). — A. Sánchez-Gijón Martínez: *Tumba de Bahía Blanca, Cádiz* (183-188). — E. Sandoval: *Villa romana del paraje de "Panes Perdidos", en Solana de los Barros (Badajoz)* (194-196). — M. García: *El castro de Castromao* (197-200).

Boletín Arqueológico de la Real Sociedad de Arqueología de Tarragona, vol. LXIV-LXV, fascs. 85-92 (1964-1965):

R. Pascual y Guasch: *Les àmfores de la necròpolis paleocristiana de Tarragona* (3-27). — V. Córdova Fernández: *Antonio Agustín y el Derecho romano* (65-107).

Boletín del Instituto de Estudios Helénicos, tomo I (1967):

F. J. Cuartero: *Estudios sobre el escolio ático* (5-38). — J. Alsina: *Sócrates, Platón y la Verdad* (39-43). — M. Balasch: *Sófocles y Simónides* (45-63).

Boletín del Instituto de Estudios Helénicos, tomo II, fasc. 1 (1968):

F. Ballotto: *Rileggendo gli "Uccelli" di Aristofane* (3-7). — J. Alsina: *Etapas en la visión trágica de Esquilo* (9-16). — C. Miralles: *Los tres "himnos a la Natividad" atribuidos a san Romano* (17-28). — A. Piqué: *El tema de la "Orestía" en T. S. Eliot* (29-42). — J. Alsina: *Notas críticas y exegéticas* (43-47). — F. Ballotto: *Ménandre et Aristophane* (49-50). — A. Espinosa: *Algunos rasgos de estilo en Tucídides* (51-56). — V. Conejero: *Algunos paralelismos coloquiales entre el griego y el español* (57-61).

Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLX, cuad. I (enero-marzo 1967):

J. M.^a de Navascués: *Onomástica salmantina de época romana* (7-9).

Boletín de la Real Academia de la Historia, tomo CLX, cuad. II (abril-junio 1967):

J. López de Toro: *Las "Tres jornadas" del holandés Juan Segundo* (157-194).

Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid, tomo XXXII (1966):

P. de Palol: *Demografía y arqueología hispánicas de los siglos IV al VIII. Ensayo de cartografía* (5-66). — F. de Wattenberg: *Saltés, la isla de la Atlántida y Tartessos* (125-205). — R. Martín Valls: *La circulación monetaria ibérica* (207-366). — M. Almagro Gorbea: *Nuevo grupo de jarritos litúrgicos de tipo copto procedentes de Cerdeña* (367-380).

Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, tomo XLIII, cuad. I (enero-marzo 1967):

F. Palau Martí: *Lingüística* (1-6).

Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura, tomo XLIV, cuad. I (enero-marzo 1968):

T. Utrilla: *El Mercurio de Chilches, bronce romano de excepción* (20-36).

Burgense, núm. 5 (1964):

N. López Martínez: *Visión paulina del mundo greco-romano* (9-33).

Burgense, núm. 6 (1965):

N. López Martínez: "*Episcopus cum presbyteris*" (111-135). — V. Proaño Gil: *San Cipriano y la colegialidad* (137-162).

Caesaraugusta, fascs. 25-26 (1965):

R. M. Trevijano Etcheverría: *Apuntes sobre la judería romana anterior al Cristianismo, I* (55-91). — C. Blasco: *Notas sobre unos restos de mosaico romano en Tarragona* (123). — M. Beltrán: *Sobre un ánfora romana de las Alhambbras (Teruel)* (124).

Caesaraugusta, fascs. 27-28 (1966):

A. Beltrán: *Más sobre Kernoi* (69-70). — E. A. Llobregat: *Un hallazgo de moneda púnica en la provincia de Alicante* (71-75). — M. Beltrán

Lloris: *Lucernas romanas del museo de Tarragona* (77-88). — R. M. Trevijano Etcheverría: *Apuntes sobre la judería romana anterior al Cristianismo, II* (89-125). — F. Orensanz: *Un hallazgo ibero-romano en Ariño* (151).

Convivium, núm. 23 (mayo-agosto de 1967):

J. de Lucca: *Teoría de la percepción en Platón: dos cuestiones* (69-75).

Emerita, vol. XXXIV, fasc. 2.º (segundo semestre de 1966):

J. M.ª Fernández Pomar: *La colección de Uceda y los manuscritos griegos de Constantino Láscaris* (211-288). — C. García Gual: *Análisis sintáctico y categorías semánticas* (289-294). — J. de Hoz: *"Ranas" 992-1007 y la representación de las emociones en la tragedia de Esquilo* (295-304). — A. Balil: *Funcionarios subalternos en Hispania durante el imperio romano, II* (305-313).

Emerita, vol. XXXV, fasc. 1.º (primer semestre de 1967):

A. Pariente: *Sobre "crēdere", "sacerdos" y el grupo de verbos "ab-", "ad-", "con-", "in-", "ob-", "per-", "subdere"* (1-43). — A. Ruiz de Elvira: *Los problemas del proemio de las "Geórgicas"* (45-54). — E. García Ruiz: *Estudio lingüístico de las "defixiones" latinas no incluidas en el "Corpus" de Audollent, I* (55-89). — C. García Gual: *La traducción y la "Metafísica" de Aristóteles* (91-104). — J. Gil: *Observaciones críticas a autores latinos* (105-108). — A. López Kindler: *El subjuntivo independiente latino y las funciones elementales de la lengua* (109-136). — A. Anglada: *La tradición manuscrita de Paciano de Barcelona* (137-161). — R. Coles: *Corrigenda ad "Notes on Menander's Sikyonios"* (163).

Emerita, vol. XXXV, fasc. 2.º (segundo semestre de 1967):

E. García Ruiz: *Estudio lingüístico de las "defixiones" latinas no incluidas en el "Corpus" de Audollent, II* (219-248). — F. R. Adrados: ΚΩΜΟΣ, ΚΩΜΩΙΔΙΑ, ΤΡΑΓΩΙΔΙΑ. *Sobre los orígenes del teatro* (249-294). — J. S. Lasso de la Vega: *Notas al "Gorgias"* (continuará) (295-314). C. Castillo: *El "Apologeticum" de Tertuliano: estructura y composición* (315-334). — M. Bravo Lozano: *El "Edictum Diocletiani": estudio de sus particularidades lingüísticas* (335-363).

Helmantica, vol. XVIII, núm. 55 (enero-abril de 1967):

C. Cartagena Carreño: *Demetrio Crisoloras y sus homilias inéditas a la Navidad y Resurrección del Señor* (5-54). — A. Gómez Nogueira: *La inspiración bíblico-profética en el pensamiento de san Justino* (55-87). — J. M.^a Fernández Pomar: *Manuscritos del VI Condestable de Castilla en la Biblioteca Nacional* (89-108). — J. Jiménez Delgado: *El latín en la encrucijada* (109-135). — A. Ortega: *Bimilenario de Salustio* (137-140). — J. Chailley: *Opiniones discutidas (el latín y el canto litúrgico)* (141-151). — C. Denarie: *¿Todavía el latín?* (153-157).

Helmantica, vol. XVIII, núm. 56 (mayo-agosto de 1967):

E. R. Panyagua: *La figura de Orfeo en el arte griego y romano* (173-239). — A. Pastrana: *El primer estásimo de la "Antígona" de Sófocles* (241-272). — J. Campos: *Sobre un documento hispano del bajo Imperio* (273-289).

Helmantica, vol. XVIII, núm. 57 (septiembre-diciembre de 1967):

J. Campos: *El "De comprobatione sextae aetatis libri tres" de S. Julián de Toledo* (297-340). — J. Guillén: *El latín de las XII Tablas* (341-401). — I. Roca Meliá: *La causa de Atenas y de la helenidad en el "Pro corona"* (403-429).

Helmantica, vol. XIX, núm. 58 (enero-abril de 1968):

H. Gundert: *Juego y verdad entre los griegos* (5-30). — I. Opelt: *Firmico Materno sobre las bacanales* (31-41). — J. Guillén: *El latín de las XII Tablas* (43-111). — J. Oroz: *El porvenir de los estudios clásicos en la cultura europea* (113-140).

Humanidades, vol. XIX, núm. 47 (mayo-agosto de 1967):

N. González Caminero: *Filosofía de la Filología* (155-171).

Madridier Mitteilungen, núm. 6 (1965):

H. Schubart: *Neue Radiokarbon-Daten zur Vor- und Frühgeschichte der iberischen Halbinsel* (11-19). — H. G. Niemeyer y H. Schubart: *Ein ostphö-*

nikisches Thymiaterron vom Cerro del Peñón (Almayate Bajo, Prov. Málaga) (74-83). — A. Blanco Freijeiro: *Ein figürlich verzierter bronzener Oinochoenhenkel aus Málaga* (84-90). — H. G. Niemeyer: *Archäologische Beobachtungen auf Formentera* (91-104). — G. Alföldy: *Ein hispanischer Offizier ritterlichen Standes in Niedergermanien* (105-115). — H.-G. Volbe: *Raecius Gallus und M. Raecius Taurus* (116-119). — R. Nierhaus: *Nochmals Raecius Gallus und M. Raecius Taurus* (120-126). — Th. Hauschild: *Vorbericht über die Arbeiten in Centcelles 3, Zum Grundriss des spätantiken Baus* (127-138). — H. Schlunk: *Zu den frühchristlichen Sarkophagen aus der Bureba (Prov. Burgos)* (139-166).

Madriider Mitteilungen, núm. 7 (1966):

B. Freyer-Schauenburg: *Kolaios und die westphönizischen Elfenbeine* (89-108). — A. Fernández de Avilés: *Zwei Skulpturen vom Cerro de los Santos in Orihuela* (109-115). — G. Nicolini: *Les bronzes votifs ibériques de la Préhistorische Staatssammlung, München* (116-155). — A. García y Bellido: *Nochmals über das Artemision von Sagunt* (156-161). — Th. Hauschild, S. Mariner Bigorra y H. G. Niemeyer: *"Torre de los Escipiones", ein römischer Grabturm bei Tarragona* (162-188). — R. Nierhaus: *Die wirtschaftlichen Voraussetzungen der Villenstadt von Italica* (189-205). — J. Deininger: *[...]aecius Tauri f. Gallus aus Tarraco, Sohn eines römischen Senators?* (206-209). — H. Schlunk: *Der Sarkophag von Puebla Nueva (Prov. Toledo)* (210-231).

Mélanges de la Casa de Velázquez, tomo II (1966):

C. Domergue: *Un envoi de lampes du potier "Caius Clodius"* (5-50).

Mélanges de la Casa de Velázquez, tomo III (1967):

C. Domergue: *La mine antique de Diógenes (Province de Ciudad Real)* (29-92). — D. Nony: *Un trésor monétaire du Bas-Empire à Tarifa (Cádiz)* (93-114).

Minos, vol. VIII, fasc. 2 (1967):

E. L. Bennett, Jr.: *Linear B-abel. Notes on the Transcription of the Mycenaean Ideograms* (63-99). — M. Lejeune: *Contexte et interprétation* (100-114). — J. Chadwick: *Mycenaean "pa-wo-ke"* (115-117). — J.-P. Oli-

vier: *Le "damokoro": un fonctionnaire mycénien* (118-122). — L. R. Palmer: *Some Comments on the Preceding Paper* (123-124). — R. Schafer: *"Lycia, Milya, Solymoi". A New Anatolian Language* (125-129). — R. Kamm: *Systematik der Hagia Triada-Ideogramme und -Ligaturen* (130-148).

Minos, vol. IX, fasc. 1 (1968):

M. Lejeune: *Chars et roues à Cnossos: structure d'un inventaire* (9-61). J. Chadwick: *The Group "sw" in Mycenaean* (62-65). — O. Masson: *Études d'épigraphie chypro-minoenne, I* (66-72). — A. Hurst: *Quelques observations sur le diptyque PY Sn 64 + An 218* (73-80). — Y. Duhoux: *Le groupe lexical de δδωμι en mycénien* (81-108). — C. J. Ruijgh: *Les noms en "-won- (-āwon-, -īwon-), -uon-" en grec alphabétique et en mycénien* (109-155). — M. S. Ruipérez: *Some Remarks on the Mycenaean Verbal Ending -τοι* (156-160).

Noticiario Arqueológico Hispánico, vols. VIII-IX (1964-1965):

M. Fernández Rodríguez y C. Alonso del Real: *Castro de Fazouro* (156-157). — E. Cuadrado: *Las excavaciones de la necrópolis de Riba de Saelices (Guadalajara)* (158-161). — J. de C. Serra-Ráfols: *Excavaciones en la muralla romana de Barcelona* (162-165). — H. Schlunk y Th. Hauschild: *Sucinto informe sobre las excavaciones en Centelles* (166-171). — M. Peller: *Excavaciones en el yacimiento romano de los "Baños de la Reina", Calpe (Alicante)* (172-176). — R. Pita Mercé y L. Díez-Coronel y Montull: *Informe sobre la primera campaña de excavación de la villa romana de "El Romeral", en Albesa (Lérida)* (177-189). — C. Blanco: *El mosaico de "Marchenilla" (Jimena de la Frontera, Cádiz)* (190-192). — M. Sotomayor: *Excavaciones en la huerta de la Facultad de Teología de Granada* (193-202). — R. del Nido: *Edificaciones romanas en el cortijo "Plaza de Armas", del pago de Bruñel* (203-209). — R. del Nido: *Informe sobre descubrimientos arqueológicos en Alcalá la Real* (210-213). — A. Ramos Folqués y R. Ramos Fernández: *Memoria de las excavaciones practicadas en la Alcudia de Elche en el año 1964* (214-219). — A. M.^a Vicent: *Informe sobre el hallazgo de mosaicos romanos en el llamado Cortijo del Alcaide (Córdoba)* (220-222). — I. M.^a Barandiarán: *Sondeo estratigráfico en la Pamplona romana* (223-247).

Numario Hispánico, tomo XI, núm. 21 (1967):

J. M.^a de Navascués: *Falsificación de monedas hispanopúnicas* (5-20). — A. M. de Guadan: *La devaluación de la moneda de oro en Byzancio y sus consecuencias económicas* (21-44).

Numario Hispánico, tomo XI, núm. 22 (1967):

M. Ruiz Trapero: *¿Una moneda inventada?* (115-121).

Numisma, año XV, núm. 77 (noviembre-diciembre 1965):

F. Gimeno: *Medalla conmemorativa del XIX centenario de Séneca* (63-64).

Oretania, año VIII, núm. 22 (enero-diciembre 1966):

C. Molina: *Séneca y la tiranía* (190-191). — A. Cabezón: *Lápida de Epafrodito hallada en Cástulo* (192-194). — R. Contreras: *El verdadero sentido de los textos clásicos relativos al Monte de la Plata* (195-205). — A. Fernández de Avilés: *Más sobre el Hermes de "El Peralejo"* (206-211).

Oretania, año VIII, núms. 23-24 (mayo-diciembre 1966):

R. Contreras de la Paz: *Cástulo y el emperador Valeriano* (247-266). — A. Cabezón Martín: *Basa en honor del emperador Valeriano (imp. 253-260 d. J. C.) hallada en Cástulo (inérita)* (272-276). — A. d'Ors: *El conjunto epigráfico del Museo de Linares (IX)* (277-285). — G. Tamain: *Las minas antiguas de El Centenillo (Jaén)* (286-303). — M. Corchado Soriano: *Hallazgos arqueológicos en La Toscana (Baileón)* (304-314).

Palaestra Latina, vol. XXXVII, fasc. 2 (núm. 198; junio de 1967):

J. Jiménez Delgado: *Quam clara fuerit vita et scriptis Senecae gloria* (49-54).

Palaestra Latina, vol. XXXVII, fasc. 3 (núm. 199; septiembre de 1967):

J. Jiménez Delgado: *De Senecae doctrina atque momento* (99-110). — Ae. Orth: *De Strabone* (117-124).

Palaestra Latina, vol. XXXVII, fasc. 4 (núm. 200; diciembre de 1967):

H. Velázquez: "*Epitaphia*" sive demortuorum elogia (147-166). — A. Pagano: *De deo ex machina euripideo ac de tragicis fabulis a Cordubensi philosopho exaratis* (173-176).

Palaestra Latina, vol. XXXVIII, fasc. 1 (núm. 201; marzo de 1968):

A. Pagano: *De nonnullis inscriptionibus ad Benedicti XIV Lambertinii laudes celebrandas a doctis Neapolitanis Sacerdotibus exaratis* (1-6). — N. Mangeot: *Cicero epistulis illustratus* (27-32).

Palaestra Latina, vol. XXXVIII, fasc. 2 (núm. 202; junio de 1968):

B. S. Povsic: *Quomodo latinarum litterarum rudimenta tradenda sint* (67-77).

Palaestra Latina, vol. XXXVIII, fasc. 3 (núm. 203; septiembre de 1968):

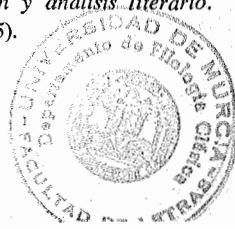
G. Pacitti: *Utrum liceat necne, quibus modis sint verba novanda ad novas res significandas* (97-118).

Perficit, segunda serie, vol. I, núms. 1-2 (enero-febrero 1967):

A. Sáenz-Badillos: *Teoría política del "De re publica" de Cicerón* (3-39).

Perficit, vol. I, núms. 3-4 (marzo-abril 1967):

E. Basabe: *Canto quinto de la "Iliada". Traducción y análisis literario. La primera principalla de la "Iliada": Diomedes* (49-85).



Perficat, vol. I, núm. 5 (mayo 1967):

M. Muguruza: *Cicerón. Diálogo de la vejez* (97-120).

Perficat, vol. I, núms. 6-7 (junio-julio 1967):

J. Igal: *¿Una reminiscencia homérica en Heráclito? Estudio comparativo de "Odisea" 21, 406-411 y Heráclito fr. 51* (121-148).

Perficat, vol. I, núms. 8-9 (octubre-noviembre 1967):

A. Díez Escanciano: *Virgilio. Bucólicas. Traducción y notas* (157-198).

Perficat, vol. I, núm. 10 (diciembre 1967):

E. Martino: *Comentario literario de la "Iliada"* (207-237).

Perficat, vol. I, núms. 11-12 (enero-febrero 1968):

C. Escudero: *Mito y filosofía. El mito platónico y su significado, I* (243-302).

Perficat, vol. I, núms. 13-14 (marzo-abril 1968):

C. Escudero: *El mito platónico y su significado, II* (307-345).

Pyrenae, núm. 2 (1966):

F. Wattenberg: *Las barcas solares del círculo vacceo* (51-64). — J. Ma-luquer de Motes: *Monedas de cobre de Rhode (Rosas, Gerona)* (65-75). — V. Enseñat Estrany: *Unos bronce griegos hallados en Sòller* (77-80). — M. Vegas: *Motivos decorativos en lucernas de disco romanas: sus antecedentes y paralelos* (81-91). — M.^a G. Trías Rubiés: *Materiales arqueológicos de Llafranc (Gerona)* (93-116). — A. Balil: *Materiales para un índice de marcas de ceramista en lucernas de fabricación hispánica* (117-123). — M. Ribas: *Descubrimiento de los restos de un edificio de la ciudad romana de Iluro (Mataró)* (125-128). — L. Pericot: *La colección arqueológica*

"*Victor Català*" (129-130). — J. Maluquer de Motes: *La colección arqueológica "Victor Català". I. Monedas de Emporion, de Massalia y plata romano-republicana halladas en la antigua ciudad griega* (131-164).

Saitabi, tomo XII (1962):

M. Tarradell: *Valencia, ciudad romana: estado actual de los problemas* (5-34). — E. A. Llobregat: *Los precedentes y el ambiente comarcal de la "Valentia" romana* (35-51). — D. Fletcher Valls: *Algunas consideraciones sobre el nombre Tyris* (53-59). — E. Pla Ballester: *Los cronistas de Valencia y la fundación de la ciudad* (61-88). — G. Martín Ávila: *Estudio de los materiales arqueológicos hallados en el subsuelo del palacio de la Generalidad de Valencia* (89-109). — J. Llorca: *Hallazgo de una necrópolis romana en el antiguo portal de Ruzafa* (111-115).

Saitabi, tomo XIII (1963):

M. Ponsich: *Vases à relief d'applique de Carthage* (3-31). — J. García Borrón: *La psicología en el pensamiento griego hasta la escuela de Aristóteles* (215-234).

Saitabi, tomo XIV (1964):

M. Tarradell: *Sobre el tesoro real de Villena* (3-12). — N. Lahovary: *Le basque, ses origines orientales et ses relations avec le dravidien* (13-26).

Saitabi, tomo XV (1965):

E. A. Llobregat: *Los grafitos en escrituras jónica e ibérica del este, del Museo de Alicante* (3-20).

Studia Papyrologica, tomo VI, fasc. 1.º (enero-junio de 1967):

P. J. Sijpesteijn: *Three Papyri from the Private Collection of A. M. Hakkert* (7-13). — A. Díez Macho: *Nuevo manuscrito bíblico "palestinese" procedente de la Genizah de El Cairo* (15-25). — J. O'Callaghan: *Los tratamientos abstractos en las cartas cristianas del siglo VI* (27-40). — M. Sala: *Estudios y datos papirológicos en la Enciclopedia de la Biblia* (41-54).

Studia Papyrologica, tomo VI, fasc. 2.º (julio-diciembre de 1967):

E. Sabadini: *Remarques d'orthographe et de grammaire sur le papyrus non littéraire Oxyrhynchos 119* (81-94). — S. Bartina: *Un papiro copto de 3 Jn 1-2* (PPalau Rib. inv. 20) (95-97). — J. O'Callaghan: *Vocabulario escolar* (PPalau Rib. inv. 121) (99-107). — S. Bartina: *Set o el horrendo y gruñidor jabalí verrugoso* (109-121).

Studia Papyrologica, tomo VII, fasc. 1.º (enero-junio de 1968):

S. Daris: *PSI 977: aggiunta minima* (7-22). — S. Bartina: *Un nuevo papiro de Hesíodo: "Teogonía" 862-872* (PPalau Rib. inv. 24) (23-30). — J. O'Callaghan: *Cargos y empleos laicales en las cartas cristianas del siglo VI* (31-48). — F. de P. Solá: *Texto patrístico griego del siglo IV* (PPalau Rib. inv. 72) (49-64). — F. de P. Solá: *Sobre el catálogo de papiros cristianos* (65).

Studia Papyrologica, tomo VII, fasc. 2.º (julio-diciembre de 1968):

S. Daris: *Papiri documentari della Facoltà Teologica di Barcellona* (89-98). — S. Bartina: *Cifras coptas y cultura árabe* (PPalau Rib. inv. 65) (99-110). — F. Díaz Esteban: *Cuatro nuevos papiros hebreos postcristianos* (111-128). — J. O'Callaghan: *Homero: "Iliada" XX 128-132* (PPalau Rib. inv. 132) (129-131).

Zephyrus, vol. XVII (1966):

J. M. Blázquez: *Dios jinete púnico sobre disco de Ibiza* (101-103). — J. P. Garrido y E. M. Orta: *Restos de un vaso de bronce hallado en Alosno (Huelva)* (105-108). — J. M. Roldán Hervás: *Sobre los acusativos con "ad" en el "Itinerario de Antonino"* (109-119). — J. Rodríguez Hernández: *Dos nuevas aras en Coria a dos divinidades gemelas* (121-130).

Zephyrus, vol. XVIII (1967):

R. Fernández Canivel, H. Schubart y H. G. Niemeyer: *Las tumbas de cámara 2 y 3 de Trayamar en Algarrobo (Málaga)* (63-77). — D. Fletcher Valls: *Un bronce escrito del poblado ibérico de San Antonio (Bechí, Castellón)* (79-83). — C. Callejo Serrano: *Cédulas epigráficas del campo*

Norbense (85-119). — A. Arribas: *Nuevos hallazgos fenicios en la costa andaluza mediterránea* (121-127). — A. López Eire: *Los topónimos en "-ssos" y "-nthos" y el indoeuropeo* (129-135).

OTROS ARTICULOS O FOLLETOS DE TEMA CLASICO

- C. van Gorp: *Cappadocia: residencia en la entraña de la tierra* (A B C, 14-IV-1968).
- M. Fernández-Galiano: *Los dioses de Federico* [Cuad. Hispanoam., número 217 (enero 1968), págs. 31-43].
- J. S. Lasso de la Vega: *Rapsodia de "helenismo y literatura contemporánea"* (A B C, 21-IV-1968).
- J. M.^a Blázquez: *Aportaciones al estudio del simbolismo funerario del huevo y granada en las creencias populares de las antiguas religiones mediterráneas* [Rev. Dialectol. Trad. Pop., tomo XXIII (1967), cuadernos 1.º y 2.º, págs. 132-166].
- J. Uscatescu: *Proceso al Humanismo* (A B C, 5-VII-1968).
- J. Vives Solé: *Analogía y ética en los diálogos de Platón. Estudio de las analogías fundamentales en las que se configura y se expresa la ética platónica* (Univ. de Barcelona, Secretariado de Publicaciones, Intercambio Científico y Extensión Universitaria. Resumen de tesis doctoral. 1967).
- L. Gil: *"Epitafio de Adonis" o "Exequias de la lengua castellana y funeral solemne de la lógica"* (Hoja del Lunes de Salamanca, 25-IX-1967).
- E. Lafuente Ferrari: *Trajano y el arte imperial* (De Trajano a Picasso, Barcelona, 1962, págs. 65-116).
- J. M.^a Solá Solé: *Miscelánea púnico-hispana, IV* [Sefarad, año XXVII (1967), fasc. 1, págs. 12-33].
- J. M. Chacón de la Aldea: *Séneca: el ejemplo de su vida* (Actas del Congreso Internacional de Filosofía en conmemoración de Séneca, en el XIX centenario de su muerte. III. Comunicaciones. Madrid, 1967. Páginas 15-28).
- B. d'Amore: *Alla ricerca d'un principio unitario nel pensiero e nell'opera di Seneca* (ibid. págs. 35-50).
- C. Lucques Dossé: *Pauvreté évangélique et mépris des richesses* (ibid. págs. 51-62).
- J. A. Fránquiz: *Séneca en la historia del pensamiento filosófico y su mensaje para el mundo actual* (ibid. págs. 63-75).
- J. G. de la Torre: *La divinidad en el pensamiento de Séneca* (ibid. 77-89).
- H. Margenau: *Seneca's Ethics Viewed from a Modern Standpoint* (ibid. págs. 103-115).

- P. Martínez Freire: *La unidad del género humano en el pensamiento de Séneca* (ibid. págs. 117-126).
- J. Muñoz Pérez-Vizcaíno: *Séneca y el neopaganismo* (ibid. págs. 127-140).
- I. Muñoz Valle: *Valoración del elemento retórico en las tragedias de Séneca* (ibid. págs. 141-153).
- W. D. Nietmann: *Seneca on Death: The Courage to Be or not to Be* (ibid. págs. 155-163).
- E. Orozco: *Séneca y la idea de sabiduría* (ibid. págs. 165-175).
- P. Palop Fuentes: *El estilo de Séneca* (ibid. págs. 177-183).
- V. Passeri Pignoni: *La meditazione di Seneca sulla condizione umana* (ibid. págs. 185-196).
- P. T. Raju: *Seneca and Indian Thought: A Problem of Philosophy and Life* (ibid. págs. 197-210).
- A. Rodríguez Bachiller: *Incrustación de la moral de Séneca en la revelación divina* (ibid. págs. 211-215).
- L. Tarnoi de Tharno: *El pensamiento político de Séneca* (ibid. págs. 217-226).
- A. Tilman-Timon: *Instant et éternité du système le plus large* (ibid. páginas 237-238).
- J. A. M. van Moll: *Seneca's Ethical Postulates and Cultural Philosophy* (ibid. págs. 239-248).
- R. Fuentes Guerra: *La proyección científica de Séneca* (ibid. págs. 249-251).
- D. Galli: *La religione in Seneca* (ibid. págs. 253-256).
- L. Felipe Guerra: *Séneca y la idea de la sabiduría* (ibid. págs. 257-261).
- M. Kastarska: *L'éternelle actualité de Sénèque* (ibid. págs. 263-267).
- C. Sanz: *Sensacional descubrimiento cartográfico en un códice del siglo IX. El primer mapa del mundo, con la representación de los dos hemisferios, concebido por Macrobio hacia el año 430 de nuestra era (A B C, 12-X-1967).*
- F. Foerster Laures: *Emporion, el antiguo puerto griego, de las costas catalanas, desde donde se embarcaba gran parte del estaño ibero (Ibérica, septiembre 1967, págs. 318-321).*
- B. Llorca: *Un centro de investigación papirológica* (ibid. págs. 322-324).
- S. Bartina: *La isla de Málaga (Sur, 4-VIII-1967).*
- S. Bartina: *Métrica poética para Málaga* (ibid. 5-VIII-1967).
- S. Bartina: *Himno a Noctiluca* (ibid. 9-X-1967).
- S. Bartina: *De nuevo Tarteso. Subsídios de la lingüística prerromana* (ibid. 15-VIII-1967).
- A. Rumeu de Armas: *Técnica, investigación y humanismo (A B C, 7-XI-1967).*
- M. Rabanal: *Helenismos del español (A B C, 3-XII-1967).*
- M. Fernández-Galiano: *Rapport de discussion [Enseñanza Media, números 183-184 (oct.-nov. 1967), págs. 2041-2045].*

- L.-E. Palacios: *Saber latín (El juicio y el ingenio y otros ensayos)*. Madrid, 1967. Págs. 61-66).
- L.-E. Palacios: *Humanismo y divinismo* (ibid. págs. 105-110).
- L.-E. Palacios: *Séneca, español* (ibid. págs. 125-130).
- L.-E. Palacios: *La anagnórisis* (ibid. págs. 241-245).
- L.-E. Palacios: *Edipo, rey* (ibid. págs. 247-249).
- L.-E. Palacios: "Tristitia salve" (ibid. págs. 283-288).
- E. Alarcos Llorach: *Los rasgos prosódicos (Problemas y principios del estructuralismo lingüístico)*. Coloquios celebrados con motivo del XXV aniversario de la fundación del C. S. I. C. Madrid, 1967. Págs. 1-8).
- A. Roldán: *Notas para el estudio del sustantivo* (ibid. págs. 71-87).
- E. de Bustos: *Anotaciones sobre el campo asociativo de la palabra* (ibid. págs. 149-170).
- B. Pottier: *Rehabilitación de la semántica* (ibid. págs. 187-192).
- J. Martínez Ruiz: *Dialectología y estructuralismo lingüístico* (ibid. páginas 241-249).
- G. Salvador: *Estructuralismo y poesía* (ibid. págs. 263-269).
- J. S. Lasso de la Vega: *El problema de las clases casuales a la luz del estructuralismo* (ibid. págs. 97-121).
- S. Mariner Bigorra: *Sintaxis de la lengua y sintaxis de la norma* (ibid. págs. 135-147).
- F. Rodríguez Adrados: *Estructura del vocabulario y estructura de la lengua* (ibid. págs. 193-229).
- V. E. Hernández Vista: *Sobre la linealidad de la comunicación lingüística* (ibid. págs. 271-297).
- L. Michelena: *Estructuralismo y reconstrucción* (ibid. págs. 299-319).
- M. Torreveiano: *Tarea de un humanismo cristiano* (Revista, diciembre de 1967, págs. 12-13).
- F. García Pavón: *Las edades del cerebro* (A B C, 13-XII-1967).
- J. Sampelayo: *Los "inmortales" antiguos. Las 1.800 sesiones de don Vicente y papeletas de dos clases* (A B C, 14-XII-1967).
- A. Rosenblat: *El futuro de la lengua* [Rev. Occ., año V, núms. 56-57 (nov.-dic. 1967), págs. 155-192].
- J. A. Maravall: *La estimación de Sócrates y de los sabios clásicos en la Edad Media española (Estudios de historia del pensamiento español. Edad Media. Serie primera)*. Madrid, 1967. Págs. 275-343).
- J. A. Maravall: *Una antigua mención de los hispanos* (ibid. págs. 381-392).
- J. J. Moralejo: *Adiós al latín* (El Correo Gallego, 9-XII-1967).
- G. Uscatescu: *Nuevos aspectos de la fenomenología del lenguaje* [Arbor, tomo LXVIII, núm. 263 (nov. 1967), págs. 45-57].
- S. Palafox: ¿"Sicofarmas" o "psicofármacos"? (Medicamenta, núm. 445, 15-XI-1967).
- J. Alsina: *En torno a las repeticiones homéricas* [Bol. R. Ac. Buenas Letras Barc., tomo XXXI (1965-1966), págs. 27-34].

- M. de Lozoya: *El acueducto en el quirófano* (A B C, 19-III-1968).
- F. Torrent: *El acientificismo en la enseñanza del latín* [Ens. Med., número 186 (enero 1968), págs. 37-44].
- M.^a L. Ruiz de Loizaga: *La religión romana* (ibid. págs. 45-52).
- F. Vázquez Munera: *Empleo de "et" y "que" explicativos en el libro 3.º de la Eneida (figura epexégesis)* [ibid. núm. 188 (marzo 1968), págs. 369-371].
- M. G. Menéndez Nadaya: *Una poesía de Safo y su influencia en la literatura latina y española* (ibid. págs. 371-379).
- Pr. Blanco y Caro: *La mitad inferior de un coloso de Ramsés II, hallada en Herakleópolis* (Ya, 24-III-1968).
- R. Wisser: *Muerte e inmortalidad en el sentir de Platón* [Folia Humanistica, tomo V, núm. 54 (junio 1967), págs. 535-544].
- J. Uscatescu: *Hölderlin y los trágicos* [Atlántida, vol. V, núms. 29-30 (sept.-dic. 1967), págs. 530-533].
- M. Mourelle-Lema: *Estructura y lengua española* [ibid. núm. 28 (jul.-ag. 1967), págs. 329-338].
- E. Alarcos García: *Datos para la biografía de Gonzalo Correas. La doctrina gramatical de Gonzalo Correas. Vida y obras del maestro Gonzalo Correas (Homenaje al profesor Alarcos García. I. Selección antológica de sus escritos. Valladolid, 1965. Págs. 1-196).*
- A. Tovar: *Más conexiones precélticas en hidrónimos y orónimos en Hispania* (ibid. II. Colaboración. 1965-1967. Págs. 81-88).
- I. Aguilera y Santiago: *Un artículo inédito de Menéndez Pelayo y algunas consideraciones sobre su "Biblioteca de traductores españoles"* (ibid. páginas 123-150).
- L. García y García de Castro: *El humanismo renacentista en España* (ibid. págs. 263-273).
- M. Zambrano: *La tumba de Antígona* [Rev. Occ., año V, núm. 54 (sept. 1967), págs. 273-293].
- S. Arnaiz: *Viajes turísticos: nuevo Humanismo* (A B C, 23-IX-1967).
- J. Camón Aznar: *Mito, poesía, religión* (A B C, 20-IX-1967).
- M. Laza Palacio: *La diosa Noctiluca, prehistórica divinidad de la Costa del Sol* (A B C, 12-IX-1967).
- J. Camón Aznar: *Frente al misterio, el estoicismo* (A B C, 5-IX-1967).
- F. Sen: *Se recupera la verdadera lectura de un texto muy citado, cuyo sentido cambia substancialmente (Hb 10: 1)* [Cult Bíbl., vol. XXIV, núm. 214 (mayo-junio 1967), págs. 165-168].
- B. Celada: *El nombre de Mesopotamia y la falsa etimología tradicional* (ibid. págs. 172-173).
- R. Neves: *Coimbra y Conimbriga* (A B C, 20-VIII-1967).
- J. Becerril: *La lección orgánica del acueducto* (A B C, 27-VII-1967).
- M.^a L. Ruiz de Loizaga: *Proporcio: sus puntos de semejanza con los prin-*

- cipales poetas latinos y pervivencia de la obra properciana* [Ens. Med., núm. 180 (junio-julio 1967), págs. 1624-1646].
- T. E. Schaefer: *Jenófanes, pionero de la Teología* [Atlántida, vol. V, núm. 27 (mayo-junio 1967), págs. 287-293].
- F. Rodríguez Adrados: *Solia, Contosolia y el nombre del Zújar* [Rev. Filol. Esp., tomo XLVIII (1965), págs. 171-176].
- A. López Kindler: *La literatura biográfica en Roma* [Atlántida, vol. V, núm. 26 (marzo-abril 1967), págs. 105-125].
- J. M.^a Blázquez: *Retratos romanos en la colección Lázaro Galdiano* [Goya, núm. 76 (enero-febrero 1967), págs. 256-259].
- F. Elizondo: *Abajo los mitos, pero ¿hasta dónde?* (Revista, junio 1967, págs. 12-13).
- A. Calonge: *Aestimatio dotis* [An. Hist. Der. Esp., tomo XXXV (1965), págs. 5-57].
- A. García y García: *Las anotaciones de Elio Antonio de Nebrija a las Pandectas* (ibid. págs. 557-564).
- L. de Castresana: "Ulises": la "Odisea" irlandesa (A B C, 21-VI-1967).
- E. Garrigues López-Chicheri: *Mitología turística* (A B C, 14-VI-1967).
- P. Posadas: *Dos noticias* (A B C, 4-VI-1967).
- D. Fletcher y N. Mesado: *El poblado ibérico de El Solaig (Bechí, Castellón)* (Servicio de Investigaciones Prehistóricas de la Diputación Provincial de Valencia. Serie de Trabajos Varios. Núm. 33. Valencia, 1967).
- S. Nordström: *Excavaciones en el poblado ibérico de La Escuera (San Fulgencio, Alicante)* (ibid. Núm. 34. 1967).
- F. García: *Y del latín ¿qué?* (A B C, 18-V-1967).
- J. Uscatescu: *Perfiles de un nuevo Humanismo* [Rev. Est. Pol., núm. 150 (1966), págs. 5-19].
- S. Galindo Herrero: *Humanismo 1967* (A B C, 9-V-1967).
- J. O'Callaghan: *Fragmento de documento cristiano* [Anal. Sacra Tarrac., vol. XXXIX, fasc. 1.º (enero-junio 1966), págs. 1-3].
- J. Álvarez Delgado: *Un ignorado "De viris illustribus" de Varrón en nuestra Biblioteca Universitaria* [Rev. Hist. Canaria, tomo XXX (núms. 149-152), años XXXVIII-XXXIX (1965-1966), págs. 3-18].
- J. Jiménez Delgado: *Las letras clásicas y los religiosos españoles* [Confer, tomo IX (1966), págs. 371-384].
- J. Camón Aznar: *Tesoros andaluces. Teoría del arte griego. El orden pitagórico en los mármoles griegos. El número y el hombre en la Arquitectura. Caballos casi olímpicos. Las estatuas inacabadas. Teoría de Roma. El Panteón. Los mosaicos de Rávena. La estética de los iconos. Dios en el arte bizantino. Sobre el origen dionisiaco de la comedia. La tragedia en Sófocles. Coriolano. La destrucción de Numancia. La Roma de Camus y de Shakespeare. Baile y mitología. El coro en la tragedia griega y en la "Pasión" de Bach. El tiempo en Grecia como vuelta eterna. La "Orestíada" y Heráclito. El átomo en Roma. Hombres y dioses.*

- Heroísmo griego. El dios desconocido. Del eros griego a la caridad paulina. El enigma andaluz visto desde el toro. Andalucía y Creta vuelven a encontrarse. Numancia. ¿Bizancio o Atenas? Los toros en la estética de Aristóteles. Pompeya. Euforión. Ruinas clásicas (Las artes y los días, Madrid, 1965. Págs. 14-17, 19-22, 23-33, 34-35, 36-37, 37-39, 39-45, 45-46, 51-58, 58-71, 71-72, 381-383, 383-385, 389-391, 422-423, 502-504, 516-517, 520-522, 566-568, 568-570, 570-572, 577-578, 584-585, 585-586, 592-599, 623-624, 624-626, 626-627, 648-649, 656-657, 666-667, 671-672 y 676-677).*
- J. S. Lasso de la Vega: *El mito clásico en la Literatura contemporánea. Humanismo y mito clásico en la obra de Thomas Mann. Stefan George y el mundo clásico. Teatro griego y teatro contemporáneo. Los temas griegos en el teatro de Giraudoux (Helenismo y Literatura contemporánea, Madrid, 1967. Págs. 9-77, 79-115, 117-156, 157-221 y 223-323).*
- F. Rodríguez Adrados: *Discurso inaugural (Actas del III Congreso Español de Estudios Clásicos. I. Discursos y ponencias. Madrid, 1968. Págs. 11-30).*
- K. von Fritz: *Salutación (ibid. págs. 31-33).*
- E. Elorduy: *Séneca, preceptor de Nerón (ibid. págs. 41-82).*
- J. S. Lasso de la Vega: *La traducción de las lenguas clásicas al español como problema (ibid. págs. 87-140).*
- A. Ruiz de Elvira: *Estado actual de los estudios de Mitología: análisis mitográfico y síntesis mitológica (ibid. págs. 141-173).*
- A. Balil: *La España del Bajo Imperio: problemas y perspectivas de estudio ante una nueva etapa de investigación (ibid. págs. 175-207).*
- L. Gil: *El Humanismo español del siglo XVI (ibid. págs. 209-297).*
- E. Lledó Iñigo: *El lenguaje filosófico griego: hacia una revisión de la terminología filosófica occidental (ibid. págs. 299-319).*
- M. Fernández-Galiano: *Estado actual de los problemas de cronología euri-pídea (ibid. págs. 321-354).*
- L. Rubio: *La lengua y el estilo de Virgilio (ibid. págs. 355-375).*
- J. Alonso Montero: *Textos griegos y latinos traducidos al gallego: bibliografía (ibid. II. Comunicaciones presentadas a las ponencias. 1968. Páginas 9-17).*
- J. Castellanos Vila: *Carles Riba y sus dos traducciones de la "Odisea" (ibid. págs. 18-24).*
- C. Miralles Solá: *Traducciones del griego clásico al griego moderno (ibid. págs. 25-37).*
- F. Moya del Baño: *Traducciones de obras poéticas clásicas (ibid. páginas 38-48).*
- J. Campos: *Reflexiones previas a la traducción de Tácito (ibid. páginas 49-54).*
- C. Codoñer Merino: *Traducción de la terminología científica en Séneca (ibid. págs. 55-60).*

- M. C. Díaz y Díaz: *En torno a las versiones recientes de textos litúrgicos* (ibid. págs. 61-71).
- P. Pericay: *Sociología de la traducción de los clásicos antiguos* (ibid. páginas 72-78).
- J. Alsina Clota: *Pensamiento mítico y desmitologización en la Atenas del s. V* (ibid. págs. 81-89).
- A. Díaz Tejera: *Mito e intencionalidad* (ibid. págs. 90-94).
- F. Moya del Baño: *La corona de Ariadna* (ibid. págs. 95-105).
- E. Roquet: *Origen de la interpretación alegórica de los mitos* (ibid. páginas 106-112).
- J. Campos: *Sobre un documento hispano del Bajo Imperio* (ibid. págs. 115-120).
- C. Castillo: *Observaciones sobre la continuidad prosopográfica de la Bética en el Bajo Imperio* (ibid. págs. 121-125).
- J. Fontaine: *Permanencia y mutaciones de los géneros literarios clásicos, de Tertuliano a Lactancio* (ibid. págs. 126-136).
- J. M.^a Blázquez: *La cordillera cántabra, Vasconia y los Pirineos durante el Bajo Imperio* (ibid. págs. 137-142).
- F. Lasheras: *Mártires españoles en el Bajo Imperio* (ibid. págs. 143-152).
- A. López Kindler: *"Officium" y "beneficium" en los documentos oficiales de la Iglesia en el Bajo Imperio* (ibid. págs. 153-159).
- C. Posac Mon: *El Bajo Imperio en Ceuta* (ibid. págs. 160-163).
- M. Tarradell Mateu: *Población y propiedad rural en el Este peninsular durante el Bajo Imperio* (ibid. págs. 164-169).
- J. Alonso Montero: *La pugna latín-romance en la enseñanza de la lectura en el s. XVI* (ibid. págs. 173-175).
- J. Oroz Reta: *El P. Antonio Marqués, humanista del s. XVII* (ibid. páginas 176-180).
- L. J. Quintela Ferreiro: *El franciscanismo mesetario en el marco del humanismo español en los ss. XVI y XVII* (ibid. págs. 181-182).
- A. Fontán: *Las tres corrientes del humanismo español* (ibid. págs. 183-185).
- A. Vives Coll: *Luciano de Samosata enjuiciado por españoles (1500-1700)* (ibid. págs. 186-191).
- C. García Gual: *Sobre el $\theta\alpha\upsilon\mu\acute{\alpha}\zeta\epsilon\iota\nu$ del filósofo* (ibid. págs. 195-200).
- F. de Urmeneta: *Correlaciones entre los lenguajes filosóficos griego y latino (Ecos silogísticos olvidados de Aristóteles en Pedro Hispano)* (ibid. páginas 201-206).
- J. Vives: *Las estructuras mentales ("Denkformen") de los filósofos presocráticos* (ibid. págs. 207-231).
- M. Benavente: *Los oráculos en Eurípides* (ibid. págs. 235-239).
- J. Carrière: *Le Dionysos des "Bacchantes" et l'actualité historique* (ibid. págs. 240-244).
- A. Espinosa Alarcón: *Acotaciones estilísticas a la "Alceste"* (ibid. páginas 245-252).

- J. Lens: *Sobre el "Cresfontes" de Eurípides* (ibid. págs. 253-259).
- C. Miralles Solá: *Evolución espiritual de Eurípides* (ibid. págs. 260-267).
- A. Moñino García: *Historia crítica de las ediciones de Eurípides en el s. XX* (ibid. págs. 268-275).
- J. L. Pérez Iriarte: *"Hécuba": consideraciones estilísticas* (ibid. págs. 276-285).
- A. Rivier: *Sur un motif de l' "Alceste" d'Euripide* (ibid. págs. 286-295).
- J. Zaragoza: *El problema de las interpolaciones en Eurípides* (ibid. páginas 296-306).
- M. Tarradell: *Problemas de urbanismo prerromano en el extremo Occidente* (ibid. págs. 309-313).
- J. de Echave-Sustaeta: *Contribución al estudio del tiempo en la poesía de Virgilio* (ibid. págs. 317-326).
- A. Espinosa Alarcón: *Bucolismo y vida* (ibid. págs. 327-333).
- D. Gonzalo Maeso: *La onomatopeya o armonía imitativa en Virgilio* (ibid. págs. 334-341).
- V. E. Hernández Vista: *La aliteración en Virgilio: una definición estilística* (ibid. págs. 342-349).
- L. J. Quintela Ferreiro: *Notas sobre el libro IV de la "Eneida"* (ibid. págs. 350-359).
- F. Carrasco Dug: *Los sentidos del tiempo en Virgilio* (ibid. págs. 360-367).
- A. Fontán: *Los poemas virgilianos, los tres "stili" y la "rota Vergili"* (ibid. págs. 368-374).
- A. López Kindler: *El hexámetro y la frase gnómica en Virgilio* (ibid. págs. 375-381).
- J. Oroz Reta: *Notas virgilianas (en torno al empleo del adjetivo)* (ibid. págs. 382-388).
- J. Sanz Ramos: *La leyenda de Hércules y Caco en Virgilio y en Livio* (ibid. págs. 389-400).
- M. Agud Querol: *La Fonética histórica y el método comparativo en la Enseñanza Media* (ibid. págs. 403-410).
- A. Álvarez Gutiérrez: *El método anagramático en la enseñanza del latín* (ibid. págs. 411-418).
- D. Gonzalo Maeso: *La regla de oro de toda traducción* (ibid. págs. 419-425).
- E. Jiménez Juárez: *Nueva didáctica de las lenguas clásicas* (ibid. págs. 426-434).
- E. Rodón: *Modalidades de análisis* (ibid. págs. 435-442).
- A. Rodríguez Carrasco: *Máquina digital para el aprendizaje de la flexión nominal griega y latina* (ibid. págs. 442-447).
- F. Sanz Franco: *Lingüística y antilingüística en la enseñanza* (ibid. páginas 448-456).
- J. Sanz Ramos: *Sugerencias para un nuevo método de latín* (ibid. páginas 457-461).

- E. Tejerina Canal: *En defensa de la pronunciación española del latín* (ibid. págs. 462-473).
- F. R. Adrados: *Gramática estructural y diccionario* (ibid. III. *Coloquio de estudios estructurales sobre las lenguas clásicas*. 1968. Págs. 7-34).
- E. Coseriu: *Coordinación latina y coordinación románica* (ibid. págs. 35-57).
- J. A. Correa Rodríguez: "S" sonora en latín, ¿variante o fonema? *Estudio diacrónico* (ibid. págs. 59-67).
- A. Fontán: *Análisis estructural de la poesía* (ibid. págs. 69-70).
- R. M.^a Francia Somalo: *Sobre fonología de la pausa en latín* (ibid. páginas 71-78).
- J. Calonge Ruiz: *La frontera silábica y la "yod" en griego* (ibid. páginas 79-83).
- J. A. Enríquez: *Apunte sobre el problema de la apofonía vocálica en latín* (ibid. págs. 85-91).
- E. Coseriu: *El aspecto verbal perifrástico en griego antiguo* (ibid. págs. 93-116).
- C. García Gual: *Oposiciones y neutralizaciones diatéticas en griego antiguo* (ibid. págs. 117-129).
- S. Mariner Bigorra: *Contribución al estudio funcional de los pronombres latinos* (ibid. págs. 131-143).
- L. Michelena Elissalt: *Aspecto formal de la oposición nominativo/acusativo* (ibid. págs. 145-158).
- J. Molina Yébenes: *Las formas en "-min" y los infinitivos latinos* (ibid. págs. 159-164).
- P. Ramat: *Omerico κῆρ: etimología e strutturalismo* (ibid. págs. 165-175).
- E. Rodríguez Monescillo: *Comicidad verbal y sistema de la lengua* (ibid. págs. 177-192).
- M. S. Ruipérez: *Un fenómeno de palatalización en lesbio* (ibid. págs. 193-199).
- L. López Sancho: *Efebo de Selinunte* (A B C, 29-V-1968).
- A. Paso: *Entrevista con Julio César* (A B C, 7-IV-1968).
- A. Balil: *Estado actual del estudio de la musivaria romana en España* [Príncipe de Viana, año XXVIII (1967), núms. 106-107, págs. 15-19].
- J. J. Moralejo: *Adiós al latín* (El Correo Gallego, 9-XII-1967).
- V. J. Herrero Llorente: *El verso saturnio. Teorías sobre su origen y estructura* [Enseñanza Media, núm. 190 (mayo 1968), págs. 713-722].
- A. López Mora: *Antihumanismo* (Revista, abril 1968, pág. 1).
- L. Escardó: *¿Urbanismo y humanismo incompatibles?* (ibid. pág. 17).
- A. Villanueva y Labayen: *Nerón: esplendor y miseria* (A B C, 9-VI-1968).
- L. García y García: *El humanismo renacentista en España* [Enseñanza Media, núm. 191 (junio 1968), págs. 982-988].
- M. Fernández-Galiano: *Una sinfonía marina de Baquílides* (ibid. páginas 1013-1015).
- M. Benavente: *Algo sobre tópicos literarios* (ibid. págs. 1016-1018).

- A. M.^a Martín Tordesillas: *Las abejas y la miel en la Antigüedad clásica* (Madrid, 1968).
- J. M.^a de Areilza: *La huella de Roma* (A B C, 17-V-1968).
- V. Crémer: *Ante el XIX centenario de la creación de la "Legio VII Gemina"* (A B C, 22-VI-1968).
- J. Tarín-Iglesias: *La primitiva Barcino, al descubierto* (A B C, 11-VI-1968).
- G. Uscatescu: *Del Derecho romano al Derecho soviético* (Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1968).
- A. Fernández de Avilés: *Cerro de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete)* (Ministerio de Educación Nacional. Dirección General de Bellas Artes. Servicio Nacional de Excavaciones Arqueológicas. Excavaciones Arqueológicas en España. Núm. 55, Madrid, 1966).
- M.^a J. Almagro Gorbea: *Excavaciones arqueológicas en Ibiza* (Id. 56, 1967).
- J. P. Garrido Roiz y Elena M.^a Orta García: *Excavaciones en Niebla (Huelva). El "tholos" de "El Moro"* (Id. 57, 1967).
- D. E. Woods, F. Collantes de Terán y Delorme y C. Fernández-Chicarro y de Dios: *Carteia* (Id. 58, 1967).
- F. J. Presedo Velo: *El poblado cristiano de la isla de Abkanarti en la segunda catarata del Nilo (Sudán)* (Direcciones Generales de Relaciones Culturales y Bellas Artes. Comité Español de la U. N. E. S. C. O. para Nubia. Memorias de la Misión Arqueológica. VII. Madrid, 1965).
- M. Almagro: *La necrópolis meroítica de Nag Gamus. Masmás (Egipto)* (Id. VIII, 1965).
- A. de Miguel: *Teorometría (Hoja del Lunes de Madrid, 19-VIII-1968)*.
- M. Fernández-Galiano: *Teofrasto, 68 [Pap. de Son Arm., año XIII, tomo XLIX, núm. 145 (abril 1968), págs. 55-86]*.
- M. Fórmica: *La resurrección de Itálica* (A B C, 28-VII-1968).
- A. Alamo Salazar: *Hallazgo de una villa romana* (A B C, 30-VII-1968).
- B. Celada: *"Egipto, don del Nilo", según Heródoto. Historia de un tópico [Cult. Bibl., vol. XXV, núm. 220 (mayo-junio 1968), pág. 175]*.
- A. Blanco Freijeiro: *La escultura etrusca [Goya, núm. 84 (mayo-junio 1968), págs. 340-345]*.
- A. Fernández-Galiano: *El humanismo en la doctrina de la Iglesia durante los últimos veinticinco años [Rev. Fac. Der. Univ. Madr., vol. XI, número 28 (1967), págs. 85-103]*.
- J. Uscatescu: *Eros, Thanatos, cultura* (A B C, 12-IX-1968).
- E. Novoa: *Humanismo y ciencia* (A B C, 4-IX-1968).
- B. Houghton: *Oración, gracia y liturgia [Una Voce, núm. 2 (agosto 1968), págs. 4-20]*.

LAS MEMORIAS DE LICENCIATURA DE TEMA CLÁSICO
(cf. pág. X 411)

CURSO 1966-1967

Barcelona

672. Iglesias Páramo, Valeriana: *El "pathos" en la "Farsalia" de Lucano.*
673. Serrats Fàbrega, Margarita: *"Sobre la antigua medicina" de Hipócrates.*
674. Monedero Carrillo de Albornoz, M.^a Dolores: *Estudio sobre el talante religioso de Esquilo a través de las trilogías.*
675. Torrents Lladó, Ana M.^a: *Introducción a la lectura de Arquíloco.*
676. Soler Cartes, Alicia: *Influencia de Safo en la poesía clásica griega y latina.*
677. Vintró Castells, Eulalia: *Hipócrates y su tratado "Sobre la enfermedad sagrada".*
678. Romero Garganta, M.^a Josefa: *Bibliografía crítica de la cuestión homérica.*
679. Borrás Oliver, Guillermo: *Estudio métrico de los coros de la "Orestíada" de Esquilo.*
680. Comas Soler, José: *Estudio de las oraciones de relativo en los libros XXI-XXII de Tito Livio.*
681. Martínez Fernández, M.^a Isabel: *El relativo en los libros I-II de Tito Livio.*
682. Fanlo Solé, José Ramón: *El relativo en los libros XXVII, XXVIII y XXIX de Tito Livio.*
683. Abellán García de Marfá, Abilia: *Bibliografía crítica de los trágicos menores.*
684. Nortes Valls, Oliverio: *Las oraciones de relativo en los libros VI-VII de Tito Livio.*
685. Marijuán Fernández, Jesús: *Bibliografía crítica sobre los fragmentos de Sófocles.*
686. Rodríguez Hernández, M.^a Carmen: *Tensión e impulsión dramática en el libro I de la "Eneida".*
687. Esteve Soley, Josefina: *Ensayo de una bibliografía crítica de Esquilo.*
688. Corcoy Grabalosa, Emilia: *Bibliografía eurípidea.*
689. Obiols Caudial, María: *Ensayo de bibliografía crítica sobre la "Iliada" y la "Odisea".*
690. Ferrer Arellano, M.^a Teresa: *Estudio del talante religioso de Esquilo a través de "Los siete contra Tebas".*

691. Villalba Varneda, Pedro: *Apuntes para una historia de la época helenística: Calímaco de Cirene.*
692. Casorrán Sanz, José: *Bibliografía crítica de los fragmentos y de las obras perdidas de Esquilo. Intento de reconstrucción.*
693. Peregrina Gracia, Benjamín: *Uso del pronombre relativo en el "Diuus Augustus" de Suetonio.*
694. Bermejo Fernández, Aurelio: *El pronombre relativo en los libros XXIV-XXV de Tito Livio.*
695. Castell Oliver, Bernardo: *Estudio del relativo en los libros XXXVI-XXXVII de Tito Livio.*
696. Fortuny Barragán, José: *Estructuración de las oraciones de relativo en los "Captiui" de Plauto.*
697. Martí Martí, Jaime: *Aproximación al estudio de la "Praeparatio euangelica" en la religión griega.*
698. Pons Irazábal, María: *Bibliografía crítica de la poesía coral dórica excepto Pindaro.*
699. Riutort Mestre, Pedro: *Los autores clásicos griegos en Clemente de Alejandría.*
700. Roselló Calleja, Ana M.^a *Bibliografía crítica de Tucídides.*
701. Souto García, M.^a Concepción: *Las comparativas como soporte de los símiles épicos en los libros I-II de la "Eneida".*
702. Basseda Casas, M.^a Carmen: *La lengua y el estilo en los capítulos XIII-XVII del Evangelio de San Juan.*

Madrid

703. Ferrari Herrero, M.^a Teresa: *El "Libro sobre los sueños" de Auger Ferrer.*
704. Falcón Martínez, Constantino: *La tradición de la fábula griega en época romana.*
705. López Facal, Francisco Javier: *Descripción estructural del morfema nominal griego.*
706. Rovira Soler, Matilde: *Crítica textual de los quince primeros "Caracteres" de Teofrasto.*
707. Villar Liébana, Francisco: *Descripción estructural del morfema verbal griego.*
708. Plácido Suárez, Domingo: *La πόλις en los sofistas.*
- *709. Gordillo Álvarez-Valdés, Victoria: *El influjo del latín en el alemán antiguo.*
- *710. Olmo Leto, Gregorio del: *Ugarit y la Biblia.*
- *711. García Blázquez, Vicente: *El humanismo integral de Jacques Maritain.*
712. López Férez, Juan Antonio: *Εὐήθης / εὐήθεια y su evolución dentro del griego.*

713. Luque Moreno, Jesús: *El acento de palabra en la versificación de Prudencio*.
714. Marín Pérez, Francisco: *La lengua y el estilo de la "Constitución de Atenas" del Pseudo-Jenofonte*.
715. Morales Otal, M.^a Concepción: *Los helenismos de tipo médico en la lengua española*.
716. Otón Sobrino, Enrique: *El latín de las fórmulas visigóticas*.
717. Pérez Alonso, Jesús: *Sobre la fluctuación "d|r|l" en latín*.

Salamanca

718. Arranz Catalán, Gregorio: *La felicidad en Heródoto*.
719. Conde Guerri, Elena: *Nombres de persona compuestos con ἥπιος en las inscripciones áticas*.
720. Frerix Bossmann, Wilhelmine: *El lenguaje figurado de las cartas de santa Hildegarda de Bingen*.
721. Gurruchaga Ruiz, Martín F.: *Damón*.
722. Martínez Cuervo, Alfredo: *Recursos métricos y estilísticos del canto IX de la "Eneida"*.
723. Melero Bellido, Antonio: *Sócrates y "Las nubes" de Aristófanes*.
724. Morán González, José: *Edición crítica de la "Epistula ad Laudem"*.
725. Paz Luengo, Pedro de: *"Exemplar iudicii inter Marcianum et Habentirum episcopos"*.
726. Romero Cruz, Francisco: *La evolución del mito de Edipo*.
727. Sancho Royo, Antonio: *Problemas de reconstrucción de "El ciclope" de Filóxeno*.
728. Vicente Tapia, Auxilio: *Poemas acrósticos de Vigila*.
729. Andrés Aparicio, M.^a Salud: *Notas para la prehistoria de la desinencia del genitivo singular de la declinación temática*.
730. Corral Varga, Santiago: *Los orígenes del pueblo ibero*.
731. Dios Serrano, Andrea de: *"Coniurationes Hebraeorum"*.
732. Fernández Aller, M.^a Carmen: *La "legio VII Gemina"*.
733. Fernández Díaz, Domingo: *Inscripciones romanas de Egipto*.
734. González Escudero, Santiago: *La propiedad en la Grecia arcaica*.
735. Gutiérrez del Castillo, Juana M.^a: *Los nombres de persona compuestos con δῆμος en las inscripciones áticas*.
736. Hernández Rojo, José Luis: *Las leyes de Recesvinto sobre los judíos contenidas en el "Liber iudiciorum"*.
737. Mateos Mateos, Ananías: *La "benedictio lucernae" del antifonario visigótico de la catedral de León*.
738. Moreno de Vega, M.^a Auxiliadora: *Los nombres de esclavo en Heródoto, Tucídides y "La constitución de los atenienses"*.

739. Palacios Martín, Ángela: *La "Explicatio in Cantica canticorum" de Tajón de Zaragoza.*
740. Pérez Martín, Manuel: *El concepto de la muerte en Sófocles.*
741. Rodríguez Peñas, M.^a Consuelo: *La sociedad y la economía en san Basilio.*

CURSO 1967-1968

Barcelona

742. Jordi Panadés, M.^a Nieves: *El primer libro de "Las epidemias" de Hipócrates.*
743. Gutiérrez Rámila, M.^a Lourdes: *Teoría platónica del amor.*
744. Vázquez Molina, M.^a Josefa: *La oración de relativo en las vidas de César y Tiberio de Suetonio.*
745. Lacarra Ducay, Ana M.^a: *Traducción del tratado "Sobre los aires, aguas y lugares" de Hipócrates.*
746. García Peralta, Cristino: *Empleo del subjuntivo en los libros I-VI de la "Eneida".*
747. Gil Portero, Gregoria: *La oración de relativo en las sátiras de Horacio.*
748. Alberich Mariné, Juan: *Estudios sobre el estilo de Tucídides.*
749. Carramiñana Pérez, Ángela: *Sobre algunos fragmentos papiráceos de Arquíloco e Hiponacte.*
750. Sastre Cañellas, M.^a Montserrat: *El pronóstico hipocrático.*
751. Monerri Vaño, Benjamín: *Usos del subjuntivo en las poesías de Catulo.*
752. Alonso González, Victoriano: *Estudio y traducción al castellano de los restos de las sátiras de Lucilio.*
753. Rodríguez Seoane, M.^a Ángeles: *El estilo de Demóstenes en los discursos políticos.*
754. Aguiló Sabadell, Ana M.^a: *El subjuntivo en "Las metamorfosis" de Ovidio.*
755. Alcázar Barrena, M.^a Consuelo: *El subjuntivo en las sátiras de Horacio.*
756. Ciruelo Borge, José Ignacio: *Ética en Salustio.*
757. Closa Farrés, José: *Las oraciones condicionales en las "Bucólicas" y "Geórgicas" de Virgilio.*
758. Oficialdegui Ariz, M.^a Dolores: *El tiempo como elemento literario en la "Eneida".*
759. Lizarán Tirado, M.^a Soledad: *Bibliografía crítica de los fragmentos de las obras perdidas de Eurípides.*
760. Resina Enfedaque, Esther: *Estudio del genitivo latino en las sátiras de Horacio.*
761. González Ruiz, Ángel: *Anotaciones al orfismo.*

Granada

762. Puente Santidrián, Pablo: *El infinitivo en Persio*.
763. Argudo Sánchez, Fidel: *La psicología de masas en la "Retórica" ciceroniana*.
764. Ocón León, Juan: *Los héroes virgilianos ante la lucha y la muerte*.
765. López Otero, Antonio: *La reconstrucción jauvertiana del calendario del "Libro de los jubileos"*.
766. Matarrodona Sánchez, Nemesia: *Salviano y el fin del mundo antiguo*.
767. Martínez Díez, Alfonso: *Léxico de Baquilides*.

Madrid

768. Aura Jorro, Francisco: *Léxico de topónimos y étnicos en el lineal B*.
769. Alamillo Sanz, Assela: *Problemas del estilo en Sófocles*.
770. Beltrán Serra, Joaquín: *El hexámetro en Sidonio Apolinar*.
771. Bravo García, Antonio: *La esclavitud en Petronio*.
772. Baixauli Merino, M.^a Teresa: *El pensamiento religioso de Saturninio Secundo Salustio*.
773. Botella Vicent, Julia: *Homero y los Padres de la Iglesia*.
774. Fernández Colinas, Pedro: *Isis en Plutarco*.
775. Peris Juan, Antonio: *Diacronía de las formas y funciones del "subjuntivo" latino hasta la época clásica*.
776. Cierva de Hoces, María de la: *Estudio de los papiros del Deuteronomio griego*.
777. López Delgado, Carlos: *Enclisis, composición y elisión en la cesura virgiliana*.
778. Moralejo Álvarez, Juan José: *Dialecto y κοινή en Delfos*.
779. Pabón de Acuña, M.^a Carmen: *El mar en Sófocles*.

Salamanca

780. Ortega Ortiz, Juana: *"Exhortatio poenitendi", poema del s. VII: estudio métrico*.
781. Marcos Casquero, Manuel: *La visión de Roma en la obra de Plauto*.
782. Fernández Nieto, Francisco J.: *Los dáctilo-epítritos en los tratadistas de métrica griega*.
783. Domínguez Calvo, Antonio: *Jenófanes, Heráclito, Parménides: ambiente histórico, forma de su pensamiento, conexiones de su filosofía*.
784. Martín Sánchez, M.^a Ángeles: *Los signos de la serie "z" en micénico: estado de la cuestión*.
785. Lucas de Dios, José M.^a: *ὑπάρχω: "verbum existentiae"*.

786. Rodríguez Escribano, Gonzalo: *Métrica del "Lamentum poenitentiae"*.
787. Elvira Martínez, José Manuel: *La idea de culpa en Homero, Hesíodo y Solón*.
788. Flores Santamaría, Primitiva: *El soborno como arma política en Grecia*.
789. Madrid Navarro, M.^a Mercedes: *Las inscripciones griegas de Sicilia. Estudio lingüístico*.
790. Nieva Herranz, Teresa: *Observaciones sobre los nombres de persona beocios*.
791. Saquero Suárez-Somonte, M.^a Pilar: *Coreografía de la danza coral griega en el s. V a. J. C.*
792. Pajares Laso, Ángel: *La lengua de los textos celtibéricos*.
793. Ramírez Sádaba, José Luis: *La carta del obispo Severo de Menorca*.
794. Rodríguez Alfageme, Manuel: *La epístola περί ὀνειράτων de Manuel Paleólogo: estudio preliminar, traducción y notas*.

Madrid

795. Álvarez Domínguez, M.^a Carmen: *La moralidad de las fábulas esópicas*.
796. Aporta Alonso, Daniela: *Los caracteres del hombre religioso en la obra de Séneca*.
797. Requejo Prieto, José M.^a: *Estudios sobre el procedimiento civil romano: principales momentos de su evolución*.
798. Rico Bernabé, Elena: *Sobre problemas de designio y estructura en "Las metamorfosis" de Ovidio*.
799. Martínez Valladares, M.^a Ángeles: *Estudios sobre la estructura de las preposiciones: ἐκ, ἀπό, εἰς, πρὸς en la literatura arcaica y clásica*.



Depósito Legal: M. 567 - 1958

Gráficas Cóndor, S. A. — Sánchez Pacheco, 83. — Madrid, 1968

INFORMACIÓN BIBLIOGRÁFICA:

<i>Reseñas</i> , por R. M. ^a FRANCIA, C. CODOÑER, J. CORREA y M. ^a E.	
MARTÍNEZ-FRESNEDA	427
<i>Revista de revistas</i>	435
<i>Otros artículos o folletos de tema clásico</i>	447
<i>Las memorias de Licenciatura de tema clásico</i>	457

El único responsable de los conceptos u opiniones expresados en artículos o reseñas de ESTUDIOS CLÁSICOS será el autor del respectivo trabajo.

ESTUDIOS CLÁSICOS publica tres números anuales (febrero, mayo y noviembre) que forman, sin contar los suplementos, un volumen de cuatrocientas páginas aproximadamente.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIÓN:

España:

Suscripción anual	150 ptas.
Número suelto	70 "

Extranjero:

Suscripción anual	240 "
Número suelto	90 "

REDACCIÓN: DUQUE DE MEDINACELI, 4. — MADRID (14)

DISTRIBUCIÓN: LIBRERÍA CIENTÍFICA MEDINACELI

DUQUE DE MEDINACELI, 4 :-: MADRID (14)

